LA HISTORIA DE RAMA

RAMAKATHA II



BHAGAVAN SRI SATHYA SAI BABA

INDICE

15. ENTRE LOS ERMITAÑOS

Así, Rama entró en la ermita de Bharadvaja, llevando a Sita con él y acompañado por Lakshmana y Guha. El sabio apareció en la entrada principal y caminó hacia él para darle la bienvenida, como si hubiera estado esperando durante mucho tiempo ser bendecido por el darshan (visión divina). Rama se postró ante él, y cuando Bharadvaja amorosamente lo abrazó y lo invitó a entrar en su ermita, se sintió feliz. El sabio los invitó a sentarse en los lugares que les había asignado de acuerdo con su investidura. Luego les deseó bienestar a todos y declaró que su mayor anhelo se había cumplido ese día. Les ordenó a sus discípulos que trajeran frutas y raíces, y colocándolas frente a sus invitados, les rogó que las comieran. Pasaron la noche ahí, aceptando la hospitalidad del sabio.

Cuando amaneció, Rama fue hacia la confluencia de los tres ríos, en Prayag, y le pidió al sabio que lo acompañara. Bharadvaja dijo: "Escucha, ¡oh Señor!, escogí este lugar sagrado para mi ermita y para llevar a cabo mis austeridades, pues sabía que aquí podría obtener el darshan que tanto he deseado durante años. Para obtener la bendición de tu darshan, cumplí votos, sacrificios y rituales védicos. Me concentré en el canto de los nombres divinos y en la meditación en la forma divina para tener la bendición de conversar contigo, y fui recompensado por ti. Ya no tengo más deseos, no me preocuparé ni por el baño ni por la comida; no quiero ser conocido como el tonto que siguió tomando la medicina después de haberse curado. Ahora estoy libre de la enfermedad de nacimientos y muertes; he visto a Dios".

Al verlo pleno de éxtasis, con lágrimas en los ojos, Guha se sorprendió y se dijo a sí mismo. "¡Qué afortunado soy!". Sentía una inmensa alegría. Mientras tanto, Rama ocultó su divinidad y actuó como si sólo fuera un hombre con atributos humanos comunes. Mientras el sabio Bharadvaja se explayaba hablando de Rama, éste lo escuchaba como si se refiriera a otra persona y no a él mismo. Le contestó: "¡Oh sabio entre los sabios! Todos aquellos dignos de tu hospitalidad son, por esa razón, adorables y están plenos de virtud y sabiduría". Los discípulos, ascetas, sabios y monjes de la ermita, al escuchar las palabras de Bharadvaja y las de Rama, quedaron maravillados y se inundaron de alegría.

Después del baño sagrado en el Prayag; Rama abandonó la ermita con Sita, Lakshmana y Guha y se dirigió hacia la zona más densa del bosque. Bharadvaja los siguió hasta la ribera y ahí se despidió de Rama, abrazándolo cariñosamente, deseándole un feliz viaje. Rama le

rogó al sabio que lo bendijera y le dijo: "Maestro, ¿cuál es el mejor camino a seguir?". El sabio le respondió riendo: "Señor, no hay ningún camino que no sea conocido por ti en todos los mundos, ¿no es así? Estás desempeñando el papel de un hombre común y como me lo preguntaste, es mi deber contestarte de la manera más correcta". Y, diciendo esto, llamó a cuatro de sus discípulos y los envió con Rama para que le mostraran el camino que conducía ala siguiente ermita. Aquellos muchachos se sintieron dichosos de tener la oportunidad de viajar con Rama durante un corto trayecto, sintieron que era un don que habían ganado con anterioridad y caminaron por delante, señalándole el camino. Llegaron hasta la ribera del río Yamuna, y ahí dejaron a Rama y retornaron muy a su pesar. Sita, Rama y Lakshmana estaban complacidos por la ayuda de los discípulos y los bendijeron, permitiéndoles partir. Después, se prepararon para el baño sagrado en el Yamuna.

Mientras tanto, los habitantes de las aldeas de la ribera notaron la presencia de visitantes de extraordinario encanto y resplandor y se reunieron alrededor de ellos, preguntándose quiénes eran, de dónde venían y cuáles eran sus nombres. Eran muy tímidos y estaban muy temerosos como para interrogarlos; hablaban en susurros entre ellos.

Sita, Rama y Lakshmana terminaron su baño sin prestarles atención y, aproximándose a la ribera, Rama llamó a Guha y le dijo: "Querido, hace mucho tiempo que te uniste a nosotros y no es apropiado que lo sigas haciendo. Debes cumplir tus deberes con tus súbditos. Ve a casa ahora, donde está tu deber". Después, le dio permiso para marcharse. Guha no supo qué responderle. "¿Puede alguien renunciar a la joya que satisface los deseos después que la ha encontrado? ¡Qué desafortunado me siento al verme obligado a hacerlo!", se lamentó Guha. No podía desobedecer la orden de Rama, así que se postró ante Sita, Rama y Lakshmana y derramó sobre su propia cabeza el polvo que sacudió de los pies de ellos, abandonando después al grupo muy a pesar suyo.

Poco después de que Guha se había ido, reemprendieron el camino. Al poco rato vieron frente a ellos una ciudad que brillaba aún más que la Ciudad de los Nagas. A medida que se aproximaban a aquella luz, se preguntaban qué ciudad sería ésa. Cuanto más se acercaban más se deleitaban ante la grandeza y el encanto de la ciudad y sus alrededores. Al estar bastante cerca, pensaron que era Amaravati, la ciudad de los dioses, y se sintieron más felices aún pensando que los ciudadanos deberían de ser dioses y no hombres. Se sentaron a la sombra de un árbol y admiraron su esplendor y magnificencia. Mientras tanto, algunas personas se acercaron a ellos preguntándose si habrían bajado del cielo y si serían inmortales. Corrieron a la ciudad y difundieron la noticia de que algunos seres divinos habían llegado, trayéndoles con ello buena suerte. Todos los que escucharon se apresuraron a ir hacia los visitantes, compitiendo entre ellos por

atenderlos y darles la bienvenida. Algunos les ofrecían leche, otros les daban fruta, todos los miraban con admiración; nadie quería alejarse de ellos y regresar a sus hogares.

Uno de ellos, más audaz, se aproximó y les dijo: "¡Señores!, su encanto y personalidad nos hacen pensar que son príncipes de sangre real; sin embargo, viajan a pie por estos difíciles caminos en compañía de una dama, escalan montañas y cruzan ríos. Son valientes viajeros que vencen todos los peligros del camino; debemos, por lo tanto, concluir que son como nosotros, hombres comunes; no comprendemos cómo se las arreglan para viajar por este bosque en el que abundan los leones y las manadas de elefantes salvajes; llevan con ustedes, además, a esta tierna encarnación de la belleza. ¿No tienen amigos, familiares, compañeros, ni gente que los quiera?, porque si los hubiera, sin duda alguna no les habrían permitido aventurarse en esta jornada". Le preguntó a Rama acerca de la naturaleza y la causa de su viaje así como otras dudas.

Mientras tanto, una mujer se dirigió hacia ellos diciéndole a Rama: "¡Oh príncipe!, tengo una súplica que hacerte. Como mujer que soy, siento miedo de expresarla en voz alta. Perdona mi timidez; somos gente sencilla y no hablamos con refinamiento. Tu encanto físico refleja el brillo de la esmeralda y el oro, los cuales parecen ser la fuente de tu brillantez; uno de ustedes es del color de la nube cargada de lluvia, mientras que el otro es de un resplandeciente blanco. Los dos son tan encantadores como un billón de dioses del amor, moldeados en cuerpos humanos. Además, no entendemos qué relación tiene esta dulce dama con ustedes; ella tiene el exquisito encanto de la diosa del amor, Rathi Devi. Observando su modestia y humildad innata, así como su encanto, nosotras las mujeres nos sentimos apenadas. Tengan la bondad de decirnos quiénes son y cuál es su propósito al venir aqui'.

Al escuchar sus ruegos, y dándose cuenta de su alegría y ansiedad, Rama y Lakshmana reían, divertidos; justo entonces, Sita se dirigió a las mujeres y les dijo: "Hermanas, esta sencilla y sincera persona que tiene la piel de oro es Lakshmana; él es un hermano menor de mi señor. El de piel color azul oscuro, con ojos de pétalo de loto que embelesan a los mundos, y brazos largos y fuertes en forma de arco, es mi señor, el aliento mismo de mi vida". Diciendo esto inclinó la cabeza, mirando al suelo. En ese momento una joven dijo: "¡Mal, no nos has dicho tu nombre". Sita inmediatamente contestó: "Mi nombre es Janaki, la hija de Janaka". Las mujeres se miraron unas a otras con admiración y después, a una voz, bendijeron a Sita diciendo: "¡Que sean tan felices como la pareja del dios Shiva y la diosa Parvati y que vivan juntos en tanto que el Sol, la Luna y la Tierra descansen sobre el capuchón de la serpiente Adisesha, en armonía e inquebrantable dicha!"

Rama se dirigió a los hombres y les informó que habían venido a ver la grandeza y belleza de los bosques, y que su viaje, hasta ese momento, había sido muy placentero y provechoso, sin que se sintieran

cansados n¡ tuvieran privaciones. Pidió permiso para retirarse y regresar al bosque nuevamente. Al no tener más preguntas que hacer, los hombres y las mujeres se dirigieron a sus casas. Sita, Rama y Lakshmana siguieron su camino, hablando entre ellos acerca de los ciudadanos y de las preguntas que hacían, el afecto que manifestaban y la alegría que brillaba en sus ojos. De pronto, Rama vio señales de cansancio en el rostro de Sita y propuso que descansaran a la sombra de un árbol. Cerca de ahí había un riachuelo; Lakshmana se adentró en el bosque y pronto recolectó unos frutos que comieron con deleite; al caer la noche, disfrutaron de un placentero reposo.

Despertaron al amanecer y después de terminar sus abluciones matutinas, iniciaron la siguiente etapa de su viaje. Al poco tiempo, se encontraban en las profundidades del bosque; los picachos, la oscura y tenebrosa masa de árboles, el rugido estremecedor de los caudalosos ríos, les producían una sensación de temor y misterio.

Justo en medio de esa tenebrosa región, llegaron a un jardín, que mostraba estar al cuidado de un hombre; un poco más allá, vieron una encantadora ermita. Era el ashram (comunidad espiritual) del sabio Valmiki. A un costado de la ermita se elevaban las cumbres de una alta montaña; al otro lado, abajo y a lo lejos, fluía un murmurante arroyo. La ermita era la imagen misma de la belleza; brillaba como una piedra preciosa sobre esa alfombra verde. Sita sintió gran alivio y calma cuando sus ojos se posaron en ese paisaje.

Al saber, por boca de sus discípulos, que los viajeros cruzaban su jardín, Valmiki salió de su ermita y se situó en la puerta. Sita, Rama y Lakshmana se apresuraron a postrarse a los pies del sabio, quien caminó hacia ellos y, como si los hubiera conocido desde hacía tiempo, les dio la bienvenida con un caluroso abrazo, invitándolos a que entraran en la ermita. El sabio Valmiki ofreció a Rama un asiento cómodo, ya que lo amaba como a su propia vida, y lo mismo hizo con Sita y Lakshmana; ordenó que trajeran frutos y se los ofreció. Después se sentó frente a ellos, observando a Rama para saciar la sed de sus ojos.

Con humildad, Rama se dirigió al sabio diciéndole: "Venerable entre los sabios, tú conoces el pasado, el presente y el futuro, por lo tanto, la razón por la que me he adentrado en este bosque es tan clara para ti como tener una frutilla en la mano. Sin embargo, siento que cumplo con mi deber informándote por qué estamos aquí yo, mi esposa y mi hermano". Después, le narró cómo la reina Kaikeyi lo había exiliado a la jungla, habiendo designado a su hermano Bharata gobernador del reino, de acuerdo con la promesa hecha por su padre.

El sabio escuchó la historia, y con la alegría reflejada en el rostro dijo: "Rama, porque has cumplido los deseos de tu padre, ahora puedo ver satisfechos los míos. Mis austeridades, votos y anhelos han dado fruto el día de hoy; debo otorgar a Kaikeyi mi más profunda gratitud y parte de la bienaventuranza que ahora disfruto".

Valmiki permaneció largo rato en silencio, con los ojos cerrados, tratando de mantener bajo control las emociones de gratitud y alegría que lo embargaban; los ojos se le anegaron en lágrimas.

Rama rompió el silencio diciendo: "Descansaremos en donde tú nos lo indiques, dinos algún lugar en el que no causemos ningún problema y no perturbemos a ningún ermitaño, aconséjanos por favor; construiremos una cabaña y ahí acamparemos algún tiempo".

Esas palabras, que provenían de un corazón puro y sincero, conmovieron al sabio, y dijo: "¡Oh Rama, en verdad que soy bendito!, tú eres como la bandera que proclama la gloria de la dinastía Raghu. ¿Por qué razón hablas así? Eres la fuerza que impulsa el camino establecido por los Vedas y el poder que lo salvaguarda de cualquier daño; Sita es la mitad ilusoria de tu personalidad, tu maya. Ella crea, mantiene y destruye, según tu voluntad, mundo tras mundo. Lakshmana es la base misma de aquello que se mueve y de lo que permanece inmóvil, la serpiente de las cien capuchas, la Sesha Naga primaria que sostiene al universo. Han asumido forma para realizar los deseos de los dioses: restablecer la rectitud en el mundo. Tú, estoy seguro, destruirás los corazones demoníacos muy pronto. Protegerás a los buenos y a los compasivos.

";Rama! tú eres el testigo eterno de la obra llamada 'Mundo'. El universo es 'lo visto' y tú eres el testigo; hasta los dioses se equivocan cuando miden tu realidad y gloria; ¿cómo pueden entonces los mortales comprender tu misterio? Sólo aquéllos que han recibido tu gracia, la sabiduría, pueden afirmar haber conocido algo de tu majestad y verdad. Has tomado esta forma humana para promover la paz y la seguridad de los hombres buenos y de los dioses; como consecuencia, hablas y te comportas como uno de nosotros; sólo los ignorantes pueden creer que eres un hombre entre los hombres. Todos somos marionetas que actuamos conforme mueves los hilos.

¿Quiénes somos nosotros para indicarte que actúes de determinada manera y te digamos dónde puedes descansar? Rama, ¿tratas de engañarnos a nosotros los ascetas con tus palabras? ¡Oh, qué maravillosa es tu obra! ¡Qué realista es tu actuación! ¿No sé acaso que tú eres el director de este drama cósmico? No comprendo por qué me preguntas a mí el lugar en el que puedas descansar. ¿Qué sitio puedo recomendarte? ¿Acaso hay algún lugar en el universo en el que tú no estés? Responde a esta pregunta y podré señalarte el lugar en el cual puedan descansar". Lleno de extremo deleite, a Valmiki se le agotaron las palabras y quedó contemplando el encantador rostro de Rama.

Rama rió para sí al escuchar al venerable sabio y éste habló nuevamente con voz suave y dulce y una sonrisa en su resplandeciente rostro: "Rama, yo sé que vives en el corazón de tus devotos, te diré el mejor lugar donde tú y los tuyos pueden descansar. Escucha: puedes residir ahí con Sita y Lakshmana, selecciona aquéllos cuyos "oídos", como el océano, reciben gustosos el relato de tus hazañas y son felices

escuchando las narraciones de tus actos divinos; aquéllos cuyas "lenguas" están ocupadas repitiendo tu nombre y saboreando su nectarina dulzura; aquéllos cuyas "gargantas" se regocijan en la recitación de tus alabanzas y tus palabras que son suaves y dulces; aquéllos cuyos "ojos" anhelan ver tu forma del color azul de las nubes, como el pájaro chataka anhela el primer chubasco; aquéllos cuyo anhelo es descubrirte en cualquier lugar y se deleitan cuando los encuentras, ¡oh Rama!, habita ahí con Sita y Lakshmana.

"Rama, si deseas que me explaye más, escucha: permanece en el corazón de la persona que pasa por alto el mal en otros y los ama por lo bueno que hay en ellos; que sigue el viaje de la vida por el camino de la moralidad e integridad, que cumple los límites de conducta y comportamiento establecidos y que tiene fe en pensamiento, palabra y acción, en que el universo es tu creación y el mundo, en su totalidad, es tu cuerpo. Mas ya que ahora has asumido este cuerpo humano y estás aquí para cumplir las órdenes de tu padre y tu madre, me aventuro a responder: pueden descansar en la colina Chitrakuta; tiene todo lo necesario para una estancia cómoda: es un lugar sagrado, encantador y bello; la atmósfera está saturada de amor y paz, los leones y los elefantes deambulan ahí juntos, sin hostilidad. El río Mandakini, alabado en los Vedas, corre alrededor de esa colina; sabios como Athri viven ahí en ermitas, las cuales pueden ustedes visitar y hacer aún más sagradas. Confieran sus bendiciones a ese lugar sagrado y a ese río divino".

Rama accedió y pidiendo permiso para partir, reanudó su viaje con Sita y Lakshmana. Poco después avistaron el Mandakini y, felices de poderse bañar en sus aguas sagradas, llevaron a cabo los ritos ceremoniales prescritos. Descansaron durante un rato bajo la sombra de un árbol y comieron algunos frutos, antes de caminar por el bosque admirando el verdor del lugar.

Rama habló con Lakshmana así: "Lakshmana, no encuentro el sitio indicado para construir una cabaña de hojas y bambú para nuestra estancia en este lugar, así que selecciona y fija un lugar".

Al escucharlo, Lakshmana cayó a los pies de Rama, evidentemente angustiado, y le dijo: "¿Qué mal he cometido para que me hables de esta manera? ¿Es ésta una sentencia por algún pecado cometido?, ¿estás poniéndome a prueba, o acaso estás bromeando o burlándote de mí?". Sentía una gran pena y se puso de pie con la cabeza abatida por el miedo y la ansiedad.

Rama, sorprendido ante ese comportamiento, acercándose a él lo abrazó y le dijo: "Hermano, ¿qué te ha sucedido? ¿Por qué te has puesto tan triste? No adivino qué es lo que te acongoja, dímelo por favor; no prolongues más mi duda y mi pena".

Lakshmana respondió inmediatamente: "Hermano, yo te lo he entregado todo, no tengo ni gustos ni aversiones, lo que es placentero para ti lo es para mí, tú lo sabes. Sin embargo, ahora me pides que

escoja un lugar que me guste y construya una cabaña; mi corazón ha sufrido cuando me pides que ejerza mi voluntad. Ordéname, dime dónde debe ser construida y lo haré; sé misericordioso, no me hables de esta manera; bendíceme aceptando la entrega que, de todo mi ser, hago a tus pies: voluntad, inteligencia, mente, sentidos, cuerpo, todo, sin excepción ni reserva. Yo soy tu siervo y te sigo con la esperanza de tener la oportunidad de servirte; úsame, ordéname y tus órdenes serán obedecidas".

Como Lakshmana rogó y suplicó tan sinceramente, Rama lo consoló diciéndole: "Lakshmana, ¿por qué te preocupas por un asunto de poca importancia? No lo tomes tan a pecho. Yo te dije eso de una manera casual; estoy consciente de la lealtad de tu corazón. Ven conmigo, voy a elegir el lugar". Con Sita y Lakshmana a su lado, caminó hacia el bosque y muy pronto vieron la orilla r,)rte del río Mandakini. El largo de la ribera era curvo como un arco que parecía estar sostenido por el pico Chitrakuta, que se alzaba detrás de él, como un héroe. Se sentía como si las flechas que estaban a punto de ser disparadas fueran el control de los sentidos y de la mente, la caridad y renunciación, y el blanco al que intentara destruir fuera la banda de los pecados. Rama describió así el lugar y añadió: "Este héroe no se apartará de la pelea", y ordenó que la cabaña fuera construida en ese cautivador sitio.

Lakshmana les pidió a Rama y a Sita que descansaran bajo un árbol, y se fue a recoger palos, hojas y cortezas de los árboles para hacer cuerdas. Después de haber recolectado ese material procedió a construir una choza lo suficientemente amplia para los tres; cavó hoyos, enterró estacas y trabajó rápido para terminar la construcción. Cuando Sita y Rama despertaron después de haber descansado, vieron la choza ante su ojos: era muy bella y espaciosa, un hermoso hogar. Rama ayudó a Lakshmana en su trabajo y al ver a su hermano en el techo dándole los toques finales, le pasó las cuerdas para amarrar los montones de hierba seca a los palos que atravesaban lo alto para hacer el techo más grueso. Sita también quiso ayudar y arrancó algunas hojas de las ramas que Lakshmana había traído, pasando montones de ellas a las manos de Rama para que éste se las diera a Lakshmana. La cabaña ya estaba terminada y todavía no había caído la tarde. Rama observó durante largo rato la cabaña y alabó la devoción y habilidad de su hermano y de Sita. A ésta también le gustó la casa y dijo que nunca había visto un sitio tan encantador para vivir, que durante mucho tiempo había anhelado vivir en un lugar así, y le dijo a Rama que su deseo por fin se cumplía.

Cuando Lakshmana bajó del techo, caminó alrededor de la cabaña para examinar si algo más le hacía falta. Después, le pidió permiso a Rama para ir al Mandakini a bañarse. Poco después, Sita y Rama también fueron al río a bañarse; cuando regresaron comieron de

los frutos que Lakshmana había recolectado en la mañana y después durmieron en su nuevo hogar.

Antes de que transcurriera un día más, la noticia de que Rama, Sita y Lakshmana vivían en el monte rhitrakuta se divulgó entre los ermitaños del bosque y éstos llevaron a sus discípulos y hermanos a la cabaña para recibir el darshan. Rama les preguntó acerca de su salud y de su progreso, así como sobre las posibles dificultades que afrontaban. Rama les aseguró que cuando necesitaran ayuda, él y su hermano siempre estarían dispuestos a ir en su auxilio.

Los ermitaños aclararon que no tenían dificultades ni problemas: "Rama, el hecho de que hayamos tenido la oportunidad de verte ha logrado que nuestras vidas estén libres de problemas; no tenemos dificultades, y ninguna aquejará nuestras vidas. Tu gracia es suficiente protección para nosotros". Tomaron asiento y quedaron sorprendidos ante el maravilloso encanto de la personalidad de Rama. Éste dio la bienvenida a los ascetas y los trató con afecto; sólo el verlo y estar junto a él reconfortaba el corazón de los visitantes y les infundía consuelo, confianza y serenidad.

Una gran calma inundó sus conciencias. Rama es, sobre todo, amor; hizo felices a los habitantes del bosque, habló con ellos y sació la sed de amor que los atormentaba. Toda persona que acudía a él, ya fuera asceta o cazador, recibía instrucciones adecuadas a sus aspiraciones, y con su simpatía y consejo los elevaba a un nivel superior. Aquéllos que acudían a él, regresaban dichosos de tal experiencia; hablando entre ellos de su virtud y de su compasión, llegaban a sus hogares exaltándolo y felicitándose por haberlo conocido. El bosque en el cual habían decidido residir brillaba con una nueva gloria y se estremecía con una nueva dicha desde el primer día que entraron en su cabaña. Era encantador a la vista y su frescura deleitaba la mente. Las comunidades de ascetas que vivían en el bosque vieron desaparecer de sus vidas el miedo y la ansiedad, y en su lugar crecer y florecer la bienaventuranza. Hasta los cazadores de duro corazón empezaron a acatar las reglas de la moral, convirtiéndose muy pronto en joyas de la raza humana. La cordillera Vindhyan estaba triste, pues el monte Chitrakuta había sido afortunado al recibir a tales huéspedes; no, no sólo ésta, sino todas las cordilleras estaban tristes porque no habían podido atraer a Rama para que estableciera en alguna de ellas su residencia.

Lakshmana tenía la oportunidad única de deleitarse con la imagen de los pies de loto de Sita y Rama; así, inmerso en el cariño que le mostraban, se olvidó de todo lo demás y se sumergió en el supremo éxtasis espiritual, Sat Chit Ananda (ser, conciencia y bienaventuranza). No recordaba a su madre, Sumitra Devi, su esposa Urmila o a sus otros parientes, ni siquiera en sueños. Sita tampoco recordaba a sus parientes ni a sus padres o a las ciudades de Mitila y Ayodhya. Ella sólo tenía ojos y mente fijos en los pies de loto de Sri Ramachandra. Ése era

el verdadero festival para sus ojos; observaba la multitud de sabios y sus esposas acudir hacia Rama para recibir instrucción y guía. El tiempo transcurría sin que ella notara el paso del día y la noche. El pájaro chacora se deleita hasta el punto de olvidarse de sí mismo cuando la Luna brilla en el cielo; así también se deleitaba Sita, fijando sus ojos en el rostro de Rama. Para ella, la cabaña de bambú y pasto era tan bella que se olvidó del palacio de Mitila, donde nació y vivió hasta su adolescencia, y del palacio de Ayodhya, donde residió por años como princesa y nuera del rey. Esa cabaña era para ella más placentera y palaciega que todas las mansiones juntas.

Una y otra vez, Rama relataba historias de antiguos y famosos héroes de los Puranas y describía los logros de personas que han tenido la oportunidad de alcanzar la perfección en los misterios de la austeridad. Éstas eran escuchadas por Sita y Lakshmana con entusiasmo; entre estos relatos, Rama solía recordar a sus padres, así como la pena de estar separado de ellos. En esas ocasiones, a Sita se le llenaban los ojos de lágrimas al recordar a su suegro y a su suegra. Lloraba cada vez que se acordaba del pesar de la reina Kausalya, mas se reconfortaba al saber que estaba al lado de Rama, el león entre los hombres, y además no era conveniente sentir tristeza o ansiedad ante su presencia; sucediera lo que sucediese, debería dársele la bienvenida como un lila (juego cósmico) de su Señor. Así, Sita vivió sus días con una felicidad inquebrantable en esa cabaña, en compañía de Rama y Lakshmana. Ellos también la cuidaban, como los párpados al ojo, del menor disturbio o ruido que pudiera inquietarla; ninguna preocupación los afectaba, ni la menor huella de dolor o pena, ni sombra de tristeza opacaban su felicidad en Chitrakuta.

16. TINIEBLAS SOBRE AYODHYA

Mientras tanto, el gobernador de los nishadas, que regresaba a su reino después de haber acompañado a Rama en el bosque, vio al ministro Sumantra sentado en su carro a orillas del Ganges y a sus caballos atados a un frondoso árbol. Guha encontró a Sumantra solo y llorando inconsolable. Él tampoco pudo controlar la angustia que había reprimido durante tanto tiempo y gritando "¡Rama!", corrió hacia Sumantra; abrazó al anciano y los dos sollozaron, incapaces de pronunciar palabra alguna, a causa de su dolor. Estaban parados juntos, al pie del árbol, pero cayeron al suelo como árboles que hubiesen sido cortados por un hacha. Lamentaban el destino de Sita, Rama y Lakshmana y mencionaban a Kaikeyi como la causante de todas esas calamidades.

Los caballos dejaron de pastar y desistieron de beber agua. Lágrimas caían de sus ojos. También se entristecían cada vez que escuchaban a Sumantra o a Guha pronunciar los nombres de Sita, Rama o Lakshmana; levantaban las cabezas y trataban de ver a la distancia, ansiosos de atrapar un atisbo de aquéllos a quienes adoraban y amaban con tanto fervor, como los dos hombres en el dolor de la separación. Sumantra percibió el dolor que atormentaba a los animales y su angustia se hizo aún más patente.

Pasaron algunas horas, hasta que por fin Guha logró tranquilizarse un poco y armándose de valor le dijo a Sumantra:

"Ministro, tú eres inteligente, firme en la moralidad y reconoces la Realidad detrás de toda esta apariencia pasajera; el destino juega extraños trucos, y por eso uno debe aprender a soportarlos. ¡Levántate! ¡Regresa a Ayodhya! Lleva las noticias a Kausalya y a Sumitra, pues anhelan verte y escuchar tu relato".

Con dificultad logró incorporar a Sumantra y sentarlo en el carruaje; después trajo los caballos y los unció al palo central. Sumantra comprendió que Guha tenía razón, y movido por un arrebato de valor, el anciano ordenó a los caballos que marcharan. Su cuerpo había perdido fuerza como resultado de la angustia por la separación de Rama, y por más que trataba, no podía conducir el carruaje como siempre lo había hecho. Varias veces cayó y se levantó dentro del carruaje. ¿Y los caballos? Tampoco se movían. Continuamente volvían la cabeza y estiraban el cuello para ver el camino que había quedado atrás.

Sumantra se maldecía a sí mismo y a su destino: "¡Que esta horrible vida mía termine!; este cuerpo tendrá que ser incinerado algún

día, y sería mucho mejor si en lugar de morir de alguna enfermedad o alguna calamidad, muriera como resultado de la insoportable separación de Rama. Esto daría sentido y fama perdurable a mi vida; ganar esa fama es suficiente compensación por todos los males de la vida. ¡No, Sumantra! se decía si hubieras tenido buena suerte, seguirías a Rama, pero cuando la mala suerte te ronda, ¿qué más puedes hacer aparte de vivir?, ¿para qué te culpas ahora?". Así se reprendía sin piedad.

Dialogando consigo mismo, se preguntó: "¿Con qué cara me voy a presentar en Ayodhya? Cuando los ciudadanos me pregunten dónde está Rama, ¿cuál va a ser mi respuesta? Cuando me interroguen: `¿Cómo pudiste regresar dejando a Rama en el bosque?', ¿qué les voy a contestar? ¿No voy a sentirme abrumado por la vergüenza y la pena? Creo que mi corazón se ha vuelto de piedra, de lo contrario, ¿por qué no se ha roto en mil pedazos por todo lo que he pasado?"

Sumantra se sentía disgustado ante su propia ruindad y se estrujaba las manos desesperadamente; decidió que no entraría en la ciudad durante el día, pues la gente estaría despierta. Sería menos humillante si entraba de noche, después de que todos durmieran. Mas de pronto su conciencia le recordó: "¿Acaso podrá dormir la gente de Ayodhya alguna vez? No, no pueden; es mi estupidez e ignorancia la que me hace imaginar que sí. Estarán despiertos, esperando las noticias del regreso de Rama, o por lo menos algo acerca de él. No puedo escaparme de la humillación y de la vergüenza, ya sea que entre en la ciudad durante la noche o el día; puesto que no merecí la gracia de Rama, este destino fatal es mi castigo. Será mejor soportarlo y llevarlo siempre a cuestas".

Así, Sumantra siguió su camino lentamente, preguntándose y respondiéndose a sí mismo.

Por fin, llegó a la ribera del río Tamasa y decidió reposar algunas horas; permitió que los caballos pastaran un poco y trató de serenarse y así llegar a la ciudad al anochecer, cuando la gente no estuviera en las calles, sino dormida. Finalmente, el carruaje cruzó la puerta de la ciudad.

Sumantra trató de no hacer ningún ruido, conduciendo el carruaje con lentitud; mas, ¿quién podía calmar a los caballos? Reconocían las calles por donde habían cabalgado con Rama, y se lamentaban de su destino ahora que su querido amo estaba lejos, muy lejos. Los habitantes de la ciudad escucharon sus relinchos y lastimoso llanto y unos a otros se avisaron del regreso del ministro sin ninguna compañía y corrieron a las calles para ver el desolador espectáculo.

Sumantra inclinó la cabeza cuando vio a la multitud. Al verlo en tan lamentable situación sin la compañía de Rama, la gente se desmayaba, muchos sollozaban y gritaban; los residentes de los palacios, cuando escucharon los lamentos, mandaron rápidamente a las doncellas para que preguntaran el porqué de ese dolor. Éstas corrieron

todas juntas hacia Sumantra y le hicieron infinidad de preguntas. Sumantra se sentó, abatido y con la cabeza inclinada, como si se hubiera quedado mudo, incapaz de encontrar respuesta alguna, y permaneció inmóvil como una estatua.

Tal silencio hizo suponer alas doncellas que Rama no había querido regresar y se lamentaron: "Oh ministro, ¿has dejado a Sita en esa aterradora jungla y regresado solo?"

Una de ellas, con más valor que las demás, le dijo que Kausalya había ordenado que fuera directamente al palacio donde ella se encontraba. Ahí, Sumantra encontró al emperador postrado en el suelo, exhausto por el ayuno y el desvelo, con las ropas desaseadas. Sumantra dominó su dolor y pronunció las palabras "Jai, jai'; que son las primeras que se deben exclamar ante la presencia imperial, y permaneció de pie, temblando de pies a cabeza. Al reconocer esa voz, Dasarata se levantó rápidamente y le preguntó en tono lastimero: "Sumantra, ¿dónde está Rama?"

Sumantra abrazó al emperador y éste se asió de él como un hombre a punto de ahogarse se sujeta a un tronco. Al ver a ambos llorando, Kausalya también se entristeció; apenas podía respirar, sofocada en agonía. Las doncellas, al ver ese cuadro, se lamentaban con voz alta de su mala suerte y trataban de consolar a la reina. Entretanto, Dasarata se recobró un poco y tomó asiento, le pidió a Sumantra que se sentara frente a él y le dijo: "Sumantra, háblame de Sita y de Rama; dime todo acerca de ellos. ¿Cómo está Lakshmana? Sita, tan tierna, debe de estar muy cansada. ¿Dónde están ahora? ¡Dímelo!"

Al ver que Sumantra no respondía, lo sacudió por los hombros, rogándole que le contestara. Sumantra estaba tan avergonzado que esquivó la mirada del emperador, dirigió su mirada hacia el suelo con los ojos cuajados de lágrimas y guardó silencio. Dasarata continuaba sollozando y dijo: "¡Oh Rama, mi aliento aún anima este cuerpo a pesar de que me has dejado! En el mundo no existe un pecador tan grande como yo, Sumantra. ¿Dónde están exactamente Sita, Rama y Lakshmana? Llévame sin demora al lugar donde se encuentran; hazme este favor, cumple este deseo. Sin verlos no puedo vivir. ¡Rama, oh Rama, déjame verte por lo menos una sola vez! exclamó con gran dolor . ¿No me vas a dar la oportunidad de verte?"

Las doncellas que estaban de pie fuera del salón no podían ni dormir ni comer, por la pena de ver al emperador en ese estado.

Sumantra respondió al fin: "Monarca imperial, Rajadhiraja, tú eres un gran sabio, un héroe, tus habilidades son vastas, tu linaje es divino; siempre has servido a ascetas y santos; sabes que así como la noche sigue al día y el día sigue a la noche, la riqueza y la carencia, la felicidad y la pena, la cercanía y la lejanía vienen una detrás de la otra de forma inevitable. Solamente los tontos se dejan llevar por la alegría cuando llega la felicidad y se sienten desanimados y tristes cuando la miseria los aqueja. Los hombres sabios como tú no deberían ser

afectados por nada de esto; deben permanecer ecuánimes suceda lo que sucediere. Yo no soy la persona para aconsejarte que enfrentes esta situación valientemente, ya que conoces la importancia del valor mucho más que yo. ¡Oh benefactor del mundo, escucha mis ruegos, abandona esta pena!; te describiré los detalles de mi viaje, por favor escúchalos". Al oír esas palabras, Kausalya se incorporó con ayuda de las doncellas para oír a Sumantra, el cual inició entonces su relato: "Maestro, el primer día viajamos hasta la ribera del Tamasa. Sita, Rama y Lakshmana se bañaron en el río y después de beber agua descansaron bajo un frondoso árbol. Al día siguiente llegamos al río Ganges. La oscuridad nos cubría por completo y detuve el carruaje, como Rama me ordenó. Los tres se bañaron y descansaron sobre la arena; cuando amaneció, Rama le pidió a Lakshmana que llevara jugo de algún árbol baniano y cuando lo hizo, Rama lo aplicó en su pelo para que pudiera anudarlo y mantenerlo en lo alto de su cabeza. Mientras tanto, el gobernador de la tribu nishada, un amigo de Rama, trajo una lancha de remos y le pidió a Sita que subiera primero, después Rama y finalmente Lakshmana llevando el arco y las flechas. Cuando estuvieron sentados, Lakshmana se dirigió a mí diciéndome que llevara sus respetos a sus padres y que les rogaba sus bendiciones. También me dijo que te pidiera que te conduzcas con valor y sabiduría".

Sumantra continuó su relato acerca de lo que Rama le había pedido que anunciara en Ayodhya: "Maestro, Rama me dijo: `Dale mis respetos a mi preceptor y aconseja a mi padre que no se aflija por lo que ha pasado'. Después, me pidió que me acercara a él y me dio estas órdenes: 'Reúne a los ministros, a los ciudadanos de Ayodhya y a todos los miembros de la familia real y dales a conocer mi petición especial: sólo aquéllos que contribuyen a que la vida de mi padre sea feliz son queridos para mí. Cuando Bharata regrese, dale mis bendiciones e indícale que acepte la responsabilidad de gobernar el imperio y que sostenga y fortalezca la justicia y la integridad y promueva el bienestar de la gente a través de medios que sean puros de pensamiento, palabra y acción. Dile que deseo que él atienda a mis padres de tal manera que se olviden de la agonía de estar separados de mí'.

"Cuando Rama estaba encomendándome todo esto, Sita se acercó y me dijo que te informara que se sentía feliz de poder estar con Rama y que no deseaba nada más. Quiso que ofreciera sus respetos a los pies de sus suegros; que les dijera que no se angustiaran por ella y que estuvieran seguros de que era feliz con su señor y esperaba que ustedes los bendijeran; que continuamente ella preguntaría por su bienestar.

"Mientras tanto, el barquero se dio cuenta de que el deseo de Rama era que no se demorase más y empezó a remar alejándose rápidamente, con Rama a bordo. Con el corazón lleno de dolor me quedé viendo la barca que partía; tal vez estuve largo rato de pie en la ribera. Pero por fuerza tenía que retornar a este lugar para cumplir las

órdenes de Rama; de otra manera me habría arrojado al Ganges, pues me sentía desesperado. Debía continuar viviendo sólo para cumplir este propósito: traerte el mensaje de Rama. No estando Rama en ella, Ayodhya me parece desolada y espantosa como una jungla".

Al escuchar las palabras de Sumantra y los nobles y dulces mensajes de Rama y de Sita, Dasarata no pudo contener su angustia, y al recordar todo lo que había sucedido se sintió desmayar.

Su respiración era agitada, como la de un pez que lucha por salir del espeso fango en el cual ha caído. Viendo su lamentable estado, las reinas estallaron en sollozos. No había palabras para describir el cuadro tan desolador; el dolor de las reinas y del emperador y de las damas de palacio causaron confusión y consternación por la ciudad; sus habitantes corrieron aterrados sin dirección definida, de la misma forma que los pájaros del bosque, asustados a medianoche por un trueno repentino.

Como una flor de loto que al arrancarla se marchita pronto, el emperador abandonaba su cuerpo rápidamente. Las palabras no podían surgir de su garganta y su lengua se paralizó, sus sentidos funcionaban con torpeza; Kausalya vio al emperador y observó cómo el sol de la dinastía solar se apagaba. Hizo acopio de valor y acercándose a él, colocó la cabeza de su señor en su regazo y trató de confortarlo diciendo: "Señor, Sita, Rama y Lakshmana llegarán pronto a verte, escucha mis palabras; ten valor y recupérate". Al hablar ella tan compasivamente, Dasarata abrió los ojos y murmuró: "Kausalya, ¿dónde está mi Rama, dónde está? Llévame con él. ¡Ay!, mi dulce y tierna nuera no está aquí ahora. Y Lakshmana, ¿dónde está? No lo veo aquí'.

Dasarata inclinó la cabeza, el dolor era muy grande; minutos después, el emperador recordó la maldición que le había lanzado un ermitaño ciego, el padre de Sravana. Se sentó con dificultad y empezó con palabras entrecortadas a contarle a Kausalya la historia de esa maldición:

"Kausalya, en una ocasión fui al bosque a cazar acompañado de un gran número de soldados y cazadores. En todo el día no nos topamos con ningún animal salvaje y sentí que no debía regresar a la capital con las manos vacías, sin haber capturado presa alguna. Nos adentramos en él bosque por la noche, esperando contar con mejor suerte. Estaba a punto de amanecer, pero no obstante, la oscuridad todavía nos envolvía. Nos hallábamos a la orilla de un gran lago cuando de pronto, algo se movió en la orilla del agua. Escuché también el sonido del movimiento. Imaginé que era un enorme animal, y puesto que podía guiarme tan sólo por el sonido, tomé mi arco y lancé la flecha, que voló veloz y furiosa alcanzando al animal en movimiento. De repente, escuché un grito de dolor. Corrí con los soldados y ¡oh tristeza!, vi que no era una bestia la que había matado, sino el hijo de un ermitaño. Me incliné a su lado y le rogué que me perdonara por el grave error. El hijo del ermitaño me dijo: 'Emperador, no te aflijas; cumple con la petición

que te voy a hacer, eso será suficiente para compensar el pecado que has cometido. Mi nombre es Sravana, mi padre y madre son ciegos; yo dedicaba mi vida a atenderlos y esa acción me otorgaba la felicidad que yo necesitaba, pues era bendecido con la más elevada sabiduría. Ahora están sedientos; vine a este lago para llevarles agua. Tú me disparaste creyendo que era algún animal del bosque, ¿quién puede cambiar el destino? Mi condición ahora es tal que ya no puedo caminar para llevarles agua a mis padres, por lo tanto, toma esta vasija y llévasela. Camina en dirección al norte hasta que llegues a una cabaña solitaria; después de que hayas saciado su sed, cuéntales lo que me ha sucedido. No les digas nada acerca de mí antes de que hayas saciado su sed'. Diciendo esto, puso su vasija en mis manos y falleció.

"¡Kausalya, qué angustiado estaba aquel muchacho por la suerte de sus padres!; jamás se preocupó por su vida, que se extinguía rápidamente. No me dijo ninguna mala palabra; aquellas suaves, dulces y amorosas palabras que pronunció, todavía las oigo como un eco en mis oídos. Con su último aliento repitió el Pranava, Om, Om, Om (fórmula mística sagrada), claramente, tres veces. Al ver con qué valentía y serenidad moría, decidí enmendar mi pecado cumpliendo su último deseo. Me apresuré a ir a la cabaña que había mencionado y les di a los ancianos la vasija con agua, sin pronunciar una sola palabra. Sin embargo, aquellos padres empezaron a hacer muchas preguntas. Decían: `Hijo, ¿por qué te has demorado tanto?, ¿por qué este retraso?', y movían sus manos hacia adelante para tocarlo y sentir su presencia. Me hice para atrás un poco y en ese momento la anciana me preguntó: 'Hijo, ¿por qué no nos hablas? ¡No beberemos el agua que nos trajiste hasta que respondas nuestras preguntas!'

"Yo había ordenado que llevaran el cuerpo de Sravana a la cabaña de los padres; en ese momento llegaban con el cadáver y ordené que lo colocaran cerca de la madre. Ella, al reconocerlo, lloró inconsolable sobre el rígido cuerpo; yo no podía soportar ver esa escena. Un momento después, la madre se recuperó un poco y me dijo: `¡Emperador, no tiene ningún sentido seguir viviendo, ya que nuestro hijo nos ha abandonado! Somos ancianos, ¿quién nos va a atender y cuidar? Mátanos a nosotros también, así como lo mataste a él, o si no, erige una pira para que podamos inmolarnos junto con nuestro hijo'. Incliné mi cabeza y acepté sus órdenes; junté madera seca y formé una pira; colocamos encima el cadáver del muchacho, los ancianos se colocaron junto a él y, ejercitando el poder del yoga, crearon fuego en ellos mismos y se quemaron.

"Antes de que se inmolaran, se dirigieron a mí diciéndome algunas palabras; su maldición hoy se cumple".

Dasarata calló un momento para poder descansar y serenarse; Kausalya lo consoló y tranquilizó; después le hizo esta pregunta: "Señor, ¿qué dijeron los padres? Dímelo, estoy ansiosa de oírlo". Dasarata permaneció en silencio durante un momento y respondió:

"Kausalya, ¿qué te puedo decir? ¿cómo puedo repetir esas palabras? Lo que me dijeron aquellos ancianos fue lo siguiente: 'Terminarás tus días como lo estamos haciendo nosotros ahora, a causa de la insoportable agonía por la separación de tu hijo'; después, exhalaron su último aliento en medio de las llamas.

"Por aquel tiempo no había engendrado ningún hijo y me preguntaba cómo me afectaría su maldición. También pensé que siendo las palabras de un anciano sabio, no podrían sino ser verdad. Eso quería decir que iba a procrear hijos, si es que iba a ser separado de ellos. Tú sabes la tristeza pue nos embargaba porque no concebimos hijos en ese tiempo; presentí que la maldición fuera a la vez una bendición; rogué para que tuviera hijos, aunque después me separara de ellos. No les podía confesar ese secreto hasta este momento. Ahora comprendo que la maldición de ese ermitaño se ha hecho realidad. La agonía por la separación de Rama me está consumiendo; al recordar la tragedia de Sravana siento que se me acaba el valor, no tengo más ánimo y no puedo más".

Dasarata estaba como ausente, recordando los incidentes del pasado. "¡Rama, Rama, Rama!" gritó el emperador y se recostó sobre Kausalya; ella percibió el cambio operado en él y lanzó un grito. Los cortesanos y las damas se reunieron a su alrededor y se dieron cuenta de que el emperador había muerto. La ciudad se convirtió en un valle de lagrimas y por doquier se sentía un gran dolor. Multitudes se aglomeraron en el palacio, las calles eran un torrente de gente que lloraba y maldecía a Kaikeyi, porque creía que la ciudad había perdido al emperador a causa de sus intrigas.

Vasishta, el preceptor real, llegó al salón donde yacía el cuerpo del emperador; dio el pésame a las reinas y consoló a Kausalya y a Sumitra, recordándoles que también sus antepasados habían fallecido a pesar de su poder y majestuosidad. Puesto que no había nadie para oficiar las exequias, siguiendo las instrucciones de Vasishta el cuerpo fue mantenido inmerso en aceite para retardar el proceso de descomposición. Vasishta le ordenó a un mensajero que fuera a llamar a Bharata, diciéndole que no le mencionara ni una palabra acerca de la muerte del emperador, sino que le dijera únicamente que el preceptor quería que él y su hermano regresaran de inmediato a la ciudad. El mensajero se postró a los pies del preceptor y pidió permiso al ministro para retirarse e iniciar su largo viaje en un veloz carruaje.

Desde que Ayodhya se había sumido en el dolor, Bharata tenía varias premoniciones en forma de pesadillas y despertaba aterrorizado por sus sueños; muchas noches ni siquiera dormía, se sentaba en su cama y el pánico se apoderaba de él. Tenía miedo de que le llevaran alguna mala noticia. Se levantaba antes del amanecer, y después de su baño matutino iniciaba varios ritos para propiciar a los dioses y rechazar la calamidad esperada; permanecía largo rato en su oratorio,

rezando en busca de alivio. A pesar de todo, un misterioso temor lo atormentaba.

Las pesadillas se habían venido presentando desde hacía catorce días, minando por completo su valor y fe. Mientras tanto, el mensajero de Ayodhya llegaba a la ciudad de Kekaya, donde estaba Bharata, después de quince días de largo viaje. Cuando a Bharata se le anunció su llegada a la entrada principal del palacio, ordenó que fuera conducido a su presencia para poder enterarse del motivo de su visita.

El mensajero se postró ante Bharata y le pidió que él y su hermano emprendieran el viaje hacia Ayodhya sin la más mínima demora, como lo ordenaba el preceptor. Bharata le inquirió acerca de la situación de la gente en Ayodhya, con una serie de preguntas, a las que el mensajero respondió que no había nada especial que informar, excepto que el preceptor quería que regresara de inmediato. Ésa era la misión por la cual había ido y no había nada más que decir.

Los mensajeros no hablaban más que unas pocas palabras ante sus monarcas, y éstos tampoco debían conversar con ellos por un tiempo prolongado. La costumbre exigía que el rey sólo hablara con él algunos minutos. El mensajero también tenía un código de disciplina, así que se puso de pie y abandonó el salón.

En ese momento, Bharata entró en los aposentos y se despidió de su tío materno; en compañía de su hermano Satrugna, subió al carruaje que estaba esperando, apresurándose por llegar lo más pronto posible. Como una flecha que sale disparada de un arco, el carruaje volaba por caminos, montañas, lomas y bosques. La tristeza se iba apoderando del corazón de Bharata tan rápido como avanzaba el carruaje, sin poder comprender la razón o el motivo. Una angustia inexplicable lo afligía. Bharata no quiso demorarse en el camino para alimentarse, ni siquiera para beber un poco de agua y saciar su sed.

Satrugna se dio cuenta de ese sentimiento de alarma y ansiedad que su hermano sentía y un par de veces sugirió que se hiciera un alto para comer y beber, mas Bharata lo ignoraba y permanecía en silencio. Más aún, observaron una serie de malos augurios que les iban sucediendo en el camino: los cuervos graznaban de una extraña manera, como presintiendo que ocurría algún mal, y los perros aullaban lastimeramente. Estos signos de calamidad motivaron que Satrugna perdiera la calma que había mantenido heroicamente hasta ese momento.

Cuando llegaron a la puerta principal de la ciudad de Ayodhya y vieron hacia arriba, el temor les fue confirmado, ya que los festones de hojas de mango no habían sido renovados hacía mucho tiempo; sólo colgaban hojas secas a lo largo del portal. El viento les golpeaba la cara haciéndoles crujir los dientes llenos de ira y dolor. ¿Por qué no habían colgado hojas frescas?, ¿qué le había sucedido a la ciudad?, ¿por qué esa negligencia, esa señal de zozobra? Los hermanos presintieron que algo terrible había sucedido en la capital.

Siguieron aproximándose a la ciudad. Los establos reales para caballos y elefantes estaban a la entrada; cuando Bharata los vio, la angustia se apoderó de él y perdió el control; los animales estaban de pie, sin mover un solo músculo, con las cabezas gachas y los ojos derramando lágrimas. Los mahouts y palafreneros se hallaban de pie, con semblante dolorido, incapaces de levantar la vista. Cuando se acercaron a la ciudad, encontraron las puertas de todas las casas cerradas, como si la gente declinara dar la bienvenida a nadie. Los caminos estaban polvorientos y se veía que no los habían barrido; los pocos ciudadanos que se encontraban fuera de sus moradas se volvieron al oír el carruaje que se aproximaba y, cuando reconocieron a Bharata, empezaron a llorar.

El mercado de diamantes estaba cerrado, así como todas las tiendas de la ciudad. Bharata no encontraba !as palabras precisas para preguntarle a alguien la razón de la tristeza que envolvía a la ciudad, atónito ante todos esos signos de zozobra. El carruaje entró en el palacio real; los guardias los recibieron en silencio, sin ninguna aclamación de alegría, sin los tradicionales vivas de Jai, jai, y permanecieron mudos y con la cabeza inclinada; no podían levantar la mirada, pues tenían los ojos cuajados de lágrimas. Los hermanos, plenamente convencidos de que alguna calamidad inenarrable había acontecido en la ciudad, bajaron del carro y corrieron hacia el palacio.

Kaikeyi, al ver llegar a su hijo, fue hacia él para recibirlo con alegría; el grupo de damas que caminaba tras ella lloraba con infinita tristeza. Bharata las miró al rostro y ellas detuvieron la marcha, aturdidas e incapaces de pronunciar una sola palabra. Sin embargo, Kaikeyi rompió el silencio y dijo: "Hijo, ¿cómo está tu tío?". Bharata respondió vagamente y preguntó con ansiedad: "¿Cómo están mi padre y mi hermano mayor? ¿Mi otro hermano?, ¿y mis tías las reinas?"

Kaikeyi se quedó muda; las lágrimas anegaron los ojos de las damas que estaban a su alrededor. Bharata se dio cuenta de que algo terrible le ocultaban y preguntó: "Madre, ¿dónde está mi padre?". Al oírlo, las damas irrumpieron en sollozos; al verlas, Kaikeyi sintió que no podía demorarse más; también derramó algunas lágrimas y asumió el papel de una mujer desconsolada. Bharata, cada vez más intrigado, le rogó a su madre que le explicara qué había sucedido y por qué todos estaban tan tristes.

Kaikeyi respondió: "Hijo, ¿qué te puedo decir? Me sentía muy feliz, pues con la ayuda de Mantara pude alcanzar todo lo que siempre había deseado; sin embargo, mi felicidad se ha esfumado, los dioses no la vieron con buenos ojos. El emperador, tu querido y bienamado padre, se ha ido al cielo". Kaikeyi empezó a llorar desconsolada. Al oír tan terrible noticia, Bharata se desplomó llorando desgarradoramente como la elefanta ante el rugido del león, y exclamó con pesar: "¡Ay, padre!". Así como cae un baniano, también cayó Satrugna. Su agonía era inmensa, indescriptible. Bharata se sentó sujetándose la cabeza con las

manos y lloró sin cesar; gritaba: "¡Padre, no pudimos estar junto a tu lecho cuando expiraste tu último aliento! ¡Oh, qué pecadores somos! De los cuatro hijos no todos iban a tener ese privilegio; nosotros somos los más desafortunados. En tu agonía nos habrías hablado amorosamente, nos habrías dado bendiciones y sabios consejos. Debemos agradecer que Rama sí estuvo contigo en tu agonía; con seguridad le habrás dicho a él lo que deseabas que se nos dijera. Hermano, levántate, ven conmigo, iremos con Rama y averiguaremos lo que nuestro padre nos dijo por última vez. Madre, ¿dónde podemos encontrar a Rama?". Bharata se puso de pie, presto para irse; sólo esperaba la respuesta de su madre.

Kaikeyi dijo: "¡Hijo! Si Rama hubiera estado aquí, tu padre no habría muerto, ¿no te das cuenta? Rama no está en la ciudad, ¿no lo sabías?". Eso fue como ponerle veneno a una herida; Bharata se estremeció de nuevo por lo que acababa de oír y preguntó: "Madre, Rama es mi aliento mismo, ¿dónde se ha ido?". Bharata estaba a punto de sufrir un colapso. Kaikeyi respondió rápidamente: "¿Dónde?, ¿estás preguntando dónde se ha ido? Te lo diré: fue al bosque". "Pero, ¿por qué si Rama se ha ido al bosque no ha regresado aún?", interrumpió Bharata.

Kaikeyi respondió con calma: "Hijo, no tenemos tiempo de relatar y de escuchar esa historia tan larga, primero ocúpate de efectuar las exequias de tu padre". Bharata se dio cuenta de que ella le ocultaba algo desagradable, así que le preguntó por Sita y Lakshmana y su madre respondió con firmeza: "Ambos han seguido a Rama a la jungla; van a regresar a esta ciudad después de catorce años; ésa fue la orden de tu padre".

Kaikeyi notó que Bharata se desesperaba y angustiaba cada vez más por sus palabras, por lo que acercó a su hijo hacia ella y acariciándole la cabeza, empezó a consolarlo diciéndole: "Hijo, no hay necesidad de lamentarse por lo de tu padre. Durante su vida siempre fue un hombre recto y realizó actividades nobles, así que su alma se irá al cielo. Tu deber ahora es seguir el ideal que él ha establecido para ti: el ganar fama similar por actos meritorios y gobernar el imperio felizmente. Aumenta su fama y renombre gobernando con sabiduría y misericordia y manteniendo en alto el gran nombre de la dinastía". Con esas palabras, Kaikeyi pretendía aliviar la pena de sus hijos, pero fueron como una daga a su corazón; cada palabra los hería sin piedad, Satrugna sentía un ardor por todo el cuerpo, no obstante, la escuchaba en silencio sin emitir alguna queja. Bharata, sin embargo, de repente se puso de pie, decidido a saber la verdad, pues sentía que su madre lo había engañado ocultándole algunos hechos y hablando con acertijos. Tomó a Satrugna y salió rápidamente de la habitación hacia los aposentos de Kausalya, la mayor de las reinas y madre de Rama.

Lo que vio lo dejó atónito: Kausalya yacía en el suelo, con su ropa llena de polvo, lamentándose en voz alta: "¡Oh Señor, Señor,

Rama, Rama!". Sus damas, que también estaban sumidas en el dolor, trataban de infundirle ánimo. Bharata no pudo reprimirse y gritando "¡Madre, madre!", se postró a sus pies. La reina Sumitra también estaba ahí con Kausalya. Las dos reconocieron a Bharata y a Satrugna y de súbito se desmayaron. Al recuperar el conocimiento, se abrazaron, llorando con profunda pena; era una escena desgarradora. Los hermanos, no pudiendo soportar tanto, cayeron al piso. Hablando angustiosamente, Bharata se dirigió a su madre: "Madre, llévame con mi padre, dime, ¿por qué ha muerto? ¿Por qué mis queridos hermanos Rama y Lakshmana se fueron a la jungla con Sita? Todo es un misterio para mí, sálvame de esta agonía, dime el porqué". Bharata rogaba de hinojos aferrándose a los pies de Kausalya. Ella lo abrazó con ternura y le respondió: "Con tu regreso, hijo mío, siento un poco de consuelo. Al verte, puedo olvidarme del dolor de la separación de mi querido Rama. Eres tan querido para mí como lo es él. No hago ninguna distinción". Sus palabras se entrecortaban por los sollozos y lamentos. "Rama, ¿cómo podré mantenerme viva durante catorce largos años en tanto tú estás en la selva? ¿Has decidido que yo deba ser reducida a cenizas por el dolor de la separación, como lo fue tu padre? ¡Qué desafortunada soy!". Bharata sufrió aún más al escucharla, imaginando todo tipo de tragedias y miserias, ya que él aún no conocía la verdad, y le rogó: "Madre, no me ocultes los hechos, confía en mí, dime por qué Rama se fue a la jungla y por qué causa mi padre murió; dímelo, sálvame de esta confusión".

Kausalya era humilde, honesta y compasiva por naturaleza. Recibió a Bharata como si fuera Rama mismo el que hubiese regresado. Acercó a Bharata hacia ella y enjugándose las lágrimas dijo: "Hijo, Bharata, sé valiente, no te lamentes por el pasado. Preocuparse así no tiene sentido; ocurren extraños sucesos cuando los tiempos no son propicios y las circunstancias así lo reclaman. ¿Qué beneficio se obtiene al culpar a alguien? No debemos culpar a ninguna persona; es mi destino el vivir con este dolor, no puede evitarse, debo soportarlo; mas tú eres joven, como el Sol del amanecer, recuérdalo.

"Mi querido y amado Rama, obedeciendo las órdenes de su padre, ahora viste cortezas de árboles, trae el pelo anudado en forma de chongo y vaga por la jungla. Sita, que no puede vivir lejos de él ni un momento, lo acompaña vestida con cortezas de árbol. Lakshmana intentó impedir que Rama fuera al bosque, pero sus esfuerzos fueron en vano. Entonces, declaró que Ayodhya sin Rama era en verdad una jungla para él y se fue siguiéndolo... Todo sucedió ante mis ojos; ¡qué alma tan pecadora debo ser para seguir viviendo aún.

"No pude ir con ellos ni tampoco partí de este mundo, ¿cómo puedo describir mi triste condición? Mi corazón está hecho de piedra. ¡Oh, amoroso Rama, sufres tanto desde que naciste, cuántas penurias debes de pasar comiendo sólo frutas y raíces, vagando por lúgubres

parajes de la jungla!". Kausalya no soportó más el dolor y se desmayó nuevamente.

Bharata oía y escuchaba todo, pero aún no comprendía tal enigma; se debatía temeroso y angustiado, incapaz de resolver el misterio. Mientras tanto, el ministro Sumantra trajo un mensaje del preceptor real, el sabio Vasishta, el cual ordenaba que Bharata fuera a verlo. Sumantra también estalló en sollozos al ver a los hermanos y abrazó a Bharata, quien tampoco pudo controlar su dolor. Éste esperaba que al menos Sumantra pudiera desentrañar un poco el misterio que cubría los extraños sucesos en la ciudad y trató de presionarlo para que le diera una amplia explicación, mas Sumantra no quiso hablar de ello, pensó que Bharata y Satrugna ya habían sido enterados de lo sucedido por boca de otras personas.

Los tres fueron a ver al preceptor; Bharata y Satrugna se postraron a sus pies y lloraron amargamente. Con afecto, él los hizo levantar y los consoló mediante sabios consejos plenos de moral y filosofía. "Ya hemos perdido mucho tiempo, lo cual es inconveniente" dijo y ordenó a Bharata que se preparara para llevar a cabo los ritos funerarios de su padre. Bharata reflexionó durante largo tiempo y después le rogó a Vasishta diciéndole: "Maestro, este acto debe realizarlo el hijo mayor; Rama es el mayor de los cuatro y ahora me propones que sea yo el que lo haga. ¿Es esto justo, es correcto? Has preservado el cuerpo todos estos días, mantenlo así por dos días más. Satrugna y yo iremos hacia donde está Rama y lo traeremos de regreso con nosotros; por favor, concédenos permiso para hacerlo".

Vasishta le replicó: "Hijo, no seas necio, Rama no regresará antes del período que se le ha fijado. Él respeta su palabra una vez que la ha dado. No importa cuánto le ruegues, Rama no entrará en Ayodhya hasta dentro de catorce años. Por lo tanto, desiste de tu plan; lleva a cabo las exequias de tu padre y luego haz lo que desees". Vasishta le repetía esto a Bharata una y otra vez, para tratar de convencerlo de lo inútil de su idea.

Bharata se dio cuenta de que tenía que obedecer al preceptor y aceptó. El cuerpo del padre fue aseado y se llevaron a cabo todos los ritos prescritos en los Vedas, preliminares a la cremación. Mientras tanto, urgido por un irrefrenable anhelo, Bharata fue directamente a las habitaciones de Kausalya y de Sumitra y postrándose a sus pies les suplicó: "Madres, no deben inmolarse en la pira funeraria de mi padre; si lo hacen, no llevaré a cabo las exequias".

Se aseguró de que ellas prometieran no hacerlo. Conmovidas por el amor y el afecto de Bharata, no podían hacer otra cosa sino cumplir su petición, y le dijeron: "Hijo, actuaremos de acuerdo con tu deseo".

El cuerpo fue puesto sobre la pira de madera de sándalo que se había levantado en la orilla del río Sarayu. Bharata llevó a cabo los ritos con exacta precisión, demostrando que su fe en los Vedas era mayor de lo que Vasishta imaginaba. Obsequió como caridad, en nombre de su

padre, los dieciséis bienes prescritos. Regaló vacas, tierras, oro, casas, ropa, comida, caballos, elefantes, monedas y otros valores. Quienes los recibieron elogiaron su generosidad y devoción filial.

Sin embargo, los reyes feudatarios, los sabios y sacerdotes y los habitantes en general no podían conformarse con la ausencia de Rama. Esa pena destrozaba sus corazones, la agonía de la separación causaba dolor a cada instante; se sentían presa de la impotencia, sin poder hacer algo. Rama jamás se retractaría, no regresaría, sin importar cuál fuera el motivo, hasta que el período de catorce años hubiese terminado. Tenían que aceptar eso como un hecho, por lo cual decidieron ser fuertes para soportar la pena y sobrevivir esperando su regreso, con la esperanza de regocijarse cuando el exilio terminara.

Mientras tanto, Vasishta, el preceptor real, reunió a los gobernantes feudales, a los reyes vasallos, ministros, sabios y monjes, a los consejeros del imperio y a los líderes de la ciudad y sostuvieron una reunión. Habló acerca de los cánones de la ley moral y de los deberes y obligaciones de los gobernantes señalados en el Dharmashastra (Código de conducta recta). Narró, desde el principio, toda la serie de incidentes, desde la conspiración tramada por Kaikeyi hasta el día en que Rama se fue desterrado a la selva. Después, habló acerca de las virtudes del emperador recién fallecido, su apego a la verdad, su conducta recta y sus grandes logros espirituales, su realeza y su lealtad a los mandatos védicos, los cuales lo hicieron un generoso patrono de incontables ofrendas (yajnas, gagas) y otros ritos ceremoniales. Vasishta continuó después con la narración del intento hecho por el emperador para celebrar la coronación de Rama y todos los obstáculos que encontró en su camino, los cuales terminaron con el exilio de Rama y la muerte del mismo emperador, como consecuencia del dolor de la separación de su querido y bienamado hijo.

Bharata y Satrugna, que ignoraban esos trágicos sucesos en la capital y ahora los sabían por boca del preceptor, sintieron ira, tristeza y vergüenza; inclinaron la cabeza llenos de congoja y abundantes lágrimas corrían por sus mejillas. Las personas que estaban a su alrededor difícilmente podían dirigir sus ojos hacia ellos. Vashista también se enjugaba sus ojos llenos de lágrimas. En el salón reinaba una atmósfera de tristeza y un profundo silencio dominaba en la asamblea; todos los ahí reunidos permanecían como estatuas.

Bharata y Satrugna no podían seguir escuchando lo que Vasishta narraba; estaban furiosos en contra de Kaikeyi, por su nefasta conducta. Bharata se maldijo por haber sido engendrado por una madre tan cruel; estaba tan avergonzado de las consecuencias de sus actos impíos en vidas pasadas, que no podía mirar a nadie a la cara. Ambos estaban ansiosos por salir del salón.

Vasishta supo cuáles eran los sentimientos que los embargaban y se acercó para consolarlos diciendo: "Hijos, no hay que lamentarse del pasado, lo hecho hecho está; ahora debemos pensar en lo que se debe

hacer. Su padre, debo decirlo, fue afortunado en todos los aspectos; no se lamenten más. Bharata, escúchame y acata sus órdenes con humildad; te ha otorgado !a autoridad para gobernar este imperio, y es correcto que aceptes ese don y cumplas sus órdenes. Tu padre aceptó e! exilio de Rama, ya que él mismo no podía romper su juramento; dio su vida a causa del inmenso amor que le profesaba a Rama. Murió para cumplir su promesa, no hay duda de ello; sabía que cumplir una promesa es más valioso que la vida misma. Por eso prefirió afrontar la muerte en lugar de retractarse. Además, ten en cuenta también que Rama se fue al exilio en compañía de su esposa, para que la palabra de tu padre pudiera cumplirse.

"La gloria de la línea real lkshvaku es que quien pertenece a ella sacrifica todo con tal de mantener tina promesa, una palabra; ésa es la gloria que tú compartes. Ahora debes actuar de acuerdo con la palabra de tu padre y aceptar la responsabilidad de gobernar el reino. ¡Que logres el éxito en tan ardua tarea y que la prosperidad y la sabiduría estén presentes en todo cuanto emprendas! Me aventuro a aconsejarte todo esto, por el afecto y compasión que tengo hacia ti, pues de otra manera no habría puesto sobre tus hombros una responsabilidad tan grande; sé que puedes mantener en alto el nombre de tu padre. Tienes la habilidad, destreza y valor necesarios para llevar a cabo esta tarea; no dudes ni vaciles. Acepta el cargo".

Vasishta le dio unas palmadas en la espalda y lo bendijo; Bharata agradeció el sabio consejo y cuando el preceptor terminó, se puso de pie rápidamente y se postró a los pies del maestro. Hizo un esfuerzo para hablar, pues sentía una pena inconsolable; sus labios temblaban, sentía un nudo en la garganta. Las palabras difícilmente fueron tomando sentido y dijo: "Maestro, ¿tus palabras son en verdad muestra de tu amor y compasión? No; de hecho tú no sientes amor y compasión hacia mí, porque si los tuvieras jamás habrías accedido a asignarme semejante responsabilidad. Me estás sentenciando a este castigo sin la menor compasión. Este imperio que llevó a la persona más pura y santa al exilio y que ha sumido a la población entera en muchos años de incesantes lágrimas, que ha perdido al más recto de sus gobernantes y traído la infamia eterna a su dinastía gobernante, el linaje lkshvaku, este imperio que ha causado que mis madres Kausalya, Sumitra y las demás hayan quedado viudas y que se ha degradado a sí mismo de tantas maneras, es el que ahora tú me confías.

Éstas son las consecuencias de los pecados que debo de haber cometido, la consecuencia de que este desafortunado ser humano haya nacido de la matriz de la encarnación de crueldad y odWo: Kaikeyi. En lugar de darme este castigo, por favor, ten misericordia y mándame donde está Rama; puedo hacer que mi vida valga la pena y salvarme si me ocupo de limpiarles el camino, yendo delante de ellos para suavizarlo cuando ellos lo pisen. No puedo permanecer en este lugar ni un momento más".

Bharata se postró a los pies de su preceptor para pedirle permiso de internarse en la jungla. Al escucharlo, los ministros de estado se pusieron de pie y con las manos juntas rogaron: "Señor, no es propio que prolongues este asunto por más tiempo. En este momento no tenemos gobernante; no puedes eludir la responsabilidad que el preceptor te está imponiendo. Cuando Rama regrese, puedes actuar de la manera que prefieras, pero ahora, por favor, acepta nuestros ruegos: protege a la realeza y promueve la prosperidad de la gente. Acepta el cargo".

Bharata no respondió a su insistencia; en lugar de ello, quería salir de ahí para ir con la madre Kausalya y verla por un momento. Vasishta accedió inmediatamente. Bharata y Satrugna salieron de la reunión y se dirigieron hacia el palacio de Kausalya; al estar frente a ella se postraron a sus pies y Bharata le dijo: "Madre, este desafortunado Bharata pide perdón por haber sido el causante de esta calamidad, habiendo nacido del seno de una malvada mujer, Kaikeyi; este maldito Bharata es la fuente de miseria del reino. Dame permiso para irme a la selva, no puedo moverme ni caminar ni un momento más en

Ayodhya con la cabeza erguida después de que mi maestro y señor, Rama, se ha ido por mi culpa. Este imperio le pertenece por derecho al hijo mayor; esta persona tan insignificante no tiene derecho sobre él; no necesito esta carga, no la puedo soportar. Bendíceme para que me pueda ir enseguida". Después de hablar así, Bharata esperó de pie, lleno de tristeza.

Kausalya se armó de valor y empezó a consolar a Bharata diciéndole: "Bharata, considera las circunstancias y olvida tu dolor. Éste no es momento para flaquear: Rama está allá en medio de la jungla; tu padre está en el cielo. Tus madres, parientes, amigos y todos los súbditos están hundidos en el dolor y la zozobra. Todos ven en ti a su único refugio y consuelo. Comprende que todo esto ha sucedido porque el momento no era propicio; por consiguiente, las acciones de los hombres se vuelven incorrectas y horrendas. Ten valor y decide, obedece las instrucciones de tu padre y sométete a las órdenes del gurú Vasishta; atiende las peticiones de la gente y actúa como los ministros te están rogando que lo hagas".

Kausalya estrechaba las manos de Bharata mientras trataba de persuadirlo para que aceptara asumir la autoridad de! reino. Sus palabras eran de una extraña dulzura, como fresca pasta de sándalo, sobre un corazón ardiente; eran dulces al oído y se disfrutaba oírlas. Kausalya en ningún momento dijo una palabra de condena hacia la madre de Bharata, quien había sido la causa de toda esa serie de desastres; no guardaba ni la más mínima duda con respecto a su lealtad. Bharata se sintió inmensamente feliz y aliviado cuando escuchó sus palabras y se llenó de infinito deleite al darse cuenta qué grande era su corazón y qué sincero el afecto que sentía hacia él. No había

calculado, ni siquiera en su sueño más fantasioso, que Kausalya pudiera tratarlo así cuando su hijo estaba en el exilio, y además derramar un afecto inconmensurable sobre él, que era hijo de otra esposa de su marido. Qué diferencia, pensaba, entre su propia madre, Kaikeyi, y Kausalya; no podía compararlas. Encontraba en Kausalya la consumación y realización del amor que llena de gozo el corazón.

Juntó sus palmas y dijo: "Madre, tus palabras llenas de ternura y amor son como una fresca lluvia de agua de rosas sobre mi corazón lacerado. Tal vez me has confundido con Rama, pero, ¡ay!, yo no soy ese Rama de corazón puro; yo soy Bharata, nacido de Kaikeyi, tengo una naturaleza malvada, heredada de ella; soy malo, sin ningún sentido de vergüenza y enemigo de Rama. Te has confundido creyendo que yo era Rama y por eso me has hablado con tanta bondad y afecto; tu corazón está tan compenetrado en Rama, que les hablas a todos como si le hablaras a Rama mismo. Te digo la verdad, madre, ¡escucha mis ruegos!

"Madre, sólo las personas rectas merecen gobernar; cuando personas con inteligencia malévola y vergonzosas habilidades como la mía gobiernan un reino, la tierra degenerará en una imagen de las regiones inferiores. Los egoístas atrevidos, los aventureros de mente estrecha, los buitres codiciosos, las personalidades amantes de la vanagloria, los individuos que sólo piensan en su persona, gente que sufre de envidia crónica, ninguno de éstos tiene el derecho de gobernar. Dañan los intereses de sus súbditos y destruyen las bases de la rectitud; el reino se arruinaría con ellos. Sólo aquéllos que van por el camino de la virtud y la conducta recta merecen gobernar. Sólo conozco a uno y ése es Rama, no sé de nadie más. Por lo tanto, parto en este mismo instante y al abrazar los pies de Rama le rogaré; lo traeré de regreso conmigo a Ayodhya. Dame tu permiso, bendíceme, no te demores más".

Las palabras de Bharata enternecieron el corazón de Kausalya y le habló así: "Hijo, siento que en ti surgen los mismos sentimientos que mi Rama tiene. Al verte puedo soportar un poco más la agonía de la separación de él; así que si te vas a la jungla, ¿qué nos va a suceder a nosotros? Si afirmas que tu partida es inevitable, entonces llévame contigo, pues, ¿con quién voy a vivir el resto de mis días en Ayodhya? Habiendo perdido al marido y estando separada de! hijo, la esposa no tiene sino que desfallecer por la agonía de la pérdida. Ve, consigue el permiso del gurú Vasishta. Iremos al bosque y conviviremos por lo menos unos momentos con Sita, Rama y Lakshmana. Sólo así podré morir feliz". Cuando ella le dijo esto, Bharata tuvo un poco de paz y consuelo.

Luego se postró a los pies de Kausalya y Sumitra y prosiguió hacia el palacio de Kaikey Bharata entró primero y Satrugna lo siguió; sentían mucha tristeza y resentimiento hacia Kaikeyi, pues ésta, habiendo puesto toda su confianza en Mantara, sólo había ocasionado

desgracias. Trataron de controlar la ira que se apoderaba de ellos. Por fin, entraron en el palacio; en la entrada vieron a Mantara, toda cubierta de joyas, esperando para recibirlos. Satrugna perdió el control al verla y, tomándola del pelo, la tiró al suelo y descargó sobre ella una lluvia de golpes. Mantara empezó a gemir y cuando sus gritos llegaron a los oídos de Kaikey¡, ésta corrió hacia donde se encontraban y reprendió a Satrugna por esa acción.

Aprovechando la oportunidad, Bharata empezó a hablar con furia incontrolable, gritándole a su madre: "¡Vergüenza, la más vil de todas las pecadoras! Tuviste fe en las palabras de esta malvada mujer y cometiste un pecado despreciable. ¿Por qué tu corazón no se hizo pedazos cuando el ruin consejo de esta mujer entró en él? ¿Cómo pudo tu lengua pronunciar esas funestas peticiones, por qué no se te hizo cenizas cuando expresó esos abominables deseos? ¿Con qué cara te atreves a vivir en este palacio? ¿No sientes vergüenza? ¿Cómo pudo el emperador creer las palabras de una persona tan mala como tú? Cegado por la lujuria, aceptó apartarse del hijo para poder ganar ala esposa. La conspiración que urdiste era ruin y traía la miseria consigo, y así contaminaste el corazón puro del emperador, le prendiste fuego al reino, has destruido la dinastía y su gloria, has traído la desgracia eterna a la línea real de los Raghu; tu malvado y venenoso corazón ha logrado su ruina.

"Declarar que tú eres mi madre es un grave pecado; ¿cómo pudiste creer que perjudicando a alguien tu hijo iba a tener buena fortuna? ¿Acaso no quieren los demás a sus hijos tanto como tú a los tuyos? Las mujeres que les desean el mal a los hijos de otros sólo logran daño para los suyos. ¿Cómo olvidaste esta gran verdad? Seguramente se debe a los pecados que has cometido en tu pasado. ¡No todo esto se debe a mí! O si no, ¿por qué el puro, honrado e inmaculado Rama, mi bienamado hermano, y la corona de castidad y bondad que es la madre Sita, vagan por la temible jungla? ¡Oh, qué crueldad! ¡Qué espantoso! Maldita sea. Que tenga yo que hablar con una pecadora de corazón tan vil es sólo el resultado de los pecados que debo de haber cometido en mi pasado. ¡Ay!, me pregunto qué pecado tan tremendo cometí para merecer este castigo, esta desgracia de haber nacido de tu vientre. Los pecadores sólo tienen como compañeros a los mismos pecadores; ¿cómo se les puede asociar con hombres buenos, hombres cuya virtud y vida correcta son innegables?

"Esta dinastía solar es tan sagrada, tan pura como el cisne celestial, sin rasgo de mancha. Pero, a decir verdad, tú eres como tu madre, la cual mandó matar a su esposo con tal de lograr su ambición. Tú también has matado a tu esposo para realizar tu egoísta deseo. ¿Puede un hijo más joven gobernar un imperio ignorando al hijo mayor, contrariamente a la práctica establecida en la línea real?

"Tú no tuviste esta idea fatal ahora, no; estaba latente ahí, como una semilla. De otro modo no se habría manifestado de repente como

un enorme árbol. Dotada con una naturaleza tan malvada, mejor me hubieras asfixiado en cuanto nací y salvado a mí y al imperio de toda esta miseria. ¿De qué sirve ahora lamentarse del pasado? Tu maldad te ha ordenado que cortes el tronco y derribes las ramas; te ha indicado que cuides la vida de los peces sacando el agua de su estanque; no sé si reír o llorar ante tu estupidez.

"En lugar de perder estos minutos hablando contigo, mejor voy en busca de Rama para rogarle que regrese a Ayodhya. Si se niega a volver, estoy decidido a quedarme con él, como lo ha hecho Lakshmana, y ser feliz atendiéndolo y no volveré a ver tu rostro jamás".

Diciendo esto, Bharata le dio la espalda y salió con su hermano. Kaikeyi reflexionaba acerca de su errónea acción y se lamentaba del fracaso de su plan; muy tarde se había dado cuenta de que cualquiera que llevara a cabo un plan malévolo, sólo obtendría de él una felicidad temporal; con seguridad su mal proceder la conduciría tarde o temprano a la ruina y no veía escapatoria posible. No encontraba palabras para expresar su remordimiento y pena, así que se quedó ahí de pie, muda e inmóvil como una estatua.

Kaikeyi se disgustó con Mantara y comprendió al fin la realidad; se sintió feliz por la actitud tan recta que Rama había adoptado e inclinó la cabeza, avergonzada, al reconocer su pecado.

17. LOS HERMANOS SE REÚNEN

Bharata y Satrugna fueron directamente al lugar donde los ministros, el preceptor real y los líderes de la ciudad estaban reunidos. Todos ellos esperaban su llegada, ansiosos de saber lo que habían resuelto.

Bharata se postró a los pies del preceptor y declaró: "Divino maestro, te voy a decir mis honestas intenciones. Por favor, cree en mi sinceridad, ya que no te ocultaré nada; te estoy abriendo mi corazón sin reservas. El efecto es más duro que la causa, el metal que es extraído de la tierra es más duro que la tierra misma, como ya lo sabes. Habiendo nacido de la matriz de Kaikeyi, la del corazón cruel, yo soy de corazón más cruel aún. Porque de otra manera, ¿cómo te explicas que todavía siga vivo, a pesar de que Rama está lejos de mí? Kaikeyi ha exiliado a Sita y Lakshmana a las selvas, ha enviado a su marido al cielo, ha sumido a los súbditos de este vasto imperio en el dolor y la ansiedad, y ha traído la infamia eterna sobre su hijo. Y ahora tú me demandas gobernar el imperio y cubrirme así de eterna desgracia. No me siento feliz en lo más mínimo con tal obligación; no merezco tal distinción. ¿No se reirá la gente de mí, burlándose, si yo me sentara en el trono real como señor y gobernante cuando Rama está vagando por la jungla?

"Mi gobierno sólo ocasionaría daño a la gente, ya que mi ascenso en sí sería inmoral e incorrecto. ¿Y quién podría respetar a un usurpador y obedecer sus órdenes? No podría castigar a los malhechores y a los inmorales. ¿Con qué derecho podría corregir a los que violan la ley cuando yo mismo he cometido un enorme pecado al ascender al trono que no me corresponde por derecho? La gente, con toda seguridad, me señalaría cuando la oportunidad se presentara, aunque pudiera guardar silencio durante algún tiempo, por temor a las represalias que yo pudiese tomar usando mi autoridad.

"El malvado plan de mi madre me ha causado bastante daño. No puedo esperar ni un segundo más aquí sin ver a Sita y a Rama. Sólo quiero que sepas que me aqueja una terrible angustia y únicamente viendo a Rama podría aliviar mis penas y curar mi agonía; ninguna palabra de consuelo puede reconfortarme. He obtenido el permiso de Kausalya y de Sumitra para que al amanecer vaya en busca de Rama. Mis pecados, por muchos que sean, serán reducidos a cenizas en el momento que los ojos de Rama se posen en mí; aun si Rama no me hablara, sería feliz de recibir siempre su visión divina (darshan), escondiéndome tras algún árbol y siguiéndolo a distancia, feliz con esa oportunidad. ¡Personas mayores y honorables reunidas aquí, recen por mí, bendíganme para que mediante el darshan de Rama pueda seguir adelante! ¡Ministros, concédanme permiso para ir hacia la presencia de Rama, soy el esclavo del Señor Rama; él es el Señor de todos nosotros!"

Nadie, en esa reunión de ministros, reyes y líderes, pudo alzar su voz en respuesta. Comprendieron el profundo remordimiento de

Bharata y percibieron la pureza de su corazón, puesto que se rehusaba a seguir atado en las redes de la conspiración que su madre había urdido alrededor de él.

El jefe de los ministros de la ciudad se puso de pie y dijo: "Señor, iremos contigo. También para nosotros la separación de Rama es una agonía; no nos importa el destino de nuestras vidas después de que hayamos tenido la oportunidad de recibir su darshan".

Los demás apoyaron la sugerencia y rogaron también ser llevados en busca de Rama. En pocos minutos, la noticia se divulgó por toda la ciudad y hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos se alistaron para partir. ¿Quién podía disuadirlos? Ese día no había nadie entre la población de Ayodhya que fuera tan cruel como para impedir a otros que fuesen a recibir la visión divina de Rama. Las madres Kausalya y Sumitra también se prepararon para salir en compañía de sus damas.

Mientras tanto, Kaikeyi, sobrecogida de arrepentimiento por sus errores y pecados, le rogó a Kausalya que también le fuese permitido acompañar a las reinas; suplicaba que se le permitiera implorar el perdón y así unirse con los demás en sus intentos por persuadir a Rama para que regresara a Ayodhya. Kausalya, de corazón puro e inmaculado, no tenía la menor duda o desviación de su conciencia de lo correcto y mandó decirle que se podía unir al grupo.

A Bharata se le informó que la población entera estaba a punto de partir. Al saberlo, dispuso que por lo menos algunos ministros se quedaran para proteger ala ciudad y no dejarla desamparada, por lo que algunos tuvieron que quedarse. Los vehículos de transporte de los habitantes de Ayodhya se prepararon esa misma noche para poder iniciar la ardua jornada al amanecer. Prácticamente todo vehículo rodante fue preparado para ese propósito; la comida y bebida para toda la gente fue debidamente dispuesta. Como los pájaros chakravaka, los hombres y las mujeres de Ayodhya esperaban el amanecer para viajar en busca de su querido y bienamado Señor. Los ciudadanos pasaron la noche en extática contemplación, anticipando el darshan que les aguardaba.

El ejército, con sus carruajes, elefantes, caballos e infantería, se preparó para la marcha. A los eruditos védicos se les pidió que continuamente recitaran himnos auspiciosos, además de llevar consigo los elementos ceremoniales para la adoración del fuego. A la hora correcta según las observaciones de los astrólogos, fueron llevados al palacio el carruaje líder para Bharata y Satrugna y el palanquín para la reina Kausalya. Bharata ordenó que todos ocuparan el carruaje o el vehículo que se les había asignado, y dejando que su carro avanzara sin nadie adentro, Bharata y Satrugna caminaron descalzos a su lado.

La gente pensó que ellos caminarían sólo durante un momento y alguna corta distancia, pero más tarde se dieron cuenta de que Bharata no tenía intención de subirse al carro, cualquiera fuese la distancia que

hubiera que cubrir. Kausalya no pudo tolerar más y le dijo: "Hijo, no soporto verte caminar. Siéntate en el carro por lo menos un momento". Bharata le respondió: "Madre, esto es sólo para redimir los pecados que llevo a cuestas. Al caminar por este sendero, ¿sufro por lo menos una fracción de lo que Rama y Sita están sufriendo en el bosque, caminando descalzos? Si ellos caminan descalzos, sería injusto que yo, su sirviente, viajara en un carruaje; perdóname por desobedecer tus órdenes, permíteme caminar como lo hago ahora".

Mientras tanto, el preceptor real, Vasishta, y su consorte, Arundati, los cuales viajaban en el carruaje de atrás, se detuvieron al saber la determinación de Bharata y le rogaron que por lo menos se sentara en su carruaje y fuera su cochero. Sin embargo, Bharata se mostró inflexible y dijo: "Yo soy el sirviente de Rama y sólo me debo a su carruaje; hasta que no obtenga el honor de ser su cochero, no subiré a ningún carruaje ni sostendré las riendas de ningún otro. Ésta es mi palabra". Vasishta desistió en su intento por persuadirlo. Estaba contento al ver el amor y reverencia que Bharata sentía hacia Rama.

Llegaron a la ribera del río Tamasa, al anochecer del primer día y, al día siguiente, llegaron a la ribera del Gomati. El Tamasa es afluente del río Gogra y el Gomati es afluente del Ganges. En cuanto oscureció, los carruajes se detuvieron y se buscó abrigo para mujeres, niños y ancianos; el ministro ordenó a los soldados que distribuyeran comida a la gente, sin distinción alguna y con respeto. A decir verdad, durante el viaje cada persona desempeñó con disciplina y entusiasmo el trabajo que se le había asignado. Todos cuidaban de que nadie tuviera dificultades.

Reanudaron el viaje, y al tercer día llegaron a Sringiverapuram, cuando ya oscurecía. El rey de los nishadas vio a la multitud y al ejército y, preocupado, se preguntaba por qué Bharata se dirigía al bosque acompañado de todo el ejército. ¿Qué significaba aquello? Trató de resolver el misterio argumentando dentro de sí acerca de las posibles razones de aquel inusual proceder y se decía a sí mismo: "Si el árbol es ponzoñoso, el fruto también lo es". Y tratando de frustrar los planes de Bharata, ordenó a sus hombres que hundieran todas las embarcaciones en las profundidades del Ganges, indicándoles que impidieran que el príncipe y sus acompañantes cruzaran el río, aun a costa de sus vidas.

El rey de los nishadas se preparó con su arco y su flecha, listo para atacar, dispuesto a sacrificar su vida por la causa de su bienamado Rama, a pesar de que el ejército que acompañaba a Bharata era superior al suyo.

Alertó a su comunidad a prepararse para la inminente batalla. Después se alistó para encontrarse con Bharata y descubrir si venía como enemigo, como amigo o en plan neutral, como un visitante que va de paso y no es motivo de preocupación. Sabiendo que Bharata era un príncipe de linaje imperial, le llevó como ofrendas grandes cantidades

de flores, pescado, carne y frutas. Planeaba descubrir la intención de Bharata al percibir sus reacciones ante los diversos presentes que le iba a ofrecer. Las raíces, tubérculos y frutos son alimentos sátvicos; si los prefería, con seguridad debía reconocérsele como un amigo. La carne era alimento rajásico; si prefería ese tipo de alimento, indicaría que era neutral, aquél que no es ni aliado ni adversario. Mas si prefería el pescado indicaría que era un enemigo, ya que es un alimento tamásico.

Llevando consigo esas ofrendas, el jefe de los nishadas fue al encuentro de Bharata. Buenos augurios le dieron la bienvenida desde el primer momento; sus ojos se posaron en el sabio Vasishta, corrió hacia él y se postró a sus pies, anunciándose por su no¡ abre. El preceptor lo reconoció como el compañero de Rama, lo bendijo y, llamando a Bharata a su lado, le habló de él como el amigo de su hermano.

Tan pronto como esas palabras llegaron a sus oídos, Bharata abrazó calurosamente a Guha y le hizo muchas preguntas acerca de su salud y su bienestar y le pidió le relatara cómo había conocido a Rama. Cuando Guha mencionó que Rama había pasado toda la noche con él en las riberas de ese mismo río, Bharata mostró gran interés por escuchar la descripción de esa noche; sus ojos y oídos estaban sedientos del néctar de ese relato. El jefe de los nishadas fue todo alabanzas para Rama. Les mostró la cabaña que había preparado para que Sita y los hermanos pudieran descansar durante un tiempo, también le habló de la conversación que había sostenido con Lakshmana aquella noche. Al escuchar ese relato, Bharata y Satrugna no pudieron evitar las lágrimas que rodaban por sus mejillas y la tristeza se apoderó de ellos. Al observarlos, Guha se convenció de que sólo guardaban amor de hermanos hacia Rama y de que no había ningún rasgo de hostilidad en ellos. Se sorprendió de su devoción y dedicación sincera.

Bharata revisó las cabañas construidas para el uso de Sita, Rama y Lakshmana y pidió que se les tuviera el debido cuidado para que no sufrieran daño alguno. Obedeciendo las órdenes del preceptor, Bharata llevó a cabo el baño ceremonial en el sagrado río Ganges, junto con sus madres. Poco después le pidió a Guha que los llevara al lugar donde Rama había pasado la noche. Señalando un montículo de pasto esparcido por el viento, Guha dijo: "Sita y Rama descansaron aquí, en esta cama de pasto seco, esa noche". Bharata y Satrugna se postraron frente a ese sagrado lugar; Bharata se lamentaba: "¡Ay! Mi señor, acostumbrado a dormir sobre una suave cama de seda, ¿cómo pudo dormir sobre algo tan duro? ¡Ay!, ¿cómo pudo esa santa madre Sita soportar toda esa incomodidad?". Vencido por la tristeza, Bharata no pudo apartarse del lugar durante largo tiempo.

Más tarde, Bharata pidió que le enseñaran los lugares que habían santificado Rama, Sita y Lakshmana al haber caminado sobre ellos. Guha los llevó hacia un árbol de ashoka, bajo cuya sombra se habían sentado durante algún tiempo para comer una merienda ligera a

base de frutas. Ahí también los hermanos se postraron con reverencia, pues sabían que era un lugar sagrado.

Al caminar por los lugares santificados por Rama, Sita y Lakshmana, los dos hermanos sufrían una indescriptible agonía. La humildad, reverencia y devoción que manifestaban enternecieron el corazón del jefe de los nishadas. Bharata no podía contener su angustia cuando supo !as incomodidades que estaba sufriendo Sita, la misma diosa Mahalakshmi, la querida y bienamada hija del emperador Janaka, la nuera del emperador Dasarata y la consorte de Rama, el poderoso. Bharata le confió a Guha que los habitantes de la ciudad de Ayodhya no podían sobrevivir por más tiempo, a causa de la ausencia de la sagrada pareja. Rama y Sita se habían marchado y sentían que Ayodhya se había transformado en una jungla, a causa de la partida de Rama. Confesó que tampoco él podía soportar la tristeza, que también se había dado cuenta de que dondequiera que Rama estuviera sería Ayodhya misma. Además, explicó que marchaba con sus seguidores y ciudadanos en busca de la sagrada presencia de Rama.

Guha comprendió la situación y desechó la desconfianza que había sentido al ver a Bharata avanzar con su ejército hacia la selva donde Rama se encontraba. Abrió su corazón a Bharata y le rogó que lo perdonara por la duda que se había apoderado de su mente al ignorar sus intenciones; Bharata le dijo que sus temores eran naturales y que no había cometido ningún error, pues la verdad era que él también era un malvado villano: "Yo soy el culpable del exilio de Rama dijo por ese crimen merezco la muerte, ¡aquél que me mate no cometerá pecado alguno!", exclamó. Al escuchar a Bharata condenarse a sí mismo, Guha no cesaba de implorar perdón.

La noticia de que Bharata había llegado a la ribera del Ganges se difundió en Sringiverapuram, la capital de los nishadas. Todos los súbditos de Guha, en grupos, se apresuraron a honrar al hermano de Rama. Se extasiaron con la belleza y majestuosidad de los hermanos y los alabaron, postrándose con reverencia ante ellos, no sin antes reprender a la reina Kaikeyi. Culpaban al dios del destino, Brahma, por haber sido tan cruel; derramaron lágrimas y alabaron a Rama de muchas maneras. Hombres, mujeres y niños les rogaron a Bharata y a Satrugna que trajeran a Rama, a Sita y a Lakshmana de regreso con ellos.

Bharata estaba tan sorprendido que se quedó mudo, tal era la demostración de pesar por la separación de Rama; las lágrimas rodaban por su rostro: "Rogar es mi tarea. Lo que suceda con mis ruegos depende de la gracia de Rama. Sólo soy un esclavo, ¿quién soy yo para presionar a Rama? Unanse conmigo en la oración, oren desde lo más profundo de su corazón para que Rama regrese a Ayodhya; su corazón de seguro se enternecerá ante nuestra agonía. Es nuestro deber. Unan sus oraciones a las mías para tener éxito; Rama ha venido a salvar al mundo y no va a rechazar las oraciones de la gente". Bharata consoló y

confortó a los nishadas y a todos los demás, de la mejor manera posible. Cuando llegó la noche, Bharata le pidió al jefe de los nishadas que le indicara a su gente que regresase a sus casas. Después, comieron las frutas que Guha le había ofrecido y pasaron la noche en vela, hablando de Rama y de su gloria.

Cuando el cielo se iluminó con el nuevo día, Bharata ordenó al ministro que despertara a toda la gente, se bañó en el sagrado Ganges con su hermano, y lo mismo hicieron las madres; todos estuvieron listos para continuar la jornada. Guha consiguió suficientes embarcaciones para ayudar a cruzar a la gran masa de gente, carruajes, caballos, etcétera, que habían acompañado a Bharata. La tarea de llevarlos al otro lado del Ganges fue cumplida rápida y exitosamente. Después de asegurarse de que todos habían sido transportados, Guha se dirigió a la jungla, mostrándole el camino a Bharata. Los brahmanes y el preceptor Vasishta caminaron en grupo; la gente de Ayodhya marchaba formando una masa enorme, e! ejército seguía atrás; viajando así, Bharata llegó al atardecer a la confluencia de los ríos Ganges y Yamuna, el sagrado Prayag. Bharata jamás había caminado tanto, descalzo; sus pies estaban lacerados y le dolían tremendamente. Sin embargo, siguió adelante, pues sentía que su martirio era una recompensa por el dolor que Rama había sentido. Bharata ignoró el dolor, ya que estaba consciente sólo del dolor que Rama sufría en ese momento.

A Prayag se lo conoce como Triveni, ya que el río Sarasvati también confluye con los ríos gemelos en ese sagrado lugar; por ello es: tres veces sagrado. Ahí, en esa renombrada confluencia, .se bañaron con los ritos tradicionales. Los anacoretas, ermitaños, célibes, sabios y monjes de Prayag se sentían felices antela posibilidad de extasiarse con tan sólo ver a Bharata; se decían entre ellos: "¡Oh, él tiene el mismo halo que Rama!; de hecho su apariencia es prácticamente igual". Todos los que lo miraban no querían ni parpadear para no interrumpir el deleite que les producía el verlo.

Los habitantes del ashram de Bharadvaja, en Prayag, supieron de la llegada de los hermanos acompañados por sus madres, ministros y ejército. El sabio Bharadvaja ordenó a sus discípulos acudir al encuentro de Bharata para invitarlo a visitar el ashram. Tomando su invitación como una orden, Bharata y su grupo entraron en el ashram. Los hermanos se postraron ante el monarca de las órdenes monásticas, quien los hizo incorporarse tomándolos de los hombros y los acercó a él con gran afecto, después de lo cual les ofreció bebidas refrescantes. Se percató de que Bharata estaba sentado con la cabeza inclinada, avergonzado y temeroso de que su participación en el exilio de Rama fuera descubierta mediante preguntas que le pudieran hacer. Bharadvaja descubrió la razón de su silencio y nerviosismo y le dijo: "Bharata, no tienes por qué sentir aprensión; estoy muy consciente de todo lo que ha sucedido. Nadie puede controlar o dirigir el paso del destino. ¿Por qué padecer por los dones que tu madre pidió? No se le

puede atribuir ni el más mínimo indicio de haber hecho mal; la voluntad de Dios la indujo a actuar así. Kaikeyi yo lo sé ama a Rama tanto como a su propio aliento, así que la razón por la cual su mente se desquició debe ser buscada, no en el aspecto humano del pensamiento y de la razón, sino sólo en el designio divino. Tal como el mundo juzga los hechos, lo que Kaikeyi hizo estuvo mal; como los Vedas lo establecen, la diosa Sarasvati, que preside el habla, ha hecho mal. Debes saber que lo que ha sucedido va en conformidad con la voluntad del Todopoderoso.

"Bharata, el mundo hablará con fervor de tu renombre sin mácula y cantará tus alabanzas. Los Vedas adquirirán más importancia gracias a personas como tú, que ejemplifican sus enseñanzas y demuestran su eficacia. ¡No lo dudes! El hijo a quien el padre confía el reino es considerado, por ese hecho, merecedor del derecho a gobernarlo. Ese inflexible adepto de la verdad, ese gobernante de alma tan elevada como lo fue el emperador Dasarata, te dio el imperio a ti, ordenándote que actuaras de acuerdo con el dharma (deber) de los monarcas.

"E! exilio de Rama al bosque ha causado una serie de calamidades: el mundo entero está sumido en la tristeza por este suceso y tu madre está arrepentida por su mal proceder. Sin embargo, tú no has sido contagiado por ningún mal, eres inacente y libre de mancha. Ningún mal se te puede atribuir a ti si ahora riges el imperio; de hecho, Rama sería muy feliz de saber que tú has tomado el mando del reino.

'También debo decir que la misión que te has propuesto llevar a cabo es muy loable. Tu propósito es altamente encomiable, ya que la devoción a los pies de lotc de Rama es el manantial y fuente de toda prosperidad y progreso. Bharata, puedo declarar abiertamente que no hay nadie tan virtuoso y afortunado como tú; te has mostrado digno de ser el querido y bienamado hermano menor de Rama. El santificó nuestro ashram cuando iba camino a la jungla; ese día, hasta la medianoche, Rama estuvo hablándome de ti y de tus virtudes; fueron conmigo hacia Prayag para realizar el baño sagrado y aun en ese momento, cuando se estaba bañando, te mencionaba. Se sentía muy triste de no haberte podido ver a ti y a Satrugna antes de alejarse de Ayodhya. El amor que Rama siente hacia ti es infinito.

"Además, Rama siempre está dispuesto a aliviar el dolor de aquéllos que se refugian en él; el mundo entero es su familia, todos son sus parientes. Yo creo que tú eres el "afecto" de Rama en forma humana, nada menos. La mancha que sientes sobre tu nombre es para mí una lección, un ejemplo y una inspiración. ¡Bharata!, no debes dejarte abatir por la tristeza; tienes en tu poder la gema otorgadora de deseos; ¿por qué debes lamentarte diciendo que eres pobre? No está bien que lo hagas. El darshan de Sita, Rama y Lakshmana es en verdad el tesoro que todos buscan; yo he tenido esa fortuna, pues he extasiado mi mirada en ese darshan; pude hablar con ellos, estuve en su

presencia y también pude tocarlos; gocé del privilegio y el placer de ser su anfitrión. Tal vez aún había un saldo de buena fortuna aguardándome, ya que ahora he tenido el placer de tener también tu darshan. El éxtasis ha inundado ahora mi corazón, en verdad he sido bendecido. Rama se ha exiliado en la selva para el bien de nosotros, los ascetas que vivimos aquí, con el fin de que nuestros anhelos puedan cumplirse y nuestra santidad elevarse; somos benditos por ello".

De esta manera, Bharadvaja, el gran sabio, alabó a Bharata por sus múltiples virtudes y excelencias. Mientras así hablaba, lágrimas de alegría corrían por las mejillas del venerable asceta. Bharata y Satrugna pensaban en Rama, en su ¡limitado amor; sintieron que en verdad eran afortunados de ser sus hermanos, mas aquella dicha se esfumó de inmediato por el pensamiento de que ellos habían sido privados de la presencia de esa encarnación de amor. Nuevamente cayeron en el abatimiento, en una agonía insoportable y un inexpresable dolor.

Con voz temblorosa por la angustia, Bharata dijo, poniéndose de pie, pues se encontraba postrado ante el sabio: "Maestro, tú conoces el pasado, el presente y el futuro, has dicho sólo la verdad. Tú eres un maestro de la verdad más elevada y Rama es invencible en habilidad y poder; he resuelto hablar en tu presencia sólo la verdad. Rama conoce los sentimientos de la gente y lo que ahora los inquieta. En este momento no siento dolor por el mal cometido por mi madre, tampoco tengo miedo de que la gente me culpe por la tragedia que ha caído sobre ellos y no siento desesperación, aun si se me dice que no tengo derecho al cielo.

"Mi padre ha ganado renombre; aunque muerto, su fama se ha extendido por el mundo entero. Cuando su bienamado hijo Rama se alejó en compañía de Lakshmana, en ese instante decidió dejar de vivir al no soportar el golpe de esa separación y, por lo tanto, no hay razón para sentir pesar por él. Sin embargo, Sita, Rama y Lakshmana vagan descalzos, vistiendo ropa de ascetas, viven en cabañas de paja y duermen sobre esteras de hierba kusa, están quemados por el sol, son empapados por la lluvia, tiemblan por el frío y soportan su rigor, sufren incontables incomodidades en la jungla, ¿no es así? Ahora dime, ¿no soy yo la única causa de todos esos pesares? Este triste hecho es el que me está consumiendo día y noche. He perdido el apetito y no logro conciliar el sueño, y la maldad de mi madre se ha convertido en una daga que atraviesa mi corazón. El ardid de ella para que se me instalara en el trono se ha convertido en una trampa para arruinarme. La agonía que me está royendo las entrañas no puede ser calmada, haga lo que hiciere; nada la puede curar, sólo terminará el día que Rama regrese a Ayodhya; ningún otro remedio existe para acabar con esta agonía".

Los monjes que se habían reunido a su alrededor escuchaban con deleite las palabras del príncipe. Bharadvaja le dijo: "Hijo, no sufras más. En el momento en que tus ojos se posen en los pies de loto de

Rama, la carga de dolor que te atormenta, con seguridad desaparecerá". Los ascetas también lo consolaron y confortaron de varias maneras. Poco después, el gran sabio le pidió a un discípulo que consiguiera raíces, tubérculos y frutos para ofrecerlos a Bharata y Satrugna y ordenó a sus discípulos que se organizaran para que surtieran de alimento a los ministros, cortesanos y ciudadanos de Ayodhya, todos los cuales habían soportado sin ninguna queja tantos inconvenientes en el camino, por su anhelo de tener el darshan de Rama, y que se sentían afligidos por la agonía de la separación de su bienamado señor.

Cumpliendo reverentemente esa orden, los discípulos ofrecieron enseguida suficiente alimento a todos los que habían llegado como huéspedes. Para los príncipes, Bharata y Satrugna, sus familiares, ministros y cortesanos, pandits (eruditos) y brahmanes, se organizó una recepción de tal magnitud que parecía un festival. Todo se hizo con abundancia y perfección, por medio del misterioso poder de la voluntad del asceta. Bharata estaba sorprendido.

Mas debe decirse que no sólo los dos hermanos, sino la población entera de Ayodhya veían la pompa de la recepción sin mostrar entusiasmo. No estaban encantados en lo más mínimo. Los olores, los perfumes de fragantes flores, las jugosas frutas y los sabrosos platillos no les causaban admiración, y ni qué decir de los dos resplandecientes tronos, especialmente construidos para Bharata y Satrugna.

Cuando todo estuvo listo, el sabio invitó a todos a entrar en el salón que lucía en toda su belleza, especialmente acondicionado para el banquete. El preceptor real y su consorte fueron guiados a dos sillas más elevadas, reservadas para ellos; las reinas, cumpliendo con las órdenes del sabio, también entraron en el salón cubierto y acordonado para su seguridad pero con la cabeza inclinada por el dolor.

En ese momento, los discípulos del sabio escoltaban a los

hermanos, Bharata y Satrugna, con el debido honor, de acuerdo con la costumbre de esa famosa ermita. Los jóvenes ascetas se pusieron de pie a ambos lados del pasillo, ondeando un atado de pelos de cola de yak y recitando himnos de las escrituras. Los hermanos se aproximaron a los magníficos tronos asignados para ellos, pero en cuanto estuvieron cerca inclinaron la cabeza y se postraron en el suelo, en señal de respetuosa obediencia, tomaron el atado de pelos de las manos de los discípulos y empezaron a ondearlo con reverencia, poniéndose de pie a cada lado de los tronos de león. ¡Estaban adorando los tronos en lugar de sentarse en ellos! Todos los presentes estaban sorprendidos ante ese gesto, ese homenaje ofrecido a los tronos vacíos.

Cuando el sabio los invitó a ocupar los tronos, Bharata y Satrugna cayeron a sus pies y le imploraron: "Maestro, estos tronos pertenecen a Sita y a Rama y no a nosotros, no tenemos derecho a ellos; en esta santa ermita, sólo ellos dos, la diosa Lakshmi y el dios

Narayana tienen el derecho de sentarse en los tronos de león. Nosotros somos sus sirvientes. Permítenos servirles así". Los ascetas y la concurrencia entera se emocionaron por la humildad que habían mostrado y alabaron la inmensa y profunda devoción que los hermanos profesaban a Rama; lágrimas de alegría corrían por sus mejillas. Los monjes estaban atónitos, ante su fe y resolución.

Los hermanos ofrecieron los alimentos a los tronos, figurándose en sus mentes que eran las encantadoras figuras de Sita y Rama quienes los ocupaban. Poco después, partieron pequeñas porciones de los manjares ofrecidos y colocándolos primero a la altura de los párpados en señal de adoración, los comieron como alimento sacramentado. Los ancianos, ministros, ayudantes y residentes de Ayodhya imploraron perdón al sabio Bharadvaja por negarse a comer, ya que, como ellos dijeron, no podían degustar ningún alimento a causa de la tristeza que sentían por la separación de Rama. Se rehusaron a comer, porque sentían que sólo el darshan de Rama podía darles alegría. Ése era el néctar que anhelaban. Su tristeza era tan profunda como magnífica la hospitalidad del sabio. Dijeron que sentían tanta ansiedad por ver a Rama que no podían ni siquiera pensar en comer y finalmente, el sabio tuvo que acceder al deseo de que los dejaran solos, sin poder convencerlos de que se sentaran y gozaran del banquete.

Todos se prepararon para seguir camino a la jungla en cuanto aparecieron las primeras luces del amanecer. Antes de salir de la ermita, se postraron ante el sabio y recibieron sus bendiciones y su permiso para partir. Los sirvientes caminaron delante de ellos para mostrarles el camino; los palanquines y los carruajes siguieron inmediatamente después. Bharata caminaba detrás, con la mano apoyada sobre el hombro del jefe de los nishadas y parecía ser la personificación misma del amor y la devoción fraternal; no llevaba ningún calzado que lo protegiera de las espinas y piedras del camino; no permitió que nadie lo protegiera del Sol con una sombrilla y se negó a calzarse sandalias. La tierra tuvo compasión de él y transformó el camino por donde andaba en una alfombra; el viento lo confortaba soplando fresca brisa durante todo el trayecto y el Sol se cubrió de nubes al paso de él y de todos los demás.

Llegaron a la ribera del río Yamuna, al atardecer. Durante toda la noche, numerosas embarcaciones se reunieron cerca de la ribera para que, en cuanto amaneciera, todo el grupo de personas que viajaban pudiera atravesar el río. Después de su baño matutino, siguieron adelante, no sin antes postrarse ante el río sagrado, como una muestra de gratitud.

Desde ahí en adelante, Bharata y Satrugna vistieron la ropa que usan los renunciantes. A su lado caminaban los ministros, los compañeros de los príncipes y sus ayudantes, llevando el recuerdo de Sita y de Rama en sus corazones. A medida que caminaban, los habitantes de las aldeas se detenían a los lados del camino,

sorprendidos por la multitud que marchaba. Las mujeres que iban hacia el río a traer agua para sus hogares, bajaban las vasijas al suelo y se quedaban atónitas, viendo a los hermanos, sin siquiera parpadear. Se preguntaban quiénes serían y llegaban a la conclusión de que eran Rama y Lakshmana que marchaban otra vez por ese camino, sin Sita, que por aquel entonces sí los acompañaba, pero ahora con las fuerzas armadas, los carros, los elefantes, los caballos y la infantería. Se preguntaban dónde podía estar Sita. La buscaban entre la multitud con gran curiosidad y compartían su desilusión con sus amigas, con tristes susurros.

"El otro día, vimos a Rama y Lakshmana, cuando desbordaban juventud, virtud e inteligencia. Sin embargo, ahora un halo de tristeza nubla sus rostros; entonces, tal vez no sean los que pasaron aquel día", dijo una mujer del grupo. Esa conversación fue escuchada por uno de los espías del séquito real y comunicada a Bharata.

Mientras tanto, las mujeres averiguaron que aquéllos eran los hermanos de Rama, que iban hacia donde estaba éste para obtener su darshan. De repente, una mujer de aspecto agresivo gritó encolerizada "¡Vean a este hombre que ha usurpado el imperio que su padre dejó, yendo a recibir el darshan de su hermano Rama, acompañado del ejército! ¿Acaso no tiene vergüenza?"

Otra mujer la interrumpió diciéndole: "Hermana, no digas eso. Nuestro emperador Dasarata no pudo haber engendrado hijos de corazón tan duro. Tal vez busque a Rama para rogarle y persuadirlo de que regrese a Ayodhya con los honores imperiales".

Una tercera mujer afirmó: "Sí, sí. ¿Quién es el que sabe el tipo de serpiente que se encuentra en cualquier hoyo? Nadie puede afirmar nada acerca de la naturaleza de otro. ¿Quién puede juzgar los sentimientos y las razones que impulsan a otros a actuar de una forma u otra? Pueden ser de elevado orden, no lo sabemos. Sin embargo, Rama es un devoto de la verdad; no regresará a Ayodhya hasta que se haya cumplido el plazo de los catorce años de exilio, sea quien fuere el que vaya a rogarle. Eso es lo que yo creo".

Los mensajeros hicieron llegar la conversación de esas mujeres a oídos de Bharata y Satrugna y éstos mostraron regocijo al saber que aquellas sencillas mujeres de las aldeas habían captado la grandeza de Rama, en un grado sorprendente. Así, siguieron su camino escuchando la admiración de la gente por las virtudes de Rama y por su propia humildad y devoción fraternal, con la mente fija en Rama todo el tiempo.

En su camino encontraron a muchos brahmanes, ascetas monjes y otros hombres santos, y se dieron cuenta de que todos estaban comprometidos en la tarea de alabar a Rama y sus virtudes. Al verlos, Bharata se postraba ante ellos y les preguntaba de dónde venían. Cuando los santos podían articular palabra después de controlar la emoción que los embargaba, respondían que venían de haber tenido el

darshan de Sita, Rama y Lakshmana. Bharata y Satrugna se tendían boca abajo con todo el cuerpo en el suelo y las manos al frente, a los pies de aquellos santos y se levantaban con lágrimas de alegría rodando por sus mejillas.

Luego dijeron: "¡Oh, qué afortunados son! Sean amables y díganos qué tan lejos está". Cuando supieron que tenían que caminar una jornada más, decidieron pasar la noche en el lugar donde se encontraban.

En cuánto amaneció, descubrieron que estaban bastante cerca del río Chitrakuta, así que, impulsados por el anhelo de encontrar a Rama, a Lakshmana y a la madre Sita, continuaron con mayor prisa. A mediodía oyeron el murmullo del río Mandakini y en la lejanía divisaron el pico Chitrakuta.

Cuando sus ojos vieron el pico, los residentes de Ayodhya y los dos hermanos se postraron, como señal de reverencia; al ponerse de pie, avanzaron con renovado vigor. Aquéllos que estaban cansados, desalentados y casi sin fuerza, se dieron cuenta de repente de que marchaban con gran energía. Caminaron de prisa, sin reparar en su menguada condición física. Quienes cargaban los palanquines y cuyas plantas sangraban, de repente encontraron fuerzas. Cantando "Jai, jai" y recitando "iRama, Rama, Rama!" marcharon con renovado vigor.

Ese día, Rama se había levantado antes del amanecer y le había dicho a Sita que recordaba a su padre con más frecuencia que en días anteriores. Al escucharlo, Sita dijo: "Señor, tú sabes que yo nunca sueño, pero esta noche tuve un sueño maravilloso. Casi puedo asegurar que era real. Soñé que Bharata y Satrugna estaban muy tristes por tu separación y que, siendo imposible para ellos vivir en Ayodhya sin ti, venían hacia acá, no sólo con los ciudadanos de la capital, sino también con las reinas Kausalya, Sumitra y Kaikeyi". Las lágrimas rodaban por sus mejillas cuando le narró ese sueño.

Rama llamó a Lakshmana y le dijo: "Hermano, has escuchado el relato del sueño de Sita; eso no nos indica nada bueno, ya que Sita vio a todos y yo, en mi sueño, sólo vi a mi padre, sin ninguna relación con los demás. Me parece que ése no es un buen augurio. Ven, es mejor que nos demos un baño". Y así, los tres fueron hacia el río para bañarse.

En ese momento, los pájaros volaron en bandadas, surcando el cielo, la región del norte se oscureció por una densa nube de polvo, y animales y pájaros corrieron despavoridos. Al darse cuenta de ese raro suceso, Lakshmana se subió a un árbol para descubrir la razón.

Vio a un ejército, integrado de infantería, carros y elefantes, acercándose hacia donde ellos se encontraban. Dedujo que un rey lo dirigía y le informó a Rama, recordándole que el sueño de Sita se había hecho realidad y que !o mejor que podría hacer era regresar ala cabaña.

Mientras tanto, los bhils, los kiratas y otras tribus de la jungla corrieron en busca de Rama para informarle que un ejército avanzaba

hacia ellos y que en el carruaje real ondeaba una bandera con e! símbolo del árbol del baniano. Sita, Rama y Lakshmana confirmaron sus sospechas de que no era otro más que el mismo Bharata el que venía hacia ellos. En ese momento, Lakshmana sintió ira, ya que si venían a recibir e! darshan de Rama, ¿por qué traían tropas? Esa vil mujer, su madre, debía haberlo aconsejado y parecía que él hubiese aceptado su maléfico plan de atacar al solitario y desarmado Rama y así asegurarse de que no regresase a gobernar. Lakshmana estaba siendo consumido por las llamas de la ira, sus ojos eran como brasas ardientes y sus palabras, tan filosas como una espada. Rama percibió la ira de Lakshmana y le dijo: "Lakshmana, ten paciencia, contrólate. Bharata es virtuoso y su amor es inconmensurable; él le añade esplendor ala línea real de los lkshvaku, como el loto al lago; no es correcto lanzar calumnias hacia alguien tan puro, tan inmaculado, tan santo". Así, describiendo la naturaleza exacta de las razones y del pensamiento de Bharata, Rama logró apaciguar la ira de Lakshmana. Muy pronto, Bharata informó a algunos habitantes del bosque que venía por el darshan de Rama, junto con su hermano Satrugna y sus acompañantes. Rama se sintió feliz al escuchar tal noticia; como los lagos al final dei otoño, sus ojos de loto estaban anegados de agua.

Todo esto sucedía mientras Rama, Lakshmana y Sita regresaban de prisa a su cabaña después de su apresurado baño. Bharata los vio llegar a la cabaña; destrozado por la agonía, gritó lleno de pena y dolor: "iRama!", se tendió de cuerpo entero a sus pies y lloró con profunda angustia. Lakshmana vio el sufrimiento de Bharata, se dio cuenta de que había cometido un error al pensar mal de él y sintió gran remordimiento. Mantenía la cabeza inclinada por la pena y lloraba junto a Bharata y Satrugna.

Mientras Rama ayudaba a sus hermanos a incorporarse y sobreponerse a su pena, las reinas Kausalya, Sumitra y Ka!keyi, los ministros, el preceptor real, los pandits, los ciudadanos y soldados se acercaron, sintiendo tanta alegría como dolor al iver a Rama. Su tristeza al verlo vestido como un ermitaño al lado de una choza no fue aliviada por la alegría de posar sus ojos sobre su bienamado príncipe; gemían y lloraban de dolor y de gratitud. Los gritos "¡Rama!, ¡Rama!" que brotaban de sus corazones heridos se difundían por la vasta extensión de tierra y cielo.

Rama habló con ellos suave y dulcemente, persuadiéndolos para que controlaran sus emociones. Después, caminó hacia las madres y no pudo soportar ver ese cuadro de miseria y dolor. Se volvió consciente de la desgracia que había sobrevenido, pero pronto se consoló; sentía tristeza de que su padre ya no estuviera entre ellos, mas pronto se recuperó, llamó a Lakshmana y se lo dijo. Sintió que lo mejor era que Lakshmana fuera informado por completo y pidió a Sumantra, el leal ministro de la dinastía, que le relatara los detalles y también los hechos relacionados con la administración de Ayodhya. Sumantra cayó a sus

pies, incapaz de soportar la carga de dolor. Luchando por incorporarse, dijo entre sollozos: "¿Dónde podremos tener a Dasarata desde hoy en adelante? Fue reducido a cenizas por la separación de Rama, de Sita y de ti. Ayodhya se ha convertido en una jungla. Dondequiera que veas, sólo se ve dolor, todo lo que se escucha son lamentos. No solamente los hombres, sino hasta los pájaros y las bestias dejaron de existir cuando ustedes partieron; aquéllos que sobreviven lo hacen sólo por la esperanza de que regresen". Al escuchar esto, Lakshmana quedó como un tronco, llorando, incapaz de responder nada.

En silencio se acercó a Rama y le dijo con voz trémula: "Jamás me habría imaginado, ni siquiera en sueños, que una calamidad tan terrible hubiera sucedido; no pudimos ver a nuestro padre en sus últimos momentos". Rama lo consoló diciéndole que era en vano lamentarse por lo que ya había sucedido: "Los cuerpos son tan transitorios como las burbujas en el agua, tienden a estallar y desaparecer, si no hoy, mañana", continuó diciéndole y todavía agregó algunos consejos más, hasta que los dos hermanos se dirigieron al río para efectuar el baño ritual establecido cuando alguien escucha acerca de la muerte de un pariente cercano.

Mientras tanto, Sita se dirigió hacia sus suegras y les tocó los pies con reverencia. Se postró ante los pies de la esposa del preceptor real y después se reunió con las mujeres que habían venido de Ayodhya y les dio una dulce bienvenida. Cuando sus ojos se posaron en Sita, las reinas lloraron sin consuelo, y todas las mujeres que habían venido de Ayodhya se sintieron tan tristes al ver la condición de la encantadora princesa, que gemían sin cesar. Al enterarse de que el emperador Dasarata había fallecido, Sita se postró ante las reinas una y otra vez diciendo: "¡Ay, qué mala suerte la nuestra! El emperador murió porque no soportó la separación de nosotros". Sita sintió que la noticia del fallecimiento de Dasarata era como una daga en su corazón. Ella y las reinas lloraron durante largo rato, por el giro de los acontecimientos. Nadie pudo comer ni beber durante ese día; día y noche la tristeza los agobiaba.

Cuando el sol salió, Vasishta dirigió a Rama para llevar a cabo las exequias de su padre, las cuales se realizaron con estricto apego a los mandatos de los Shastras. El mismo Sr¡ Rama pronunció el mantra para santificar las aguas: "Que las sagradas aguas del Ganges, el Yamuna, el Godavari, el Sarasvati, el Narmada, el Sindhu y el Cauveri vengan a esta vasija y la santifiquen". De este modo, se volvió un ritual sagrado y eminentemente fructífero.

Después, el preceptor, los ministros de la corte, las reinas y los ciudadanos de Ayodhya pasaron dos días completos con Rama, Lakshmana y Sita. Transcurrido ese lapso, Rama se acercó al preceptor y le dijo: "Maestro, los ciudadanos de Ayodhya están sufriendo mucho, beben únicamente agua y comen sólo raíces; al ver a Bharata y Satrugna y a mis madres, siento que cada momento es tan largo como

una eternidad. Es mejor que regresen a la ciudad. Ustedes están perdiendo su tiempo aquí y el emperador ha subido al cielo. No es propio que insista más en este asunto; por favor, actúa de la manera más benéfica". Con estas palabras, Rama se postró a los pies de Vasishta.

Vasishta respondió: "Rama, señor de la dinastía Raghu, ¿por qué hablas así? ¿No te has dado cuenta de la felicidad de estas personas al tener la gran fortuna de ver tu encanto?"

Cuando la gente escuchó que Rama había sugerido que ellos regresaran, cada uno sintió miedo y desesperación, como un velero atrapado por un huracán en medio del mar. Sin embargo, cuando escucharon al sabio Vasishta intercediendo por ellos, navegaron nuevamente con tranquilidad, como lo hace el velero cuando una suave brisa extiende sus velas. No querían regresar a Ayodhya y dejar la gran fortuna de bañarse tres veces al día en el río Mandakini, vivir del dulce alimento de los frutos, raíces y tubérculos recolectados por sus propios esfuerzos en la jungla y, sobre todo, extasiarse con las figuras de Rama, Sita y Lakshmana y deleitar sus oídos con las palabras reconfortantes y exquisitas de Rama.

Sita empleaba su tiempo en atender a las suegras, anticipándose a sus deseos con entusiasmo. Las consolaba y confortaba diciéndoles cómo pasaba sus días feliz en la selva, donde nada le hacía falta, logrando que ellas se maravillaran de su fortaleza y destreza. Se sentían dichosas de saber que era capaz de ser feliz a pesar de las condiciones adversas, y podían sobrellevar su propia pena con más facilidad al ver la forma en que Sita sobrellevaba la suya.

Bharata no era capaz de conciliar el sueño en toda la noche ni tenía apetito durante el día. Mientras la gente era feliz viendo el rostro de Rama, Bharata y Satrugna estaban acongojados al ver ese rostro. Ya no podían soportar más, así que se acercaron a Vasishta y se postraron a sus pies, rogándole que persuadiera a Rama para que regresase a Ayodhya con Sita;

le rogaron de muchas maneras, expresando su sincera aflicción. El preceptor conocía muy bien la fe de Rama en sus ideales, la tenacidad con la cual se aferraba a la verdad y su determinación de cumplir con los deseos de su padre. Sin embargo, conmovido por el sufrimiento de Bharata, decidió hablar con Rama, por lo menos para satisfacer a Bharata.

= Llamó a Rama y le dijo: "Escucha los ruegos de Bharata. Condúcete de acuerdo con los deseos de los hombres buenos, los intereses de la gente, los principios de la política y los mandatos de los Vedas". Rama reconoció en esas palabras el afecto que el preceptor tenía hacia Bharata; sabía que Bharata jamás se iba a desviar del camino de la rectitud, que cumpliría sus órdenes de todo corazón en palabra, pensamiento y acción y que siempre seguiría sus pasos y se preocuparía por su bienestar y prosperidad. Se sentía feliz por ello, así

que habló suave y dulcemente respondiendo a la propuesta hecha por el sabio: "Maestro, tú eres mi testigo, los pies de mi padre son mis testigos. Déjame que te asegure esto: nadie es tan querido para mí como mi hermano Lakshmana, nadie tiene un hermano en el mundo tan querido como Bharata lo es para mí. Aquéllos que están apegados a los pies de sus preceptores son en verdad afortunados; tú tienes un afecto y una compasión iguales hacia él; esos sentimientos son su gran fortuna. El es más joven que yo, por lo tanto, dudo de alabarlo en su presencia. Mi opinión es que Bharata debe manifestar sus pensamientos".

Diciendo esto, Rama se postró ante Vasishta y luego se sentó. El preceptor se volvió hacia Bharata, pues no podía contestar directamente a Rama. Él sabía que Bharata iba a ser el gobernante y dijo: "Abandona tus dudas e incertidumbres; Rama es tu hermano mayor, él es muy comprensivo, ábrele tu corazón, dile lo que piensas". Al escuchar esas palabras del sabio, Bharata sintió que Vasishta había sondeado la mente de Rama y que ambos estaban de acuerdo en otorgarle su deseo, y así, se sintió muy feliz por el giro de la situación. Se puso de pie ante ellos, sin moverse, las lágrimas fluyendo de sus ojos rojos y brillantes como pétalos de loto y dijo: "El venerable sabio le ha dicho a Rama todo lo que se tenía que decir. ¿Qué puedo agregar ala petición que él ha hecho a mi favor? Conozco muy bien la naturaleza de Rama. Él no siente ira ni si quiera en contra de los que actúan mal y muestra un afecto ilimitado por mí, no lo puedo negar. Un sentimiento de vergüenza me ha hecho guardar silencio cuando estoy frente a él. Pero por el afecto que le tengo, me deleito mirándolo, aunque mis ojos no se satisfacen no importa cuánto tiempo fijen su mirada en él. Dios no pudo tolerar mi afecto hacia Rama, no pudo soportar ver tanto amor entre hermanos, así que creó este desastre usando a mi propia madre como instrumento. Sé que no me beneficia en nada mencionar todo esto. ¿Cómo puedo mostrar mi superioridad culpando a mi propia madre? Si uno se declara inocente, ¿puede esa declaración hacerlo inocente en verdad? Tengo miedo de hablar, pues dudo si mi madre es deficiente mental o si yo soy bueno e inteligente; siento desconfianza al decir esto. ¿Pueden las perlas crecer en las conchas de los caracoles que infestan los estanques? ¿Por qué culpar a los demás, de mi tristeza? Mi infortunio es tan grande como un océano; sé que toda esta tragedia ha sucedido como consecuencia de pecados. He estado buscando una forma de escapar a mi desgracia y ahora veo que hay sólo una manera. Mi preceptor es el gran sabio Vasishta. Sita y Rama son mis reyes, por lo tanto, estoy seguro de que todo irá bien conmigo. Señor, no anhelo nada más. ¡Rama, otórgale este único deseo a tu sirviente! Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna, los cuatro, son hijos del emperador Dasarata, así que los cuatro deben obedecer por igual las órdenes de su padre. El padre tiene igual afecto por todos los hijos y no se ha establecido que sus órdenes deban ser sólo obedecidas por este único

hijo o por ese otro. Hasta ahora, tú has llevado la responsabilidad de obedecer sus órdenes; es nuestro turno de llevar la carga del exilio. Sita, Rama y Lakshmana deben regresar a Ayodhya y nosotros dos permaneceremos en la jungla hasta que se cumpla la sentencia. Confiérenos esta gracia y bendícenos". Diciendo esto, Bharata se postró a los pies de Rama.

Al escuchar las palabras de Bharata, Vasishta lloró de alegría, pero a Rama no lo convencieron esos argumentos y respondió: "Bharata, creo que tus palabras no son tan válidas como piensas; no es correcto actuar así. Pídeme cualquier cosa, excepto esto". Bharata respondió: "Entonces, permítenos a mí y a mi hermano que nos quedemos aquí, contigo, para servirte como Lakshmana lo ha hecho; ésa será entonces una vida totalmente sagrada para nosotros". Rama tampoco aceptó ese ruego y le contestó: "Bharata, tanto para mí como para ti, las órdenes de mi padre son inquebrantables. Tenemos que inclinarnos reverentemente ante ellas y obedecerlas sin la menor protesta. La actitud más apropiada que debemos asumir es que yo acate lo que se me ordenó y que tú obedezcas las órdenes que se te dieron. No prolonguemos esta conversación sin sentido, pues sólo causa dolor a la gente que ha venido desde tan lejos, llena de esperanza. Regresa a Ayodhya y gobierna con rectitud, yo cumpliré con mi exilio y actuaré rectamente cuidando el reino de la selva que me han asignado".

Ni Bharata ni nadie más pudo argumentar en contra de las declaraciones de Rama, y tuvieron que aceptarlas como el camino correcto a seguir.

Bharata estaba sobrecogido de tristeza y se lamentaba: "¿En quién más puede Dios acumular agonía tan insoportable sino en mí, que soy el hijo de una madre que sintió que Rama, Sita y Lakshmana eran sus enemigos? ¡Sí, hermano! Escuché que caminabas descalzo, sin nada que te protegiera de las espinas y piedras, y la noticia hirió mi corazón como una afilada lanza, ¡y sin embargo sigo vivo! Soy la causa de toda esta calamidad, pero como pecador que soy, sigo vivo; de lo contrario, debería haberme quitado la vida desde hace tiempo. Mi aliento persiste en este cuerpo, a pesar de que Guha sospechó de traición en contra de mi hermano y estuvo listo para enfrentarme, a la cabeza de sus ejércitos. ¡Ay!, mi corazón es más duro que un diamante. Ésa es la razón por la cual no se ha roto a pesar de estos golpes.

"Veo con serenidad la tragedia de la cual soy causa, pero mi vida es tan desdichada que soy capaz de soportar la embestida de tanto dolor. Mi madre destila un veneno tan terrible que los escorpiones y serpientes se avergüenzan del suyo. Siendo hijo de tal madre, ¿cómo puede Dios permitirme escapar de las consecuencias de mi destino?". Bharata dio rienda suelta a su pesar de tal forma que los ciudadanos, reinas y sabios que observaban su dolor, penitencia y humildad, así como su reverencia y afecto fraternales, estaban tan afectados como una flor de loto que cae en el hielo; trataron de hacerle recordar

muchos incidentes de los Puranas, para que pudiera recobrarse de su depresión.

Después, Rama se dirigió a él diciéndole: "¿Por qué sucumbes a la desesperación? Tu pena es en vano. El destino no puede cambiarse. En todas las épocas y en todas partes serás honrado por la gente buena y virtuosa, y aquéllos que creen que eres malvado serán miserables aquí y en el más allá. Y respecto de condenar a la propia madre, ese crimen será cometido sólo por aquellos desafortunados que no se han educado en compañía de los virtuosos ni a los pies de preceptores. ¡Bharata!, tu nombre será recordado por siempre y quienes lo traigan a su memoria podrán desechar todos sus vicios, gracias a su influencia invisible. Tú ganarás renombre en este mundo y bienaventuranza en el otro; el mundo se sostendrá con tus ideales y tu gobierno. Bharata, ni el odio ni el amor pueden suprimirse y ocultarse en el corazón; deben manifestarse a pesar del intento de mantenerlos prisioneros. Conozco bien tu naturaleza. En defensa de la verdad, el emperador me dejó ir e, incapaz de soportar la separación de quien tanto amaba, perdió la vida. No es correcto para un hijo como yo o como tú deshonrar la palabra de un padre tan amoroso; por lo tanto, no dudes más, dime lo que tienes que decir, pregunta acerca de lo que desees saber y decide cumplir con las responsabilidades impuestas sobre ti. Esto es lo mejor para todos". Rama dijo estas palabras con gran énfasis.

Bharata no tuvo oportunidad de hablar más acerca de sus buenos deseos; sin embargo, se decidió a manifestar su última petición. "Rama, al reino al cual he renunciado y que no quiero gobernar, a ese reino que tú rechazas y que ha sido la causa de tu exilio, lo aborrezco. Ni siquiera siento amor por él. Jamás podré ir contra tu voluntad y tus órdenes; no lo haría jamás. Si tan sólo me miraras sin el menor rasgo de ira, me consideraré bendecido.

"Lakshmana te ha servido durante largo tiempo, mándalo de regreso con Satrugna a Ayodhya y permíteme tomar su lugar y ser tu siervo. Esto será conveniente para ambos. Lakshmana es un experto en administración, puede gobernar el imperio sabiamente y de ese modo llevar solaz al alma de nuestro fallecido padre. Concédeme esta petición y manténme a tu lado, no rehúses mi petición, no me alejes de tu presencia". Suplicante, se postró a los pies de Rama.

"O si no continuó Bharata ten la bondad de regresar a Ayodhya con Sita y quedarte ahí. Nosotros tres permanecerernos en la jungla y viviremos aquí de la manera en que tú dispongas. Si, por el contrario, pones sobre mí esta carga real, no podré soportarla y seguir viviendo. Manténme a tus pies y colo

ca sobre mí una carga mil veces más pesada que el imperio, yo la llevaré con gusto y entusiasmo. No tengo ningún conocimiento en !a ciencia de gobernar ni en los códigos de moralidad. Tú sabes que una persona que está sumida en el dolor no puede actuar con sabiduría. Hasta la vergüenza se avergüenza cuando el sirviente de uno le

contesta y señala su falta de conociirtiento. No me pongas en esa situación. Rama, estoy abriendo mi corazón y revelando mis sentimientos. Sólo deseo el bienestar del mundo.

"Por favor, decide lo mejor para cada uno de nosotros; no dudes de nuestras intenciones, derrama tu gracia y danos tus órdenes. Inclinaremos la cabeza en leal reverencia y las cumpliremos sin titubear".

Las palabras de Bharata alegraron a todos los ahí reunidos, sus corazones se enternecieron llenos de gratitud y compasión; alabaron de muchas maneras el afecto y la fe que Bharata profesaba a su hermano Rama, emocionados por tan profunda devoción. Todos ellos, a una sola voz, gritaron: "¡Rama, Señor!, acepta la petición de Bharata. Con la muerte del emperador Dasarata, la gloria largamente establecida y la felicidad de la gente también han desaparecido. El mundo ha quedado desamparado, huérfano, Ayodhya se lamenta como un chiquillo que ha sido abandonado, como una mujer casta que ha sido rechazada por su marido".

¿Qué podríamos decir de Kaikeyi, la reina desdichada? Estaba de pie ahí, con el corazón destrozado por el sufrimiento, ansiosa por saber cómo iba a justificar sus errores. Trató de hablar a solas con Rama para rogarle su perdón, pero no tuvo éxito. Sentía vergüenza hasta de mostrarle la cara. Se preguntaba cómo había sometido a Rama, al que amaba tanto, a todas las privaciones y pruebas que ahora ella presenciaba. Rama era su aliento mismo. Por lo tanto, se sintió segura de que había sido otra y no ella la que le infligió daño; sospechó que algún poder maligno se había posesionado de ella para ocasionar esa serie de tristes acontecimientos. Sin embargo, creía que el mundo jamás la perdonaría, no importaba cuán fuertemente asegurara que no era responsable. Destrozada por estas dudas y temores, Kaikeyi no tenía fuerzas para dirigirse hacia Rama y hablarle, ni podía alejarse de él, pues estaba ansiosa por desahogarse. Se quedó de pie ahí, débil, temorosa y temblando.

Rama notó su agitación, y en un momento oportuno, se dirigió hacia ella para postrarse a sus pies, rindiéndole homenaje.

Kaikeyi estaba esperando una oportunidad como ésa. Abrazó los pies de Rama diciendo: "Hijo, eres mucho más joven que yo y sin embargo, eres el maestro del mundo entero por tu virtud y sabiduría. No cometo ningún error al sostener tus pies en mis manos. Ven, gobierna Ayodhya. Perdona mi pecado; sólo eso podrá redimirme de la desgracia en que he caído. Si eso no puede ser, deja que Bharata permanezca a tus pies. Otórgame esa gracia. Eso mantendrá mi mente en paz mientras viva, pues ya no tendré ningún deseo de seguir viviendo después de consumado este deseo. Yo misma estoy sorprendida de haber pedido que se cumplieran esos dos deseos que ni la ogresa más malvada habría podido pedir. ¿Los pedía acaso cuando era la hija del rey de Kekaya? ¿O dije esas palabras cuando estaba

poseída por algún genio malvado? ¿O estaba yo bajo la influencia de alguna estrella maligna?... No lo sé". Hablando así, lloraba con desconsuelo, manteniendo las manos de Rama entre las suyas.

Rama lloró al ver la situación en la que ella se encontraba y la trató de consolar con sus dulces y suaves palabras diciendo: "Madre, tú no has cometido ningún mal, ni en lo más mínimo. La humanidad no es sino un conglomerado de cuervos; gritan y graznan sin ninguna razón. Los hombres no tratan de indagar la verdad; en su ignorancia, parlotean a su antojo. Aquellos dones no fueron pedidos por ti con libre albedrío y pleno conocimiento de las implicaciones; todo eso sucedió porque yo deseé que así sucediera; me has prestado mucha ayuda para cumplir el propósito por el cual he encarnado y la tarea que me he impuesto; no has cometido ningún error. Madre, me arrepiento de haber dejado tanto que me rogaras así, en vez de haber sido yo el que expresara inmediatamente mi gratitud por la ayuda que me has brindado para llevar a cabo mi plan. No te apenes por lo que ha sucedido. Si lo haces, ensombrecería mi misión y mis días no serían auspiciosos. Bendíceme, madre, derrama tu afecto sobre mí; ¡madre, bendíceme!", rogó Rama y se postró a los pies de Kaikeyi.

Cuando Rama habló así, Kaikeyi recuperó un poco su paz mental. Las otras reinas, Kausalya y Sumitra, escucharon la conversación y al comprender que Kaikeyi no era sino un inocente instrumento de la voluntad divina, también la consolaron.

Sin embargo, Kaikeyi estaba aferrada a su deseo y continuó rogándole a Rama para que aceptara el trono y se instalara como emperador, con Sita como emperatriz de Ayodhya y que Lakshmana, Bharata y Satrugna le sirvieran como sus leales compañeros en la corte. Dijo que viviría únicamente para presenciar esa gloria y compartir ese éxtasis. Repitió esas palabras muchas veces e insistió en que se le otorgara su deseo.

Pasaron así cuatro días y cuatro noches orando en el bosque, rogando, consolando, explicando, llorando e impartiendo solaz. Todos albergaban un solo deseo en su corazón: persuadir a Rama de que regresara a la capital. Por último, Rama ordenó a Vasishta y a Bharata regresar a Ayodhya acompañados de las reinas y los ciudadanos. La noticia de esta orden causó desilusión entre ellos, pues el lugar donde se encontraba Rama era para ellos tan maravilloso como un millón de cielos juntos y, por lo tanto, se rehusaban a marchar. Decían que sólo aquéllos a quienes los dioses rechazaran se alejarían del bosque donde Rama se encontraba. "¡Oh, qué gran fortuna nos espera aquí! Un baño en el sagrado río Mandakani, frutas deliciosas para colmar el hambre, el darshan de Sita y Rama, tan encantador al ojo y regocijante al corazón! ¿Dónde más se encuentra el cielo? ¿Dónde más está la felicidad?"

Hablaron entre sí y decidieron persuadir a Rama para que volviera con ellos, en caso de que tuvieran que regresar. Cada uno

expresó sus más íntimos deseos, con palabras inundadas del más dulce amor. Finalmente, un anciano brahmán dijo: "Si poseemos la buena fortuna y el mérito de ser dignos de la auspiciosa y feliz compañía de Rama en este bosque, él con seguridad aceptará que nos quedemos. Si no es ése nuestro destino, el malvado sino endurecerá el corazón de Rama y él nos enviará de regreso a Ayodhya. Si Rama no otorga Gracia, ¿quién más puede? ¿Qué nos importa dónde vivamos si no podemos acompañar a Rama? Lejos de Rama no somos sino cadáveres vivientes". Cuando terminó, todos exclamaron: "¡Es verdad, es verdad, estas palabras son absoluta verdad!"

Cuando el emperador Dasarata falleció, el preceptor de la familia, Vasishta, envió un mensaje a Janaka y tan pronto como lo recibieron, él y su reina, Sunayana, fueron a Ayodhya para darle la condolencia a los deudos; así se enteraron de todo. Cuando Bharata llegó y decidió ir a Chitrakuta con las madres, el preceptor real y los líderes del reino, Janaka y su reina también los acompañaron. Hacía mucho que estaban esperando un momento favorable para poder ver a Sita y a Rama.

Mientras tanto, la madre de Sita mandó a una doncella para ver si Kausalya y las otras reinas estaban disponibles para poderles hablar. Era el undécimo día de la mitad brillante del mes de Jyeshta; ese día, en el bosque, se reunieron las cuatro reinas. La reina Kausalya le rindió homenaje a la reina Sunayana y, tratándola con gran respeto, le ofreció asiento. Era la primera vez que las reinas veían a la esposa de Janaka.

En cuanto la reina Sunayana vio a las reinas de Ayodhya Kausalya, Sumitra y Kaikeyi sintió que hasta el diamante más duro se derretiría ante su amorosa conversación, sus tiernos modales y su compasiva camaradería. Encontró que sus cuerpos estaban muy delgados y que sus cabezas estaban inclinadas por la pena, miraban al suelo y derramaban ríos de lágrimas. Las tres reinas alababan las virtudes y excelencias de Sita y Rama, pero no podían hacerlo por mucho tiempo, ya que la aflicción de sus corazones ahogaba sus palabras con sollozos y lamentos. No podían soportar el dolor.

La reina Sunayana no encontraba palabras para decir. Por fin exclamó: "¡Madre!, ¿de qué sirve el dolor ahora? La Providencia ha conducido estos acontecimientos por un torcido camino. ¡Un cortador de diamantes fue usado para separar la crema de la leche! Hemos oído hablar del Amrita, otorgador de la vida, el néctar celestial, pero no lo hemos visto. Sin embargo, ahora tenemos el privilegio de ver algo igual aunque opuesto, un veneno poderoso. Sólo podemos tener la experiencia visual de los cuervos, las cigüeñas, los buitres y los búhos, pero la experiencia visual del cisne celestial que tiene al lago Manasa Sarovar como su hogar está más allá de nosotros. Reinas, el juego del destino está lleno de contradicciones y absurdos; es tan impredecible como el juego voluntarioso de los niños". Tratando así de consolar a las reinas, Sunayana no pudo contener el llanto.

Ante esto, Kausalya dijo: "¡Oh Sunayana! Esto ha sucedido no por el error de una persona en particular. La alegría y la miseria, la ganancia y la pérdida, todo es consecuencia del karma (ley cósmica), ! as acciones, las palabras y los pensamientos de las personas mismas. ¿No se ha declarado acaso: Sea bueno o malo, sea cual fuere el karma (las acciones) que se haya hecho, sus consecuencias, se quiera o no, tienen que sufrirse o disfrutarse? Dios conoce el difícil proceso del karma (ley de causa y afecto). Él otorga la consecuencia correspondiente según el acto. Cada uno lleva en su cabeza esta orden divina. ¡Oh reina! Estamos envueltos en la ilusión y en vano cedemos al dolor. ¿Por qué el mérito ganado y almacenado por nosotros en vidas pasadas nos abandona cuando nos lamentamos? ¿Puede acaso esta ley de causa y efecto que domina al mundo desde el principio de los tiempos dejar de operar para nuestra conveniencia? Es una esperanza loca". Kausa1ya terminó su intento por consolarla, con muchos suspiros.

Cuando acabó, la reina Sunayana dijo: "Madres, en verdad son muy afortunadas porque e! emperador Dasarata tiene un renombre por méritos sagrados que muy pocos gobernantes gozan. Ustedes son las consortes de aquella noble persona; las madres de la encarnación misma del dharma (las virtudes), la personificación misma del amor, Rama, cuyo corazón abraza a todos los seres en compasión. Ustedes han ganado fama duradera por todo el mundo. Lo que acabas de decir es la verdad última; la alegría y la tristeza son como las dos vasijas que se balancean hacia atrás y adelante en el palo en el que están atadas y puestas sobre el hombro. Todos tienen que cargar a ambas en la misma medida. Si no se tiene tristeza, no se puede identificar la alegría como alegría, ¿verdad? De la felicidad no puede seguir felicidad, ¿no es así?"

Kausalya, entre sollozos y con voz entrecortada, dijo: "Si Rama, Sita y Lakshmana residen en el bosque, muchas calamidades van a ocurrir. Sé que Bharata no puede sobrevivir a la separación de Rama. Mi agonía crece cuando lo veo, más que cuando veo a Sita, Rama y Lakshmana. El miedo me abruma cuando pienso en Bharata". Sumitra y Kaikeyi aceptaron que eso era totalmente cierto y también se entristecieron ante la condición de Bharata.

Sumitra habló después y dijo: "Madre, por tus bendiciones y buenos deseos, nuestros hijos y nueras son tan puros como el Ganga. Hasta este momento, Bharata nunca ha aseverado que él fuera el hermano de Rama ni ha reclamado algo para él. Sin embargo, ahora está demandando que cumpla sus deseos de una manera pura y altamente recta. Hasta la diosa del habla, Sarasvati, dudaría en aceptar la tarea de describir las virtudes, la humildad, la compasión, el apego fraternal, la fe, lo inquebrantable de esa fe, el valor y la inflexibilidad de ese valor que señala a Bharata como una gran persona. ¿Puede medirse el océano por medio de una concha? Bharata será todo el tiempo y en todas las condiciones, la refulgente lámpara de la dinastía real, sólo que

la gente no se había dado cuenta de esto hasta ahora. Una gema debe ser examinada antes de que su valor pueda determinarse; el oro debe ser probado primero antes de que se sepa su fineza y pureza. No hablemos en forma desesperada acerca de él, en este momento. Nuestra razón está siendo afectada ahora por el dolor y ensombrecida por el apego filial". Sumítra enjugó sus lágrimas al concluir sus sabias palabras de consuelo.

Al escuchar sus palabras, la reina de Mitila, Sunayana, pensó para sí: "Estas reinas de Ayodhya en verdad son nobles, una más grande que la otra en nobleza. No alaban a sus hijos, como otras madres lo hacen, sino que exaltan las virtudes de los hijos de las otras esposas. Esto va muy en contra de la naturaleza de las mujeres que usualmente encontramos en el mundo; ¡de qué manera exaltan y aprecian a los hijos nacidos de otras esposas de su marido! Estas reinas no hacen distinción entre sus hijos y los hijos de otras reinas, son amas de casa ideales para el mundo entero. ¡Qué compasión! ¡Qué pureza y perfección amorosa!"

Kausalya hizo acopio de valor y se dirigió a Sunayana así: "¡Reina de Mitila, tú eres la consorte del océano de la sabiduría, el emperador Janaka! ¡Quién se puede atrever a darte un consejo! Sólo parloteamos en nuestra ignorancia. Sin embargo, te ruego que le digas al emperador Janaka en cuanto puedas y cuando esté dispuesto a escuchar, este pedido: Persuadir a Rama y hacer que acepte la compañía de Bharata, que permita a Lakshmana ser enviado a Ayodhya para que dirija las actividades y la administración del reino y que Satrugna sea enviado para que asista a Lakshmana en sus deberes en Ayodhya. Si Rama accede, los demás problemas serán fáciles de resolver.

Lo único que me causa zozobra es la condición de Bharata. Su apego y amor hacia Rama están profundamente enraizados. El emperador ha fallecido; Rama no regresará del bosque. Si para Bharata la separación de Rama es insoportable, puede llevarlo a la muerte. Entonces el imperio será reducido a un cadáver viviente. Mi corazón es destrozado por el miedo y la ansiedad cuando trato de prever el futuro y las calamidades que le están reservadas". Kausa1ya sostenía fuertemente las manos de la reina Sunayana y le rogó que cumpliera con esa misión, alcanzara el fin propuesto y confiriera felicidad a todos.

Sunayana estaba emocionada por el afecto que llenaba el corazón de la madre y su apego al camino de la rectitud y le dijo: "¡Madre, la humildad y la virtud son genuinas en ti. Son expresiones naturales de tu bondad y tu nobleza, como el humo es al fuego o el pasto a las cimas de las montañas! De hecho, el emperador Janaka siempre está listo para servirte de palabra, acción y pensamiento. Siempre está ansioso por ayudar. Pero, ¿puede una lámpara iluminar al Sol? Rama ha venido al bosque para cumplir la tarea de los dioses. Después de cumplir con ese compromiso, con toda seguridad regresará

a Ayodhya para reinar en el imperio. El poder de sus brazos asegurará el logro del subhombre, el hombre y el superhombre en sus más anhelados deseos. Estas noticias fueron reveladas hace mucho tiempo por el sabio Yajnavalkya. Sus palabras no pueden ser falsas".

Con estas palabras, Sunayana se postró a los pies de la reina Kausalya y se despidió de ella. Se alejó del lugar y se aproximó a la cabaña donde estaba Sita. Cuando entró y la vio, se estremeció de dolor. No pudo contener sus lágrimas; corrió hacia ella y la tomó en sus brazos. Sita consoló a su madre, de diferentes maneras; se postró a sus pies y le pidió que tuviera valor y fe. Se puso de pie ante ella con su vestido de anacoreta que la hacían aparecer como Parvati, la consorte de Shiva, en los tiempos en que hacía penitencia. La madre no pudo contenerse y le preguntó: "¡Hija! ¿en verdad eres mi Sita, o acaso eres Parvati?". Se quedó viéndola de pies a cabeza, llena de sorpresa y alegría.

Por fin dijo: "¡Oh Sita!, a través de ti las dos familias se han consagrado: la familia de tus padres y tu familia política. Tu fama llegará a los más lejanos horizontes. El río de tu renombre fluirá con todo su caudal entre sus dos riberas: las dos dinastías reales, de Mitila y de Ayodhya. El Ganges tiene tres lugares sagrados a lo largo de su curso: Haridvar, Prayag y Sagarasangama, donde se une con el mar. Mi deseo es que el río de tu prístina fama entre y santifique a cada uno de estos lugares y los convierta en templos sagrados".

Al escuchar esas palabras que fluían del afecto de su madre, Sita se ruborizó e inclinó la cabeza, apenada. Luego dijo: "Madre, ¿a qué vienen estas palabras? ¿Qué comparación puede haber entre el sagrado Ganga y yo?". Al decir eso hizo el gesto de postrarse en dirección al Ganges, orando y pidiendo perdón.

Sunayana abrazó a su hija y le acarició la cabeza tiernamente diciéndole: "Sita, tus virtudes son ejemplo para todas las mujeres..." Sita la interrumpió y le dijo: "Madre, si me demoro mucho tiempo contigo, el servicio a Rama podría retrasarse, por lo que te pido me permitas ir ante su presencia". La madre se percató de que ése era su deseo, así que sintió que no debería ser un obstáculo en su camino. Acarició a Sita afectuosamente y le dijo: "Hija, ve y sirve a Rama tal como lo deseas". Sita se postró a sus pies y volvió para servir a Rama.

Sunavana meditó durante largo tiempo en la devoción de Sita hacia su marido y en sus otras virtudes. No le quitó la vista hasta que desapareció. Permaneció de pie en el mismo lugar, absorta, admirándola hasta que su doncella se le acercó y le dijo: "Madre, Sita ya entró. Es mejor que regresemos a nuestra casa". Sunayana, enjugando las lágrimas de sus ojos, sin desearlo se dirigió hacia la cabaña que le habían asignado.

El Sol se puso justo en ese momento, por lo que Rama y Lakshmana, Bharata y Satrugna fueron hacia el río para llevar a cabo sus rituales vespertinos: el baño y la adoración de los dioses en el

crepúsculo. Los pandits, los miembros de la casta brahmán, los ministros y otros los acompañaron. Al terminar, compartieron frutos y raíces y descansaron bajo la sombra de los árboles que habían asignado a cada grupo. Cuando amaneció, después de realizar los ritos de la mañana se reunieron alrededor de la cabaña donde estaba Rama, quien salió con una sonrisa cautivadora y pasó entre aquella multitud, preguntándole a cada uno por su salud y bienestar.

Bharata se postró a los pies de Rama cuando éste se le acercó y le dijo: "Señor, ha surgido un deseo en mi corazón, pero me siento incapaz de expresártelo porque siento miedo y vergüenza". Rama acarició la cabeza de su querido hermano diciéndole: "¿Por qué dudas en decírmelo? Ven, dime qué es". Entonces Bharata le dijo: "Hermano, siento un gran deseo de ver las ermitas, las riberas del río, los pequeños valles que existen en estos espesos bosques, a los animales que habitan en él, los lagos y los riachuelos y las caídas de agua alrededor de este pico Chitrakuta. Todo eso es ahora sagrado porque tú has impreso tus huellas en ellos con tus pies de loto. Los residentes de Ayodhya tienen muchos deseos de ver estos lugares".

Rama replicó y le dijo: "Bharata, tu deseo es digno de elogio. Con mucho gusto pueden explorar esta región con el permiso del sabio Atri". Al escucharlo, Bharata se sintió muy feliz y se postró a los pies del sabio y a los de Rama e inmediatamente se dirigió a la jungla, donde visitó a su paso junto con Satrugna y con la gente de Ayodhya muchas ermitas y otros lugares sagrados.

En el camino vio un pozo al lado de la montaña. Tenía en él las aguas de todos los ríos y lagos sagrados. Bharata salpicó con estas aguas reverentemente su cabeza, postrándose en este lugar santo. Limpió el agua, quitando con sus manos las hojas secas y la tierra que había caído. Ese pozo todavía se honra el día de hoy con el nombre de Bharatakupa o pozo de Bharata.

18. LAS SANDALIAS EN EL TRONO

En el sexto día de su estancia, Bharata llamó a su hermano Satrugna, a sus ayudantes y seguidores, después de efectuarse los ritos matutinos y las ceremonias devocionales. Buscó el momento propicio para abordar a Rama, se armó de valor y se postró a sus pies. Con las manos unidas, Bharata exclamó: "¡Oh, marca auspiciosa de la frente de la línea real de Ikshvaku!, tú has cumplido todos mis deseos, por mí has decidido sufrir miserias y soportar problemas de todo tipo, por mi seguridad y bienestar. Señor, estaré en espera de tus órdenes cuando regreses y sirviéndote en el reino. Enséñame el camino por el cual pueda deleitar mis ojos en tus pies de loto cuando el exilio termine. Dame el valor que necesito para sobrevivir estos catorce años de separación. Rama, tus súbditos, sus familias, los ciudadanos del vasto imperio, los brahmanes, los pandits, todos son espiritualmente sinceros, están apegados a ti por sentimientos de devoción reverencial. Ellos soportan los tormentos de la miseria apoyados en el amor que les profesas. Ya no me importa ni el logro de la auto rrealización si para obtenerlo tengo que separarme de ti. Tú conoces los sentimientos internos de tus siervos y sus más hondos deseos. Tú me puedes guiar y

conducir a la meta aquí y en el más allá. Esta convicción es el sustento y la fuerza por la cual existo, y gracias a esa convicción, trato a esta agonía como si fuesen hojas secas. Hasta ahora he expuesto mis penas como si me estuvieran matando. Esto fue un error de mi parte, no vaciles en reprenderme por esta falta".

Al escucharlo, los presentes aprobaron sus palabras diciendo: "Así como Hamsa, el cisne celestial, es capaz de separar el agua de la leche cuando están mezcladas y bebe sólo la leche, así Bharata ha separado la verdad de la mentira y ha expresado la verdad".

Rama, al escuchar aquellas palabras provenientes del corazón puro de su hermano, se compadeció de su angustia y le respondió: "Hermano, para ti que resides en casa y para nosotros, que vivimos en el bosque, existe el Uno que nos nutre, nos sustenta y nos hace valer. Tú tienes, en la vida mundana, al preceptor Vasishta y al emperador Janaka, como guardianes y guías. No puede existir problema alguno que nos aqueje, ni a ti ni a mí, aun en sueños; nada puede sucedernos.

"Nuestro más alto deber es acatar estrictamente las órdenes de nuestro padre; sólo el hacer eso nos otorga todo el bien que deseamos y nos ayuda para obtener renombre duradero. Ese camino es el aprobado por los Vedas. Los Vedas declaran que cualquiera que reverencie las órdenes del preceptor, el padre y la madre, y camine por el sendero correcto, será un noble ejemplo para todos.

"Siempre debes estar consciente de esta verdad; aleja el velo del dolor, asume la responsabilidad del imperio, reina durante catorce años teniendo a la justicia y a la rectitud como tus ideales. El rey es la cara del estado; así como ésta, al comer y beber fortalece y activa al cuerpo, el rey alimenta y sostiene a cada sector de su pueblo. La mente alberga todo tipo de gustos y aversiones; así también, el rey es el responsable de todos los movimientos y cambios en el campo político".

Rama expuso a Bharata una útil doctrina de ética política. Sin embargo, éste se hallaba demasiado agotado para tener paz mental como resultado de los consejos de Rama. Las madres, maestros y ministros quedaron inmóviles, sobrecogidos, por la inminente partida.

De pronto, Rama, en su infinita gracia, se desató sus sandalias y se las dio a Bharata, quien con reverencia las aceptó y las colocó sobre su cabeza. Las lágrimas corrieron de sus ojos como los ríos gemelos, el Ganges y el Yamuna.

Bharata no encontraba palabras para expresar su felicidad. ¡Éstas no son las sandalias usadas por el océano de misericordia; son los guardianes de la vida y prosperidad de la humanidad! Éstos son los cofres que guardan el precioso tesoro del amor filial de Rama, son las puertas que protegen el fuerte que guarda la regia fama del clan Raghu. Éstas son dos manos que están dedicadas por siempre a tareas positivas y amorosas. Son los verdaderos ojos del universo, los símbolos de Sita y Rama contenidos en ellas". Bharata exaltó las "sandalias" de

esta forma y bailó a su alrededor, con verdadera felicidad y agradecimiento.

Todos los presentes cayeron a los pies de Rama y reconocieron lo sublime de su gracia. Bharata se postró a los pies de Rama y rogó que le permitiera partir. Rama apreció el espíritu de contentamiento con el que había recibido las sandalias, atrajo hacia sí a Bharata y lo abrazó con gran cariño.

Satrugna también cayó a los pies de Rama, quien lo abrazó con afecto y le dio instrucciones para gobernar el reino y llevar a cabo las tareas que le correspondían. "Considera a Bharata como a Rama mismo le dijo sé su sostén y consejero y ayúdalo a implantar paz y prosperidad en el reino".

Después, Bharata y Satrugna abrazaron a Lakshmana con amor fraternal Jiciendo: "¡Hermano, tu suerte es inmensa, tuya es la mejor de las suertes! En todos los mundos no hay alguien tan afortunado como tú". Alabaron a Lakshmana y pidieron permiso para partir. Lakshmana también los llamó y les dijo que las sandalias de Rama eran las fuentes de todo auspicio y que ellos, que habían ganado el regalo, eran los más afortunados. Les recomendó que actuaran dignamente de acuerdo con el regalo y que ganaran la gracia de Rama para siempre. "Éste es su deber", les dijo.

Más tarde, los hermanos fueron hasta donde se encontraba Sita y cayeron a sus pies; no pudieron contener su dolor y rompieron en sollozos. Ella los consoló suave y dulcemente diciéndoles: "¿Acaso existe algo más en el mundo que no sea la armadura de Rama para proteger a quien sea? Ustedes son en verdad benditos. Los catorce años pasarán tan ligeros que parecerán catorce segundos, y el imperio gozará de paz y abundancia con el regreso de Rama. Gobiérnenlo con paciencia y devoción, sin desviarse de los lineamientos que él les ha señalado. Al obedecerlo estrictamente podrán asegurar los frutos de sus deseos".

Después, Bharata y Satrugna fueron directamente ante el emperador Janaka y cayeron a sus pies con reverencia y dijeron: "Señor, tú tienes tal compasión que has venido a Ayodhya cuando te enteraste de la muerte de nuestro padre y de¡ exilio de Rama. Al ver nuestro sufrimiento, nos consolaste en esos días críticos; nos diste el consejo adecuado. Para realizar tu propio deseo, te sometiste por ti mismo a todas estas fatigas y dificultades al venir a esta espesura; compartiste nuestro dolor . y has contribuido a persuadir a Rama para que regresara a Ayodhya. Cuando nuestros ruegos fallaron, tú nos consolaste y enseñaste a soportar la desilusión y angustia y nos enriqueciste con tus bendiciones; te ofrecemos nuestra gratitud reverente. ¿Qué más podemos decir o hacer? Tus bendiciones son el auxilio que más requerimos".

Janaka escuchó estas palabras llenas de sinceridad y gratitud de los dos hermanos y apreció sus sentimientos, su carácter y conducta,

los acercó hacia sí y acariciándolos amorosamente les dijo: "¡Hijos, que caminen siempre por el sendero que ha establecido Rama y ganen así su gracia! Yo regresaré de aquí a Mitila". Los ministros, reyes, brahmanes, sabios, ascetas y otros que habían llegado con los hermanos fueron uno tras uno hacia Rama, Lakshmana y Sita y, cayendo a sus pies, se despidieron de ellos y retornaron a sus casas, con el corazón agobiado de pesar.

Sita, Rama y Lakshmana fueron hacia donde estaban las madres y se postraron ante ellas. Las consolaron diciendo: "No se preocupen en lo más mínimo; desempeñen correctamente sus obligaciones y responsabilidades, tengan siempre presentes los deseos e ideales que nuestro padre puso ante ustedes". Les dijeron que ellos vivirían feliz y tranquilamente esos catorce años como si fuesen catorce segundos y retornarían dichosos a Ayodhya. Estas palabras reconfortaron los corazones de las reinas.

Se postraron a los pies de Kaikeyi y le dijeron que ella no tenía ni un ápice de responsabilidad por el exilio de Rama, y que siempre sería merecedora de su veneración y estima, pues nunca había intentado dañar a nadie. Afirmaron que siempre orarían por ella y le suplicaron que no se preocupara por ellos. Le infundieron mucho valor para soportar el peso de su arrepentimiento y le dijeron: "Bharata perdió el control y enfurecido habló a la ligera y en forma impertinente cuando se enteró de la muerte de su padre y de¡ exilio de su hermano. Su pasión se exaltó y su sangre hirvió contra quien pensó que era responsable de esos sucesos y no tuvo en cuenta el hecho de que tú eras su madre". Rama, Sita y Lakshmana le suplicaron que no culpara a Bharata por ese incidente, que lo perdonara por ese arrebato.

Mientras Rama hablaba, Kaikeyi estaba abatida por la vergüenza que le causaba recordar su iniquidad. No podía ver a Rama a la cara y pensaba para sí: "¡Ay de mí! He causado tanta miseria y sufrimiento a este hijo dotado de un corazón compasivo y una mente llena de virtudes, un hijo que es oro puro. ¿No soy yo la culpable de su exilio en esa jungla terrorífica? ¡Oh, que acto tan diabólico he cometido! ¿Acaso lo hice sólo yo o fue Rama quien decidió el curso de los acontecimientos y me usó a mí como instrumento? Cualquiera sea la verdad, no puedo escapar. He cometido el mayor pecado".

Kaikeyi estaba sobrecogida de dolor ante el pasado irrevocable. Tomó las manos de Sita con desesperación, pidiéndole perdón, pero enseguida exclamó: "No, no es justo que perdones a una pecadora que ocasionó tanto daño a una mujer tan pura y tierna", y continuó lamentándose de su infortunio. Más tarde, la gente de Ayodhya que había ido se despidió de Sita, Rama y Lakshmana, subió a sus carruajes y partió en orden.

Sita, Rama y Lakshmana se acercaron a cada carruaje antes de que partiera y consolaron y confortaron a sus ocupantes. Luego, los tres se postraron a los pies de¡ preceptor y se disculparon ante él, diciendo

que les habían causado a él y a su consorte muchos problemas; expresaron pena y tristeza por no haber podido servirles como hubieran deseado y su deber se los exigía. Después, pidieron permiso para quedarse.

Vasishta era un brahmajñani (conocedor de¡ Absoluto) y un maharishi (aquél que ha visto la Visión Interior y la Realidad), por lo cual podía conocer los sentimientos de Sita y otros; así apreció la devoción y la humildad de los hermanos y de Sita y su estricta adhesión al camino del dharma (la rectitud). Vasishta y su consorte no podían alejarse de la presencia de Rama, pues estaban muy apegados a las virtudes que él encarnaba. El cuadro de los tres, de pie en plena jungla, con sus palmas unidas despidiendo a cada carruaje que pasaba y a sus respectivos ocupantes, derretía hasta al más duro corazón. Vasishta y su consorte, Arundhati, estaban conmovidos al ver su inmensa compasión.

Rama, cuando vio al jefe de los nishadas entre sus seguidores, caminó hacia él y, extendiendo sus brazos, lo abrazó más cálidamente que cuando estrechó a su propio hermano.

Consoló a Guha pidiéndole con afecto que tuviera calma y persuadiéndolo de que aceptara la separación, sabiamente.

Guha, impotente para cambiar el curso de los acontecimientos, cayó a los pies de Rama; se levantó después con el corazón henchido de dolor y partió sin desviar la mirada de la encantadora figura de Rama tanto como pudo divisarla. Sita, Rama y Lakshmana se sentaron bajo un frondoso árbol, hasta que el último de ellos se fue.

Mientras tanto, el emperador Janaka se preparó también para partir a la cabeza de su caravana, hacia Mitila. Rama y Lakshmana se postraron ante sus suegros. Sita cayó a los pies de sus padres y éstos la abrazaron y acariciaron su cabeza y con ternura le dijeron: "Hija, tu valiente determinación y la devoción hacia tu marido nos otorgarán gran honor. Gracias a ti, nuestra familia y nuestro clan se han santificado. Tal vez hayamos llevado a cabo algún gran voto y realizado grandes austeridades; de otra forma no habrías nacido en nuestro linaje".

La exaltaron profusamente y le expresaron su felicidad asegurándole: "Sita, no puedes sufrir carencia alguna. Rama es el aliento de tu existencia. Sabemos que desde que vives a su sombra, no puede dañarte ningún mal. Sin embargo, al ser dos seres diferentes, problemas y confusiones pueden confrontarlos de vez en cuando. Éstos son el juego del destino, sólo nubes pasajeras". Janaka les refirió muchas verdades vedánticas, para brindarles consuelo y contento. Después también abandonó la ermita y emprendió el camino que lo llevaría más allá de los bosques. Sita, Rama y Lakshmana permanecieron a la sombra de ese árbol hasta que los habitantes de Ayodhya y Mitila desaparecieron de su vista; entonces regresaron a su cabaña de techo de paja y allí, mientras Rama describía con ardiente

aprecio la devoción y fe de Bharata y Satrugna, su amor y lealtad ejemplares y el apego afectuoso de los habitantes del imperio, Sita y Lakshmana escuchaban atentamente y compartían los mismos sentimientos. Sus corazones se sentían doloridos por su partida; ellos hubieran deseado su presencia por más tiempo. A menudo, al conversar, recordaban la muerte de Dasarata y lloraban al rememorar el afecto que el emperador les profesaba. Al notar su pesadumbre, Rama esbozó una sonrisa y les habló del misterio de la vida y de la clave para su entendimiento. Así transcurrió ese día especial, en el silencio de aquel boscoso refugio.

Mientras tanto, el río de gente que emergía de los linderos de la jungla hacia las áreas pobladas cerca de Ayodhya, los ascetas, sabios, brahmanes, los hermanos Bharata y Satrugna, las reinas Kausalya, Kaikeyi y Sumitra, los ministros y todos los ciudadanos no podían contener el peso del dolor que se tornaba más agobiante mientras más se alejaban de la jungla rumbo a la ciudad. Durante el viaje iban recordando los sucesos de los cinco días que habían disfrutado en compañía de Rama y admirando los ideales que éste hacía realidad con su ejemplo y amor, su compasión y afecto. No se detuvieron ni a comer ni a dormir, pues no tenían hambre o sueño; la tristeza de la separación los abrumaba y hacía olvidar sus necesidades.

Al segundo día de viaje llegaron al caudaloso río Ganges; el jefe de los nishadas preparó barcas para cruzarlo y elaboró mucha comida para toda la gente y para los miembros de la corte. Sin embargo, nadie disfrutó de la hospitalidad que les brindaba, pues el dolor de alejarse de Sita, Rama y Lakshmana agobiaba sus corazones. Incapaces de agraviar a Guha y sin desear lastimarlo, se sentaron frente a los platillos, picotearon la comida y, levantándose rápidamente, tiraron el contenido. ¿Por qué? Incluso los caballos se negaban a comer. Vasishta, el preceptor real, se dio cuenta de ello y dijo: "¡Vean! Rama es el morador interno, el espíritu que vive en todos; él es la inteligencia, la conciencia que traza a cada ser".

Nadie tenía ningún deseo de detenerse para dormir unas horas. Bharata había resuelto viajar directamente a Ayodhya y llegar lo más pronto posible. Estaba ansioso de mostrar a los ciudadanos las sagradas sandalias de Rama para infundirles consuelo y valor, así que la caravana cruzó el río Gomathi y el Sarayu y llegó a los alrededores de Ayodhya a los cuatro días de viaje.

Los ancianos, los niños y las mujeres de Ayodhya que no pudieron unirse a la multitud que había marchado para encontrarse con Rama estaban esperando las señales de su feliz regreso después de persuadir a Rama para que tomara el mando del reino. Sus ojos se habían cegado de ansiedad y cansancio. Cuando escucharon el ruido de los carruajes, corrieron hacia las calles para preguntarles a sus vecinos que regresaban: "¿Dónde está nuestro señor?". Mas como ya era muy

de noche, regresaron a sus casas y se dispusieron a dormir, con la esperanza de poder ver a su amado príncipe al salir los primeros rayos del Sol. Un gran desconsuelo, así como una satisfacción, los esperaba a la mañana siguiente, pues se enteraron de que Rama no había regresado a la ciudad pero que había mandado sus sandalias en representación.

Mientras tanto, Bharata llamó al preceptor real y a los ministros de la corte y les asignó varias tareas de gobierno, dotándolos de autoridad para llevar a cabo su función. Llamó a Satrugna y le encargó la tarea de alentar y consolar a las reinas madres. Reunió a un grupo de brahmanes y pandits y frente a ellos, con las palmas juntas, les dijo que cumpliría sus deseos, ya fueran grandes o pequeños, pues sabía que ellos sólo buscaban el bienestar de la gente y de él mismo. Quería que le presentasen sus demandas, sin vacilaciones.

Solicitó la presencia de un grupo de ciudadanos de Ayodhya y de los líderes de todo el imperio y les describió lo que había acontecido en la capital y en el sitio donde Rama vivía exiliado. Les dio a conocer el resultado de las conversaciones que sostuvo con él y los instó a adorar y reverenciar sus sandalias durante los catorce años que estuviera ausente, como si fuesen la auténtica presencia del mismo Rama. "Ellas cuidarán de nosotros. Son nuestro refugio y nuestro bien dijo . Con plena confianza en que las sandalias reinarán sobre nosotros, vivamos con Rama instalado en nuestro corazón. Después de su regreso, Rama directamente reinará sobre nosotros, regalándonos el gozo de su presencia física y de su guía. Nuestra tarea desde este momento es esperar ese día feliz, orando en nuestros corazones".

Después, Bharata ordenó que en una hora auspiciosa las sagradas sandalias fueran instaladas en el trono, ya que sólo tenía en mente la felicidad de su pueblo: el preceptor real, los pandits, ascetas, sacerdotes, ministros, líderes de la población y todos los ciudadanos. Cuidó de que se hicieran grandes preparativos para celebrar tal acontecimiento.

Ese día se postró ante las madres, Kausalya, Sumitra y Kaikeyi y después subió al trono con las sandalias sobre su cabeza. Rogando las bendiciones de Vasishta y el permiso de éste y de todos los concurrentes, las colocó en el trono jurándoles lealtad reverente y puso todas sus responsabilidades bajo su custodia.

Más tarde, ese firme seguidor de la rectitud, ese incomparable héroe, Bharata, caminó hacia el valle Nandigrama, donde tenía una cabaña para alojarse. Llevaba el cabello atado en un nudo, igual que Rama y Lakshmana; su vestimenta estaba hecha de corteza de árbol como la de ellos y viviría en una cueva especialmente cavada en el suelo. Su comida y vestido serían similares a los de los ascetas de los bosques; sus actos, pensamientos y palabras también serían austeros y orientados hacia la espiritualidad.

Bharata renunció a la vida lujosa de Ayodhya, que Indra, el regente del cielo, encomiaba como inalcanzable y abandonó la vida de lujo del palacio real que aun Kubera, el dios de la riqueza, envidiaba. Él estaba feliz en ese pequeño pueblo, viviendo sin ser visto por otros, en esa cabaña de hierba y paja. Hizo el voto de no ver la cara de nadie más hasta que Rama regresara del exilio.

Su mente estaba fija en su hermano y en el día de su retorno. Su cuerpo se debilitaba con el transcurso de los días, pero el fulgor espiritual de su rostro brillaba más y más con el paso del tiempo. Su devoción hacia Rama creció en proporciones cada vez más vastas.

Se transformó en un alma pura que ha alcanzado la realización. En el firmamento de su corazón, las estrellas brillaban en gloriosas galaxias; bajo ellas, sus sentimientos y emociones fulguraban como el Océano de Leche, sereno, profundo y puro.

19. EL BOSQUE DANDAKA

Mientras Bharata pasaba así los días en Nandigrama, en la constante contemplación de Rama, muy lejos de ahí, en el bosque, en lo alto del Chitrakuta, Sita, Rama y Lakshmana alababan aquella devoción y sentido de dedicación. Los tres vivían felices en el apacible y silencioso bosque. Un día, un tonto llamado Jayanta quiso aquilatar el valor de Rama, ¡una aventura tan necia y suicida como el anhelo de una hormiga por averiguar la inmensidad del océano! Movido por un afán travieso se transformó en un cuervo y, acercándose a Sita, que se encontraba sentada a un lado de Rama, absortos los dos en la belleza del bosque que los rodeaba, con su afilado pico mordió el pie de ella haciendo que sangrara. Al ver correr la sangre, Rama arrancó unas hojas de hierba y las arrojó contra el cuervo.

Rama jamás le haría daño a nadie que no mereciera tal castigo; sin embargo, cuando fuera necesario, incluso Raúl[1] se tragaría la Luna, ¿no es cierto?, pues Rama también. Jamás le haría daño a un inocente, pero aquellas hojas de hierba se convirtieron en una llama que voló tras Jayanta, persiguiéndolo por dondequiera que fuera. Desvalido y asustado, el cuervo regresó a su forma original y Jayanta se postró a los pies de Rama pidiéndole auxilio. Indra supo que el ofensor era su proplo hijo, y él también se arrepintió de la audacia e irreverencia. Jayanta se postró ante Rama y le pidió misericordia diciéndole: "Soy un tonto, no me di cuenta de lo que hacía; sálvame de tu ira, de este fuego". i

Rama se compadeció, pues Jayanta había reconocido humildemente su culpa. Hizo que uno de sus ojos perdiera la vista y lo dejó ir, vivo pero tuerto. Las hojas de hierba que habían sido transformadas en llama recobraron su naturaleza original. Jayanta se sintió agradecido de que se le impusiera sólo un pequeño castigo a pesar del terrible mal que había cometido y vivió durante mucho tiempo en la cima del Chitrakuta, donde habitaban Sita, Rama y Lakshmana. Un día, el décimo de la mitad luminosa del mes de Margasira, Rama le pidió a Jayanta que se dirigiera al sur.

Sita, Rama y Lakshmana también abandonaron el Chitrakuta y llegaron a la ermita del gran sabio Atri. Éste supo de antemano, por sus discípulos, de esa visita a su refugio, así que cuando se acercaban al ashram, salió al encuentro de Sita, Rama y Lakshmana para darles la bienvenida. Atri estaba tan gozoso por esa señal de gracia, que lloró de felicidad, afirmando que esa visita había logrado que su vida alcanzara su más elevado anhelo; sus austeridades por fin habían rendido fruto

[1] Demonio convertido en astro, que causa los eclipses.

ese día. Al caer la tarde, el sabio reunió a sus discípulos y dispuso un asiento alto, para que Rama presidiera la asamblea.

Mientras tanto, su consorte, Anasuya, había atendido las necesidades de Sita y también la condujo a ese lugar. Después les habló a todos de lo sagrado de la ocasión, de los poderes de Rama, Sita y Lakshmana y de las fuerzas divinas que

habían encarnado en ellos. Anasuya también alabó las virtudes de Sita y le dio consejos sagrados sobre los deberes de las mujeres, así como de los ideales que debían sustentar. Sita habló acerca del hecho de que todo ser y toda criatura tienen inherente el principio femenino en su constitución y que aun cuando existen papeles masculinos y femeninos, al actuar en el escenario del mundo, todos son básicamente femeninos cuando se consideran su fuerza, sus emociones y actitudes. Dijo que su señor, Rama, era la encarnación del uno y único principio masculino del universo. "En él dijo no existe huella de dualidad, de lo mío y de lo tuyo, de la pena y la alegría. Él es la encarnación del arrojo y la intrepidez, es la fortaleza personificada. Purusha o el eterno masculino se casó con la naturaleza o Prakriti, el eterno femenino. Aun cuando la naturaleza parezca múltiple y variada, en verdad es sólo una e indiferenciada Unidad". De ese modo reveló Sita la verdad del principio de Rama a Anasuya, la consorte del sabio Atri.

Rama, Sita y Lakshmana vivieron momentos muy felices en el ashram de Atri. Les dieron buenos consejos a los residentes y discípulos acerca de la conducta recta. Después, solicitaron permiso al sabio para emprender la marcha y reanudaron su viaje a través de la jungla. Los habitantes del ashram derramaron lágrimas de tristeza cuando se marcharon. A pesar de sus intentos de acompañar a Rama durante las etapas siguientes de su vida en el bosque, tuvieron que desistir y continuar su vida en el ashram, para lo cual habían dedicado sus vidas, y tuvieron que ser testigos impotentes de la partida del divino dueño de sus corazones.

La jungla hacía eco a los rugidos de las fieras salvajes que deambulaban en busca de su presa. Aves de multivariados plumajes trinaban melodiosamente en las copas de los árboles; cada una poseía una belleza y un trino peculiar, sus arrullos y cantos eran bálsamo para los oídos; parecía que habían entrado en un mundo nuevo de emociones. Al cruzar por esa región de asombrosa belleza, sus ojos se posaron de pronto en una hermosa ermita, que tenía en el centro un templo pintoresco. Lakshmana se adelantó y limpió el camino, haciendo a un lado los arbustos que impedían el paso. Arrancó las enredaderas espinosas que colgaban amenazantes. Sólo así, Rama y Sita pudieron caminar sin peligro por aquel camino. Cuando se acercaron a la ermita, vieron un hermoso jardín bien cuidado y atendido con cariño. Del suelo emergían árboles llenos de flores y de frutos coronados de belleza. Las ramas yacían dobladas por el peso de las frutas jugosas y maduras. Sita se deleitó al ver tanta belleza y su cansancio desapareció; estaba

absorta en la paz y la alegría celestial que imperaban en ese sitio. Caminó atrás de Rama, admirando la maravilla de la naturaleza que la rodeaba. Cuando algunos habitantes de aquel lugar se percataron de su presencia, se apresuraron a darle la noticia a su preceptor y éste se dirigió de inmediato a la entrada principal para darles la bienvenida a los visitantes. Sus ojos derramaron lágrimas de alegría y les brindó hospitalidad genero 1 sa a los recién llegados. Se les invitó a pasar y de inmediato se les ofrecieron bebidas refrescantes, deliciosas frutas y raíces. Los invitados aceptaron sus atenciones con gran placer y compartieron aquellos sencillos alimentos.

En la tarde se bañaron, para efectuar los ritos sagrados, y Rama habló con los eremitas acerca de la conducta y el comportamiento ideal. Les permitió que le hicieran preguntas relacionadas con las dudas que pudieran estar inquietándolos y sobre los puntos difíciles al estudiar las sagradas escrituras. Los eremitas no cabían en sí de gozo. Rama les dio convincentes y claras explicaciones, con palabras sencillas. Sin duda, los habitantes del ashram experimentaron el mismo cielo en la tierra. Decían entre ellos, con gran deleite, que la presencia de Rama era una experiencia tan sagrada como el contacto con el mismo Dios en el cielo.

Al amanecer, Rama, Sita y Lakshmana se bañaron y llevaron a cabo los ritos matutinos. A pesar de los constantes ruegos de los habitantes del ashram, decidieron proseguir el viaje, aduciendo que la gente no debía oponerse a la realización de sus promesas y decisiones. Habían resuelto, dijeron, no quedarse en una ermita o lugar más de una noche.

Cuando reanudaron el viaje, al pasar por el bosque, un ente monstruoso la pavorosa ogresa Virada apareció de repente y se dirigió amenazante hacia ellos. Naturalmente, Sita se asustó al ver esa aparición, pero pronto se armó de valor al darse cuenta de que Rama, como un león, estaba ahí para protegerla, así que no tenía por qué temer a la «débil zorra» que se acababa de presentar. "Que ruja todo lo que quiera", decía. Se colocó a espaldas de Rama y observó la contienda. Lakshmana le disparó una afilada flecha y después le lanzó toda una serie. Herida por las flechas, Virada se transformó en una enorme fiera semejante a la encarnación de la muerte y la destrucción y se lanzó sobre Lakshmana. Rama vio que su hermano se estaba cansando por la lucha, tensó su arco y disparó una flecha, que destrozó en pedazos la temible lanza de tres picos que blandía la ogresa y después partió en dos la cabeza del monstruo. En ese momento, emergió del cadáver una brillante figura celestial.

Virada se había convertido en un ogro, a causa de una maldición que su divino maestro, Kubera, le había lanzado. Él formaba parte de un grupo de ángeles celestiales (Gandarvas), quienes servían a Kubera. Más tarde, el mismo Kubera se compadeció y le dijo que esa maldición cesaría al morir por una flecha del arco de Rama. Le dijo que sólo así podría regresar como un Gandarva a la presencia de Kubera. Así, ei

Gandarva se postró a los pies de su salvador y lo alabó largamente, antes de partir hacia su morada permanente.

Rama sepultó el enorme cuerpo del demonio que yacía sobre la tierra y efectuó los ritos prescritos para tal ocasión. En ese momento, un chubasco cayó sobre ese sitio, como si los dioses en los cielos lloraran de alegría al ver la compasión que Rama demostraba.

Después, se dirigieron a la famosa ermita del sabio Sarabanga. Cuando se aproximaban al ashram, los ascetas y monjes se encontraban hablando acerca de los desastres que Ravana, el rey de los demonios, había causado, y cuando Rama, Sita y Lakshmana aparecieron ante ellos interrumpiendo su conversación, intuyeron el propósito de su visita y supieron que sus temores pronto se alejarían. Cuando el sabio Sarabanga vio la encantadora y divina figura de Rama, no podía dar crédito a sus ojos. Dudaba si sería un sueño, una ilusión o alguna extraña experiencia causada por la meditación. Muy pronto se percató de que su buena fortuna era real; estaba sobrecogido por e! éxtasis de haber logrado tan anhelado sueño. Sabía que su ascetismo había sido por fin bendecido con el fruto de su anhelo y les ofreció hospitalidad, con todo afecto.

Alabó ampliamente a Rama diciéndole: "¡Rama, tú eres el cisne celestial que nada majestuosamente en el lago de las mentes de los sabios! Este día he alcanzado la meta de la vida. ¡Rama! No conozco ninguna disciplina espiritual más valiosa que ésta: para mí fue posible ganarte a través de un solo camino, el camino del amor. Mis ojos te han visto y ya no necesitan ver nada más. Has dado tu palabra diciendo que cumplirías los deseos de !os sabios; bien, ahora tienes que cumplir esa palabra. Mi deseo es que permanezcas ante mí con tu encantadora forma hasta que el último aliento abandone mi cuerpo. Deseo abandonar este cuerpo mientras mi mirada permanece fija en ti". Así rogó el sabio.

En pocos minutos la pira estuvo lista, fue encendida y Sarabanga se colocó en el centro de la misma, con los ojos brillantes de alegría ante el éxtasis de estar viendo a Rama. Sin parpadear ni desviar la mirada, con las imágenes de Rama, Sita y Lakshmana grabadas en su corazón, el cuerpo de Sarabanga se redujo a un puñado de cenizas. Las aguas azules y plácidas de su corazón reflejaban la forma azul de Rama, a quien había adorado hasta el último momento. Su alma se fundió en lo universal que estaba frente a él.

Aunque al principio los habitantes del ashram se lamentaban de la partida de su preceptor y maestro, pronto comprendieron que había tenido la extraordinaria fortuna de una bendición especial. El mismo Dios había llegado en forma humana y lo había bendecido permitiéndole unirse con él en su majestad y su gloria. Sintieron que ellos también habían compartido ese regalo de gracia; adoraron a Rama y lo alabaron de distintas maneras. Gritaban "¡Viva! ¡Victoria, victoria!"

y tomando ceniza de su maestro se la untaban en la frente, con reverente gratitud.

Las noticias de la inmolación de Sarabanga pronto atrajeron a esa ermita a los residentes de otros ashrams. Se postraban a los pies de Rama alabando su conmiseración y le rogaron así: "¡Señor, qué afortunado fue Sarabanga! exclamaban . Muchos sabios han sido presa de la feroz voracidad de la tribu de los demoníacos Rakshasas, en esta área. Sin embargo, Sarabanga fue bendecido y ofrendó su cuerpo y su vida al Señor mismo. ¡Señor, sálvanos también a nosotros de estos rapaces enemigos! Permítenos progresar en nuestro camino espiritual y en nuestras disciplinas, sin que nos asalten los demonios. Y, finalmente, ¡oh Señor!, bendícenos con el fruto por el cual nos estamos esforzando: la visión de tu presencia".

Mientras tanto, un sabio llamado Suthikshna se aproximó a Rama y se postró ante él. Era un discípulo del renombrado Agastya y un devoto incomparable cuya mente estaba saturada de amor por Rama. Tenía la firme fe de que a Dios se le podía ganar únicamente con amor. No podía visualizar en su mente ninguna otra forma de Dios excepto la de Rama. Se quedó mirándolo sin pestañear ni una fracción de segundo; su corazón se derritió en adoración, por estar viendo a Rama.

Dijo: "¡Señor!, ¿has llegado desde tan lejos a esta región sólo para bendecirme? Habiendo venido a la tierra con esta forma visible, ¿todavía deseas que yo siga adorando al Absoluto sin forma? No. Amo esta forma y este nombre. Yo no sé ejecutar ningún rito, sólo sé que tú, la encarnación del amor, puedes ser alcanzado a través del amor. El anhelo es la única ganancia que he acumulado, ése es el único ascetismo al que me he sometido. Dime, ¿no es acaso suficiente? ¡Oh, salvador de la congoja del nacimiento y la muerte!, ninguna forma de adoración es tan efectiva como el servicio al Señor mediante el amor, ¿no es así? Cantar tu gloria, meditar acerca de ella y obtener una dicha inefable mediante estos actos, ¿puede alguna otra forma de adoración propiciar tanta alegría?"

Suthikshna bailaba, sin darse cuenta de dónde estaba ni de lo que estaba haciendo; las lágrimas corrían por sus mejillas. Cualquier otro que no comprendiera la alegría interna que estaba experimentando, pensaría que estaba loco. Rama percibió el anhelo del sabio, lo acercó hacia él y lo abrazó amorosamente. Le habló suave y dulcemente hasta volverlo consciente del lugar donde se encontraba.

Mientras Rama sostenía sus manos, el gran sabio entró en el supremo estado de samadhi (bienaventuranza), volviéndose como una estatua. Rama lo hizo consciente otra vez y en cuanto volvió en sí, el sabio se postró a los pies de Rama. Elevó sus manos sobre su cabeza y, juntando las palmas en adoración, expresó su alegría y deleite y dijo:

"Señor, tú eres la conflagración que destruye el bosque del engaño donde el hombre se ha perdido. Tú eres el orbe solar que hace posible que el loto del corazón de los hombres buenos florezca en

belleza y fragancia. Eres el rey de las bestias que ha venido a destruir a esta raza de elefantes demoníacos. Eres el águila que ha venido a cazar y destruir al pájaro que nace y muere en un ciclo recurrente de alegría y dolor.

"¡Señor!, tus ojos son tan encantadores como los lotos; los míos no pueden captar toda la belleza de su brillante forma. Eres la Luna que irradia su fresca luz para cautivar a los pájaros mellizos chakora, los ojos de Sita. .

"Tú nadas feliz como el cisne celestial en los plácidos lagos que brillan en los corazones de los sabios. Tú eres el pájaro Garuda que destruye a las serpientes que anidan en las mentes de los incrédulos y los escépticos. Toda crueldad, confusión y calamidad se queman con una simple mirada tuya".

Así y de otras maneras más elogió a Rama y obtuvo gran alegría por haber ten¡do esa oportunidad. Se extasió con la figura del Señor, para que su imagen quedara impresa en su corazón. No estaba consciente de que el tiempo transcurría ni de las necesidades de su cuerpo, tampoco pestañeó ni una vez mientras contemplaba y absorbía la gloria dé Rama.

Rama lo observó durante un momento y después lo levantó sujetándolo de los hombros y le dijo: "Suthikshna, estás dotado de todas las virtudes. Pídeme todo lo que quieras, que yo te bendeciré". El sabio contestó: "¡Oh, amigo y benefactor de los desamparados!, mi deseo es éste: vive siempre en las profundidades de mi corazón con Sita y Lakshmana". Rama respondió: "Que así sea". Después, con él como compañero, Rama prosiguió hacia el ashram de Agastya, con Sita y Lakshmana tras él.

Después de avanzar una corta distancia, escucharon el rumor de las aguas de un río. Cuando se aproximaron, divisaron la cima de una montaña a un lado de la corriente. En medio había preciosos jardines y, como un loto brillando en el centro de un estanque, apareció ante sus ojos la hermosa ermita de Agastya, asentada sobre una alfombra de fragantes flores.

Las palabras no pueden describir la exquisita belleza de aquella escena. Sita, Rama y Lakshmana quedaron atónitos durante unos momentos, ante el cautivante esplendor. ¡La atmósfera era tan asombrosamente espiritual! Ahí, los animales enemigos a causa de su naturaleza los del agua y los de la tierra, las aves y las bestias vivían juntos, libres de temor y enemistad. También podían ver a muchos monjes y ascetas en meditación, sentados en la ribera.

Cuando se aproximaron al ashram, Suthikshna se adelantó para darle la buena noticia a su maestro, se postró a sus pies y le dijo: "Gran maestro, encarnación de la misericordia, el príncipe de Ayodhya, el sostén de este universo, acaba de llegar a nuestro ashram con Sita y Lakshmana. La misma persona que ansiabas conocer y visualizar a través de tus prácticas espirituales durante años, sin importar que

fuera día o noche, ha venido, está cerca de ti. ¡Qué día tan maravilloso es éste! ¡Qué gran fortuna!". Al hablar así, Suthikshna se olvidó de sí mismo y se llenó de éxtasis inconmensurable.

Al oír esto, Agastya se puso de pie rápidamente y caminó hacia el campo abierto; ahí vio a los tres aproximarse hacia él. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se adelantó exclamando: "¡Oh Señor, Señor!", y se fundió con Rama en fuerte abrazo, sin intenciones de soltarlo, igual que una enredadera se aferra al tronco de un árbol.

Agastya no podía contener la dicha que lo embargaba al conducir a Rama, Sita y Lakshmana hacia su ermita. Los invitó a que tomaran asiento para que descansaran y ordenó que les trajeran frutas y raíces dulces. Después, les preguntó acerca de! viaje que habían efectuado y cuando Rama le respondía, Agastya, cerrando los ojos, escuchaba con profundo deleite, derramando lágrimas de alegría, dibujada en su rostro una sonrisa feliz. Por fin dijo: "Señor, estoy convencido de que no existe alguien más bendito que yo. El Señor Nárayana en persona ha venido hacia mí, está en mi ermita, ¿es esto verdad?, ¿es un sueño? No; ¡es una experiencia real!". Con palabras de agradecimiento y devoción expresó su alegría.

Rama dijo: "¡Oh, monarca entre los monjes!, no tengo nada que ocultarte; sabes muy bien la razón por la cual he venido a este bosque. Dime cómo destruir a esa horda demoníaca, los Rakshasas, que perturbes las austeridades de los sabios y monjes, y cómo preservar del peligro a los fervientes siervos de Dios. Espero tus consejos. En la estación fría de Hemanta, los lotos se marchitan y mueren; la estación de Hemanta ha llegado para los Rakshasas".

Al escuchar las palabras de Rama, Agastya sonrió y dijo: "Señor, tú eres omnisciente; no entiendo por qué me pides consejo; ignoro si me estás bendiciendo o poniendo a prueba. Sin embargo, por el efecto de tu gracia, el darshan (tu Visión), Contacto y Habla Divinos con los cuales me acabas de bendecir, soy capaz de comprender el significado de tu pregunta; eso también es tu gracia. Maya (el ilusorio mundo), que es tu creación y tu títere, la esclava que yace a tus pies, siempre está alerta al más mínimo arqueo de tu ceja para acatar tus órdenes. Mediante la capacidad que le has otorgado, maya (la ilusión cósmica) está creando a todos los seres, en la tierra y en el cielo.

'Tu maya (mundo ilusorio) es invencible, arrasa interminablemente con los seres, es decir, con aquéllos que caen presa de sus maquinaciones; esto es un hecho conocido por todos. Tu mundo ilusorio es como la higuera, que crece gruesa y alta; los mundos en el cosmos son como los frutos de ese árbol. Todas las cosas y seres que existen en este cosmos son como los gusanos y larvas que se arrastran dentro de la fruta. Ésta es muy bonita por fuera, pero cuando se abre, se pueden ver cientos de gusanos en su interior.

"Aquéllos que están apegados a este mundo externo y a sus tesoros transitorios te tienen miedo porque cuando asumes la función

del tiempo, arruinas inexorablemente sus planes. El mismo cosmos es una apariencia sobre tu realidad. ¡Rama!, tú eres adorado por todos los mundos y me pides consejo, y me halagas como lo haría cualquier hombre común. Todo ello me provoca risa.

"Desde este momento, la preocupación se ha alejado de mí. Deseo que te quedes en esta ermita con Sita y Lakshmana; ésa es la única gracia que te pido. Prefiero adorar tu forma con atributos y no al Principio sin atributos; eso es en lo que creo y lo que enseño; ése es mi ideal, mi meta principal, mi aspiración. Por lo tanto, otórgame esta gracia. Es tu juego elevar a tus siervos escondiéndote tras el escenario, fingiéndote inocente e ignorante de todo. No me des un sitio más alto del que tengo, no me pidas que te aconseje. Mi deber es asentir y cumplir tus deseos y seguir tus huellas. ¡Padre!, no me envuelvas en tu maya y me hagas caer presa del egoísmo, haciéndome el blanco de tus juegos".

Ante esto, Rama dijo: "¡Oh, venerable sabio!, esta región es bien conocida por ti, ¿qué mal existe en que me aconsejes un buen sitio para descansar? Eso es lo que cualquiera te pediría, ¿no es así?". Agastya replicó: "Maestro, ya que me has dado una orden, te responderé: muy cerca de este lugar fluye el sagrado río Godavari, que desde hace muchas eras corre pleno y libre; junto a él tenemos el Dandakaranya. Cuando lo santifiques al descansar junto a él, habrás derramado alegría y contento sobre los monjes y sabios que ahí viven, ya que sobre la región del bosque y su guardián pesa una maldición y, por lo tanto, están muy afligidos".

Al escuchar esto, Rama interrumpió al sabio: "Maestro, Sita está ansiosa de escuchar la historia de esa maldición. Háblanos de ella con detalle". Agastya le contestó: "¡Oh director de este eterno drama!, cierta vez, el hambre asoló la región de Panchavati y todos los monjes y ascetas que vivían ahí se refugiaron en la ermita del sabio Goutama, quien les proporcionó todo lo que necesitaban, gracias a los poderes que había adquirido como resultado de sus austeridades.

"Cuando la hambruna terminó, los monjes decidieron regresar a sus tierras, pero algunos falsos monjes que había entre ellos conspiraron en contra del sabio y planearon difamarlo. Trajeron una vaca que estaba a punto de morir y la obligaron a entrar en el jardín de la ermita. Goutama vio que la vaca estaba a punto de comerse una hermosa flor y trató de sacarla de ahí, mas al empujarla, la vaca exhaló su último aliento. Los monjes conspiradores aparecieron inmediatamente y lo acusaron del terrible pecado de haber matado a una vaca. Lo condenaron diciéndole que era un paria y un bárbaro. Intrigado, Goutama se dispuso a descubrir si la vaca había muerto por el empujón que le había dado o por muerte natural. Se sentó a meditar profundamente para saber la verdad y pronto se le reveló que sólo era una trampa de los malvados monjes. Disgustado ante el proceder tan despreciable de éstos, lanzó una maldición: «¡Que este bosque

contaminado por personas tan perversas esté lejos del alcance de los buenos y los santos, que sea hogar de Rakshasas demoníacos!»

"Otro incidente se añadió a esta maldición. El gobernador de aquel lugar, de nombre Danda, violó a la hija de su propio preceptor, Brigu. Éste, cuando supo de labios de su hija el escarnio cometido, lleno de ira hizo que cayera una lluvia de polvo que cubrió esta área con un barro profundo, y al transcurrir el tiempo se convirtió en una densa jungla de un extremo a otro. La región se llama Dandakaranya a causa de su infame gobernante. ¡Rama, joya de la dinastía Raghu!, estoy seguro de que cuando residas en ese bosque, los Rakshasas serán eliminados y la maldición terminará. Los monjes y los aspirantes espirituales podrán vivir ahí nuevamente para practicar sus austeridades. La humanidad se beneficiará al consumarse esa liberación, y aun el sabio que la maldijo también será feliz, ya que se encuentra apesadumbrado por las consecuencias de su ira".

Cuando Agastya terminó el relato de la maldición del Dandakaranya, Rama dijo: "De acuerdo, que así sea. Residiré ahí". Solicitó permiso para partir y se dirigió al bosque Dandaka, con Sita y Lakshmana. Antes de que se alejaran de la ermita, Agastya trajo algunas armas que había adquirido de fuentes divinas a través del ascetismo y las puso en manos de Rama, diciéndole que no deseaba usarlas, pues ahora había llegado el que las merecía y las podía usar para propósitos sagrados. "¡Rama, tú eres mi escudo, mi fortaleza, mi poder! Estas armas no me pueden salvar, pero tú sí; tu gracia es el arma más poderosa de todas las que poseo; tú eres mi refugio, mi fortaleza, la armadura impenetrable para mi pecho".

Conforme Sita, Rama y Lakshmana penetraban en la densa jungla de Dandaka, los árboles que habían permanecido secos largo tiempo inmediatamente reverdecieron y se llenaron de tiernos racimos de brillantes hojas, las enredaderas adquirieron de nuevo su esplendor y de ellas brotaron fragantes flores. El bosque, muy pronto se vistió de su antiguo verdor y de flores multicolores. Buscaron un lugar para descansar y pronto llegaron a Panchavati, la región que Agastya les había indicado.

Ahí vieron a Jatayu, la vieja águila jefe, amiga de Dasarata, que lo había acompañado en sus incursiones al cielo cuando fue a ayudar a los residentes celestiales. Rama le relató al águila la triste noticia de la muerte de Dasarata; le habló acerca de él, de Sita y Lakshmana y de sus otros hermanos. Después, empezaron a construir una cabaña en la ribera del Godavari. Jatayu se convirtió en un amigo confiable y merced a ella podían tener una visión más clara de la región. Al caer la noche, se dispusieron a descansar bajo un frondoso árbol.

20. PANCHAVATI

Rama deseaba permanecer por algún tiempo en Panchavati, a orillas dei Godavari, de manera que llamó a su hermano y le dijo: "Lakshmana, hermano, construye en el fugar que tú elijas una pequeña cabaña para vivir en ella".

Lakshmana recibió esa orden como una puñalada y, postrándose a los pies de Rama, exclamó angustiado: "¡Dime qué crimen he cometido para merecer esta cruel orden!°. Sita y Rama quedaron sorprendidos al ver su reacción y Rama dijo: "Lakshmana, no me explico qué es lo que te ha entristecido. ¿Acaso has oído alguna vez salir de mi boca una sola palabra cruel? ¿Acaso me he vuelto loco para proferir palabras duras y desagradables contra ti o cualquier otra persona? Tú siempre estás atento a cumplir mis deseos y necesidades como el mismo aliento de vida; ¿cómo, entonces, podría hablarte en términos tan crueles? Tu angustia no tiene razón de ser. Después de todo, sólo te pedí que escogieras algún lugar a tu gusto y construyeras en él una choza para que podamos vivir en ella. ¿No es así?"

Al oír esto, Lakshmana se cubrió las orejas con las manos, protestando con tristeza: "¡Rama, Rama, no soporto escuchar tus palabras!". Rama quedó sorprendido a9 ver ese gesto de dolor, pero Lakshmana se incorporó y frente a él, con las palmas de las manos unidas, le suplicó: "Señor, no hay nadie en Mí que pueda decir "yo"; mi único tesoro, mi única posesión son Sita y Rama. No tengo ningún deseo ni voluntad propios; mi deseo y voluntad son el deseo de Rama, la voluntad de Rama, la orden de Rama. Obedecer es mi deseo y mi voluntad. Yo soy el esclavo que cuida de ustedes y de nada más. ¿Cómo, entonces, puedo soportar que me ordenes que escoja un sitio acorde con mis deseos para construir la cabaña? ¡Como si yo pudiera o quisiera escoger! Si tuviera preferencias, ¿cómo podría ser un buen servidor de Rama?, ¿cómo podría merecer tal privilegio y fortuna? Ello sólo significaría que no merezco vivir en esta tierra y que mi existencia sólo es una carga y una vergüenza". Lakshmana sollozaba, incapaz de calmar su dolor.

Al ver su sufrimiento, Rama lo consoló con dulces palabras: "Hermano, tienes un corazón santo. Lo que te ordené fue en un sentido estrictamente mundano y ordinario. No creas que tu hermano ignora tu inmensa devoción; no te acongojes".

Rama le sonrió a Lakshmana y continuó diciendo: "Hermano, la pureza de tu devoción y tu sinceridad al servirme me deleitan; tus intenciones son nobles. En adelante no te causaré dolor con tales palabras. Te hablé usando un lenguaje común, eso es todo; no tomes mis palabras a mal. Ven, vayamos y busquemos juntos un lugar adecuado". Diciendo esto, tomó a Sita y a Lakshmana de las manos. Después de caminar alguna distancia, Rama se detuvo y dijo: "Construye la cabaña aquí".

Al escucharlo, Lakshmana exclamó con alegría: "¡Ah, ahora sí estoy realmente feliz! Mi deber es el de llevar a cabo tus órdenes, no el de ejercer mi voluntad". Se postró a los pies de su hermano mayor y de inmediato se incorporó feliz y contento. Entonces, comenzó la tarea de juntar hierbas y ramas para construir la cabaña que había de ser el hogar de los tres.

Sita y Rama se percataron de que Lakshmana tenía una mente muy sensitiva y una inteligencia delicada y sutil y sintieron gran alegría al recordar su profunda fe y devoción. Ella le confesó a Rama, en varias ocasiones, que la vida en la selva le parecía más encantadora que la vida en Ayodhya, gracias al servicio que Lakshmana brindaba con infinita devoción a su hermano.

Cuando Sita y Rama vieron la cabaña construida por Lakshmana, quedaron cautivados por su belleza, sencillez, comodidad y la atmósfera inspiradora donde brillaba. Sita entró en la cabaña y se maravilló por la habilidad y buen gusto desplegados por su cuñado y lo elogió por la rapidez con que la había terminado, sin descuidar ningún detalle. A partir de entonces, los tres vivieron días muy felices en esa cabaña.

La noticia de que Rama había establecido su hogar en Panchavati y que vivía en una cabaña similar a las de los habitantes de la región se extendió por toda el área, de manera que diariamente llegaban grupos de ascetas para rendirle homenaje. Todos obtuvieron el darshan y la gran fortuna de hablar con Rama. Después, no sin cierta renuencia, retornaban, alabándolo durante el camino a sus ermitas.

Algunos más llegaban con el propósito de resolver las dudas que los importunaban al estudiar las escrituras y definir e interpretar los códigos de moral o los textos referentes a los rituales. Otros le rezaban a Rama buscando aclarar, con su ayuda, si las prácticas ascéticas que seguían eran correctas y benéficas, puesto que Rama era el maestro de todos los dharmas (deberes del hombre) y conocía todas las escrituras hasta en sus últimos detalles, y así, quedaban completamente satisfechos con sus respuestas e indicaciones. Respecto de la naturaleza de las preguntas y respuestas, es conveniente entender con claridad los cuatro grados de preguntas. Se clasifican, en general, en cuatro grupos: 1) triviales; 2) inferiores; 3) aceptables y 4) loables. Las preguntas que se hacen con el fin de conducir a otra persona hacia una controversia, para luego infligirle una derrota humillante son "triviales". Las que se hacen para demostrar que uno es muy astuto y hábil son "inferiores". Preguntas que tratan de mostrar el intelecto y la facultad de razonamiento del interlocutor son "aceptables". Las preguntas hechas con el deseo sincero de despejar las dudas que uno tiene son "loables" y pertenecen a la categoría más elevada. No es necesario aclarar que los sabios, los monjes y los ascetas abordaban a Rama sólo con cuestionamientos del cuarto grupo.

Rama y Lakshmana se colmaron de dicha cuando vieron llegar a los ascetas. Muchos de ellos quedaban rendidos de admiración y

gratitud cuando escuchaban a Rama exponer ideales tan sencillos, tan fáciles de entender y realizar, tan fieles a las prescripciones de los Shastras y las escrituras, y tan libres de complejidades. Entonaron himnos de alabanza y adoración: "!Oh, maestro supremo! exclamaban ¡Oh, ser omnisciente que conoces el pasado, el presente y el futuro! ¿Quién más podría ser nuestro señor y libertador? Tú resides en el corazón de los sabios; hemos logrado verte entre nosotros como resultado de las austeridades que efectuamos. ¡Oh, cuán afortunados somos, cómo se han cumplido nuestros anhelos!». Renuentes, se separaban de Rama derramando lágrimas de gozo y de pesar.

Algunos permanecían bajo la sombra de algún árbol, a corta distancia de la cabaña de Rama, con la determinación de no regresar a sus ermitas. Juntaban frutas y raíces en las cercanías y seguían con la mirada a Rama, esperando ser favorecidos con un darshan más. En los momentos en que él salía de la cabaña y caminaba cerca de ellos, se extasiaban con su divina e imborrable figura, asomándose ocultos tras algún árbol o arbusto. De esa manera, vivían sus días completamente felices.

Rama robaba los corazones de todas aquéllos que llegaban a su presencia. Muchos, en su devoción centrada sólo en él, enloquecían; sentían que contemplar aquel rostro y repetir ese nombre era toda la austeridad que necesitaban practicar de allí en adelante. Rama tes hablaba a toda hora acerca del dharma (la rectitud) y las disciplinas espirituales, a todos aquéllos que se reunían en derredor de él.

Muchas veces llamaba a Lakshmana a su lado y le decía: "Hermano, si he venido a cumplir con esta santa tarea, ¿cómo podría hacerla permaneciendo en Ayodhya? ¿Cómo podría escenificar los siguientes capítulos del Ramayana estando allá? Éste es el propósito por el cual he venido: fomentar y proteger el bien y lo sagrado, destruir el mal y la falsedad que amenazan la paz y el bienestar del mundo, propiciar el buen comportamiento y los buenos actos... ésos son los fines a los cuales me dedicaré de ahora en adelante". Así fue coma informó a su hermano sobre lo que había resuelto hacer y la intención y el significado de su encarnación como hombre sobre la Tierra.

De vez en cuando, promovía a Lakshmana a la categoría de ser el vehículo para transmitir sus enseñanzas dirigidas a elevar a la humanidad, instruyéndolo acerca de los ideales dé la moralidad y el progreso. "Lakshmana le dijo una vez el apego al cuerpo y a las posesiones de cualquier clase, el egoísmo que crea el antagonismo de «tú» y «yo», los lazos que crecen entre el individuo y su mujer, sus hijos y sus propiedades, todos son consecuencia de la ilusión primaria: maya. Esa ilusión es básica, misteriosa y maravillosa. Maya establece su dominio sobre todos !os seres y todas las cosas, sobre todas las especies de criaturas vivientes. Los diez indriyas (los cinco sentidos de percepción y los cinco sentidos de acción) tienen, cada uno, su deidad que los preside, y con ellos como instrumento, maya (la ilusión) percibe

el mundo objetivo y obtiene placer de ello. Cada parte y cada partícula de ese placer es producida por maya y, por lo tanto, es ilusorio, fugaz y superficial.

"Maya tiene dos formas; una de ellas se llama vidyamaya y fa otra avidyamaya. La ilusión denominada avidya es muy perversa, causa una miseria sin límites. Aquéllos que se dejan arrastrar por ella se hundirán en las profundidades del cambio constante, la eterna maraña de alegría y pena. La ilusión denominada vidya es la que ha creado el cosmos por impulso del Señor, pues ella no tiene poder innato propio. Sólo en presencia del Señor puede crear el cosmos de tres cualidades. Las tres cualidades son: satva, rajas y tomas, las cuales, cada una por separado o combinadas, son características de los seres: satva representa el temperamento puro y equilibrado; rajas, el temperamento sanguíneo o emocional, activo, y tomas, el temperamento obtuso, indolente, inerte.

"El verdadero sabio, que ha conocido la Realidad, es aquél que ha abandonado los derechos y obligaciones de casta y sociedad, de edad y posición, y vive siempre con la conciencia de que todo esto es Brahman (Dios). Ha entendido que aquí no existe la diversidad; todo es Uno. Sabe que el cosmos entero está constituido por el mismo y único Brahman, que no puede haber una segunda entidad aparte de Brahman.

"¡Oh Lakshmana!, debes saber que la Trinidad (Brahma, Vishnú y Rudra) sólo es el reflejo del Dios único en cada uno de los tres ramales o atributos, satva, rajas y famas (pureza, dinamismo e inercia). El atributo de rajas (dinámico) está personificado por Brahma, el aspecto satva (puro), por Vishnú, y el de famas (inercia) se conoce como Rudra, o sea Shiva o Ishwara. Todo el cosmos, incluido el mundo, es manifestación del Brahman único a través de uno u otro, o bien a través de alguna combinación de los tres atributos. Así pues, el hombre sabio irá más allá de estos tres ramales, buscando el origen en el Uno. Unicamente él merecerá el nombre de monje, pues no tiene apego alguno, es decir, no tiene preferencia ni aversión".

A veces, Rama estaba en compañía de Sita y Lakshmana y les explicaba que mientras el individuo no entienda correctamente la afinidad que tiene con maya, la ilusión, y con el Supremo Brahman, nunca se podrá liberar para fundirse en el Supremo; tendrá que seguir siendo sólo un individuo, atado por los lazos de la ilusión a las limitaciones impuestas por el nombre y la forma. Pero decía Rama en el instante en que el individuo descubra y llegue a saber que no es sino la imagen del Supremo y que la diferencia entre el Supremo y él no tiene base alguna en la realidad, entonces la ilusión desaparecerá como la neblina al salir el Sol. Éste es el genuino conocimiento del ser, pues el Supremo es el Alma Universal (Paramatma) y el individuo es la misma Alma Universal visto como un reflejo en el cuerpo con nombre y forma, el upadi.

"Actúen de acuerdo con las reglas de conducta fijadas para la posición a la que han llegado y el deber que les toca cumplir.

Haciéndolo, lograrán desapego. Practiquen el yoga, o sea, la búsqueda de la unión con el Supremo; con ello obtendrán sabiduría. Esta sabiduría es la última etapa del progreso espiritual; lleva a la consumación. Adorar al Supremo con el amor más grande posible se llama bhakti, devoción. Sobre un ser así, derramo mi gracia. La devoción les otorgará prosperidad plena. La devoción emana del corazón, de manera espontánea. No depende de objetos o personas externas. También puede conferir sabiduría a la persona que se ha dedicado al Supremo; la alegría que proporciona a un hombre la devoción es única e inconmensurable. ¿Por qué una persona se decide a caminar por el sendero de la devoción? Todo empieza con la compasión de algún sabio bueno y dedicado a Dios, un alma realizada. Este sendero guía rápidamente a los hombres hacia mi". Escuchando palabras como éstas, Sita y Lakshmana olvidaban dónde estaban y bajo qué condiciones; Rama tampoco parecía darse cuenta de todo lo que sucedía, a causa del entusiasmo con que se explayaba sobre la grandeza del sendero espiritual. Dedicaban largos períodos a la introspección y exploración del deleite interno.

Un día, Lakshmana meditaba sobre esas profundas verdades y valiosas directivas, mientras montaba guardia alrededor de la cabaña. Sus ojos se posaron en una pequeña planta de limonero que luchaba por crecer bajo la espesa sombra de un árbol. Sintió deseo de trasplantarla a un lugar más soleado cerca de la cabaña para cuidarla y ayudarla a que creciera. La estaba desenterrando con todas sus raicitas, con gran amor y atención, cuando apareció la perversa hermana de Ravana, Surpanaka.

Tan pronto como sus ojos vieron a Lakshmana, fue atraída hacia él, por el halo de bondad y esplendor que iluminaba su cuerpo; quedó muda por la inesperada visión. Se transformó rápidamente en una linda jovencita y se acercó a Lakshmana con ademanes amorosos, pero él la ignoró y continuó con su tarea. Surpanaka no pudo soportar por mucho tiempo ese desdén, se le acercó y con voz patética le rogó: "¡Señor!, ¿por qué me hundes en la desesperación? ¡Calma mi insoportable pasión!, ¡posa en mí tu amorosa mirada que otorga felicidad!". Lakshmana desoyó aquel ruego y sólo se limitó a sonreír para sus adentros por tal audacia; prosiguió con su tarea de trasplantar el limonero. Surpanaka perdió la paciencia y se preparó para atraerlo hacia sí, pero Lakshmana resistió diciendo: "Madre, yo soy esclavo de Sri Rama, no soy hombre libre; cualquier actividad que haga, por pequeña que sea, la hago sólo por orden de él". Al escuchar sus palabras, y curiosos por saber con quién estaba hablando, Sita y Rama salieron de la cabaña. Rama vio a Surpanaka y la reconoció, no obstante la apariencia que había asumido, y se preparó para cualquier eventualidad. Entre tanto, Surpanaka lanzaba insultos a Lakshmana al

ver que no podía seducirlo, gritándole: "¡Cobarde, villano!", y reía fuertemente y con desprecio por su rechazo. No había visto a Rama; toda su atención estaba centrada en Lakshmana. Y volviendo a suplicarle, insistía: "Hombre encantador, cásate conmigo y sé feliz. Yo puedo ser tu deleite y servirte con la mayor lealtad". Lakshmana trató de rechazarla diciendo: "Hermosa mujer, soy un esclavo; si yo me casara contigo, tú tendrías que llevar una vida de esclava y, para terminar, dijo bromeando : ahí tienes a mi amo, Rama; si te casas con é!, yo seré tu esclavo". Surpanaka creyó que ésa era una buena idea y volviéndose hacia ta cabaña que Lakshmana le había señalado, vio junto a la puerta a una hermosísima mujer que sonreía y junto a ella, ¡la personificación misma de la belleza masculina!

Surpanaka quedó prendada de Rama con el amor más apasionado, se adelantó presurosa hacia él y expresó llorando su desesperación: "¡Dios del amor, dios de la belleza, acéptame como tuya!". También Rama quiso tratarla con cierta cortesía y divertirse con la ridícula escena que se desarrollaba ante él. Sonriendo dijo: "Oh bella mujer, no puedo tomarte en matrimonio, pues me encuentro bajo juramento de monogamia y tengo aquí a mi mujer. Mi hermano Lakshmana tiene esposa, pero ella se encuentra ausente, así que si lo deseas, cásate con él, es la persona indicada para ti; acércatele". Al oírlo, la mujer corrió hacia donde se encontraba Lakshmana y comenzó nuevamente sus reclamos, y le dijo: "Tu hermano ha accedido a que te cases conmigo, de modo que no te niegues, ¡acéptame!". Ahora su actitud era muy humilde y gentil. Lakshmana reconoció lo absurdo de la situación y quiso aumentar la diversión. La mandó con Rama y Rama la mandó nuevamente con Lakshmana, y así sucesivamente hasta que ella, desesperada y ciega de pasión, volvió a ser el ente demoníaco que era en realidad. Su perversa mente le hizo creer que Sita era la que impedía su lujuriosa aventura, pues Rama no se podía casar con ella porque Sita estaba a su lado. Pensó que si la eliminaba, Rama cedería a sus requerimientos. Así pues, se arrojó sobre Sita para matar

a y tragársela, pues era un demonio hasta la médula. Al ver esto, Lakshmana se puso tenso y miró a Rama para recibir órdenes, éste se dio cuenta de que la mujer había ido muy lejos y que era urgente detenerla, pero sabía que no era necesario usar un hacha cuando bastaban las uñas; levantó la mano y contó hasta cuatro con sus dedos mirando a Lakshmana, quien captó de inmediato el significado de la orden, pues contando hasta cuatro Rama indicaba los cuatro Vedas, que en conjunto se llaman Sruthi, es decir, "lo oído", que significa la oreja: Lakshmana, que tenía una inteligencia aguda y siempre alerta, podía interpretar con acierto el más leve gesto de Rama. Éste había levantado la mano hacia el cielo. El cielo, o Akasha, es la quinta fuerza elemental, caracterizada por el sonido; el sonido es el símbolo de Brahmán, conocido como Sabda Brahmán, o sea, Dios. Dios reside en el cielo y éste también se indica con la mano levantada señalando hacia arriba. El

cielo también es conocido en sánscrito como naka; rraka también tiene otro significado, que es "nariz". Tan pronto como Rama hizo esas dos señales, Lakshmana saltó hacia la demonio blandiendo su espada; la arrojó al suelo y exclamando que su afrenta debía ser castigada, le cortó las orejas y la nariz. Surpanaka lanzó tal alarido que la selva se estremeció. Retomó su forma verdadera de ogresa y gritó: "¿Es justo esto? ¿Cómo puedes deformar tan cruelmente a una mujer que se ha acercado a ti? Voy a traer a mi hermano Rayana para que vengue esta afrenta". Diciendo esto, desapareció en la espesura de la selva.

Surpanaka se dirigió hacía el bosque Dandaka, donde estaban los jefes demonios Khara y Dushana, lamentándose ante ellos: "¿Cómo pueden soportar en silencio este insulto y la injuria que se le ha hecho a su hermana? ¿De qué les sirve el valor y el poder que ostentan? Sería mejor que los quemaran vivos hasta convertirlos en cenizas. ¿Acaso a ustedes puede llamárselos hombres? ¡Es una vergüenza el heroísmo del que ustedes presumen!". Ellos, sin entender lo que había sucedido e ignorando quién le había deformado el rostro sin piedad, le preguntaron: "Hermana, ¿quién fue el que te hirió? ¡Dínoslo, nosotros te vengaremos usando todo nuestro poder!"

Surpanaka comenzó a narrar con detalle lo que le había acontecido. Primero describió el encanto y la belleza de Rama y Lakshmana y al oírla, los hermanos se enfurecieron y preguntaron por qué perdía su tiempo en trivialidades. "Dinos, ¿quién te lastimó, quién te desfiguró la cara?". De inmediato ella les relató todos los pormenores del incidente en el bosque.

Khara v Dushana se enardecieran ante la condición de su hermana, reunieron un ejército de catorce mil ogros y emprendieron la marcha hacia donde se encontraban Rama y Lakshrrmana, les hermanos que habían dañado a Surpanaka. Los guerreros ogros eran indomables, ni en sueños podían ser vencidos, no conocían ni retirada ni derrota; eran imbatibles en combate. Como montañas aladas se movían con rapidez por !os valles, sembrando el terror mientras la tierra temblaba bajo sus pies. Cada uno de ellos estaba armado hasta los dientes con toda clase de mortíferas armas.

La mutilada Surpanaka, con la cara ensangrentada, caminaba al frente del ejército, ansiosa de venganza, guiándolo hacia el claro del bosque donde se había enfrentado con los hermanos. Sin embargo, constituía un mal agüero para la incursión; un rostro sangrante, sin orejas ni nariz, un ser deforme, era de mal agüero, y Surpanaka personificaba todo eso. Los Rakshasas no se daban cuenta de los pros y contras de aquellos augurios y fa manera en que podrían influir en el campo de batalla; confiaban en su poderío físico y bélico, así como en sus nefastas estratagemas. Por ello, nunca obtenían la victoria al enfrentarse al poder de las fuerzas divinas y del dharma (la rectitud), pues, ¿quién puede enfrentarse al poder nacida de la observancia del dharma y de la gracia de Dios? Los Rakshasas nunca cultivaron la

virtud ni la devoción a la Divinidad; concentraron todas sus energías y habilidades en acumular poder físico. Orgullosos de sus armas, su fuerza y maldad, avanzaban a grandes zancadas hacia la selva, haciendo resonar sus trompetas, rugiendo como leones, barritando como elefantes salvajes, alardeando de sus proezas y girando locamente en fieras danzas. ¡Nunca sospecharon siquiera que su arremetida se comparaba con el ataque de un gorrión contra un águila!

A cierta distancia, Surpanaka señaló a sus hermanos la ermita donde se encontraba Rama. Para enardecer a los ogros en un mayor frenesí, el ejército gritaba al unísono: "¡Mata, atrapa, asesina!", mientras avanzaba. Cuando se acercaron a la ermita, los hermanos desafiaron a Rama vociferando: "¡Desdichado ser que te has atrevido a deformar a nuestra hermana, si puedes, ¡salva tu vida de la extinción!"

Rama ya se había percatado de su acercamiento y dio instrucciones a Lakshmana para dejar a Sita a buen resguardo en una cueva y estar en guardia. "No te preocupes por mí, nada grave podrá sucederme", dijo Rama. Lakshmana conocía su poder y por eso obedeció. No tenía duda alguna de la victoria de Rama, así que llevó a Sita a la cueva y permaneció en guardia con su arco y flechas listos para cualquier emergencia.

Rama estaba de pie frente a la ermita, una sonrisa iluminaba su rostro y su arco Kodanda, bien tenso, estaba listo para el enfrentamiento. Pasó la mano suavemente sobre su cabello enmarañado y los ogros vieron un resplandor de billones de deslumbrantes rayos que salían de su corona de pelo. Los brazos de Rama les parecieron enormes serpientes con múltiples cabezas. Así como un león mira a un elefante, rugiendo y mostrando sus afilados dientes, gozando de antemano la victoria sobre la presa, Rama, el león, lucía desafiante y terrible ante un montón de asustados elefantes. Los gritos de: "¡Allí está el que la desfiguró!, ¡atrápenlo!, ¡mátenlo!", se oían entre el tumulto, pero nadie se atrevía a dar un paso adelante para atacar. Por más que eran acicateados, ninguno de ellos reunía suficiente valor para acercarse a Rama.

Las maldiciones y gritos de los ogros retumbaron en la selva y los animales salvajes, llenos de pánico, corrieron atropelladamente en busca de refugio. Algunos llegaron a la cueva en la cual se encontraba Sita; Lakshmana se compadeció de su angustia y permitió que entraran para que perdieran el miedo y calmaran su ansiedad. Los recibió y dio refugio, pues sabía que se encontraban atemorizados.

Los ogros que rodeaban a Rama quedaron tan dominados por su belleza y encanto, que no podían hacer nada sino mirar fijamente su gloria y esplendor; muchos se deleitaban en describir su gracia, muchos otros se perdieron en la admiración y aprecio que les provocaba; todos quedaron prendados de Rama con lazos de amor y reverencia. Ninguno de ellos pudo levantar un arma contra él, ¡ni siquiera lanzarle una mirada de ira!

Surpanaka también se unió a las alabanzas y les dijo a Khara y Dushana, quienes permanecían mudos de admiración junto a ella: "Hermanos, ¡qué belleza tan incomparable se encuentra ante nosotros! ¡Nunca había visto tanto encanto, tanta gracia, armonía tan pura y físico tan perfecto! No lo maten, atrápenlo sin dañarlo y tráiganmelo".

Los hermanos también habían quedado extasiados y respondieron: "Hermana, nosotros tampoco habíamos visto tal personificación de la belleza. Cuanto más nos acercamos, más nos ata a su persona y más fascinados quedamos por su encanto. No nos queda un ápice de rencor u odio hacia él. Cuanto más lo miramos, más profunda se vuelve la alegría que surge dentro de nosotros. Tal vez este sentimiento sea lo que llaman ananda (Dicha Divina) los sabios que viven aquí".

Khara no tenía la menor intención de hablar con Rama personalmente, de manera que mandó un mensajero para que averiguara quién era él, cuál era su nombre, de dónde venía, por qué había venido a la selva para vivir en ella, etcétera.

El mensajero se acercó a Rama y le hizo las preguntas que se le habían encomendado. Rama esbozó una sonrisa y le dijo: "Escucha, yo soy un kshatriya (guerrero) que ha venido a este bosque para cazar animales salvajes. Igual que tu amo, no temo ni siquiera al dios de la muerte. Si tú te sientes capaz, ven, enfréntate conmigo en batalla y gana; si no, vuelve a tu casa junto con tu ejército y sálvense de la destrucción; no mataré a los que huyan del campo". Esta respuesta fue llevada por el mensajero a Khara y Dushana. Al oírla, los hermanos tomaron sus lanzas, hachas, mazas y arcos y lanzando un gran alarido cuyo eco retumbó en los cielos, dispararon una lluvia de flechas sobre Rama, pero éste las partió. en pedazos con una sola de sus flechas. Otros flechazos de Rama hacia ellos causaron tanta devastación como la que causa el fuego o el rayo. Los ogros retrocedieron ante el ataque, lanzando ayes de dolor: "¡Oh madre, oh padre!, ¡ayyy!, ¡sálvennos!"

Al ver que huían, Khara, Dushana y otro hermano más joven, Trisira, gritaron: "¡Rakshasas, no huyan de la batalla! Todo aquél que huya será sacrificado al instante por nuestros soldados". Al escuchar esto, los Rakshasas pensaron: "Será mucho mejor morir a manos de Rama que a las de cualquier otro o lejos de su presencia". Y así, volvieron a las filas y avanzaron hacia el sitio donde Rama se hallaba. Sin embargo, no podían presentar batalla. Estaban tan fascinados por el hechizo y esplendor de Rama, que quedaban paralizados mirando con embeleso la divina belleza.

Al ver aquello, Rama disparó la flecha llamada Sammohana, la cual tenía el efecto de engañar y confundir al enemigo. Como resultado, cada soldado veía al más próximo como la persona a la que debía destruir. Khara y Dushana les hablan ordenado matar a Rama y así, uno caía sobre el otro exclamando: "¡Aquí está Rama! ¡Aquí está Rama!", y se mataban unos a otros con gran regocijo. Todo el campo quedó

regado de miembros mutilados de los ogros; la sangre corría a raudales por la selva, y buitres y cuervos se precipitaban prestos a devorar la carroña. ¡Catorce mil ogros se enfrentaron en batalla, ese día, a una sola persona! Todos los ogros murieron, exclamando "¡Rama! ¡Rama!" al caer; Khara y Dushana también murieron junto con sus leales soldados.

Los ascetas y sabios que fueron testigos de esta dantesca batalla se dieron cuenta del valor sin igual de Rama y se sintieron felices al saber que el fin de Rayana también era inminente, a manos de tan formidable héroe. Quedaba confirmada su creencia de que Rama era la divina Providencia que había venido a borrar de la faz de la Tierra a toda la raza de ogros y Rakshasas, asegurando con ello la paz y prosperidad de la humanidad.

Tan pronto como hubo terminado el fiero encuentro, Sita y Lakshmana se acercaron a Rama postrándose ante él; él levantó con suavidad a Lakshmana y le describió la suerte de los catorce mi! ogros y sus jefes durante la batalla que sólo había durado media hora. Narró en detalle los incidentes, intercalando en el relato muestras de júbilo, pudiendo apenas contener la risa. Mientras tanto, los ojos de Sita escudriñaban el cuerpo de Rama para asegurarse de que no había sufrido ni un rasguño. Al día siguitnte, grupos de ascetas y sabios acompañados de sus discípulos visitaron el ashram Panchavati, pues habían tenido noticia de la destrucción del ejército de ogros, lograda sin ayuda alguna por el príncipe de Ayodhya. Alababan a Rama por su valentía y habilidad con el arco. Muchos de ellos, que habían adquirido el don de la premonición, se acercaban a Rama con humildad para decirle: "Oh maestro, debes mantenerte alerta en los próximos días. Los Rakshasas no admiten ningún tipo de límites o normas que la justicia y la rectitud les quieran imponer. Su único propósito es causar daño a todos y a todo; su principal meta es la de satisfacer sus propios deseos; no les importa cómo lo logren ni por qué medios. Tienen un hermano mayor, llamado Rayana, que posee poderes muy superiores a los de ellos. Su ejército cuenta con varios millones de soldados. Esa turbulenta mujer seguramente irá con él para quejarse de su suerte y él tratará de tomar venganza contra aquéllos que la desfiguraron".

De esta manera advirtieron a Rama y a Lakshmana del posible peligro que los acecharía. Rama los escuchó sonriendo y dijo: "Sí, sí, yo estoy por completo enterado de la situación. He venido precisamente a resolver este problema". Movió la cabeza como si estuviera esperando con ansiedad ese feliz encuentro con Ravana, pero no habló más y permaneció sentado sin mostrar preocupación alguna.

Miró a Lakshmana y con un guiño le dijo: "Lo has oído, ¿no es así?", y volviéndose hacia los sabios, Rama dijo: "Les ruego que no se asusten ni se preocupen; estoy preparado para enfrentarme a cualquier situación". Quedaron llenos de consuelo y reconfortados ante tal promesa. Rama les infundía fe y valor y los instó a volver a sus ermitas

confiados en que podían continuar sus estudios y prácticas espirituales con paz y tranquilidad, sin ser molestados por las hordas de Rakshasas.

Tal y como los sabios lo habían predicho, Surpanaka, sin perder tiempo, se presentó ante su hermano Ravana, desgarrando el aire con su llanto. Al oírla, los Rakshasas de Lanka tuvieron miedo de que alguna calamidad se hubiese apoderado de su tierra; salieron a las calles y comenzaron a discutir en grupos sobre cuál podría ser la causa. Surpanaka irrumpió en la sala de audiencias de Ravana, el emperador de los Rakshasas, lanzando furiosos insultos que sorprendieron y atemorizaron a todos los presentes.

Su apariencia era monstruosa: su cuerpo estaba ensangrentado y sus palabras, envenenadas por la ira. Ravana se percató de que alguien le había causado gran daño y se conmocionó al verla en tan grave estado. Desde su trono rugió: "¡Hermana! Dinos qué ha pasado, sin ocultar nada". Surpanaka respondió: "Hermano, si eres un verdadero Rakshasa, si los poderes sobrehumanos que adquiriste después de tantos años de ascetismo son reales, entonces ven; el momento ha llegado para que muestres tu valor, tu arrojo y tu heroísmo. ¡Levántate!, no ignores las calamidades que te esperan, no pierdas más el tiempo, extraviado en la intoxicación que causa la bebida. No has prestado oídos a los sucesos que han ocurrido en Panchavati, ni sabes quién ha llegado a ese lugar ni con qué propósito. Príncipes resueltos a destruir a los Rakshasas han entrado en la selva de Dandaka y han abatido a miles de soldados Rakshasas; hicieron pedazos a los hermanos Khara y Dushana; han borrado de la existencia, en un abrir y cerrar de ojos, a miles que se les opusieron. Su heroísmo no se puede describir, su belleza personal, ¡ay!..." En ese momento Surpanaka guardó silencio, recordando e! esplendor que la había cautivado. Al escuchar su historia, Ravana se puso incontrolablemente furioso. Rechinaba !os dientes y golpeaba sus muslos en un arranque de desafío. "¿Qué? ¿Esas personas mataron a Khara y Dushana? Seguramente no conocían el nombre mío, yo que soy su sostén; quizá nada saben acerca de mi fuerza y de mi poder de venganza".

Ravana seguía alardeando en voz alta, para que la gente que lo rodeaba escuchara sus hazañas. Surpanaka lo interrumpió exclamando: "¡Oh masa de maldad! Mientras tu archienemigo baila encima de tu cabeza, tú estás aquí sentado como un cobarde, enalteciéndote y alardeando de que eres invencible; eso no es digno de un emperador. Posiblemente ignores que hay renunciantes que se arruinan por las malas compañías, emperadores arruinados por ministros ineptos; la misma sabiduría queda arruinada por el deseo de ser reconocida; el sentido de la vergüenza se destruye por el vicio de la bebida; pues bien, hermano, no descuides ni el fuego, ni la enfermedad, ni el enemigo, o una víbora o un pecado, por la única razón de que son pequeños e insignificantes. Cuando crecen y se hacen grandes, tienden a infligir gran daño. Por eso apresúrate. No vaciles".

Las palabras de Surpanaka instilaron el veneno del odio en los oídos de Ravana. En eso, Kumbakarna, el otro hermano, que estaba presente, le preguntó a Surpanaka con una mordaz sonrisa: "Hermana, ¿quién te cortó las orejas y la nariz?". Con un gran alarido, ella repuso: "!Ay!, esta malvada acción fue ejecutada por esos mismos príncipes".

Entonces, Ravana la consoló durante unos momentos y luego le preguntó: "Hermana, la nariz y las orejas, una está al frente y las otras a los lados. No pueden haber sido cortadas con un solo golpe. Entonces dime, ¿acaso dormías profundamente cuando te las cortaron? Esto es en realidad sorprendente". La gente que se encontraba alrededor, también se preguntaba cómo pudo haber pasado aquello. Surpanaka contestó: "Hermano, yo perdí toda conciencia de mi cuerpo, hasta del lugar donde me encontraba, cuando esas suaves y dulces manos me tocaron. Cuando mis ojos se deleitaron con el encanto de sus hermosos rostros, no estaba consciente de lo que ellos hacían. La sola visión de aquellos príncipes me extasió tanto que perdí toda conciencia de mí y de mi alrededor. ¡Qué puedo decir del éxtasis que se apoderó de mí al hablar con ellos! Son todo sonrisas y alegría; no saben de otras actitudes o reacciones. Creo que hasta los corazones masculinos se fascinarían con su encanto. Son en verdad cautivantes imágenes dei dios del amor. Hasta ahora nunca mis ojos habían visto tal belleza. ¡Ante ellos son una vergüenza nuestros poderes de Rakshasas, nuestras viles estratagemas, nuestras figuras anormales y nuestra fea apariencia! Nosotros en realidad somos repugnantes. Míralos tan sólo una vez y jurarás que tengo razón. ¿Por qué? Khara y Dushana, que murieron en esa batalla, estaban indecisos de pelear contra ellos, protestaban y me rogaban: `¿Cómo quieres que sintamos enemistad contra silos, contra estas encarnaciones de la auspiciosidad y la belleza?"'

Los cortesanos y ministros reunidos en la sala escuchaban el relato con asombro, reverencia y deleite. Incluso a Rayana las palabras de Surpanaka lo aturdieron. La imagen que ella describía de Rama le producía gran placer y paz cuando pensaba en ella. En lo profundo de su ser sintió un gran deseo de posar sus ojos en esa inspiradora encarnación del encanto divino. Al escuchar Rayana a su hermana, la furia que había sentido crecer dentro de sí se fue desvaneciendo lentamente. Decidió investigar con calma qué había sucedido realmente en Panchavati.

Por ello, al dirigirse a su hermana, le habló así: "Hermana, ¿esos dos hermanos viven solos en Panchavati o hay con ellos otras personas? ¿No tienen seguidores, compañeros o cortesanos?". Surpanaka contestó: "No, no tienen guardias, ni siervos, ni guerreros. El mayor de los dos, de nombre Rama, tiene a su lado a una mujer dotada de la más grande belleza. Ella es aun más bella que ellos; es la diosa misma del amor en forma humana. Los dos hermanos residen en Panchavati con esa mujer; caminan libremente y sin temor por bosques y valles. De

hecho, hasta ahora yo nunca había visto belleza femenina tan perfecta; no tiene igual, ni en el cielo, ni en la tierra".

21. EL VILLANO ASTUTO

Al tiempo que escuchaba las palabras de Surpanaka, !a pasión lujuriosa de Rayana se encendió, esclavizándolo a la estupidez que lo llevó a la ruina. Ignoró los sentimientos de odio hacia Rama y Lakshmana y empezó a maquinar un plan para separar a Sita de ellos. Se encerró en sus pensamientos, perdido en la ansiedad y el desasosiego, sin importarle e1 hambre o la sed, tal era la fatal fascinación que lo embargaba. Mientras Surpanaka describía la belleza

y el esplendor de los hermanos, dentro del salón había una persona, Vibhishana, que escuchaba la historia con gozo en el corazón y lágrimas en los ojos. Instaló a esas figuras divinas en el templo de su corazón y suspiró hondamente por tener la dicha de estar en su presencia y postrarse a sus pies. "¿Me recibirán? ¿Podré salvarme? ¿Merezco su bendición? se preguntaba . Es cierto que son divinos y han venido a la tierra en forma humana para destruir a la perversa progenie de los Rakshasas", se dijo. Ofreció mentalmente todo lo que tenía y todo su ser y empezó a vivir en la constante meditación de su gloria, desde ese mismo instante.

Rayana había descendido desde las alturas yóguicas que había alcanzado en vidas anteriores y así, vagaba sin rumbo fijo, como un Rakshasa. A decir verdad, era un gran devoto de Dios y estaba profundamente consciente del Absoluto Universal llamado Narayana. Sabía que Rama era Narayana mismo, que había llegado en forma humana para conferir paz y gozo a los dioses y para destruir cualquier indicio de maldad en la Tierra. Sin embargo, como no había ningún otro camino para que . él pudiera alcanzar a Narayana, tuvo que cultivar un odio per v verso y violento, y provocar así que Rama lo matara. Por supuesto, esto puede llamarse un tipo de devoción infame y tonta. Sin embargo, su deseo era cruzar el océano de nacimientos y muertes, por medio de ese acto de autosacrificio y entrega a Narayana.

Mientras tanto, como su cuerpo y su mente habían crecido bajo el cuidado de los Rakshasas y se había desarrollado bajo un sustento demoníaco, ignoró a la divinidad en él, que clamaba fundirse con el divino Rama. Se abandonó a su naturaleza de Rakshasa y desplegó su siniestro carácter y poder. Las facetas tanto divina como demoníaca de su personalidad aparecían y desaparecían alternadamente a cada momento. Así, se convenció de que los hermanos eran sólo príncipes y nada más, por lo cual decidió matarlos y llevarse a la doncella de quien se había enamorado. Le prometió a su hermana que vengaría la injuria hecha sobre ella. Anunció la suspensión de la asamblea y ordenó a sus siervos que llevaran al salón de audiencias el carruaje imperial para su viaje; subió en él sin ningún asistente a su lado y emprendió la marcha hacia la orilla del mar, donde estaba la casa de Maricha. Se sentó junto a él, le relató los acontecimientos que le habían informado y ordenó que participara en la ejecución de su plan, pero Maricha le dijo que él ya había comprobado la fuerza tanto de Rama como de Lakshmana, advirtiéndole que ellos no eran príncipes comunes, y le aconsejó que desistiera de tal empresa, discutiendo larga y afectuosamente con Ravana para disuadirlo; pero la pasión había cegado a éste a los dictados del deber y la moralidad. Amenazó con castigar a Maricha si no acataba su voluntad y éste decidió, dentro de sí, que era mejor morir a manos de Rama que a las de los Rakshasas. Accedió a la propuesta de Ravana y se preparó para participar en la conspiración.

Ravana se dirigió al bosque Dandaka, seguido de cerca por Maricha. En el camino, Ravana le explicó a su compañero la estrategia que había planeado. Le ordenó que se transformara, por medio de sus poderes demoníacos, en un hermoso ciervo dorado y que retozara frente a la ermita donde se encontraban Rama, Sita y Lakshmana. Maricha tuvo que aceptar, pues no había forma de escapar a la ira de aquel ogro. Ravana le dijo: "Rama tratará de capturarte y te seguirá; deberás guiarlo lejos y desde allá gritarás con angustia: `¡Oh Sita! ¡Oh Lakshmana!', con una voz exactamente igual a la de Rama". Después de haber planeado aquello, abandonaron el carruaje y se dirigieron hacia la ermita.

Mientras se urdía esa trampa, en la ermita de Panchavati Sita y Rama sintieron repentinamente que el momento de cumplir con su misión se acercaba. Rama mandó a Lakshmana a recolectar frutas y raíces, notando que la hora propicia había llegado, y le dijo a Sita:

"Compañera, tú lo sabes todo. Ambos sabemos por qué vinimos a la Tierra y cuál es nuestra tarea. Ese deber nos está llamando ahora y tenemos que llevarlo a cabo. Tu naturaleza y características son nobles y santas más allá de lo mensurable. Los dos hemos asumido estos cuerpos humanos a través de ritos asociados con el principio del fuego. Mi cuerpo emergió de la ofrenda obtenida de las llamas del fuego sacrificial del mismo dios Agni. Tú surgiste de la tierra surcada por el sagrado arado para consagrarlo al altar del fuego donde debería efectuarse un sacrificio. Nuestros cuerpos nacieron en el fuego y se sostienen por el calor del mismo fuego. Por lo tanto, Sita, arroja todos tus atributos y tu esplendor al fuego y actúa desde ahora como un ser humano común. Yo también me comportaré como un mortal y mostraré dolor y ansiedad por ti, así como la angustia de la separación y el dolor que causa la soledad.

"El mundo únicamente recordará estas normas de conducta y nos considerará humanos. El hombre las aceptará como su conducta y reacciones naturales. Recuerda que aun el más pequeño de nuestros actos debe servir como ejemplo para los jefes de familia del mundo. Debemos ser modelos que sirvan de ejemplo para la relación esposo esposa en consonancia con los principios de verdad y de rectitud. Nuestras actividades deben estar acorde con las normas establecidas en los Shastras, los textos espirituales, y tenemos que vivir nuestras vidas en forma ejemplar, para que el hombre común pueda ser inspirado e impulsado a seguir los ideales señalados en aquéllos.

Debemos desempeñar nuestro papel hasta su final, es decir, la destrucción de Ravana y los Rakshasas.

"Por lo tanto, ofrece tu esplendor divino al cuidado del dios del fuego, Agni, y condúcete como una mujer común atrapada en fa espiral de la ilusión (maya), pues no puede haber efecto sin causa. Debemos consumar el efecto, es decir, la destrucción de Ravana y la progenie de los Rakshasas. Para ello, debemos buscar un pretexto para provocarlo.

Ravana tiene un punto débil: su pasión lujuriosa, y debemos dar a conocer esa debilidad a todo el mundo; así, provocaremos que él te rapte en un arranque de pasión. El mundo sabrá que su "dedicación y devoción" a Dios no son correctas, pues, ¿qué valor tendrá esa entrega si está empañada por el deseo del placer sensual y las ansias inmorales? Las actividades y la conducta que emanan de una conciencia que no es pura se corrompen; la devoción a Dios contaminada por la lujuria es tan sucia como la basura. Estas verdades deben ser enfatizadas para el beneficio de la humanidad.

"Además, es imperativo señalar que cualquier disciplina espiritual, ascetismo o rito religioso hechos con la intención de obtener poderes suprahumanos, son viles y perniciosos. Debemos advertir a la humanidad para que no siga el ejemplo de Ravana, pues si no se abandonan las pasiones e instintos demoníacos, cualquier cantidad de ritos divinos que se realicen serán inútiles y sólo ocasionarán una pérdida de tiempo en acciones vanas.

"Sita, hay algo muy importante que también debemos considerar: existe una maldición que fue lanzada sobre Ravana y nosotros debemos hacer que se cumpla. El principio de su fin ha llegado; hoy o mañana nos tendremos que separar. Por supuesto que nosotros somos entidades inseparables y nada nos podrá apartar; sin embargo, tenemos que aparentar lo contrario para que crean que es verdad. Emprende la marcha y ofrece tu divina forma al cuidado del Fuego, pues Lakshmana está a punto de regresar con fas frutas. Ravana también ya estará listo para hacer uso de su inteligencia pervertida..

"Tengo que informarte otro secreto: también debes intervenir en la destrucción de los Rakshasas. Aunque aparentemente te encuentres bajo la vigilancia de Ravana, y dado que tu poder es inmanente al fuego, tendrás que incendiar a Lanka, emergiendo del fuego donde tu ser está latente desde ahora en adelante. Lanka tiene que ser convertida en cenizas, no por el fuego, sino por ti como fuego y Rama tiene que matar a Ravana, ésa es la voluntad divina; esta verdad debe ser proclamada. Este misterio tampoco lo debe saber Lakshmana. Él será nuestro instrumento en esta empresa. Cuando esta tarea sea cumplida y regresemos a Ayodhya, te aceptaré nuevamente desde el fuego donde resides; a ese acto también lo transformaré en una lección para el mundo. Ahora comienza el drama", dijo Rama. Tanto Sita como Rama acordaron su plan y aguardaron el desarrollo de la estrategia de Ravana.

Desde ese momento, cada acto y comportamiento de Sita y Rama el dolor de la separación, la angustia y la ansiedad, los ayes de dolor, los gemidos de pena eran gestos y reacciones planeados de antemano, pero sólo eran una comedia porque, ¿cómo pueden Sita y Rama estar separados? Mediante su conducta, ellos sólo deseaban enseñar algunas valiosas lecciones al mundo.

En ese momento entró Lakshmana con frutas y otros comestibles. Compartieron los sencillos alimentos y bebieron el agua fresca y cristalina del río cercano; después se sentaron, admirando el paisaje encantador y recordando las atrocidades de los Rakshasas que perturbaban la pacífica atmósfera de los bosques, a la vez que alababan la dulzura y santidad de la vida silvestre.

No lejos de ahí, Ravana y Maricha discutían la mejor manera de entrar en la ermita para cumplir con su nefasto plan. Maricha estaba disgustado por la desatada pasión y perversidad de Ravana, pero no tenía valor para negarse a ser su cómplice. No tenía ni la más mínima intención de morir a manos de una persona tan malvada, así que aceptó el papel que Ravana le otorgó y accedió a hacer lo que éste quería. Maricha se transformó en un fascinante ciervo de oro, con la seguridad de que atraería la admiración de Sita y de Rama. Mancha penó para sí: "¡Qué día tan auspicioso es éste! Estoy a punto de recibir la bendición de ver a los seres más gloriosos que existen en la Tierra. Sobre mí se posará la mirada de Sita y después Rama me seguirá con su arco y su flecha en la mano.

¡Qué afortunado soy! Soy el siervo que debe seguir las huellas de Rama, pero esta vez mi amo me seguirá. Sé que estoy inmiscuido en un plan malvado, pero he sido forzado a ello, por eso estoy libre de pecado. Cualquiera sea el pecado que haya cometido, cuando la flecha de Rama me hiera, esta forma artificial desaparecerá; ése será mi feliz destino. ¿Acaso pueden todas las personas aspirar a tener un fin así? ¿Pueden todos alcanzarlo? Además, tendré otra buena fortuna: cuando exhale mi último aliento, ¡mis ojos estarán fijos en Rama! Esa belleza divina estará frente a mí y su dulce nombre estará en mi lengua. ¡Ah, qué magnífico fruto ha dado mi vida!, ¡no encuentro a nadie que sea más afortunado que yo!"

Maricha acariciaba esos dulces pensamientos mientras se acercaba lentamente a la cabaña. El omnisciente Rama y la omnisapiente Sita estaban esperando su aparición. El venado se aproximó con timidez y evidente nerviosismo a los alrededores de la cabaña, fijó su mirada en Sita y en Rama y se detuvo por un momento; después jugueteó y brincó entre los arbustos de enredaderas. Se escondía y volvía a salir. Sita, Rama y Lakshmana miraban sus travesuras y admiraban su apariencia. Al notar que tenía una piel dorada, pensaron que sería una especie extraña de ciervo; estaban fascinados con sus características tan especiales y Sita dijo: "Si tan sólo pudiera tener este ciervo conmigo, pasaría el tiempo feliz en su compañía. Mientras ustedes se ocupan de sus menesteres, yo podría ser feliz jugando con este ciervo. Por favor, atrapen a ese animalito para mí. ¿No podrían cumplir ese pequeño deseo mío? Así podré entretenerme mimándolo y jugando con él". Sita suplicaba, mostrando un gran apego al misterioso ciervo.

Lakshmana se incorporó y dijo: "Madre, yo te lo traeré", pero Rama lo detuvo, pues sabía que sólo él lo atraparía. Lakshmana no conocía el drama que estaba a punto de representarse con esta escena como prólogo. Rama le dijo: "Lakshmana, el ciervo debe ser atrapado sin causarle herida alguna, así que déjame ir a perseguirlo y atraparlo. Yo tengo que cumplir este deseo de Sita". Lakshmana guardó silencio y obedeció a Rama.

Ya que las siguientes escenas del drama eran conocidas tanto por Sita como por Rama, éste siguió guardando el secreto y dijo: "Lakshmana, este bosque es la morada de los Rakshasas. Recuerda lo que sucedió hace dos días cuando sus jefes Khara y Dushana cayeron sobre nosotros. Los demás Rakshasas podrían llegar y atacarnos; por lo tanto, debemos tener flechas y arco preparados y vigilar los cuatro puntos cardinales. Cuida a Sita con atención, no la dejes sola ante ninguna circunstancia. Este ciervo puede escapárseme y huir lejos, tengo que atraparlo vivo, así que puede ser que me tome algún tiempo. Usa tu inteligencia y destreza para salvar a Sita de cualquier peligro que pudiera amenazarla en mi ausencia".

Rama se dispuso a atrapar al extraño ciervo y desapareció en la espesura del bosque. El ciervo no miraba hacia adelante, sino que volvía la cabeza hacia atrás, mirando fijamente a Rama, ¡su perseguidor! Al percatarse del comportamiento del ciervo, él se sintió dichoso, pues sabía que el animal era el mismo Maricha, su gran devoto, que había experimentado y realizado el principio y el poder de Rama. Así, él también fijó sus ojos en el venado y lo persiguió con gran denuedo. Por momentos el ciervo se ponía a su alcance, pero se alejaba de nuevo rápidamente de un salto, para atraer a Rama y hacer que éste recorriera otra pequeña distancia más. Rama parecía disfrutar de la incitante persecución, pero después de algún tiempo, colocó una flecha en su arco y apuntando al ciervo, la soltó, clavándola exactamente en el blanco.

Cuando la flecha fatal lo alcanzó, Maricha exclamó en agonía: "¡Ay Sita! ¡Ay Lakshmana!", y se desplomó. El grito llegó a los oídos de Sita y Lakshmana. Inclusive antes de que oyeran el grito, ella dijo: "Lakshmana, ¿escuchaste'eso? Ésa es la voz de tu hermano, que te (lama pidiéndote ayuda. Anda, ve inmediatamente, no te demores. Estos Rakshasas son expertos en transformaciones mágicas y en trucos, causan grandes calamidades cambiando sus formas y su naturaleza". Quería que Lakshmana fuera a toda prisa al lugar donde había surgido el llanto.

Lakshmana era una persona inteligente, acostumbrada a discernir y a llegar a conclusiones correctas. También era leal a las instrucciones de su hermano; veneraba esas órdenes como si fuesen su propio aliento, así que dijo: "Madre, ninguna calamidad puede caer jamás sobre Rama; ningún Rakshasa, por más hábil que sea, puede dañarlo. Tú misma has visto cómo en un instante destruyó a miles de

esos ogros, ¿no es así? No te angusties, ten valor y cálmate. Rama pronto estará de regreso sano y salvo".

Justo entonces, e! grito se oyó a través de la distancia: "¡Ay Sita! ¡Ay Lakshmana!". Al oírlo, Sita se mostró más agitada y confundida y exclamo: "¡Lakshmana! ¿Por qué te comportas tan cruelmente? No comprendo tus intenciones. Acude al llamado y termina con el peligro que acecha a tu hermano". Sita expresó su angustia y temor de distintas maneras, haciendo lo posible por persuadir a Lakshmana de que la dejara.

Por supuesto que Sita sabía muy bien que Rama jamás podía ser afectado por ningún peligro, pero los hechos deben acontecer y cumplirse, como base para futuros sucesos. Ella actuó como una persona que ignora los hechos, afligida por los gritos. Lakshmana le dijo que por ningún motivo desobedecería las órdenes de su hermano. Al ver que ella rechazaba sus argumentos y súplicas, Lakshmana dijo finalmente: "¡Madre!, las órdenes de Rama son mi propia vida. Las considero tan valiosas como mi propio aliento. ¿No escuchaste que Rama me ordenó que jamás te dejara sola y que siempre te protegiera? Por lo tanto, no me alejaré un solo paso de aquí, suceda lo que sucediere°.

Sita quería que Lakshmana se alejara, ya que Ravana tenía que aproximarse a la ermita. Era el plan que Rama había ideado para destruir a Ravana y a los Rakshasas. Ella tenía que llevar a cabo la voluntad de Rama, así que habló con más dureza e increpó a Lakshmana con palabras hirientes, para que se fuera de su lado.

Lakshmana se cubrió las orejas con las manos, incapaz de soportar las imputaciones que Sita le hacía, y rogó: "¡Madre!, toleraré toda la ira que viertas sobre mí". Sin embargo, cuando Sita le dijo palabras más duras y amenazó con ir ella misma al rescate de Rama si es que él no iba, Lakshmana no tuvo alternativa. Ya no pudo soportar más, no podía permitirle que fuese a! bosque a ayudar a Rama, así que, con el corazón apesadumbrado, salió de la ermita en busca de Rama.

Cuando Lakshmana salió de la ermita, le rogó a Sita que se quedara dentro de ella con las puertas cerradas y que jamás saliera. La exhortó a que tuviera cuidado y que se mantuviera alerta. Con renuencia se dispuso a partir, no sin antes volverse para orar a los espíritus del bosque, rogándoles que mantuvieran a Sita vigilada y a buen resguardo. Trazó cuatro líneas alrededor de la ermita, invocando poderes mántricos, místicos y poderosos, suplicándole a Sita que no las cruzara por ninguna circunstancia.

Lakshmana era una persona dotada de todas las virtudes y ahora se encontraba en un dilema, entre lealtades hacia dos órdenes opuestas, por lo cual se sentía muy angustiado. Forzado por las circunstancias, él iba a actuar en contra de las órdenes de Rama y dejaría a Sita sola y desprotegida. El miedo sacudía su corazón; se alejó

a pesar de que sus piernas no le respondían, volviendo la mirada a la ermita, a cada paso.

En ese momento, Ravana se transformó, pues estaba solamente esperando esa oportunidad. Adoptó la forma de un anciano sabio. Su intención, a pesar de su poder innato de atemorizar sólo con su nombre tanto a dieses como a demonios, era sólo la de robar, como cualquier perro astuto. Viendo a su alrededor, entró en la ermita subrepticiamente, trémulo de ansiedad. Cuando se atrevió a cruzar la puerta principal, las líneas místicas que Lakshmana había trazado lanzaron lenguas de fuego contra él. Temía que su plan fallara y que algo peor aún le sucediera, por !o que se detuvo atrás de las líneas y gritó: "¡Señora de la casa! Deme una caridad!"

Sita escuchó el grito. Sabía que era Ravana. Recogió raíces y frutas y salió de la ermita. Sin embargo, Ravana no se atrevió a acercarse a recibirlas y dijo: "No puedo acercarme a ninguna ermita; ése es mi voto". Él quería que ella le ofreciera la caridad en su mano. Sita respondió: "No, yo no puedo cruzar las líneas trazadas por mi cuñado. Acércate tú, venerable huésped, y recibe los frutos de mi mano". El anciano sabio, que representaba la mendicidad personificada, contestó: "Señora, no cruzaré las líneas, tampoco puedo aceptar la caridad dada por encima de ellas. No es propio para ascetas como yo. Ven y dámelas. Estoy hambriento, muy hambriento". Fingía tan bien, que Sita decidió darle la caridad que tenía en sus manos y, cruzando las líneas, se acercó a é!.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Tan pronto cruzó las líneas, Ravana la tomó de la mano y la llevó al carruaje.

Haciendo caso omiso a sus lamentos, condujo el carruaje a gran velocidad. Sita gritaba: "¡Oh Rama!, ¡Lakshmana!, ¡vengan, sálvenme de este monstruo malvado!". Los anacoretas y los habitantes del bosque de Panchavati escucharon los gritos, pero no podían hacer nada. El bosque entero se marchitó cuando esos gritos lo inundaron. "¡Oh Rama!, ¡oh Señor!, ¡sálvame de este monstruo!", era el grito que retumbaba en el bosque y hacía que todo se estremeciera de aflicción.

Sita increpaba a Ravana: "Rayana, estás trazando el camino que te conducirá a la destrucción; de tu imperio, tus súbditos y dinastía, no quedará ni huella. Esta fechoría que alegremente estás perpetrando la pagarás con lágrimas amargas. ¡Malvado canalla, esta vil acción no es propia de una persona como tú que ha practicado austeridades!", y clamaba por Rama y Lakshmana para que la rescataran.

El monarca de las águilas, Jatayu, escuchó los lamentos que provenían del carruaje, reconoció la voz de Sita y se dio cuenta de que era presa de Rayana. Se lamentó de su edad, que lo hacía demasiado débil para pelear contra Rayana, el villano que estaba raptando a Sita, pero creyó que era su deber detenerlo. Sabía que ningún acto de servicio podía ser más noble que el rescatar a una mujer de las garras de un individuo que la estaba raptando de su señor y dios. Resolvió

sacrificar su vida, si fuese necesario, para rescatar a Sita de aquel ente demoníaco, usando toda su fuerza y habilidad. Volando en círculos sobre el carruaje, Jatayu exclamó: "¡Sita! ¡No temas, destruiré a este villano cruel, te rescataré para llevarte junto a Rama!". Se dejó caer en picada y picoteó con fuerza a Rayana, ocasionándole que sangrara profusamente. Golpeó el carruaje con sus alas e intentó detenerlo creando un viento terrible, para entorpecer su marcha. En pleno vuelo increpó a Rayana para que desistiera de su acción, antes de que fuera demasiado tarde: "Rayana, esta afrenta no te ocasionará ningún bien. Libera a Sita y te salvarás; de lo contrario, como mariposas nocturnas que caen en el fuego, tú y tu descendencia serán quemados en el fuego de la ira de Rama; tu orgullo te causará la ruina. Raptar a la esposa de otro hombre es un pecado atroz. Sólo un corazón pecador anhelaría a la mujer de otro y rondaría en su búsqueda; únicamente los seres irracionales cometerían tal bajeza. Tú estás actuando de forma tan demente que no alcanzas a ver lo que te espera. Reflexiona. ¿Existe una acción tan bárbara como la que estás cometiendo? ¿Qué pecado han cometido tus padres para llamarte hijo? Tu mente se ha trastornado porque confías en tu fuerza, tus riquezas y tus subordinados. Escucha: todos arderán y serán reducidos a cenizas. Aun los poderes que has obtenido a través de tus austeridades serán destruidos en un santiamén. ¿Te mantendrías sereno y sin hacer nada si tus esposas fueran raptadas por otros Rakshasas? De hecho, aquéllos que respetan a las mujeres, tanto a sus esposas como a las demás, jamás desearían que cayera ese terrible infortunio sobre sus cabezas". Pronunciando esos sabios consejos, Jatayu voló sobre el veloz carruaje durante algún tiempo, y Sita sintió gran consuelo al escuchar sus palabras.

Jatayu logró detener el carro y forzó a Rayana a entablar una batalla con él. Rayana, después de bajar a Sita del vehículo y ponerla a buen resguardo bajo la sombra de un árbol, se dispuso a combatir; mas la edad cobró su víctima, pues el águila no pudo pelear por mucho tiempo y fue rápidamente vencida. Sin embargo, fue capaz, durante la pelea, de quitar la corona de la cabeza de Rayana y arrancarle algunos mechones de pelo. Lo picoteó tan ferozmente y en tantas partes que lo convirtió en una masa de carne sanguinolenta. Su pico y sus alas desplegadas lo hirieron mucho y humillaron su orgullo. Como último recurso, Rayana desenvainó su espada y le cortó las alas a Jatayu, haciéndola caer inerme al suelo, pues las alas son como el mismo aliento para las águilas. Jatayu clamó en su agonía el nombre de Rama.

"Defendí sin reserva la causa de mi Señor, pero mi lucha no fructificó. Esto es también la voluntad de Rama. Él debe de haber planeado todo esto para conferir algún beneficio al mundo. De otro modo, ¿puede Sita ser llevada a la fuerza por alguien, sin que la voluntad de Rama lo disponga? Sólo tengo un ruego para él. Debo mantenerme viva por lo menos hasta que lo vea y le dé la noticia. No tengo más que hacer en esta vida". Diciendo esto, cerró sus ojos y se

concentró en la oración. Mientras tanto, Rayana subió a Sita nuevamente al carruaje y huyó a toda prisa. Jatayu b vio huir, alcanzando a oír la voz de Sita clamando ayuda. La angustia se apoderó de Jatayu, por no haber resistido la batalla. Yacía en el río de sus propias lágrimas, su corazón anhelaba a Rama y su lengua murmuraba Su hombre: "Cuando la muerte se acerca, cuando la calamidad está muy próxima, la naturaleza se comporta de forma inesperada para advertirnos su inminente !legada y todo se trastorna. Por eso, Rayana también se está comportando de esa manera, ya que su final está cerca y sus amigos y parientes están a punto de ser barridos de la faz de la Tierra . Jatayu se percató de esta verdad y haciendo un esfuerzo por mantenerse vivo, esperó la llegada de Rama.

Mientras tanto, Rama regresaba a Panchavati, después de haber matado a la personificación dei ciervo dorado. Supuso que el desarrollo de la historia ya debía de haber ocurrido en la ermita, según su voluntad y dijo para sí: "Aunque esto es sólo el inicio de mi plan, la gente no debe entender de inmediato que es un designio divino. Tengo que comportarme de aquí en adelante como un ser humano común". Cuando estaba a medio camino, vio a Lakshmana que venía a su encuentro y decidió que é! tampoco debía conocer el propósito que se ocultaba tras la aparente tragedia, así que le preguntó fingiendo inquietud:

"Lakshmana, hermano, me has desobedecido y dejado a Sita sola en la ermita. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¡La has abandonado a su suerte! Tía has sido testigo, día tras día, de la maldad demoníaca de !a estirpe de los Rakshasas. ¿Cómo pudiste abandonar a Sita? ¿Qué ha pasado con ella? Temo que alguna calamidad le pueda suceder; presiento que Sita no está en la ermita. ¡Ay!, ¿qué haremos ahora? ¿Cuál será nuestro futuro?"

Al escuchar sus lamentos, Lakshmana cayó a los pies de su hermano y le dijo: "¡Herr .iano! Tú me conoces tanto como a tus pensamientos; en cualquier momento estoy siempre dispuesto a ofrecer incluso mi propio aliento a tus pies. ¿Iría alguna vez contra tus órdenes? Sin embargo, en esta ocasión lo hile. La fuerza que me !levó a desobedecerte fue e! impulso de mi destino. ¿Qué peed<> hacer? E! grito de <:¡Ay S¡ta! ¡Ay Lakshmana!,: emitido por el falso ciervo llegó hasta la ermita, y tan pronto como e`la la escuchó me ordenó que acudiera en tu auxilio. Conozco los trucos de los Rakshasas y por eso caí a sus pies, y pidiéndole perdón le dije: «Rama no puede ser dañado ni en !o más mínimo. Ningún peligro lo puede acechar. Los gritos que hemos escuchado son sólo estratagemas de los Rakshasas». Los gritos llegaron a nuestros oídos por segunda vez y ella perdió el control, pues era tu misma voz la que escuchábamos. En esos momentos, ella estaba fuera de sí, e ignorando el parentesco que nos une profirió palabras que no se deben decir ni escuchar. Yo no pude soportar más, así que la aleccioné para que tomara todas las precauciones, antes de partir y

dejarla sola. Hice todo lo necesario para mantenerla a salvo y después salí de la ermita. Con gusto aceptaré cualquier castigo que me impongas, cualquier medida que tomes para reparar el mal que he cometido".

Lakshmana cayó a los pies de Rama, quien, al ver esto, le dijo: "Lakshmana, no debiste haberla dejado sola, cualquiera fuese la razón. Presiento que Sita no estará en la ermita cuando yo llegue. ¿Cómo nos preciaremos de nuestro heroísmo si al venir al bosque no somos capaces de evitar el rapto de Sita a manos de los Rakshasas? ¿Podrás tolerar que mañana la gente hable y diga que Rama fue incapaz de salvar a su esposa de la calamidad de ser raptada? ¿Lograrás permanecer sereno escuchando esos rumores? ¡Oh! ¿Cómo voy a soportar esa tragedia?". Rama fingió un gran dolor, como cualquier hombre que no supiera lo ocurrido, y corrió a la ermita.

Tal como Rama lo había "presentido", Sita no se encontraba allí. Con bien simulada angustia, Rama lamentó su desaparición, mientras Lakshmana no podía mantenerse de pie, incapaz de soportar la angustia. Consciente de que él había causado esa catástrofe, pensó en quitarse la vida, pero pronto se percató de que Rama, privado de la presencia de Sita, se angustiaría más si él partía de este mundo. Sintió que si moría, Rama vagaría solo a través del sombrío bosque, sin tener quién lo proveyera de comida y bebida. No podía soportar la angustia de Rama por la pérdida de Sita. No encontraba palabras para conso¡arto y brindarle paz. Lakshmana repasaba mentalmente todo lo que había sucedido ese día y pronto (legó a la conclusión de que debía de ser producto de la voluntad de Rama. Así, descubrió que su hermano no era un hombre común y se dio cuenta de que lo que estaba sucediendo era parte de un drama destinado a llevar prosperidad a la humanidad, porque él, que con gusto enjugaría las lágrimas de todos los que lloran y era el guardián de todo el universo; él, que no había mostrado un ápice de dolor hasta ahora, hoy se lamentaba y sollozaba como un ser humano común, por la separación de su esposa. Reflexionando acerca de esos acontecimientos, Lakshmana podía inferir con facilidad que todo era una obra montada y dirigida por Rama. Sabía perfectamente que Sita era incomparablemente virtuosa, que el hecho de que una mujer tan pura hubiera sufrido semejante calamidad era inexplicable, excepto si todo aquello era parte de una obra, un acto del plan divino trazado por Rama. Nadie en ninguna parte puede llevar a cabo ni la más mínima acción sin las órdenes de Rama. No obstante, había descendido como hombre y había resuelto guiar al ser humano, por medio de su ejemplo, a lo largo del camino de justicia, integridad, desapego, devoción, virtud, veracidad y humildad. Lakshmana se dio cuenta de que tal era el significado del drama que estaban actuando Rama y Sita. Se reconoció a sí mismo como un actor, cuyo deber era desempeñar el papel asignado tan bien como fuese posible.

Lakshmana se acercó a Rama y postrándose a sus pies le dijo: "Hermano, yo sé que tú eres el director del drama que es el cosmos. No hay nada que no puedas hacer y que desconozcas. Todo lo que sucede obedece a tu voluntad; estos hechos no pudieron suceder sin tu conocimiento. No aceptaré que niegues aquello que creo tan firmemente. Mediante estos incidentes estás fomentando la paz en el mundo, al destruir a la raza de los Rakshasas. Mi mente lo ha descubierto y me pide que me mantenga firme en esa creencia. Ése es el objetivo que oculta esta obra; te ruego me digas la verdad y me otorgues paz mental".

Rama respondió esbozando una sonrisa: "Lakshmana, tú formas parte de mi ser, ¿qué te puedo ocultar? Has descubierto la verdad. Yo he encarnado para enarbolar y fomentar la rectitud. Para hacerlo, tengo que incluir escenas de conductas morales e inmorales. Un infante que llora tiene que ser arrullado con canciones de cuna o dándole sonajas para que juegue, distrayéndolo con campanitas para que deje de llorar. La madre tiene que ingeniárselas para persuadir al niño a tomar la leche que requiere, valiéndose de esos medios.

"De manera similar, querido hermano, yo, que soy la madre del universo, tengo que actuar de múltiples formas para restablecer la rectitud y acabar con la inmoralidad. Estos incidentes han sido planeados para abatir el dolor y ganar la bienaventuranza; no son ejecutados sin existir razón alguna. Los hombres comunes basan su conducta en los ideales que se les presentan, en consecuencia, como maestro y dirigente, debo practicar lo que pretendo inculcarles como una conducta ideal. A menos que practique los ideales que predico, no me puedo llamar maestro y guía. Cuando éstos no merecen los cargos que desempeñan, la rectitud declina y la inmoralidad se desboca. Por lo tanto, hermano, recuerda que aquéllos que tienen la autoridad de jefes o maestros deben probar que sus consejos son efectivos en la práctica y ayudar por medio del esfuerzo propio a la realización de los ideales que predican. Ésa es la forma de obtener la gracia de Dios y la gratitud de los hombres.

"Sita sabe el papel que está actuando. Estos dos cuerpos, el mío y el de ella, revelan la alegría de la unión y el sufrimiento de la separación sólo como cuerpos; el dolor y el placer, el llanto y los lamentos son irreales. Siguen las necesidades y las compulsiones de la encarnación a la que me he sometido, junto con otras limitaciones. En cuanto a mi Realidad, me estoy confiando a ti, es menester que sepas que tú también tendrás que actuar de acuerdo con el tiempo, el hecho, la causa, el espacio, la ocasión y el receptor, a medida que la historia se vaya desarrollando. Este misterio divino está más allá de la inteligencia común, así que debes guardar silencio respecto dé esto y actuar de acuerdo con las reglas establecidas. Tenemos que concentrarnos en la misión para la cual hemos venido".

Después de esta revelación, emprendieron la búsqueda de Sita. Los dos desempeñaron sus papeles de la forma más sincera, admirable y realista. Y no sólo los hermanos; también Sita mostró gran nobleza y actuó con igual fidelidad y sinceridad, aun cuando los guardias Rakshasas que la tenían cautiva la aterraban y amenazaban cruelmente. No titubeó ni se rindió; perseveró con valor en su determinación de salvarse y de preservar su pureza; mantuvo su voto inmaculado.

El drama actuado por las dos partes ejemplificaba para cada jefe de familia e individuo el ideal más elevado de rectitud.

Colocaba frente a padres, madres, esposas, esposos, hermanos y amigos, los más excelsos lineamientos de conducta que se esperaban de ellos y el modo en que cada uno tenía que cumplir sus promesas y cuidar sus virtudes. ¿Por qué extenderse más? El Ramayana establece ideales para cualquier relación en la vida y para la culminación de la meta más alta de la vida humana. En ningún otro escrito puede haber tal diversidad y cantidad de normas morales y sus aplicaciones prácticas. El Ramayana contiene en sus páginas las instrucciones para adoptar la conducta correcta en cualquier situación y ante cualquier condición. Enseña cómo justificar e1 nacimiento como ser humano, cómo gobernar un reino, cómo regular las reacciones de la gente y cómo emitir leyes que puedan regir y dar cumplimiento a los deseos de un pueblo. Si tan sólo el Ramayana fuese cuidadosamente estudiado y observado en la práctica cotidiana, la humanidad obtendría paz y prosperidad en todos los campos.

Para descubrir dónde se encontraba Sita, Rama y Lakshmana se alejaron de la ermita, en busca de pistas. Examinaron cada rincón y buscaron en todas las colinas de la región, mas no encontraron ningún indicio. En el transcurso de la búsqueda hallaron en el camino ramas de árbol recién cortadas. Había evidencias de combate, como flechas rotas y manchas de sangre. Rama hizo notar esto a su hermano y le dijo: "Parece ser que aquí se entabló una pelea", y trató de averiguar quiénes la habían protagonizado. De pronto se topó con el águila real que yacía en el suelo, moribunda, pero con fuerzas todavía para repetir reverentemente y con los ojos cerrados el nombre que adoraba: "Rama, Rama". Los hermanos se aproximaron a ella y amorosamente acariciaron su cabeza y su cuerpo. Cuando la mano de Rama la bendijo con una dulce caricia, el águila recuperó un poco de fuerzas; abrió los ojos y miró a su alrededor, vio a Rama, cuya hermosa forma podía cautivar todos los mundos. De repente, fue invadida por un flujo de gozo y de tristeza a la vez. El ave no podía moverse y con dificultad se arrastró, levantó su cabeza y la inclinó a los pies de Rama. Viste la levantó y colocó la cabeza en su regazo y la acarició con ternura, tratando de reanimarla. Jatayu habló débilmente: "Señor, mientras el malvado Ravana, cediendo a impulsos bajos, desechando todo sentido de justicia y de rectitud, renunciando a los poderes adquiridos en años

de ascetis,~o, se llegaba a la madre Sita a través del bosque, actuando arteramenta romo un perro, como una zorra astuta, la madre de codos los mundos, la hija de Janaka, gemía: ==¡Rama, Rama», cubriendo el bosque entero de melancolía. Yo escuché el lamento sin saber de quién era ese triste llanto. Me acerqué, y al descubrir, para mi sorpresa y dolor, que la madre Sita era la persona en peligro, no pude permanecer indiferente. Aun cuando estoy vieja y decrépita, pronuncié tu nombre y de él saqué fuerza y valor para enfrentar a Ravana en batalla. Lo picoteé tan furiosamente que su cuerpo sangraba por todas parias. Puso a Sita bajo la sombra de un árbol y peleó fieramente, sacó su arma en forma de rueda y cercenó mis alas. No pude hacer nada para detener su huida. Así que quedé aquí, llora, ido mi derrota y esperando tu llegada. Soy muy desafortunado, pues aunque vi a la Madre ser raptada por ese rufián no pude salvada".

Jatayu derramaba lágrimas de desesperación. Mientras hablaba, Rama, con ansiedad y compasión, !e dijo: "¡Oh, jefe de las aves!, yo nunca olvidaré tu ayuda; la buena acción que has realizado te otorgará felicidad en el otro mundo; no te sientas triste°. Mientras hablaba, Rama le alisaba las alas, con su ensortijada cabellera. Lakshmana se apresuró a traer agua para calmarle un poco la sed y refrescarla. Rama derramó el agua gota a gota en el pino del águila. Jatayu estaba feliz de su buena fortuna y resplandecía en éxtasis. Murmuró: "¡Rama!, soy afortunado aun más que tu padre, pues él no tuvo la oportunidad de beber agua de tus manos cuando dejó este mundo. ¡Pude beber mi último trago de tu mano dorada y descansar en tu regazo! Y en mi último aliento mis ojos se han extasiado can tu encantadora faz de loto. Estoy seguro de que me fundiré en ti. ¡Oh, he sido verdaderamente bendita!". Después, su voz se tornó menos audible: "Rama, ese demonio malvado de Ravana se dirigió hacia el sur, debe de haber.lleáado a Lanka. Por lo tanto, ve directamente allá, destruye a ese malvado y trae a la Madre a tu presencia". Jatayu no pudo hablar más; sólo acertó a pronunciar "Rama" y exhaló su último aliento. Rama permitió que el último aliento de Jatayu se fundiera en él. Realizó los ritos funerales al cuerpo del ave y le dio el baño ceremonial. Después de estos rituales, marchó hacia el sur en busca de Sita.

En el camino, la demonia Aja mukhi los espiaba, extasiándose con su belleza y se dijo: "¡Qué belleza de cuerpos! ¡Qué deleite para los ojos! ¡Tengo que casarme con ellos y lograr la felicidad!". De esta forma, asió la mano de Lakshmana y lo acercó hacia ella. Lakshmana infirió que Aja mukhi había caído bajo la misma fascinación que Surpanaka y la trató con el mismo desprecio; le cortó los miembros y le dio una severa lección. El bosque que cruzaron era tan temible como los demonios que encontraron; estaba infestado de animales salvajes que gruñían, aullaban y rugían espantosamente; aun el corazón más templado temblaría de miedo ante lo lúgubre del bosque y el rugir de sus habitantes. De pronto, los hermanos se toparon con un demonio

llamado Kabanda, un ente verdaderamente espantoso que se apareció ante ellos, interponiéndose en su camino y estremeciendo al bosque con sus rugidos. Intentó atacar a Rama y Lakshmana, pero Rama lo mató. Era un monstruo sin cabeza, con brazos extremadamente largos y la boca en medio del estómago; era el terror de ese bosque y devoraba cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Matándolo, Rama salvó a los habitantes del bosque de aquel espantoso enemigo.

Cuando estaba a punto de morir, Kabanda se percató de que su enemigo era Rama y le dijo: "Maestro, este día me has liberado del tormento de una maldición que me había reducido a tan vil estado. Mis pecados han sido perdonados al tener la dicha de verte". Al caer a los pies de Rama, Kabanda dijo: "Tu misión triunfará sin demora ni obstáculos. Obtendrás la victoria sobre las fuerzas del mal".

Rama, el generoso que a todos amaba, se alejó de aquel paraje donde había matado al demonio Kabanda, caminando con su hermano como única compañía. Pronto, encontraron a una mujer vieja y encorvada; no podía mantener derecha la cabeza, su vista era nublada y sus manos temblorosas. Iba hacia ellos con una canasta de frutas en la cabeza y, al ver las encantadoras figuras de los hermanos, dedujo que eran aquéllos que los antiguos sabios del bosque habían descrito con admiración y deleite. Colocando la canasta en la tierra, se mantuvo en el sendero murmurando "Rama", con reverencia y gratitud. Lakshmana pensó que era una personificación de algún astuto Rakshasa para dañarlos. Sin embargo, Rama sabía que su suposición era incorrecta; propuso sentarse bajo un árbol cercano, junto a la ermita donde la mujer vivía.

Sabari, la anciana, observó los ojos de pétalo de loto, los rizos en la frente, los largos brazos que alcanzaban las rodillas y la piel azul de Rama. No pudo contener su éxtasis más tiempo, ni ocultar su adoración. Corrió hacia adelante y cayó a los pies de ambos, preguntando: "¿De dónde vienen? ¿Cuáles son sus nombres?". Rama contestó, sonriente y sereno: "Madre, venimos de Ayodhya, residimos en el bosque; yo soy Rama, mi hermano se llama Lakshmana". Ante esto, Sabari exclamó: "¡Padre, mi deseo más anhelado se ha cumplido! He estado esperando tu llegada día y noche, buscándote en la distancia hasta que mis ojos se volvieron torpes e insensibles. He tenido éxito, mi espera ha dado frutos, mi vigilia y ayuno han triunfado. ¡Ah! ¡He sido recompensada! Éste es el resultado de la gracia de mi gurú; éste es el misterioso trabajo de Dios".

Ella puso la canasta cerca de Rama, y mientras tanto, éste le preguntó: "Madre, tú hablas de un gurú, ¿quién es ese gurú tuyo?". Ella respondió: "Su nombre es Mathanga Rishi. Aunque las mujeres no son aceptadas como alumnas de esa ermitá, yo escuché sus lecciones, escondida entre los arbustos y árboles. Serví a mi gurú y a otros sabios quitando los abrojos de los caminos que conducen a los ríos donde toman su baño, principalmente rodando yo misma sobre la tierra,

porque debía hacerlo muy temprano, antes del amanecer. También quitaba guijarros y piedras que podrían herir sus pies. Vivía de frutas y raíces, como lo hacían los otros discípulos. Serví a mis maestros sin ser vista y pasaba mis días en los lugares apartados de la jungla. Mathanga, el mahatma (gran alma), quien conoció los anhelos de mi mente, me dijo un día: `Madre, tu cuerpo ha alcanzado una edad madura. Si te esfuerzas tanto, pronto estarás exhausta. Así que ven, vive en la ermita y toma un buen descanso'. Mientras pasaba mis días así en el servicio de esta ermita, el sabio deseó abandonar el cuerpo y me llamó junto a él. Me dijo: `Sabari, la tarea para la cual he venido está terminada.

He resuelto dejar este cuerpo 'ahora. Tú permanecerás habitando esta emita. Dentro de poco tiempo Rama entrará en el bosque; invítalo a pasar a esta emita y ofrécele cuarto pequeño seraicio puedas. Haz que esta emita sea santificada por el contacto de sus pies'.

Yo protesté mucho, le dije que cómo podría ser feliz en ta emita, sin él y le rogué llevarme también, mediante la muerte, a donde él iba. Mi gurú no estaba de humor para acceder a mis deseos; dijo que yo debía 'quedarme aquí, esperando la llegada de Rama y que no podía evadir tal responsabilidad o perdería esa alegría. Desde ese día vivo aquí con tos brazos extendidos para darte la bienvenida, vigilando el horizonte y llevando de un lado a otro conmigo este decrépito cuerpo, para que pudiera vivir para verte y servirte. ¡Oh, Rama! ¡Oh, Señor! ¡Oh, compadecido de los afligidos! ¡Oh, morador de los corazones de los sabios! El deseo de mi gurí se ha realizado. La ermita está a unos cuantos metros, por favor, santifícala entrando en ella°. Sabari cayó a los pies de Rama, suplicándole acceder a la última petición de su gurí. Rama estaba naturalmente feliz de la dedicación y devoción de la anciana. Él era ta mismísima personificación del amor que surge espontáneamente, así que se puso de pie y caminó hacia la emita con su hermano y entraron en ella.

Sabari estaba abrumada por una corriente de felicidad que rompió todos los límites y se manifestó en un torrente de elocuencia y emoción extática. Esa gema entre las mujeres estaba hasta ese momento demasiado débil para caminar unos cuantos pasos; después de esto tse vio dotada con ta fuerza de mil elefantes! Marchó alegremente al río y trajo agua fresca y cristalina, muy dulce. Probó primero las frutas que escogió de la canasta y les ofreció a tos hermanos las que encontró más dulces y maduras. Mientras comían, ella los vela feliz, con sus caras sonrientes, y cuando terminaron les lavó los pies y roció en su cabeza las gotas de agua santificada pos ese contacto. Después dijo: "¡Señor! Yo ya no tengo deseos. ¿Para qué seguir viviendo? Yo sobreviví hastá ahora por esa gran dicha, el darshan de Rama; ya lo he tenido. Ahora, sálvame fundiendo esta vida, este aliento, en tus pies de loto. He oído mucho a los sabios y santos alabar tu gloria. Hoy yo la he atestiguado. Estoy plena de gratitud y felicidad".

Rama saboreó las frutas que ella le ofreció con tanta devoción; mientras lo hacía dijo: "¡Madre, estas frutas son tan dulces como tu propio corazón! Realmente éstas no son frutas que crezcan en los árboles; los frutos que crecen en la selva no son tan dulces, después de todo, y nunca lo podrán ser. Éstas son frutas que han crecido en el sagrado árbol de la vida, en las ramas de la mente pura, con la luz d21 sol del amor". Rama comió las frutas, elogiando a cada momento su sabor.

Lakshmana, por su parte, se llenó de una felicidad inefable al verlo de ,_ buen humor, ya que Rama no había comido fruta con tal gusto desde hacía mucho tiempo. Todos estos días, Lakshmana lo había persuadido para que probara unas pocas, merced a una buena labor de convencimiento, suplicando y rogando, aun después de que las frutas eran peladas, cortadas y colocadas ante él. Rama estaba tan desconsolado por la separación de Sita que, no obstante todos los esfuerzos de Lakshmana, comía apenas la mitad de la fruta, y Lakshmana nunca quedaba satisfecho con la cantidad que su hermano comía.

Hoy, Sabari le halita dado frutas que habían caído maduras de los árboles. Ella acostumbraba quitarles el polvo, limpiarlas y guardarlas para él todos los días, y cuando Rama no llegaba, ella misma las consumía como alimento sacramental, concedido por el mismo Rama. Día tras día caminaba por el bosque en busca de frutas dulces para colocarlas ante Rama. De este modo, diariamente las frutas estaban saturadas con su amor y devoción y se volvían doblemente apetecibles. Lakshmana notó que ésta era la razón por la que Rama las comía con alegría. Estaba lleno de deleite y admiraba la devoción de Sabari, que era recompensada en grado sumo. Él apreciaba la alegría divina con que ella se había colmado, como resultado de sus largos años de práctica espiritual.

Sabari se puso cíe pie, con las palmas juntas ante Rama y dijo: "Señor, soy de casta inferior, soy inculta, torpe y estúpida, no soy experta en ningún texto o arte sagrado, soy más inferior que el más inferior, ¿cómo puedo alabarte o describir tu gloria? No sé usar las palabras, no he cultivado mi raciocinio ni practicado las austeridades prescritas para ganar la visión de la Divinidad. Estoy en el nivel más bajo de la disciplina espiritual. Mi única fuerza es mi amor por Dios, no tengo otro soporte o sustento". Ella mencionó la compasión de Rama al aceptar su ofrenda y dijo: "Tu gracia es ilimitada".

Rama escuchaba intensamente sus palabras. Le levantó la barbilla y la miró directamente a los ojos. Le dijo: "Madre, la devoción es lo que yo necesito; lo demás es secundario. A otras cosas, como erudición, inteligencia, estado legal, prestigio social o casta, no les presto ninguna atención; para mí no tienen ningún valor. Más que todas las virtudes ganadas por las disciplinas espirituales y las austeridades, disfruto de la dulzura de la devoción saturada con amor. Busco sólo eso.

Un hombre que no tiene amor en él es tan estéril como una nube sin agua, un árbol sin frutos o una vaca sin leche; él está siempre lejos de Dios y nunca podrá ganar la gracia. ¡Sabari!, de los nueve caminos que hacen surgir y promueven la devoción, yo solamente deseo que, cualquiera que elija, sea seguido constantemente por el hombre. Sin embargo, encuentro que tú has seguido hasta el final todos, los nueve caminos. Así que no veo a nadie más grande que tú en el logro espiritual. Estoy verdaderamente lleno de dicha, pues me has ofrecido la devoción que es pura, firme y desinteresada y que es amor que brota del corazón y fluye de él en todas direcciones y hacia todos los seres. No has lanzado difamaciones a nadie, ni siquiera en sueños. Esto es lo que hace a tu mente tan pura. Tu mente no se expande cuando "el bien" viene hacia ti, ni se marchita cuando "el mal" llega. Tú eres bienaventurada siempre".

Sabari asimiló las palabras de consejo de Rama y dijo: "Rama, no hay otro camino para el devoto más que hacer lo mejor de uno para agradar a la Divinidad, ¿no es así? No anhelo nada más. Este día, mi padre, mi dios, el señor de mi vida, el señor de todos los mundos, el señor de toda la creación, ha aparecido ante mí. ¿Cómo puedo aquilatar mi buena suerte, oh señor de Janaki, de Sita, la hija de Janaka?". Al oír esto, los hermanos recordaron a Sita y de repente se dieron cuenta de su condición. Rama le dijo: "¡Ay, Sabari! Nos mantuviste felices, libres de ansiedad, plenos de alegría; sin embargo, ahora nos has sumergido en el dolor". Sabari fue sacudida por el remordimiento; levantó la cabeza con consternación e imploró: "Señor, ¿qué es lo que dices? Perdón por mi indiscreción", y cayó a los pies de Rama.

Rama le preguntó: "Sabari, ¿sabes algo de Sita? ¿Has oído algo acerca de ella?". Sabari contestó: "¿Que si sé algo acerca de Sita? Ninguna mujer que conozca la esencia de Rama ignorará lo que simboliza Sita, esa gema de las mujeres, esa soberana de la virtud, esa luz de femineidad. ¡Oh, qué gran fortuna la suya! ¡Ella es la sombra de mi Rama! Rama, debo decirte lo que mi gurú Mathanga me ha enseñado acerca de lo que Sita encarna. Por supuesto, no hay nada que tú no conozcas, pero ya que me preguntas si sé algo de Sita, te diré lo que sé. Rama confundió las mentes de Mantara y Kaikeyi para cumplir su misión de destruir a la raza de los Rakshasas. Mi gurú me dijo que, como resultado de esto, Sita, Rama y Lakshmana se han ido al bosque como exiliados. Dijo que ellos visitarían ermitas y bendecirían a los ascetas y que Rama mataría a los demonios que impedían sus ritos y disciplinas. Me anunció que Rama idearía un plan por el cual Rayana, quien está fuertemente aliado con el clan Rakshasa, será tentado para desempeñar un papel en el drama alrededor del "rapto" de Sita. Me aseguró que la Sita raptada por Rayana era una Sita falsa y no la verdadera madre. Me aseguró que Rama vendría a este bosque mientras buscaba a Sita, que ha sido raptada, y que yo sería recompensada como nunca antes por esa visita. Me dijo también que

Rama pactaría una alianza con Sugriva, quien se ha refugiado en las colinas Rishyamuka, cerca de esta ermita, huyendo de los pillajes de su hermano mayor, Va¡¡. Rama llevaría a cabo la tarea de buscar a Sita mediante Sugriva. ¡Rama, tú eres el director de este drama cósmico, el cual tú has diseñado! Los incidentes de tu drama eran conocidos por mi gurú y me los reveló. Tu escenario es el cosmos completo. Tu voluntad decide el futuro del universo, asegura la estabilidad y progreso del universo; todo lo que pasa es el desarrollo de la acción de tu voluntad, sin la cual nada grande o pequeño puede suceder nunca.

"¡Señor! Tú estás actuando en esta obra como si desconocieras tu propio argumento, estás aparentando estar desolado por la separación de Sita. Sólo aquéllos que son necios o que no tienen fe en la realidad del alma o que no creen en Dios pueden tomarlo como verdadero; aquéllos que están conscientes de la Divinidad y de sus misterios, aquéllos que son devotos y aspirantes que buscan percibir a Dios como su propia realidad, no se dejarán llevar por la creencia de que esto es verdadero. Tú eres el Hacedor de todo lo que se hace; nadie, por muy poderoso que sea, puede obstaculizar u oponerse a tu voluntad. Tú determinas las reacciones de los hombres ante lo bueno y lo malo. Ellos no son los autores de eso. El ignorante puede asegurar que es el ejecutor de sus actos. Rama, perdona mi impertinencia; he hablado demasiado en tu presencia". Diciendo esto, Sabari cayó 2 los pies del Señor Rama, produjo el fuego interno del yoga y como resultado su cuerpo fue reducido a cenizas, mientras su espíritu se fusionaba en el ser de Rama que ella habla adorado.

22. UN ALÍADO ACEPTADO

As¡, Rama Y Lakshmana cumplieron los más grandes anhelos de Sabari y llenaron de bienaventuranza su alma que partía. Continuaron el viaje a través del bosque, moviéndose como leones gemelos y comentando la devoción e infinita dedicación de Sabari, la anciana aspirante espiritual. Viajando rápidamente, llegaron a la cordillera Rishyamuka, en una de cuyas colinas vivía Sugriva, refugiado junto con sus ministros y cortesanos. A! ver a los dos hermanos aproximándose a las colinas, quedó impresionado ante su porte y poderoso paso; parecían seres divinos. Sugriva siempre vigilaba cuando algunos extraños se acercaban a su morada, pues temía que su hermano mayor, Va¡¡, lo pudiese atormentar aun en su actual refugio, enviándole emisarios de muerte y dolor. Vigilaba todos los caminos de acceso a su escarpado refugio y se atemorizó ante e! porte y la gloria de los dos extraños; estaba ansioso por saber quiénes eran y cuál era su misión, por lo que hizo traer a Hanumán a su presencia y le dijo: "¡Héroe poderoso!, ¿has visto a esas dos refulgentes criaturas? No demores más; ve y pregunta quiénes son, por qué y de donde vienen. Tráeme todos los informes que puedas recabar. Si acaso son personas enviadas por Val¡, hazme una señal. Estaré atento a ella; una leve inclinación de tu cabeza bastará. De inmediato dispondré todo para abandonar esta colina e irme a otra".

Sugriva le dio instrucciones y sugerencias para enfrentar cualquier eventualidad y Hanumán, con saltos y brincos, se apresuró a llegar ante los extraños. Al llegar ante ellos se postró a sus pies con gran reverencia y les dijo: "¡Oh, seres resplandecientes! Han despertado en mí una profunda admiración y curiosidad. Sus encantadoras formas atraen mi mente con un extraño anhelo; son tan tiernas e inocentes. De hecho, ustedes no son simples mortales, de eso estoy seguro. Supongo que son la divina pareja Narc Narayana que ha descendido a la Tierra. ¿Me quieren decir por qué viajan a través de esta jungla sin nadie que los guíe o les sirva?". Hanumán los abordó así con gran humildad.

Rama apreció la devoción y humildad de Hanumán y esbozó una sonrisa al responder: "Somos los hijos del emperador Dasarata, gobernante de Ayodhya. Nos adentramos en el bosque obedeciendo el deseo de mi padre. Él es mi hermano Lakshmana, mi nombre es Rama; mi esposa también venía conmigo, pero estando en Panchavati fue raptada por un Rakshasa cuando nosotros nos encontrábamos ausentes. Ahora estamos recorriendo esta zona, buscándola y tratando de descubrir dónde se encuentra para rescatarla". Rama narró a Hanumán, sin reserva alguna, los crudos hechos que explicaban su presencia en esa cordillera, y después añadió: "Ya te he dicho quién soy y te he contado mi historia. Ahora me gustaría que tú hicieras lo mismo". Hanumán, percatándose de que aquellos hermanos eran sus señores, se postró nuevamente a sus pies para ofrecerles respetuoso homenaje. Al levantarse y quedar junto a ellos, derramó torrentes de

lágrimas de sincera alegría y devoción, que le impidieron hablar durante algunos momentos.

Por fin, armándose de valor y con las palmas juntas, habló con voz trémula: "¡Mi señor!, soy un estúpido ignorante, por ello te interrogué; perdona mi osadía y torpeza. ¡Oh, monarca de monarcas!, tú me pides que te diga quién soy y que te revele mi condición actual, como si ustedes fuesen ordinarios mortales que sólo pueden saber las cosas cuando les son dichas. ¿Acaso esto es justo? ¡Cómo podía adivinar quiénes eran ustedes, atado como estoy por los lazos de la ilusión que ustedes mismos tienden sobre nosotros! Señor, tú eres poderoso e invencible; ¿cómo puede el siervo igualarse con el amo y señor?

Todos los seres se encuentran abrumados y engañados por tu estrategia y tu plan. Deseo hacer una declaración de la que mi señor es testigo: no conozco otra actividad que la de adorar a mi señor. Cuando el siervo es resguardado y protegido por su señor, ¿por qué habría de temer? El poder del señor es el escudo del siervo", y diciendo esto, Hanumán recobró su forma real. Rama estaba deleitado ante la vista de Hanumán, lo abrazó y le dijo: "Me eres tan querido como lo es Lakshmana". Lo acercó a él y lo acarició con amor, dándole palmadas en la cabeza y tocándole con suavidad la frente y el rostro. Entonces le dijo: "Hanumán, yo derramo mi amor principalmente en aquéllos que me sirven y consideran tal servicio como el medio más sublime para alcanzar la liberación". En ese momento, Hanumán dijo: "¡Mi señor!, Sugriva, el jefe de las hordas Vanara, ha atraído sobre sí, por diversas causas, la enemistad de Val¡, su hermano mayor, y ha sido expulsado de su reino y exiliado a este bosque donde ahora vive. Él también es tu siervo; merece tu afecto y bendiciones, confiérele tu gracia y libéralo de la desdicha en la que ahora se halla inmerso. Él posee la autoridad y poder para ordenar a millones de monos de todo el mundo que busquen y encuentren a Sita. Es el monarca de los monos y puede obtener la victoria en tal empresa". Hanumán detalló las múltiples y diversas virtudes y habilidades de Sugriva y persuadió a Rama para que buscara su amistad. Cuando éste decidió seguir aquel consejo, Hanumán se ofreció a llevarlos sobre sus hombros hasta la cima de la montaña donde estaba Sugriva.

Al ver a Rama y a Lakshmana, Sugriva se sintió encantado y comprendió las razones que habían llevado a Rama al bosque. Ambos se compadecieron, lamentándose de la desgracia que a los dos los aquejaba, y se sintieron unidos por lazos comunes de camaradería. Sugriva se postró a los pies de Rama y de Lakshmana, ofreciéndoles reverente hospitalidad. Rama prometió a Sugriva que acabaría con su temor y aliviaría su pena, pues él era la personificación de la compasión, y Sugriva, a su vez, le prometió sacrificarlo todo incluyendo su propia vida, para servirle. El voto de eterna amistad fue formalizado con el fuego ritual como testigo. Ya que el fuego está presente como calor y luz en el corazón de todo ser viviente, el fuego que está presente

en la conciencia interna puede quemar toda indecisión o titubeo que pudiera afectar el voto de amistad. De hecho, el fuego, la iluminación y el sutil fulgor divino que constituyen e1 núcleo del fuego, es el elemento predominante en el Ramayana. Rama nació del nectarino presente que el dios del fuego obtuvo en el altar de sacrificios; Sita se casó con Rama con el fuego como testigo; Lanka fue destruida por el fuego; en el fuego fue donde la realidad, el principio de Sita, quedó a buen resguardo mientras era raptada por Rayana y llevada a Lanka, y fue del fuego de donde nuevamente fue rescatada cuando la guerra contra Ravana terminó con la victoria de Rama. El significado es que el corazón de Rama fue purificado de toda impureza en cada contacto que tuvo con el fuego, porque Rama es el símbolo del conocimiento o la sabiduría del más alto grado y también es el símbolo de la moralidad suprema. De esta forma, el pacto con Sugriva fue reafirmado y santificado, invocando al fuego como testigo. Lakshmana buscó profundizar la fe de Sugriva y reforzar la alianza, relatándole la verdad acerca de Rama y la misión por la cual había venido.

Le habló también de Sita y su divinidad. Ella era hija del rey de Mitila dijo y, por lo tanto, sólo puede ser ganada o pueden obtenerse sus bendiciones a través de un batido incansable, es decir, de la disciplina espiritual. Al escucharlo, Sugriva derramó lágrimas de dolor y dijo: "Maestro, un día, hallándome en consejo con mis ministros, escuché el grita `¡Rama, Rama!', que provenía del cielo, del interior del carruaje Pushpaka que surcaba el espacio. Mientras observábamos esa extraña escena, ella arrojó un envoltorio de tela hacia donde estábamos. En él se hallaban unas joyas, las mismas que hemos conservado intactas. Es muy probable que haya sido el Rakshasa llamado Rayana quien la raptaba, pues no existe perversidad alguna que éste no haya perpetrado". Sugriva rechinó los dientes por la ira que sentía contra el monstruo que sospechaba había cometido esa terrible acción. Rama pidió que le trajeran las joyas, y el mismo Sugriva se incorporó para dirigirse a la cueva donde las había escondido y las (levó ante la presencia de Rama. Estaban envueltas en un pedazo de la misma tela burda que la madrastra de Rama le había dado a Sita para que la usara mientras vivía como ermitaña en el bosque. Al reconocerla, Lakshmana lloró y, al verlo abatido, Sugriva y Hanumán también se entristecieron. Rama aflojó los nudos y deshizo el envoltorio; le mostró a Lakshmana el contenido para confirmar si las joyas pertenecían a Sita y él declaró que no podía identificarlas todas, ya que nunca había levantado la vista para mirar a Sita. "He visto sólo los anillos que usa mi cuñada en los dedos de los pies, porque solía postrarme ante ella diariamente. Sí, ésos son los anillos que ella llevaba; puedo asegurarlo. En nuestro camino a través de la jungla, yo iba detrás de ella y pisaba sobre sus huellas. Sabes que tú siempre caminabas al frente y yo iba detrás de Sita; caminaba observando sus pies y, por lo tanto, conozco estos anillos perfectamente". Sugriva y Hanumán miraron con tristeza a

los hermanos cuando éstos, desempeñando el papel que les correspondía, se entristecieron al ver las joyas que Sita había arrojado. Sugriva no pudo soportar más y exclamó: "¡Señor, no te dejes abatir por la tristeza! Este mismo día elaboraré un plan para descubrir dónde está Sita y, después de destruir al malvado Rayana, la traeré de regreso y los haré a los dos felices. Éste es mi juramento, mi sagrada promesa".

Rama mostró gran satisfacción al escuchar esa promesa y después le dijo: "Explícame con detalle el motivo por el cual vives en el bosque y no en tu ciudad". Sugriva le relató, en forma clara y concisa, hilando los hechos como cuentas que se ensartan para formar una guirnalda o un rosario, quiénes eran sus padres, cuál era su verdadero lugar de residencia, así como las causas de la enemistad entre él y su hermano mayor, etcétera. Rama notó que la historia de Sugriva era parecida a la suya, en especial al referirse a la separación de su esposa y al exilio del reino. Se dio cuenta de que Sugriva era recto y justo y que Va¡¡ merecía un castigo por haber raptado a la esposa de su hermano, acción que el código moral de los monos no perdonaría.

Rama pidió a Sugriva que le contara la historia de su nacimiento, y éste le respondió: "Sí, deseo postrar a tus pies la crónica de los orígenes y vicisitudes de todo mi clan. Hace mucho tiempo, Brahma, el creador, creó a un ser con forma de mono y lo dotó de gran poder, pero como siempre estaba en movimiento y actividad, Bráhma lo llamó Ruksharaja. Cuando éste pidió que se le dijera dónde debería vivir, Brahma le respondió: `Vivirás en el bosque, porque allí podrás moverte a tu entero capricho, y cuando atrapes a un Rakshasa, mátalo y libera esa zona de sus maldades'. Ruksharaja emigró hacia las regiones del sur y obedeció las órdenes de Brahma.

"Un día, el mono Ruksharaja se aproximó a un lago para saciar su sed, y al acercar la cara a la superficie del agua cristalina vio su propia imagen reflejada. Se inquietó mucho, pues creyó que un enemigo se escondía en el lago, acechándolo. Caminó por la orilla, ansioso por atrapar al enemigo en cuanto saliera del agua, mas éste rugía cuando él rugía, rechinaba los dientes cuando él lo hacía, repetía como un eco todos sus ruidos y gestos. No pudiendo controlarse más, Ruksharaja saltó al lago para estrangular a su rival. ¡Ese salto lo transformó en hembra! Azorada y sorprendida, nadó a la orilla y, dirigiéndose al Sol, oró en busca de su gracia. Presa de gran angustia, también rezó a Indra.

"Por la gracia de Surya (el Sol), ella dio a luz un hijo, que soy yo, Sugriva; y por la gracia que Indra le concedió tuvo otro hijo, Val¡, mi hermano. Después del nacimiento de los niños, se convirtió de nuevo en Ruksharaja, tomó a sus hijos y se dirigió a Brahma para recibir instrucciones. Le narró toda su historia para que él adoptara una decisión, y así hizo él, diciendo: `¡Oh, Val¡ y Sugriva!, vayan a las regiones del sur y establézcanse en Kishkinda. El Señor de todos los mundos, el supremo soberano del universo, aquél conocido por muchos

nombres, nacerá como Rama, el hijo de Dasarata, el emperador de la dinastía Raghu; él se irá al bosque, siguiendo las órdenes de su padre; acometerá empresas sobrehumanas y también se comportará como un mortal común. En su peregrinar arribará a Kishkinda, donde ustedes estarán, y entablarán amistad. Busquen la dicha de tener su visión, escuchar sus palabras y tocar sus pies. Sus vidas serán benditas por ello'.

"Escuchamos la voz de Brahma, deleitados ante aquel prometedor suceso que nos deparaba el destino. No llevamos a cabo adoración, austeridad, ritual o sacrificio alguno; todos nuestros logros y virtudes fueron otorgados por la gracia que Brahma derramó sobre nosotros aquel día. Cuando aquella voz cesó, rendimos homenaje mentalmente a Brahma; después llegamos a Kishkinda y acabamos con los Rakshasas que infestaban aquel sitio.

"Un día, un Rakshasa llamado Mayavi, el hijo de Maya, nos atacó para vengarse de nosotros. Nos sitió a medianoche, creando gran confusión. Val¡, mi hermano mayor, no pudo tolerar un momento más !a audacia del enemigo y se arrojó sobre él con todo su poder, haciendo que Mayavi huyera aterrorizado. Éste se escondió en una cueva, hasta donde Val¡ lo persiguió. Yo también participé en la persecución del perverso Rakshasa, manteniéndome atrás de Val¡. Al entrar en la cueva donde Mayavi se había refugiado, Val¡ me indicó: `Hermano, entraré en esta caverna para matar al enemigo. Vigila la entrada y permanece aquí, para que no escape'. Le pregunté por cuánto tiempo debía hacerlo y me contestó: `¡Hasta quince días con sus noches si es preciso! Vigila durante todo ese tiempo; si no regreso al llegar el decimosexto día, puedes suponer que me ha matado, y entonces podrás regresar"'.

"Esperé y vigilé durante treinta días completos; para entonces, un olor a sangre surgía de la cueva y yo deduje que se trataba de la sangre de mi hermano. Temí que Mayavi pudiese salir vivo de la cueva, así que coloqué una enorme roca sobre la boca de ésta y al comprender que era en vano seguir esperando, regresé a casa. Reuní a mis compañeros y simpatizantes y les pedí consejo sobre el paso a seguir. Llegamos a la conclusión de que si Mayavi había podido matar a mi invencible hermano Val¡, eso nos daba a entender que se trataba de un poderosísimo enemigo y, por lo tanto, viví los días en continuo terror.

"Los habitantes de la capital se dieron cuenta de que debían contar con un líder en esos tiempos difíciles, en los que por todos lados estaban siendo amenazados por enemigos, y arguyeron que, dado que Val¡ había muerto, mi deber era ocupar su lugar. Yo no deseaba aceptar tal cargo, pero me forzaron a ello. Dos o tres días después, Val¡ regresó a la capital; había matado a Mayavi y liberado a la región de tan vil enemigo. Al encontrarme como gobernante, una ira incontrolable se apoderó de él, pues supuso que yo había sellado la boca de la cueva para evitar que saliera con vida y que deliberadamente había buscado el liderazgo que me había sido confiado. Decidió vengarse de mí, y

comenzó a vejarme y a reprenderme por la mínima falta o error. Me privó de todos mis poderes y cargos y me trató con desprecio, como si fuese el más bajo siervo de su casa. Me expulsó del seno familiar y tomó a mi esposa bajo su custodia. Un día, decidido a destruirme, peleó ferozmente contra mí; yo no pude resistir su ataque, por lo cual tuve que abandonar Kishkinda y buscar refugio aquí. Vals se obstinó en que aquéllos que me apoyaban o fueran mis amigos no podían quedarse, y por ello me han acompañado a este lugar. Mi esposa hizo hasta lo imposible para volver a mi lado, pero pese a todos sus intentos, él no se lo permitió; la tomó como si fuera su mujer'. Los ojos de Sugriva derramaban lágrimas mientras relataba esa historia. Rama lo consoló y se compadeció de su dolor, asegurándose una vez más que él lo protegería de todo daño y lo salvaría de todo mal.

Sugriva prosiguió: "Vivo desvalido en esta colina, porque éste es el único sitio al cual mi vengativo hermano no puede llegar. Un sabio lanzó sobre él una maldición que le impide penetrar en asta región. De lo contrario, hace mucho tiempo que yo habría muerto a sus manos".

Rama preguntó: "Y dime, amigo, ¿cómo fue que él atrajo sobre sí esa maldición?", a lo cual Sugriva respondió:

"Maestro, Dundubhi, el hermano de Mayavi, era un héroe poderoso; nadie podía igualarlo en valor y fuerza. Se deleitaba provocando enfrentamientos con las montañas y el mar y era feliz demostrando su poder. Un día, mientras se vanagloriaba por sus intrépidas proezas, de pie frente al pico de una montaña que había pulverizado, escuchó una voz que le anunciaba: `Dundubhi, no te envanezcas de esa manera. ¡Ten cuidado! Hay alguien más poderoso que tú y que vaga feliz por las orillas del lago Pampa ejerciendo su mando y poder. Su nombre es Val¡'. Al escuchar aquello, Dundubhi se transformó en un poderoso búfalo y se abalanzó hacia Kishkinda, donde está el lago Pampa. Surcó la tierra con sus cuernos y mugió a todo lo largo del camino por colinas y valles, ufanándose de su invencible poder. A cada paso su furia se tornaba más salvaje, sembrando el terror a su alrededor. Cuando enterraba sus cuernos en la tierra, rodaban enormes árboles cuesta abajo. Su ferocidad estremecía todos los corazones.

"Finalmente, al invadir la región de Val¡ como cuando Rahu pretendió tragarse la muna éste lo descubrió y, en ese mismo instante, se arrojó sobre él. Los dos extraños enemigos lucharon como jabalíes salvajes en mortal combate; la pelea duró más de seis horas hasta que, finalmente, Val¡ asestó un golpe mortal a Dundubhi, quien, tambaleante de dolor, cayó muerto al suelo, como un pico de montaña que se derrumba durante un violento terremoto. El impacto de la caída fue tan fuerte, que algunos árboles gigantescos también cayeron junto con él. Vals se embriagó de tal forma con el triunfo, que destrozó el cadáver y arrojó sus partes a lo lejos, unas al norte y otras al sur. Sin embargo, sucedió que uno de los despojos sanguinolentos cayó sobre una ermita,

bañando de sangre toda el área sagrada y contaminando a los ascetas que se consagraban a la meditación y la recitación de himnos sagrados. Era la ermita del gran santo Mathanga, quien había ido al río a tomar su baño ritual. Al regresar, vio gotas de sangre por todos lados y se topó con la mitad del cadáver de un monstruo impresionante. No pudo controlarse. Sus discípulos y alumnos, que anhelaban recibir un baño de bienaventuranza, habían sido bañados de sangre. Perdió el control y sólo se detuvo un momento para preguntarse quién podría haber osado cometer tal pecadc; su ira era incontenible, no le permitió ver ni hacia el pasado ni atisbar el futuro, y lanzó una terrible maldición: '¡Si ese vicioso pecador de Vali se aproxima a esta colina o si llega incluso a posar sus ojos en ella, que su cabeza sea partida en dos!'. Ésa fue la maldición que e! sabio pronunció y que, asustado por ella, ha mantenido a Val¡ alejado de esta colina; no puede acercarse a este sitio o mirarlo siquiera. Así, gracias a esa maldición, vivo aquí sin ningún peligro, aunque separado de mi esposa y privado de mis amigos y familiares". Sugriva reató a Rama su tragedia, sin ocultarle nada.

Rama se enfadó al escuchar la historia de Val¡, cuya perversidad atormentaba a Sugriva desde hacía mucho tiempo. No quiso seguir escuchando más atrocidades; no toleraba actos incorrectos ni le agradaba sáber nada acerca del mal. Consoló a Sugriva y le aseguró que Val¡ no escaparía al castigo que merecía por confiar sólo en la fuerza física y el poder material, ignorando la fuerza y el poder que uno debe ganar mediante la rectitud y la devoción a Dios. Le prometió que con una flecha derribaría a Va¡¡ y pondría fin a su vida, aun si los catorce mundos se oponían al cumplimiento de ese juramento. Le dijo: "No vuelvas nunca tu mirada hacia aquél que permanece indiferente ante las desgracias de su amigo o ante el absurdo alarde de su enemigo. No elijas a un amigo sólo para obtener un provecho temporal y satisfacer un deseo inmediato, o para incurrir en una conducta indigna. Los amigos deben profesarse profundo y mutuo amor. Aquél cuyo corazón no está lleno de amor que inspire su mente o ilumine su rostro es solamente un mal amigo indeseable. Los corazones de esos falsos amigos serán deshonestos y estarán contaminados. El siervo astuto, el avaro ambicioso, el esposo o esposa perversos y el falso amigo son cuatro seres que hacen la vida dolorosa, como si uno fuera atravesado por lanzas y clavos.

"Por lo tanto, ¡oh, Sugriva!, no te lamentes; yo te rescataré haciendo uso de toda mi habilidad física, verbal y mental. ¡Qué importa cuán fuerte sea Va¡¡! Tú no estás consciente de tu fuerza porque estás impresionado por la fuerza que le atribuyes; ése es el origen de tus dudas y temores. Tal vez tú necesitas tener mayor seguridad en mis poderes, antes de que nazcan en ti la confianza y el valor. Pídeme que (leve a cabo cualquier tarea para que tu fe en mí sea más profunda y te demostraré mi fuerza e infundiré valor a tu corazón. Una vez hecho esto, pelearé contra Val¡ y lo destruiré".

Rama le dio una palmada en la espalda a Sugriva, para infundirle confianza y así liberarlo del miedo y la ansiedad. Sugriva estaba impaciente por ver las proezas de Rama, a la vez que buscaba fortalecer su fe. Exclamó: "Rama, hace mucho tiempo, mi hermano y yo acordamos medir nuestra fuerza y habilidad colocándonos frente a una línea de siete palmeras gigantescas para tratar de derribarlas una tras otra, atravesándolas con una sola flecha. Yo derribé sólo tres, pero mi hermano Val¡ le acertó a cinco y todas rodaron por tierra; ésa es la medida de su fuerza. Para derrotar a Val¡ es necesario poseer una fuerza mayor. Desearía descubrir si tú posees esa fuerza y ver cuántas palmeras puedes derribar con una sola flecha".

Sugriva y sus cortesanos llevaron a Rama a un lugar en el que siete palmeras gigantescas hendían el cielo en hilera y le pidieron que intentara derribarlas. Comentaron entre ellos que, dado que aquellos árboles gigantescos eran cuatro o cinco veces más grandes que los que Val¡ había derribado, bastaría con que Rama derribara dos de ellos, para considerar que sobrepasaba a Val¡ en poder. Al mirar esa hilera, Rama sonrió y, llamando a Sugriva, le dijo: "Sugriva, estas palmeras son las más débiles y delgadas que mis ojos han visto". Luego colocó una flecha en su arco y las derribó a todas. Su flecha llevó las siete palmeras hasta lo alto de una montaña que estaba en la lejanía, haciendo volar todas las rocas que se cruzaron en su camino.

Sugriva quedó inundado por el asombro y la devoción. Se postró a los pies de Rama, exclamando: "¡Rama, cien Val¡ no habrían logrado esta proeza! Soy en verdad afortunado; no tengo más preocupaciones en mi vida, ya que he logrado tu amistad. Aunque me haya distanciado de un Val¡, hoy he conseguido como mi más íntimo camarada a un Val¡ multiplicado por cien. Perdona mi falta; estoy apenado de que mi escasa inteligencia me haya llevado a poner a prueba tus poderes. ¡Oh, soy en verdad afortunado de haber sido bendito con la amistad del mismo Dios! La historia de mis desgracias ha terminado este día. En mi corazón ha renacido la esperanza de que pronto podré retornar a Kishkinda; estoy feliz, ya que podré vivir alegremente con mi esposa e hijos. Lo único que me corroe es la ansiedad de saber cuándo y qué tan pronto sucederá esto y si será cuestión de minutos, horas o días. Por supuesto, eso depende de la voluntad de Rama, de su gracia. Sucederá en el momento en que él lo decida".

Sugriva sabía que sólo Rama podía ayudarlo y que debía confiar en él. Postróse a sus pies y dijo: "Rama, tu voluntad y compasión son mi único refugio. ¿Cuándo planeas poner fin a mis desgracias?". Levantándose nuevamente, Sugriva prosiguió: `Te diré lo siguiente, Rama. Hasta hoy había considerado a Val¡ como mi mayor enemigo y temblaba de miedo ante él; ahora me doy cuenta de que él ha sido mi mayor benefactor. Por temor a él me refugié en esta cordillera, y por hallarme aquí pude estar atento a tu llegada, conocerte y ser bendito

con tu amistad. Por lo tanto, Val¡ es el origen de todos estos acontecimientos. Él es, en efecto, mi benefactor.

"Rama, cuando soñamos, a veces peleamos contra otra persona, la odiamos y recurrimos a todos los métodos para causar su ruina, pero al despertar, nos percatamos de que el odio y la lucha fueron falsos y sini fundamento. Tu darshan me ha despertado. En mi sueña odiaba a Val¡ e interpretaba todos sus actos como si fuesen hostiles hacia mí; a causa de mi ignorancia, he luchado contra él, pero ahora que te he visto y he tenido la gracia de escuchar tu consejo, he salido de mi ensoñación. Tocar tus sagrados pies me ha concedido la visión de la verdad. El odio, la envidia, la ambición, el egoísmo, mi enemistad con Val¡ y mis deseos de venganza, durante tanto tiempo cultivados, me han debilitado. Yo estaba hundido en mi obsesivo anhelo de que llegara el momento de saldar viejas cuentas; ésa fue mi penitencia, la austeridad que me consiguió tu gracia. AI hallarte, mi aflicción fue transformada en ascetismo y la ira en amor. ¡Señor, bendíceme, derrama tu gracia sobre mí! Ya no deseo recobrar mi reino. El destino ya ha marcado la vida de mi esposa y mis hijos, ¿qué pu édo hacer para cambiar él curso de los acontecimientos? No me preocuparé más por ellos. A mí me basta que me concedas la alegría de servirte y estar a tu lado, en tu presencia, por el resto de mi vida".

Al suplicarle Sugriva de este modo, Rama palmeó tiernamente su cabeza y exclamó: "Hijo, las palabras que has pronunciado, en verdad, son ciertas. Reinos y poder, alegría y pesar, ira y ansiedad, propiedades y prwilegios, bienes y males son todos el material del que están hechos los sueños. La proximidad de Dios, dei principio divino que hay en ti, es lo °único real. Sin embargo, recuerda que mi promesa, mi palabra, tiene que ser cumplida. Suceda lo que sucediere te devolveré tu reino; no puedes evadir la responsabilidad de gobernarlo ni escapar a la pelea contra Val¡, la cual debe ser mañana. Ven, alístate".

Rama se levantó. Él y Lakshmana empezaron a caminar armados con sus arcos y flechas, con Sugriva a su lado. A Ha_numán y a los demás se les permitió permanecer en la residencia de la colina. En el camino, le dieron a Sugriva instrucciones necesarias hasta que, en un momento, se le indicó que continuara solo y que gritara palabras desafiantes cuando llegara frente a la puerta principal de la ciudad. Obedeciendo las órdenes de Rama, Sugríva se detuvo frente a la entrada de la ciudad de Kishkinda y gritó tan ferozmente que los muros de la fortaleza se sacudieron y la tierra se estremeció de temor.

Tan pronto como aquel grito llegó a los oídos de Val¡, éste se incorporó de su !echo como una cobra amenazada y salió dispuesto a pelear y poner a Sugriva fuera de combate, pues supo que era su hermano quien había lanzado el reto.

En ese momento, Tara, la esposa de Va!i, se aferró a sus pies y le recordó las palabras pronunciadas por su propio hijo unos días antes:

"Señor, los hermanos que buscaron la ayuda de Sugriva no son hombres comunes; están dotados de poderes extraordinarios. Después de haber permanecido oculto todo este tiempo, Sugriva ha aparecido ahora con nueva confianza y valor e incluso ha osado retarte; no sé habría atrevido a hacerlo sin calcular muy bien cada paso. Sin duda, ellos deben de haberle demostrado sus capacidades y prometido que le apoyarían. Los príncipes Rama y Lakshmana poseen poderes divinos; no es conveniente que luches contra ellos".

Al escuchar sus patéticas insistencias, Val¡ soltó una burlona carcajada: "Mujer cobarde le dijo se afirma que para Rama todos somos iguales. Si esto es cierto, él nos mirará a mi hermano y a mí con idénticos ojos; más aún, yo no le he causado daño alguno, ¿o sí? Si a pesar de esto Rama me mata, entonces consideraré que mi nacimiento y mis años de vida, valieron la pena". Tara estaba contenta, por una parte, de la forma en que él veía los acontecimientos; pero, por otro lado, no podía tolerar ni por un instante la idea de separarse de su señor, así que nuevamente le imploró: "Señor, se considera un mal augurio el que una mujer se oponga. No te precipites a aceptar ese desafío". Pero Val¡ ignoró sus ruegos y replicó: "Cuando la batalla (lama, a nadie le interesan los presagios. O bien muere el enemigo o bien la propia vida debe llegar a su fin". Después de decir esto, Val¡ apartó a Tara y avanzó hacia la entrada principal del fuerte, lanzando rugidos de ira que causaban terror.

Al ver que Sugriva estaba solo; se arrojó sobre él y ambos empezaron a pelear ferozmente con sus puños, asestándose golpes que parecían martillazos. Sugriva no pudo resistir la lluvia de tremendos puñetazos y sintió deseos de huir. Val¡ estaba golpeándolo y causándole tal daño, que Sugriva se las ingenió para escapar, dándole así la victoria. Va¡¡ regresó al fuerte, golpeando sus muslos en ademán triunfal. Rama y Lakshmana siguieron a Sugriva en su huida, y cuando llegaron a la colina, éste se postró a los pies de Rama, con el corazón apesadumbrado de decepción, desesperanza, dolor y miedo. Exclamó: "¡Señor, no entiendo por qué me has causado esta desgracia! Emprendí este arriesgado acto con la esperanza de que tú acudirías a mi rescate. Todo el tiempo estuve aguardando el momento en que tu flecha alcanzara a Va¡¡ para acabarlo; pero nunca ocurrió. No pude soportar el peso de esos puñetazos y tuve que optar por el vergonzoso recurso de huir para salvar mi vida. ¡Mi hermano es más poderoso; no pude soportar sus golpes!"

Rama lo consoló y le dijo: "Sugriva, no te lamentes. Escucha las razones: tu hermano y tú se parecen tanto, resulta difícil distinguir al uno del otro, son tan iguales en apariencia y habilidad, que no podía apuntar correctamente". Esas palabras también contenían otro profundo significado: querían decir que Val¡ también se había entregado a sus pies. "Él también es mi devoto, ha anhelado mi gracia tanto como tú". Pero Sugriva no pudo comprender el sentido oculto de

esas palabras y suplicante dijo: "Sabiendo tú tanto, ¿no pudiste descubrir cuál era Val¡ y cuál Sugriva? No puedo creer lo que me dices. No entiendo la razón que te lo impidió; quizá querías que yo exhibiera mi habilidad al máximo. Si era ésa tu intención, pude haberlo tomado en cuenta desde el principio. Lo que realmente ocurrió fue que me confié tanto en que tú lo abatirías que combatí con ligereza y sin atención".

Rama acercó a él al desanimado y abatido Sugriva y lo consoló pasando su divina mano sobre su cuerpo, para que el dolor desapareciera al instante. Las heridas y golpes sanaron de inmediato. Sugriva quedó estupefacto y exclamó: "¡Rama, tu mano puede lograr cualquier cosa, todo lo contiene ella! La creación, la conservación, la destrucción están todas subordinadas a tu voluntad. No tengo deseo alguno de gobernar este reino. Comparada con la alegría que tu gracia puede conferir, ¡aquella otra no es nada!"

Rama no prestó mucha atención a esas palabras y le dijo: "Tus palabras sólo son el reflejo de pensamientos pasajeros.

Hablas así por haber presenciado una muestra de mi poder y de mi gloria. No les concedo mucho valor, pues lo que más me importa son los sentimientos que nacen del corazón. Existen muchos fervientes devotos que olvidan todo cuando experimentan el amor y el supremo poder de Dios, y creen que no hay nada más grande que Dios, pero después de un tiempo, o cuando sus anhelos no fructifican, empiezan a dudar incluso de aquello que experimentaron o vieron. Son éstos los velos que ocultan, las cortinas que distorsionan la verdad en la mente de aquéllos cuya fe es débil. Yo sé cómo sucede todo esto y por ello no confiero mucho valor a tales sentimientos. Debes prepararte pala enfrentar a tu hermano una vez más". Y de esta manera, Rama obligó a Sugriva a entablar un nuevo combate.

Sugriva no deseaba volver a pelear, pero estaba seguro de que esa vez Rama cumpliría su promesa y mataría a Val¡. Emprendió la marcha para enfrentarse de nuevo con su hermano, con valentía y confianza en el corazón. Rama cortó algunas flores silvestres y formó con ellas una guirnalda que puso alrededor del cuello de Sugriva. Lo que él tenía en mente era lo siguiente: Val¡ le había dicho a Tara que Rama miraba a todos como iguales, y había sido esa "igualdad" la que había evitado que matara a Val¡. "Bien, he colocado esta guirnalda de flores sobre su cuello para mostrar que mi amor por Sugriva es mayor, y así puedo, con justicia, tratar a Val¡ de forma diferente. Sugriva (leva una guirnalda, indicando que él viste el símbolo del amor divino. El amor no necesita razón para surgir; no proviene de ningún impulso egoísta".

Así, animados e infundidos de heroísmo, Rama y Lakshmana persuadieran a Sugriva de que lanzara una vez más el desafío ante la puerta de la fortaleza de Val¡, y ellos se escondieron tras un árbol cercano. Al salir Val¡ a toda prisa y ansioso de pelear, haciendo temblar

la tierra bajo el peso de su impacto, Sugriva sintió terror. Suplicó a Rama con todo su corazón que acudiera pronto en su auxilio y avanzó para enfrentar a su enemigo. Tratando de reivindicar sus propios logros y capacidades, Sugriva luchó lo mejor que pudo, y cuando su fuerza se agotó y los primeros signos de cansancio aparecieron, pronunció el nombre de Rama una sola vez. Como la misión favorita de Rama era proteger a sus devotos, cuando escuchó el llamado colocó una flecha en su arco, la disparó y alcanzó con precisión el orgulloso corazón de Va¡¡. Éste se tambaleó, sin fuerzas, y fue doblándose hasta caer completamente al suelo. En ese momento, Rama se aproximó a él y le concedió su divinavisión.

Aunque atravesado por la mortal flecha, Va!¡ se incorporó y se sentó; tal era su fuerza y valentía, más allá de toda comparación. Con las palmas de las manos juntas, posó su insistente mirada sobre aquella tez azul como las nubes, en aquellos ojos de pétalo de loto, y rompió a llorar en éxtasis y dicha. Conteniendo apenas su alegría, exclamó: "¡Oh, Rama!, si tú eres la divina y hermosa encarnación de la belleza y el Señor de toda la creación, ¿por qué tenías que llevar a cabo este acto tan discutible? Habría bastado con que me hablaras y luego me mataras; yo me hubiese sentido sumamente feliz de morir. ¿Acaso me habría yo negado a rendirte los servicios que Sugriva te brindó? No, no. Así pues, esto no ha sido hecho sin una razón justificada, porque el Señor jamás realizaría un acto sin alguna razón justa. A primera vista, este acto podría parecer contrario a nuestra idea de la Divinidad, pero ante la visión interna es evidente que está basado en la verdad. Sé que los actos del Señor no deben ser interpretados desde el punto de vista común y mundano. El Señor se encuentra por encima y más allá de los gunas, aquellos atributos que definen y regulan la conducta humana. Por !o tanto, sus acciones sólo pueden comprenderse cuando se las ve desde una perspectiva carente de emoción, pasión o prejuicio. Los actos realizados con perfecta ecuanimidad se pueden entender sólo cuando se juzga con perfecta ecuanimidad, pues si uno se halla bajo la influencia de características y atributos, desde luego sólo puede ver características y atributos semejantes, incluso si éstos están ausentes". Va¡¡ estaba dotado de ron claro intelecto, por lo que, razonando de esa forma, prosiguió: "Rama, conozco perfectamente tus proezas y habilidades. Con una sola flecha puedes destruir no sólo a este Va¡¡ sino a todo el universo, y puedes crearlo de nuevo. Sin embargo, deseo que me digas cuál es el pecado por el que me matas. Por favor, hazme saber el error del cual soy responsable. Tú has venido a la Tierra adoptando la forma humana, para restablecer la rectitud; ¿no es así? ¿Cuál es entonces el s•~ntido y propósito de esta acción de esconderte tras un árbol, como un simple cazador, para matarme?"

Rama, con exquisita gracia se sentó al lado del agonizante Va¡¡ y le dijo: "Va¡¡, tú sabes que mis actos no están motivados por fines egoístas. Abandona tu equivocada idea de que procuré ganarme la

amistad de Surgriva para poder encontrara Sita. Tú mismo acabas de afirmar que yo adopté esta forma humana con el propósito de restablecer la rectitud en la Tierra. Ahora dime, si yo me conformara con ser testigo del error, de la injusticia y del vicio que han existido en tus actos, ¿cómo llamarías a eso? ¿Servicio al mundo o todo lo contraria? ¿Pensarías que es correcto o incorrecto? La cuñada, la hermana y la nuera se consideran igual que una hija; lanzar sobre ellas miradas pecaminosas te convierte en un infame pecador. Ningún pecado afecta ya a nadie cuando se mata al pecador.

"¡Cuán injusto fuiste al suponer que Sugriva había cerrado la entrada de la cueva con la maligna intención de matarte! Tú dijiste que saldrías al término de quince días, a más tardar, y le pediste que te esperaran la boca de la caverna hasta entonces. Sin embargo, él esperó ahí, con ansia, durante un mes entero. Finalmente, cuando fe llegó el olor a sangre, lo invadió la pena a! pensar que su hermano había sido asesinado por el ogro y dudé en entrar en la cueva, pues consideró que si el ogro te había matado, él con seguridad no sería un rival de peligro. Cuando colocó la roca a la entrada de la caverna, su intención era evitar que dicho ogro saliera y asegurarse de que permanecería ahí encerrado. Los ciudadanos lo presionaran para que gobernara y tuvo que acceder a sus deseos. ¿Qué delito cometió Sugriva al actuar así? Tú nunca te lo preguntaste. El jamás desobedeció tus órdenes e instrucciones en lo más mínimo, pues te amaba y reverenciaba; siempre ha seguido estrictamente el sendero de la verdad. No obstante, tú ábrigaste en el corazón deseos de venganza, sin razón alguna, y tu altanero orgullo lo obligó a refugiarse en el bosque. Cuando lo desterraste, hubieras permitido que su esposa lo acompañara. En cambio, tomaste como cónyuge a la persona a quien debiste haber tratado como a tu propia hija. ¿Consideras o no esa acción como un pecado? No existe pecado más abominable que éste. Además, tú ocupabas la posición de gobernante de esta región, y tu deber era proteger y resguardar a tus súbditos. ¿Cómo puedes castigar a los que cometen crímenes, cuando tú mismo los cometes? `Como es el rey, así son los súbditos', reza el proverbio. La gente será tal y como son sus gobernantes. Par lo tanto, tu proceder resulta aún más atroz y reprochable, ¿no es así?"

De esta manera, Rama, con su infinito amor, aclaró a Va¡'¡ cuáles eran los crímenes y pecados que había cometido. Va¡¡ escuchó con atención y reflexionó sobre lo que había escuchado. Finalmente, reconoció su error y dijo: "Señor, mi astucia no me sirvió para hacer que declararas correctos mis actos. iAhora escúchame! Yo no soy ningún pecador. Si así fuese, ¿habría podido ser abatido por una flecha lanzada por las mismas manos del Señor? ¿Y cómo podría vivir mis últimos momentos mirando el rostro y escuchando las dulces palabras del Señor?"

Rama quedó muy complacido al escuchar esas palabras pronunciadas con tan profunda sabiduría y que surgían desde lo más hondo del amor y la devoción, del gozo y la dedicación. Entonces, tuvo el anhelo de dar a conocer al mundo el genuino espíritu de renunciación que Vali abrigaba en el corazón y dijo: "Vali, te devuelvo a 1a vida, te libero de la obligación de sufrir la vejez y la senilidad. Ven, ¡toma tu cuerpo otra vez!", y pasó su mano sobre la cabeza de Vali. Sin embargo, mientras Rama lo bendecía de esa manera, Valí lo interrumpió con una plegaria: ";Océano de compasión, escucha mi súplica! No importa cuánto se esfuerce uno a lo largo de la vida, cuando el aliento nos abandona, la muerte no puede evitarse y en ese momento, ni siquiera los más grandes sabios consiguen que tu nombre llegue a sus labios. Hoy he tenido la inmensa fortuna de pronunciar tu nombre, mirar tu forma, tocar tus pies y escuchar tus palabras. Si pierdo esta oportunidad y la dejo escapar, ¿quién puede decir cuánto tiempo tendré que esperar para que vuelva a presentarse? De seguir respirando, ¿qué empresa extraordinaria podría lograr? Ninguna. No deseo vivir más tiempo.

"¡Señor, incluso los Vedas, la fuente de todo conocimiento, hablan de ti afirmando solamente: `No es esto, no es esto', y así prosiguen hasta que al final declaran: `¡Es esto!' `Esto' que ahora yo he logrado ver. ¿Acaso lo dejaría escapar? ¿Existe en este mundo un necio que, teniendo el divino árbol colmador de deseos, lo abandone para obtener una yerba cualquiera? Este Vali, nacido de una resolución mental del mismo Brahma, dotado con gran fuerza física y agudo intelecto, y que ha logrado renombre gracias a esas cualidades, no puede ceder a la tentación de aferrarse al cuerpo como si éste fuese real y valioso, no; si cedo seré blanco del oprobio. ¿Para qué hablar más? Cuando el ser no está satisfecho, ¿qué otro tipo de satisfacción puede importar? Señor, como resultado de tu darshan y tus palabras, he superado todo sentido de dualidad y separación. He logrado la visión del Uno, con excepción de todo lo demás. La masa de «consecuencias» que he ganado por mis pecados ha sido destruida; permite que el cuerpo que lleva él peso de la consecuencia sea destruido junto con ella. No dejes que otro cuerpo aparezca para llevar la carga".

Vali anunció así su determinación de abandonar su aliento e hizo venir a su hijo ante su presencia, diciendo: "Este muchacho ha crecido hasta ahora como el hijo nacido de la lujuria de este cuerpo. Es fuerte, virtuoso, humilde y obediente. Ahora, deseo que tú lo protejas como si fuera hijo tuyo, digno de tu amor. Lo dejo en tus manos". Al decir esas palabras, puso las manos de su hijo en las de Rama, quien atrajo al pequeño Angada cerca de él y lo bendijo con gran amor. Conmovido al ver que su hijo era aceptado, Val¡ derramó lágrimas de alegría, con los ojos fijos en el divino rostro que se hallaba frente a él. Sus ojos se cerraron lentamente, mientras moría. Y así como un elefante no se preocupa ni se da cuenta siquiera de las flores que pudiesen

desprenderse de la guirnalda que adorna su cuello, así Vali, con la misma indiferencia, permitió que su aliento se escapara.

Los afligidos habitantes del pueblo de Pampa se reunieron en grupos, en cuanto oyeron la noticia del fallecimiento de Val¡. Tara, su esposa, llegó al lugar acompañada de su séquito; cayó sobre aquel inerme cuerpo y perdió el sentido. El angustioso lamento de Tara fue tan desgarrador que incluso las piedras se derritieron de compasión. Al recobrar la conciencia, miró el rostro de su señor y exclamó con dolor: "A pesar de todas mis protestas y de los argumentos que usé para detenerte, te precipitaste hacia tu perdición. La esposa debe estar siempre vigilante de la seguridad y felicidad de su señor; no existe nadie más que se preocupe por el bienestar del marido que la esposa. Los demás, por muy eminentes que sean, siempre darán consejos mezclados con un poco de egoísmo. ¡Señor!, por la maldad del destino, mi consejo fue en vano. Señor, ¿cómo podré proteger y educar a este hijo tuyo? ¿Acaso aquéllos que te mataron renunciarán a hacerle daño a tu vástago? ¿Quién nos guiará ahora? ¿Cómo fue que tu mente accedió a abandonarnos y pasar al otro mundo? ¿En beneficio de quién debo continuar esta vida?"

Entonces, Tara se volvió hacia Rama y desahogó su corazón: "Tú enviaste a mi querido señor, mi propio aliento, a! siguiente mundo. ¿Acaso deseas que nosotros, que hemos quedado aquí abandonados, vivamos a merced de los extraños? ¿Es éste él proceder adecuado de una persona noble, dedicada a actuar con rectitud? ¿Ha de enorgullecerse de ello? ¿Es esto apropiado? Si tú no deseas nuestro progreso, si no quieres aliviar nuestra tristeza, entonces mátanos a mi hijo y a mí; la flecha que acabó con un héroe poderoso no vacilará ante una débil mujer y un niño. Permítenos acompañarlo en su viaje". Cayó a los pies de Rama y lloró inconsolable. Rama dijo: "Tara, ¿por qué te lamentas así? Eres una esposa heroica; no te comportes de esa manera, pues serás presa del deshonor; tranquilízate, contrólate. El cuerpo es una fase temporal; es despreciable. El mismo Va¡¡ se refirió al cuerpo como algo bajo y vil; su caída, su fin, puede suceder cualquier día, no puede evitarse. Sólo es un instrumento para alcanzar la meta suprema, y si tal finalidad no se tiene siempre presente y no logra obtenerse a través de él, entonces el cuerpo se vuelve un costal de carbón cuyo destino será consumirse en el fuego. Llorar por Va¡¡ en su forma corporal es tonto, puesto que e! cuerpo está aquí. ¿Lloras entonces por el Alma que estaba en este cuerpo? Esa Alma es eterna; no puede morir o deteriorarse, disminuir o desintegrarse. Sólo aquéllos que no comprenden el principio del Alma sufren por el engaño de que ellos son su cuerpo, y hasta que no logran comprenderlo, aun los más eruditos caen en ese error. Estar enamorado del cuerpo, como si eso fueses tú, es «ignorancia»; estar consciente del Alma, que es lo que realmente eres, es «sabiduría». Llegar a conocer el Alma es una fortuna tan inmensa como encontrar un diamante entre el polvo. El Alma es la

preciosa gema engarzada en esta masa de carne. El cuerpo lleva en él orina y heces, malos humores y 'sangre impura; a menudo es afectado por enfermedades. Su deterioro no puede impedirse; debe morir algún día.

Aquello que se logra a través de! cuerpo es su única justificación. Ésa es la coronación de la vida humana. Tu marido consiguió muchas heroicas y honorables victorias a través de su cuerpo; mientras gobernaba este reino, protegió y favoreció a sus siervos y fieles seguidores como si fuesen su mismo aliento y destruyó a los Rakshasas. Profesó inmensa devoción a Dios, pero causó daño a su hermano; fue ése su único pecado y su muerte a manos mías fue la consecuencia de tal pecado.

Por lo tanto, debes saber que incluso ese pecado ha sido borrado; ahora no tienes razón alguna paró estar triste".

Cuando Tara escuchó aquellos consejos, la comprensión brilló en su mente y se tranquilizó. Rama dijo entonces que no debía haber más demoras y le pidió á.Tara que preparara la ceremonia funeral para Va¡¡, la cual llevaría a cabo Sugriva, y a éste le aconsejó que criara a Angada con amor y esmero. Cuando los ritos concluyeron, envió a Lakshmana a la capital e instaló a Sugriva en el trono. Hanumán y los otros entraron también en la ciudad y lo ayudaran, como fieles amigos y seguidores que eran, a llevar a cabo con éxito la tarea de gobernar. Tan pronto como asumió el poder, Sugriva llamó a los ancianos y dirigentes de la comunidad y les ordenó que hicieran todos los preparativos necesarios para buscar y encontrar a Sita lo más pronto posible.

Sin embargo, Sugriva no estaba feliz de asumir la función de gobernante y de haber sido honrado con esa responsabilidad; por el contrario, se sentía triste y abatido al pensar que él había sido el causante de la muerte de su hermano: "¡Ay!, la ira lo conduce a uno a cometer los más siniestros pecados; engendra el odio y mata el amor. ¡Qué vergüenza! ¡Qué bajo he caído al permitir que la ira y el odio anidaran en mi corazón! Siento que éste se despedaza de angustia por las palabras de adoración que Vali le dirigió a Rama. Nunca me percaté, ni siquiera en mis sueños, de que Vali tuviera tal devoción y dedicación hacia él. ¡Ah!, su sabiduría era ilimitada, pero su ira no le permitió expresarla. Sí, la ira destruye lo divino que existe en uno. La lujuria y la ira arrastran la vida hacia el desastre". Aún sintiéndose muy deprimido por esos pensamientos, Sugriva aprendió de Lakshmana todo lo necesario para gobernar. Le rogó a Rama que entrara en la ciudad y los bendijera a él y a sus súbditos, pero Rama le respondió que debía permanecer en el bosque y no entrar en ciudad o población alguna, pues al hacerlo desobedecería el mandato de su padre.

Sugriva convocó a una junta de dirigentes y les dijo que, dado que el otoño ya estaba avanzado, las lluvias eran inminentes y a las hordas de monos les sería difícil desplazarse a causa del frío y las tormentas. Por lo tanto, sugirió que en cuanto terminara el otoño

iniciaran la tarea de buscar a Sita. También les comunicó esa decisión a Rama y a Lakshmana. Rama estuvo de acuerdo con la decisión y accedió a la propuesta.

Después, los hermanos se retiraron a la colina Rishyamuka y se instalaron allí.

Las lluvias comenzaron pronto; llovía como si baldes enteros fueran vertidos desde el cielo sobre cada centímetro cuadrado de terreno. A Lakshmana le resultó una ardua tarea conseguir a tiempo frutas y raíces para subsistir, pues no podían dar un paso fuera del refugio de la ermita. Era poco frecuente ver algunos fugaces rayos de Sol. Rama ocupaba el tiempo dando valiosos consejos a Lakshmana: "Cuando nace un hijo malvado le decía el código moral se corroe; cuando un ciclón comienza a formarse, las nubes se estremecen de miedo. La compañía de los malvados es el preludio de la desaparición de la sabiduría; la compañía de los buenos hace que ésta florezca". Así transcurrían sus días, enseñando y aprendiendo lo relativo a la sabiduría, a su asimilación y resguardo.

23. ÉXITO EN LA BÚSQUEDA

La lluvia al fin cesó. La estación de la primavera hacía su aparición en el mundo y la tierra brillaba con resplandeciente verdor. Por todas partes, la hierba empezaba a retoñar y pronto la tierra se cubrió con un multicolor manto floral. Así como la codicia se debilita cuando brota la alegría, de igual manera las aguas se evaporaron cuando la estrella Agastya apareció en el cielo. Y así como la mente se

purifica y se hace translúcida cuando el deseo y la ilusión desaparecen, así también los ríos se hicieron cristalinos y puros.

Rama le dijo a Lakshmana: "Hermano, sería conveniente recordarle a Sugriva la búsqueda que debe efectuar". Lakshmana obedeció la orden y pidió a Hanumán, quien diariamente visitaba la ermita, que le recordara a Sugriva la tarea prometida. Hanumán era muy diligente y estaba siempre ansioso por cumplir las órdenes de Rama, de manera que hizo llegar el aviso a Sugriva, de forma inmediata y efectiva. Reunió a los líderes de las hordas de monos e inició los preparativos necesarios, en tanto que Sugriva infundía a todos la determinación y el valor necesarios para la ejecución de la tarea que se les asignaba. Inculcándoles la firme resolución de que la misión debía tener éxito, los envió hacia los cuatro confines del mundo. Sugriva confió el mando total a Hanumán y, encabezada por éste, la horda de monos gritó: "¡Victoria a Sugriva! ¡Victoria a Rama, el Señor!". Y bailando y saltando de alegría, los monos se encaminaron presurosos por la ruta que a cada uno le fue asignada, inspirados por Hanumán y por la santidad de la misión.

Hanumán se dirigió hacia el este, con un grupo de seguidores. Sushena y Mandava fueron hacia el norte; escudriñaron la cordillera Gandhamadana, el pico Sumeru, la montaña Arjuna y la cordillera Nilgiri con sus cuevas, hasta que finalmente llegaron a la costa dei mar del Norte. El grupo guiado por Hanumán buscaba con igual ahínco; eran los que menos se preocupaban por dormir y comer y estaban dispuestos a ofrendar sus propias vidas a los pies de Rama. Sólo tenían un deseo: coronar con éxito su tarea de servir a Rama. Desde el más humilde hasta el más sobresaliente, todos guardaban la misma lealtad y compartían el mismo espíritu de dedicación. Pronunciando "Rama, Rama, Rama", se asomaban a cada rincón, a cada recoveco, pico y promontorio, a cada cueva y resquicio, valle y ribera, pues podían penetrar en regiones y lugares a los que el hombre no tiene acceso.

Un día, llegaron a las orillas de un gran lago, y allí encontraron a una mujer que se hallaba dedicada a sus prácticas de austeridad. Guardando, cierta distancia, se postraron ante ella, quien, al abrir los ajos y ver cuán exhaustos estaban, les dijo: "Monos, los veo muy cansados y hambrientos. Vengan a refrescarse con estas frutas", y les ofreció una gran cantidad de alimento. Mientras se hallaban sentados alrededor de ella, le hablaron de la misión que les había sido encomendada. Ella les dijo que estaba en camino al lugar santo donde residía Rama. "Escuchen mi historia dijo mi nombre es .Swayarnprabha, soy hija de un Gandharva celestial. Tengo una amiga ninfa que se (lama Hema. Durante mis ejercicios de austeridad, Brahma se apareció ante mí preguntándome qué era lo que necesitaba, asegurando que me concedería lo que yo deseara. Entonces yo le dije: `Deseo ver a Dios en forma de hombre caminando sobre la Tierra'. Él me contestó: `Permanece aquí a solas. A su debido tiempo, un grupo de

poderosos monos !legará a este sitio y se detendrá si tú se lo pides. Ellos te darán noticias de Rama, que es Dios mismo en forma humana. Más tarde podrás ver a Rama en persona'. ¡Ah!, esa gracia me ha sido concedida. La primera y segunda señales ya se han cumplido. La primera es la llegada de ustedes; la segunda es el relato que me han hecho acerca de fa historia de Rama y el lugar en el que reside. Ahora estoy feliz como si ya hubiera recibido. la tercera, el darshan de Rama".

La mujer se hallaba inmersa en un éxtasis y un deleite sin límites, derramando lágrimas de felicidad; los monos se sentían igualmente emocionados y también lloraban de alegría. Mientras tanto, la mujer, cerrando los ojos, se fue absorbiendo en sí misma, y luego rompió el silencio con las siguientes palabras: "¡Monos! En una playa, junto a una bella ciudad, en el centro de un hermoso jardín, sola, completamente sola, se encuentra Sita, lamentándose de su destino. Sin duda la verán, pueden estar seguros de ello; continúen su camino con valor y confianza".

Un día, los monos viajeros, hundidos en la melancolía, empezaron a lamentarse: "¡Ay!, del plazo que nuestro amo Sugriva nos concedió sólo restan dos días y aún no hemos encontrado a Sita". Tanto Angada como el resto de ellos se lamentaban de su suerte y, presos de la desesperación, lloraban de pena. Habían llegado a la orilla del mar y con tristeza comprendían que les sería imposible cruzarlo para continuar la búsqueda. Así pues, se juntaron en grupos sobre la arena, languideciendo por la desilusión. Jambavanta, el anciano líder, trataba de reanimar a Angada de diversas maneras: "¿Por qué te preocupas? Hemos realizado nuestro mayor esfuerzo y buscado por todas partes sin olvidar jamás nuestro deber; no desperdiciamos en el ocio ni un solo momento, ni siquiera nos hemos preocupado de comer o beber, por buscar incesantemente a Sita. Nuestro amo y gobernante, Sugriva, tal vez no atestigüe nuestra actividad, pero créeme, Rama sí la ve y, por lo tanto, él no nos aplicará ningún castigo. No hay razón para temer el enfado de Sugriva. Al ser ésta su tarea, hagámosla llevando su nombre en nuestros labios y su forma en nuestra mente".

Mientras Jambavanta consolaba de esta forma a Angada, una enorme ave se posó sobre la playa para efectuar los últimos ritos en memoria de su hermano muerto y ofrendar, en el mar sagrado, agua santificada con granos de ajonjolí. Los monos se reunieron alrededor del recién llegado, preguntándose si sería acaso un Rakshasa que había adoptado esa forma. El ave, sin embargo, habló primero y dijo: "Monos, mi nombre es Sampati. Jatayu y yo somos hermanos. Como águilas que somos, hace años él y yo competíamos volando hacia el Sol. Mi hermano no pudo soportar el quemante calor que se sentía al acercarnos al Sol y regresó, pero a mí el orgullo me indujo a continuar el vuelo y, al subir cada vez más, mis alas se quemaron. Caí como una piedra desde las alturas del cielo, pero entonces, un sabio llamado Chandrama cruzó por donde yo estaba, y al toparse conmigo, se sentó a mi lado y me enseñó

buena parte de su sabiduría. Al escuchar sus preceptos, mi orgullo se desvaneció. En una ocasión me dijo: `¡Oh, rey de las aves!, escucha mis palabras. En el Threta yoga (segundo ciclo del mundo) que se aproxima, el dios Narayana encarnará en forma humana; su consorte será raptada por Ravana y llevada a un lugar desconocido; un ejército de Vanaras (monos) se dedicará a seguir su huella. Tu vida se santificará y se hará provechosa cuando veas a esos emisarios de Dios entregados a su sagrada misión. Tú sabrás que ha llegado el momento porque cuando eso suceda, tus alas crecerán y se fortalecerán. Tu deber será darles información acerca del lugar en el que Sita se encuentra cautiva'. Hoy vine a este sitio junto al mar para efectuar los últimos ritos en honor de mi hermano Jatayu, y al verlos recordé las palabras que aquel sabio pronunció hace tiempo y que hoy se han hecho realidad".

Cuando los Vanaras escucharon aquel relato, exclamaron emocionados: "¡Sampati!, olvida los pormenores de la historia de tu vida, pues el plazo que se nos ha fijado está por terminar! Dinos pronto lo que sepas y lo que le ha sucedido a Sita".

Sampati respondió de inmediato: "¡Oh, Vanaras! Un día en que padecía hambre incontrolable, llamé a mi hijo Suparna y le dije: `Hijo, vuela rápidamente y búscame algo para comer. Yo estoy anciano, tengo hambre y mis alas se me han caído'. Al ver mi aflicción, se lanzó en veloz vuelo hacia la selva, pero no regresó. La angustia que sentía por él me hizo olvidar el hambre que me atormentaba, hasta que por fin volvió con un trozo de carne de venado. El hambre me hizo perder el control propio de un ser inteligente; me sentía furioso por la desmesurada tardanza y decidí lanzar una maldición sobre mi hijo.

`Temiendo esto, él se aferró a mis pies y suplicante me dijo: `¡Padre! Yo no perdí un solo instante durante mi ausencia, te ruego que escuches mis palabras; perdóname por la tardanza, pero fue inevitable'. Puso la carne de venado frente a mí y, después de saciar mi hambre, le pedí que me explicara la causa de su demora. Él dijo: `Cuando volaba hacia la selva, vi a una persona de veinte manos y diez cabezas que marchaba presurosa por el camino. Una mujer de indescriptible belleza iba con ella, llorando y lamentándose. Yo sabía que aquél era un monstruo, de manera que lo ataqué al ver que la mujer iba prisionera dentro del carruaje. Ella pronunciaba un solo nombre: `¡Rama, Rama, Rama!'; no salía otra palabra de su boca. Mi intento inútil por detener a aquel ser y salvar ala mujer fueron la causa de esta demora`.

"Al escuchar sus palabras me sentí terriblemente mal, no sólo por haber perdido mis alas, sino por haberme hecho viejo. Estaba sobrecogido por la pena. Supuse que se trataba de un Rakshasa, de manera que le pregunté a mi hijo en qué dirección se desplazaba el monstruo de diez cabezas. Me contestó que iba rumbo al sur. Inmediatamente exclamé: `¡Dios mío, ese monstruo es el Ravana que el sabio me mencionó, y aquella mujer es la divina madre Sita! No hay duda de ello. Ese monstruo se la ha robado como una zorra, como un

perro, y va huyendo con su presa'. Apretaba los dientes con rabia al pensar que no podía yo hacer nada".

De esta manera, Sampati explicó lo que había acontecido y lo que sabía del caso, y añadió: "He estado esperando la llegada del ejército de Vanaras, tal como el sabio me lo vaticinó. Cada día he aguardado que cruzaran por mi camino. Hoy, mi ruego ha sido escuchado, mi vida ha sido santificada".

Luego, Sampati les reveló: "¡Oh, Vanaras!, la ciudad de Lanka se halla en el cerro de tres picos situado a orillas del mar; esa ciudad tiene muchos jardines y parques encantadores, y Sita está allí, en el Bosque de palmeras, lamentándose de su suerte. Ella espera su llegada, por lo cual deben avanzar más hacia el sur".

Angada le preguntó al ave cómo sabía que ella estaba en el Bosque de palmeras lamentándose de su infortunio, y Sampati le respondió que la vista de un águila abarca un área de cuatrocientas lojanas[2] y que, de no habérselo impedido la edad, seguramente les habría brindado más ayuda en su misión. Ahora, el problema era cómo cruzar el océano. Sampati dijo: "Vanaras, podrán cumplir con la tarea que les ha impuesto Rama si hay uno entre ustedes que tenga fuerza y habilidad para saltar una distancia de cien yojanas'.

Al decir esto, las alas de Sampati crecieron y se movieron un poco; primero pudo saltar una corta distancia y en poco tiempo logró incluso volar. Las palabras del sabio se habían cumplido. Sampati se sintió jubilosa al ver que recuperaba sus alas. Dijo: "¡Oh valientes héroes Vanaras! Para realizar lo ordenado por Rama, ustedes han proseguido la búsqueda con gran eficiencia y entusiasmo, sin permitir que el hambre y la sed menguaran sus esfuerzos. Durante la búsqueda han demostrado fe inquebrantable y profunda devoción, e incluso han arriesgado sus vidas en repetidas ocasiones. Rama es quien les ha otorgado perseverancia y fuerza; él está efectuando su misión mediante ustedes. Su deber ahora es que mediten en él y le recen de todo corazón. Cuando lo hayan hecho, podrán con toda certeza ver a Sita y lograrán satisfacer a Rama. Con ayuda de su gracia, podrán saltar con facilidad el océano, ver a Sita y llevar alegría al corazón de Rama. La alegría que procuramos al corazón de Dios es nuestro único logro valioso; ¿qué podemos decir de aquellas vidas que no ofrecen esta dádiva a Dios? Sólo son valiosos los que viven de acuerdo con las reglas establecidas por Dios y que mediante sus acciones cumplen con sus deseos, los demás son inútiles y estériles; sólo consumen precioso alimento y son una carga para la Tierra sobre la cual vagan".

Después de decir estas palabras, Sampati alzó el vuelo y se marchó.

Los Vanaras que la observaron volar hacia las alturas se sorprendieron gratamente con el repentino restablecimiento de sus

---

[2] Una yojana equivale a 15 km., aproximadamente

fuerzas. Comentaban entre sí que el nombre de Rama puede lograr lo imposible, como reza el refrán: "Los modos hablan y los cojos pueden trepar montañas". El águila Sampati pudo recuperar sus alas y elevarse al cielo sólo por la gracia que le fue concedida al pronunciar el nombre de Rama. Por medio de las palabras de Sampati, los Vanaras pudieron ver y conocer los hechos correctamente. Cada uno de los jefes de los monos comenzó a probar sus fuerzas y capacidad para saltar. Entonces, Jambavanta les habló de esta manera: "¡Amigos!, mi avanzada edad me ha vencido, mi habilidad y fuerza han declinado. De alguna forma, animado por la alegría de poder ejecutar los mandatos de Rama y fortalecido por sus bendiciones, he podido hasta ahora seguir adelante con ustedes. Hace tiempo, cuando aún poseía toda mi fuerza e inteligencia y me hallaba en la mejor época de mi vida adulta, el Señor encarnó como Vamana y mostró su forma de Trivikrama".

Al escuchar esto, los Vanaras rodearon a Angada, el príncipe heredero de su reino, y le rogaron: "¡Oh, príncipe!, indícanos la mejor forma de actuar. Decide quién de nosotros ha de intentar saltar por encima del océano". Entonces, Angada convoco a sesión a todos los Vanaras y anunció que deseaba conocer la capacidad de cada uno de ellos para ejecutar la empresa. Vikata se levantó y dijo: "Yo puedo saltar unos treinta yojanas, pero no más". Nila declaró: "Príncipe, yo podría, con un solo salto, cubrir cuarenta yojanas, pero siento que no podré aumentar esa distancia ni un centímetro más". El siguiente fue Durdara quien, levantándose, dijo que fácilmente lograría saltar una di stancia de cincuenta yojanas. Nala se aproximó y, con grandes aspavientos, dijo que podría saltar sesenta yojanas. Continuando con la competencia de alarde y confesión de habilidades, Angada declaró: "Escuchen. Yo puedo saltar ese océano una vez, pero dudo mucho que me queden fuerzas suficientes para dar el salto de retorno. No se trata sólo de llegar a la otra orilla; allá habrá que pelear contra los Rakshasas, si se presenta el caso. Ello me debilitaría aún más y no me quedarían fuerzas para volver. Me temo que mis fuerzas se agotarán antes de cumplir con esas tres empresas".

Al escuchar a Angada pronunciar tan deprimentes palabras, los principales y más ancianos Vanaras se levantaron y le rogaron al unísono: "¡Príncipe!, tú eres el heredero de nuestro reino; discutir si tú puedes o no hacerte cargo de esta misión es inútil. No sería correcto ni adecuado que tú cruzaras el océano para llegar a tierra de los Rakshasas; eso va contra los cánones de la realeza. Ésa es una tarea que debes asignar a algún súbdito. Teniendo millones de servidores deseosos de hacer lo que les ordenes, no es correcto que consideres la posibilidad de realizar ese trabajo tú mismo". Jambavanta sugirió que se le asignara a algún otro miembro de la comunidad la ejecución de esa tarea y, después de mirar a toda la congregación, Angada reparó en Hanumán y le dijo: "¡Oh hijo del dios del viento!, tú eres el ferviente servidor de Rama, tu devoción es en verdad profunda; fuiste el primero

de todos nosotros en ser bendito con el darshan de Rama. Gracias a tu inteligencia, discreción y fuerza moral, lograste que se entablara una amistad entre Rama y nuestro gobernante, Sugriva. Y ahora que estamos abrumados de dificultades para ejecutar la misión de Rama, guardas silencio. Me es difícil entender el significado de tu actitud". Angada prosiguió exaltando las cualidades de Hanumán: "No existe aventura que tú no puedas emprender con éxito. Eres fuerte y muy inteligente, estás dotado de todas las virtudes. ¡Valora tus habilidades, capacidades y excelencias y elévate!"

Las palabras de Angada hicieron surgir en Hanumán su antigua fuerza, y con un gesto repentino se incorporó y dijo: "¡Vanaras, esperen todos aquí mi regreso! Han caminado durante todos estos días entre cerros y valles, selvas y desiertos, y no han tenido tiempo para descansar. Coman las frutas y raíces que puedan hallar en esta zona y permanezcan aquí. En este instante voy a saltar el océano, entraré en Lanka, veré a Sita y regresaré. No tengo otra misión sino cumplir las órdenes de Rama. ¿De qué otra forma podemos lograr que nuestras vidas sean dignas si no es ganándonos su gracia?". Después de pronunciar esas palabras, levantó las manos a manera de saludo al enorme grupo de monos y se despidió de Angada, el príncipe heredero. Las hordas de monos, al unísono, exclamaron triunfantes: "¡Victoria a Rama! ¡Victoria a Rama!"

Hanumán llevó a su mente la gloriosa forma de Rama y, dando un salto hacia el cielo, desapareció sobre el mar. Incapaces de resistir la tremenda corriente de aire causada por su salto y veloz partida, los árboles del cerro fueron arrancados de raíz y arrastrados. El impacto de su salto fue tan fuerte, que el pico sobre el que había estado de pie se hundió hasta las profundidades. El mar, al verlo surcar el cielo, pensó para sí: "Hanumán es un servidor de Rama; está cumpliendo con la misión asignada por él. ¡Ah!, ¡qué afortunado!, dichoso él que posee la fuerza e inteligencia necesarias para obtener la victoria en esta misión de Rama. Hanumán es realmente su más grande devoto". El mar se embraveció por la alegría que sentía al ver a Hanumán cruzando por las alturas hacia el otro extremo.

El pico Mainaka, que estaba sumergido en el mar, emergió porque deseaba servir a quien servía al Señor y dijo: "¡Oh, hijo del dios de los vientos!, debe de resultarte agotador cubrir toda la distancia de un solo salto. Por favor, descansa un poco sobre mi cumbre y concédeme la inmensa fortuna de participar en el servicio al que estás consagrado". Hanumán escuchó el ruego de Mainaka, pero no se detuvo. Pisó ligeramente el pico sin detener su marcha y prosiguió su vuelo. Saludó con una inclinación de cabeza al hospitalario pico en señal de agradecimiento y le dijo: "Mainaka, voy a cumplir con una tarea encomendada por Rama; mientras no la lleve a cabo, no debo pensar ni en descanso, ni en comida, ni en bebida. No es correcto que me detenga en el camino".

Un poco más adelante, una serpiente demonio llamada Surasa y una ogresa de nombre Simhika le cerraron el paso, pero Hanumán las venció y (legó a las playas de Lanka. Allí, luciendo espléndidos bajo la luz del Sol, encontró muchos jardines y parques, así como centros de diversión que hicieron que Hanumán olvidara dónde se encontraba. Quedó asombrado ante la enorme variedad de aves multicolores que volaban en bandadas de aquí para allá entre los parques. Hanumán trepó a un bello montículo que había cerca y pensó: "Este éxito no se lo debo a mi habilidad o fuerza, sino enteramente a la gracia y bendiciones de Rama". Al ver las magníficas casas, únicas por su grandeza, las largas y amplias calles, los bellos jardines y demás bellezas de la ciudad, Hanumán, desconcertado, no sabía si aquello era realidad o fantasía, pues el lugar parecía ser una réplica del mismo cielo. Dondequiera que miraba, podía ver soldados Rakshasas de gallardo porte, patrullando las calles. Las mujeres Rakshasas, con fama de poseer poderes para adoptar la forma deseada, fueron sorprendidas por Hanumán entregadas a juegos libertinos. Deva, Naga, Gandarva y algunas jóvenes capturadas por Ravana languidecían de desconsuelo en los palacios, esperando que llegara el día de su liberación. Hanumán creyó que no era conveniente mostrarse en su verdadera forma ante esa multitud que atestaba las calles, por lo cual adoptó una forma sutil e imperceptible y entró en la ciudad.

A la entrada de Lanka se hallaba una diablesa llamada Lankini, apostada en ese sitio para evitar el acceso de todo extranjero a la ciudad, cualesquiera fueran sus intenciones. Al ver la extraña figura de Hanumán con intenciones de entrar, Lankini lo enfrentó amenazadora: "¿Quién anda ahí? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? Nunca hemos visto criatura semejante en esta región. No puedes haber llegado de más allá de las fronteras de Lanka, pues se halla rodeada por el mar. ¡Ah!, ¿por casualidad has llegado cruzando el mar? ¿Acaso piensas que podrás entrar en la ciudad sin enfrentarte a mí? ¡Detente! ¡No avances más!". Hanumán ignoró las amenazas y siguió avanzando arrastrando su cola, como si no hubiera escuchado sus advertencias. Lankini se enfureció aún más y rugió: "¡Oh, tonto infeliz!, ¿acaso no me escuchas?". Hanumán hizo caso omiso de aquellas protestas y caminó hacia la entrada, esbozando una sonrisa. Lankini exclamó: "¡Bestia horrible! Todo aquél que desacata mis órdenes es devorado. Te advierto que con mis dientes te puedo hacer pedazos en unos segundos", y se lanzó para atrapar al pequeño mono en que Hanumán se había convertido para entrar en la ciudad de Lanka. Cuando Lankini lo alcanzó y quedó frente a Hanumán, éste apretó su pequeño puño y le asestó un terrible golpe. La diablesa rodó inconsciente por el suelo; la sangre fluía a borbotones de su boca, pero en poco tiempo se recuperó y se lanzó con rabia loca para detener a Hanumán. Sin embargo, cuando éste !e asestó un segundo golpe, no resistió más aquel impacto, cayó y no volvió a levantarse, aunque, haciendo un supremo esfuerzo, logró incorporarse

y, uniendo !as palmas de las manos, suplicó: "¡Oh, persona de figura maravillosa!, hace mucho tiempo, cuando Brahma, el primero de la Trinidad, se alejó de Ravana después de concederle muchos favores, se le presentó inesperadamente un día y le dijo: `El día en que el guardián principal de tu ciudad sea vencido por un mono, tu caída será inminente y tus poderes te abandonarán. Ese incidente te avisará que tu muerte está próxima. Ese mono entrará en Lanka por órdenes de Dios para cumplir con su misión. Su llegada anunciará !a destrucción de los Rakshasas; recuérdalo'. Tú eres ese mensajero. ¡Qué afortunada soy, pues mi cuerpo ha sido santificado por el impacto de tu puño sagrado! ¡Ah, qué suave y conmovedor es el golpe que me diste!", y al decir esto, acarició la parte de su cuerpo que había recibido el golpe de Hanumán.

Sin prestar atención a sus palabras y sin sentir emoción alguna por las alabanzas ni preocuparse de culpa alguna, Hanumán entró en Lanka repitiendo a cada paso "Rama, Rama, Rama". Pero un pensamiento lo atormentaba: ¿quién le daría una pista del lugar donde se encontraba Sita? ¿Cómo podría identificarla cuando la viera? Adoptó su forma sutil para no ser descubierto y avanzó saltando de árbol en árbol. Recorrió los bazares y cruzó muy cerca de grupos de Rakshasas, sin que nadie se percatara de su presencia. De repente, sus ojos se detuvieron en un edificio que parecía ser un templo en honor de Harí (otro nombre de Vishnú). El templo estaba rodeado por un jardín con plantas de tulsi; en !a parte superior de la puerta principal, esculpido en hermosas letras, estaba inscrito el nombre de Hari. La casa era, con seguridad, un templo dedicado a Dios, a Vishnú. Hanumán quedó sorprendido. ¿Qué hacía el nombre de Hari en lo alto de esa puerta? "Seguramente éste es un lugar sagrado", pensó.

Aquello despertó su curiosidad, saltó al techo de esa construcción y atisbó a través de la ventana para descubrir qué era exactamente lo que había ahí. En ese preciso momento, una persona se desperezaba antes de levantarse de !a cama, al tiempo que pronunciaba el nombre de Hari. Al escuchar ese nombre, Hanumán se sintió fascinado y también lleno de valor y confianza, al saber que aun en Lanka había personas que pronunciaban el nombre de Hari. Así pues, se animó para seguir buscando a Sita con mayor denuedo y menos temor. "El hombre que habita en esta casa parece ser un buen devoto. Posiblemente é! me pueda decir dónde se encuentra Sita, Quizá logre su amistad, puesto que somos leales a la misma forma de Dios". Con esa idea, Hanumán se transformó en un sacerdote de la casta de los brahmanes y entró en la casa.

Aunque por un momento sintió recelo hacia aquel extraño, Vibhishana el dueño de la casa pensó que, no importando quién fuera, él debía sentirse honrado por su visita, pues el extraño era un brahmán. De modo que, aproximándose a Hanumán, se hincó frente a él y le dijo: "Maestro, ¿de qué país vienes? ¿Cuál es tu origen? ¿Cómo pudiste evitar que te vieran y molestaran los Rakshasas que rondan por las

calles?". Vibhishana narró después a su huésped los horrores que los Rakshasas perpetraban y elogió la audacia y valor de Hanumán. Éste le respondió: "Yo soy un servidor de Hari, mi nombre es Hanumán y he venido porque Rama me lo ha ordenado", y empezó a hablar largamente de las virtudes y excelencias de Rama. Hanumán vio que, mientras describía a Rama, las lágrimas corrían por las mejillas de Vibhishana. "¡Oh, qué día tan feliz! pensaba Vibhishana . ¡Qué grande es mi fortuna al haber escuchado hoy, recién levantado de la cama, estas gloriosas palabras que otorgan paz y alegría!"

Hanumán interpretó aquellas lágrimas como una muestra de la gracia de Rama. Se sintió maravillado al ver que en Lanka, tierra del temor, vivía una persona como ésa, plena del espíritu de Hari, y preguntó: "Señor, ¿cómo puedes vivir sin temor en este vil ambiente?" Vibhishana le contestó: "Se debe a la gracia de Dios, pues por largo que sea el tiempo que él decida que vivamos, nosotros debemos vivirlo; no existe manera de evitarlo. Él es el dueño del mundo y por eso su ley no puede ser anulada ni modificada por nadie. ¿Acaso no se mueve la lengua incesantemente rodeada de afilados dientes? ¿Y quién la ayuda a evitar ser mordida? De igual manera yo vivo en este lugar. Pero ya basta de hablar de mí; dime, amigo, ¿cuál es la tarea que has venido a cumplir aquí?"

Hanumán se percató de que ese hombre era bueno y que entablar amistad con hombres como él sin duda le sería benéfico. Antes de contestar las preguntas de Vibhishana, repitió muchas veces con alegre gratitud: "Rama, Rama, Rama" y rezó solicitando permiso para revelar su misión al devoto y puro de mente Vibhishana. Creyó que no sería correcto ocultarle nada. Antes de responder le preguntó: "Señor, ¿cuál es tu nombre? ¿Qué haces en esta ciudad de Lanka?". Conmovido por la humildad y buenos modales de Hanumán, Vibhishana contestó: "Señor, soy una persona desafortunada. Soy hermano de Rayana y mi nombre es Vibhishana. Me encuentro en una situación lamentable, pues no se me permite recitar el nombre de Hari, como mi corazón lo anhela". Al escucharlo, Hanumán sintió que ya tenía la respuesta, dio un gran salto de alegría y dijo: "Soy un mensajero de Rama. He venido en busca de Sita". En ese instante, Vibhishana se postró a los pies de Hanumán, preguntándole: "Señor, ¿dónde está mi Rama? He anhelado durante mucho tiempo poder verlo, sin embargo, carezco de las virtudes para merecer esa bendición. Mi tribu es la demoníaca casta de los Rakshasas. ¿Acaso yo podría tener una oportunidad de obtener su darshan? Yo no he practicado ninguna disciplina espiritual; aquí no tengo libertad para llevar a cabo ninguna práctica de austeridad ni rito alguno. No me he ganado ningún derecho que pueda otorgarme tan buena fortuna. ¿Acaso seré bendecido por Rama?"

Al oír aquellos lamentos, el corazón de Hanumán se conmovió y consoló a Vibhishana con estas palabras: "Vibhishana, Rama sólo atiende al corazón; él no toma en cuenta los lazos familiares, las

inclinaciones religiosas ni los logros de la disciplina espiritual. Lo que más le complace es la pureza de los sentimientos. Él te bendecirá gracias a lo elevado de tus ideales y ala pureza de tus acciones; te otorgará el darshan que tanto anhelas, no te preocupes. En verdad, puedes ver en mí el mejor ejemplo de lo que te digo, acerca de su gran compasión y gracia. Yo soy un mono; la veleidad es el sello característico de mi tribu; la palabra mono ha llegado a ser el calificativo para una mente juguetona, traviesa y trivial. Yo no tengo conocimiento alguno de los libros sagrados. Respecto al ascetismo, no tengo idea de lo que significa. Nunca he repetido, de acuerdo con los preceptos, el nombre de Dios, ni he participado en peregrinaciones a los ríos sagrados. Entonces, ¿cómo explicas que Rama me haya otorgado su bendición? Es muy sencillo: para él lo más importante es el amor y los sentimientos que alientan a la gente. Así, él sólo verá en ti la pureza de tus sentimientos. Ten confianza, no dudes".

Reconfortado por esas palabras, Vibhishana informó detalladamente a Hanumán la manera en que Sita había sido llevada a Lanka. Hanumán rehusó tomar alimento y bebida, ya que había resuelto ayunar hasta ver a Sita y comunicarle el mensaje de Rama. Estaba ansioso de reiniciar la búsqueda sin mayor dilación, pero Vibhishana le aconsejó proceder con cautela y lentitud, así como obtener información acerca de la fuerza y los puntos débiles del imperio de Rayana, antes de partir, y él mismo le dio informes detallados al respecto. Después, permitió que Hanumán saliera a cumplir aquella misión. Fue tanta la felicidad que embargó a Hanumán al saber que Sita se encontraba en Lanka, que olvidó por completo preguntar en qué lugar específico se hallaba. Entró en muchas casas para averiguar si ella se encontraba allí; vio gran cantidad de mujeres, de bruces en sus camas, ebrias y agotadas por los bailes, denigradas por las banalidades del lujo.

Teniendo siempre en mente las características y excelencias de Sita que Rama le había descrito, observó con cuidado a cada una de las mujeres que vivían en esas casas; pero no pudo encontrar a Sita. Próximo a desesperarse, subió a grandes saltos hasta la cima de un cerro, para meditar profunda y largamente sobre la situación. "¿Cómo podría yo regresar ante la presencia de Rama sin haber cumplido la misión de encontrar a Sita y darle consuelo? ¡Antes preferiría ahogarme en ese mar que está allá abajo! ¡Ay de mí! Mi vida ha sido vana e inútil, vergüenza tengo de ella", se dijo a sí mismo.

En ese instante, vio un hermoso jardín, bien cuidado y de fresco verdor, que brillaba a la distancia. Al bajar de la cima del cerro se dio cuenta de que no habría podido descubrir ese jardín desde abajo, puesto que éste se encontraba en un valle cercado por altas mansiones. No sabiendo qué hacer, corrió hacia la casa de Vibhishana, a quien encontró concentrado en recitar el nombre de Rama. Al ver a Hanumán, Víbhishana se incorporó y, acercándose a él en forma amistosa le preguntó: "Hanumán, ¿has visto a Sita?". Hanumán le expresó su

frustración, pero Vibhishana le dio más informes: "Existe en esta ciudad un jardín llamado Bosque de palmeras. Allí, rodeada por terribles y poderosos Rakshasas, tienen oculta a Sita; mi esposa y mi hija también están allí a su servicio". Vibhishana le explicó cuál era el camino para llegar al jardín y al lugar exacto. Hanumán no podía perder un momento más, corrió hacia aquel jardín y llegó a él en un abrir y cerrar de ojos. Los que lo vieron aproximarse empezaron a gritarle y a molestarlo, pues su figura les era extraña y desconocida, por lo que Hanumán, dándose cuenta de que su aspecto lo hacía llamativo, transformó su figura en la de un ser diminuto. Y así, saltando de rama en rama y ocultándose tras las hojas, (legó al Bosque de palmeras.

Al llegar ahí, vio, sentada bajo un árbol, a una mujer de apariencia débil y cansada, por falta de alimento y sueño. Los feroces Rakshasas que montaban guardia alrededor de ella la amenazaban, con el fin de doblegar su voluntad. En ese momento, el sonido de tambores y trompetas anunció que una gran cabalgata se acercaba. Detrás de ésta, Hanumán pudo distinguir a un personaje real, cubierto de joyas y vestido regiamente. Cientos de doncellas lo seguían, cargando vasijas llenas de joyas, dulces regalos y fragantes y suaves telas de seda. Escondido tras el follaje, Hanumán observaba la escena desde lo alto de un árbol cercano. Era evidente que se trataba de Rayana, pues éste, de rodillas ante Sita, le rogaba que le concediera su amor. Después, amenazándola con aplicarle crueles castigos, trató de sacar de sus labios una promesa. Hanumán le escuchó ordenar a los que lo rodeaban que le causaran dolor y la insultaran. Aquella frágil y débil mujer no dirigió una sola mirada a Rayana, a pesar de los insultos y el maltrato; únicamente dijo: "¡Necio! ¡Hombre vil y depravado! Sólo Rama tiene derechos sobre mí. Nadie más que él los tiene. Las llamas del dolor que me causa estar separada de él harán que este cuerpo quede reducido a cenizas. Nada desv;ará mi resolución. ¡Cree en mis palabras y ten cuidado!". Al escuchar esas firmes palabras, Hanumán se percató de que aquella mujer no podía ser sino Sita, y entonces su mente se tranquilizó y encontró la paz. Por su parte, Rayana, al sentirse herido y furioso por el rechazo, empezó a lanzar improperios, dándole un mes de plazo a Sita para pensarlo y acceder a sus deseos. Después, Rayana salió del jardín y los jinetes y las jóvenes que llevaban los presentes también partieron tras él. Cuando aquel contingente se marchó, Sita miró al cielo y suspirando exclamó: "¡Rama! ¿Acaso la compasión aún no ha tocado tu corazón? ¿Por qué me has condenado a esta tortura? ¿Cuándo seré libre?", y rompió en llanto.

Una Rakshasa llamada Trijata era una de las mujeres que custodiaban a Sita. Esta joven, ferviente devota de los pies de loto de Rama y poseedora de sabiduría mundana como de experiencia espiritual, dijo a sus compañeras que vigilaban a Sita: "Compañeras, anoche tuve un sueño que debo relatarles; pero antes, sirvamos y honremos a Sita para ganarnos su gracia. Escuchen lo que me fue

revelado en el sueño: vi que un mono penetraba en Lanka, mataba a los Rakshasas y prendía fuego a toda la ciudad. Ravana estaba desnudo y montaba, ¡de entre todos los animales!, un asno, sobre el cual se dirigía hacia el sur. Su cabeza, lo vi claramente, estaba rasurada y sus brazos separados del cuerpo. Vibhishana había sido coronado emperador de Lanka y en todo lo largo y ancho del país resonaba el nombre de Rama, quien había enviado a buscar a Sita. Hermanas del clan Rakshasa, escuchen con atención: yo nunca tengo sueños; jamás había tenido alguno. Así es que si ahora he tenido éste, es porque se hará realidad; sucederá exactamente lo que se reveló en mi sueño. Además, su realización no tardará. Los acontecimientos ocurrirán tal y como se presentaron en mi sueño, dentro de cuatro o cinco días". Las mujeres Rakshasas quedaron atónitas al escuchar la revelación de Trijata e inmediatamente se postraron a los pies de Sita; después continuaron en silencio con sus tareas de rutina.

Cuando observó la actitud de Trijata, Sita le dijo: "Trijata, el propio Rama debe de haberte enviado aquí para que formaras parte del grupo que me rodea. En realidad, creo que gracias a que existen en Lanka mujeres como tú, personas desafortunadas como yo pueden conservar su castidad y virtud. Pues de otro modo, ¿cuál sería el destino de las mujeres como yo? Tú escuchaste lo que Ravana me acaba de decir. Me ha dado un mes de plazo, y si Rama no viene en el término de ese mes, yo, o mejor dicho este cuerpo, será descuartizado y los pedazos serán alimento de buitres y cuervos. Como soy la consorte de Rama, no puedo tolerar que este cuerpo corra tal suerte. Piensa en algún plan para deshacerme de este cuerpo, antes de que eso le suceda". Hanumán, al escuchar aquellas palabras de Sita, desde la rama de un árbol, se sintió sobrecogido por la pena, viéndola en aquel grado de desesperación. Por su parte, Trijata se postró a los pies de Sita y le dijo: "Madre, no pierdas la esperanza, Rama no es un ser común; su poder y su majestuosidad no tienen igual. Lo que tú dices nunca sucederá. Sin duda alguna él te salvará, muy pronto llegará y te llevará de la mano. No pierdas el valor". Trijata consoló a Sita con palabras dulces y después se marchó a su casa.

Aprovechando esa oportunidad, Hanumán saltó de la rama en la que estaba a otra más baja y arrojó, justo frente a Sita, el anillo que Rama le había dado. La joya, al caer, brilló como el más puro de los rayos, mientras Hanumán repetía: "Rama, Rama", extasiado de felicidad. Cuando sus ojos se posaron en el anillo, Sita quedó atónita y se dijo: "¿Acaso es esto real o estoy soñando? ¿Cómo puede ser cierto? ¿Cómo es posible que este anillo de oro, que va siempre puesto en el áureo dedo de mi señor, se encuentre aquí, en Lanka? ¿Será obra de la magia de los Rakshasas o una simple alucinación?... No, no debo vacilar; al saber que pertenece a mi señor, debo recogerlo y guardarlo en mi mano. Sería pecado no hacerlo". Y al decir esto, Sita lo recogió y cubrió sus ojos con él, en señal de reverencia. Lágrimas de

agradecimiento corrieron por sus mejillas y mirando al cielo, dijo: "¡Rama! ¿Acaso me estás concediendo tu darshan y la alegría de tu presencia por medio de este anillo?"

En ese momento, sobre la rama de un árbol, vio a un pequeño mono que recitaba con profunda devoción el nombre de Rama. Al instante recordó el sueño que Trijata había narrado. "¡Ah!, parece que pronto llegarán días muy dichosos. Durante diez largos meses no he escuchado el nombre de Rama, aquí en Lanka. Hoy es el primer día que veo a un ser viviente recitando ese santo nombre, y también hoy recibí el bienamado anillo de mi Señor". No pudo contener su felicidad. Después de mucho tiempo de no hablar con ningún extraño, Sita miró al mono y le dijo: "Dime, mono, ¿quién eres? ¿Por qué tenías este anillo?". Ella no podía sentir plena confianza en el mono, pues durante meses había sido engañada por medio de falsas personificaciones, así que lo interrogó repetidamente para conocer su identidad. Una y otra vez le preguntó sobre el bienestar de Rama y, al imaginar que vagaba solitario en el bosque, lágrimas de pesar nublaron sus ojos; la alegría y a la vez la tristeza la embargaron. Hanumán, advirtiendo su preocupación, sintió que debía darle a conocer el lazo de amor y lealtad que lo unía a Rama y le habló de la dinastía de Rama y de sus proezas, y le relató su propia historia hasta el día en que conoció a Rama. A1 escuchar aquel relato, Sita se sintió tan feliz como si Rama estuviera frente a ella. Recordando los días en que habían estado juntos en Ayodhya y en los parajes de la selva, Sita se conmovió tanto que se olvidó de sí misma y de la condición en que se hallaba. Pero pronto dejó de soñar y recordó dónde se encontraba. Entonces le dijo: "¡Oh, mono, qué contenta estoy de que me hayas hablado de todo esto! Pero ahora dime: ¿cómo lograste penetrar en esta ciudad tan celosamente resguardada, si eres sólo un pequeño y débil simio? ¿Cómo pudiste escapar del peligro de ser capturado por los Rakshasas y lograste hallar este lugar para llegar hasta mí?". Hanumán le contestó: "Madre, ¿me preguntas qué habilidad y fuerza tengo? Yo soy un siervo y esclavo de Rama. Gracias a él puedo realizar todo lo que él desea o quiere. Sin él, no podría sobrevivir un solo momento, soy su títere y actúo de acuerdo con lo que me ordenan las cuerdas que él mueve; no tengo voluntad propia". Luego, Hanumán habló largamente de la gloria de Rama, manifestando su devoción y dedicación. En realidad, emocionaba escuchar sus palabras.

Rama le había confesado a Hanumán ciertos sucesos que les habían acontecido a él y a Sita y que nadie más conocía, para que se los transmitiera a ella. Le había dicho: "Es posible que Sita no crea en tus palabras y quizá dude de tu sinceridad; en ese caso deberás recordarle estos hechos que sólo ella y yo conocemos". Así pues, Hanumán comenzó a narrarle esos particulares incidentes. "Madre Sita, Rama me ha pedido que te narre lo que sucedió cuando el malvado cuervo trató de causarte daño y él intervino en tu auxilio para matar a ese demonio". Al oír aquello, Sita estalló en llanto y con tristeza dijo: "Hanumán, ¿por

qué Rama, que siempre ha sido tan bondadoso conmigo, se demora en liberarme de esta tortura? Rama es un océano de misericordia, es cierto, pero ¿por qué su corazón se ha endurecido tanto? ¿Acaso no ve mi triste suerte? ¡No, no! Yo estoy equivocada. Rama es la encarnación de la compasión y seguramente él debe desempeñar este pape! de aparente dureza; eso es todo. Hanumán, tú no eres un ser común, pues Rama nunca ha tenido tan íntima confianza en seres comunes ni enviaría su anillo con personas cuya lealtad no haya sido probada. ¡Qué afortunado eres al ser su mensajero! Déjame ver una vez tu estatura y forma verdaderas".

Entonces Hanumán bajó del árbol y se colocó frente a Sita con las manos juntas en señal de adoración. Cuando Sita lo vio ir creciendo en un ser de tamaño aterrador, sospechó que se trataba de algún truco demoníaco; cerró los ojos y volvió el rostro hacia otro lado. Hanumán, a! darse cuenta de aquel temor y de la sospecha que existía en el fondo del mismo, dijo: "¡Madre! No soy Ravana ni alguno de sus demonios Rakshasas, soy el fiel servidor de Rama, el de cuerpo puro y sagrado y de inigualable esplendor. Él es el aliento de mi existencia; créeme, estoy diciendo la verdad. Presintiendo que quizá no creyeras que yo soy su auténtico mensajero, Rama se quitó el anillo de oro y me lo entregó para que te lo diera. Conmigo vienen Sugriva, Jambavan, Angada y miles de monos de extraordinario heroísmo, pero sólo yo fui capaz de saltar el océano, por la gracia de Rama. Todos los demás están en la otra orilla. Escuchamos por boca de Jatayu y Sabari que tú habías sido raptada y conducida a este sitio por el villano rey de los Rakshasas, y cuando hace tres días, Sampati nos lo confirmó, nos sentimos tan felices como si te estuviésemos viendo frente a nosotros. Rama y Lakshmana esperan mi regreso para darles las buenas nuevas. Si me lo permites, regresaré de inmediato y les diré que te encuentras bien de salud".

Sita le rogó: "Hanumán, no sé si volverás a este lugar en alguna otra ocasión. Te ruego que permanezcas aquí un día más para que me hables más de Rama y Lakshmana". Pero al ver que las demoníacas mujeres se agrupaban para llevar a cabo sus tareas diarias, Hanumán volvió a adoptar su pequeña forma y trepó de un salto a una rama del árbol.

Sita permaneció sentada en aquel sitio, meditando acerca de lo que Hanumán fe había relatado. Sentía un gran deleite al rememorar todo aquello y dirigió su mirada llena de bendiciones a Hanumán, el cual se encontraba en una rama justo arriba de ella. Ese día, Sita no tuvo hambre ni sed, e hizo caso omiso de las frutas y bebidas refrescantes que sus guardianas le llevaron. Su lamentable condición hería e! bondadoso corazón de Hanumán, que la veía como la imagen misma de la desventura. Hanumán escuchó las crueles palabras que las guardianas le espetaban, y rechinó los dientes con rabia al no poder

castigarlas como hubiera deseado. Únicamente Sita podía ordenarle lo que debía hacer.

Después de unos momentos, (legaron hasta aquel árbol Sarama, la esposa de Vibhishana, y su hija Trijata, y se hincaron a los pies de la desconsolada Sita. Le preguntaron por su salud y Sita, al saber que ellas estaban de su parte, les hizo saber que el sueño de Trijata se había hecho realidad y que un mono había penetrado en Lanka, como el sueño lo había anunciado. Sarama y Trijata se llenaron de entusiasmo, se conmovieron al escuchar aquel relato y acosaron a Sita con muchas preguntas, para saber todos los detalles. Ella les señaló al mono que estaba encaramado en la rama y les mostró el anillo que éste le había llevado. Ambas presionaron el anillo sobre sus ojos, en señal de reverente adoración. Hanumán esperó una oportunidad para ver a Sita a solas y cuando la tuvo saltó al suelo y con voz baja le dijo: "Madre, no permitas que el ansia y la preocupación te invadan; sube a mi espalda y yo te llevaré en un abrir y cerrar de ojos hasta donde Rama y Lakshmana se encuentran esperando noticias tuyas". Hanumán le rogó muchas veces que aceptara aquel plan, pero Sita le contestó: "Hanumán, me hace muy feliz oírte hablar así, pues me encuentro sumida en la pena de la separación y lucho por no dejarme abatir. Tus dulces palabras me reconfortan como lo haría una barca en un mar tormentoso, pero ¿acaso ignoras que yo jamás debo tocar a persona alguna que no sea mi señor? Entonces, ¿cómo podría montar sobre tu espalda? Reflexiona en esto un momento". La aguda respuesta de Sita hirió el corazón de Hanumán al exponer su orgullo y mezquindad, quien se apenó al haberle sugerido aquella idea que había resultado vergonzosa.

Sin embargo, Hanumán se sobrepuso y le dijo: "Madre, ¿acaso no soy tu hijo? ¿Qué hay de malo en que el hijo lleve a su madre sobre la espalda? ¿Qué consecuencia negativa podría ocasionar esto?". Apoyó su idea con ruegos y razones, pero en respuesta, Sita declaró: "Hanumán, claro que para mí y para ti los sentimientos maternal y filial son genuinos, pero imagina lo que el mundo pensaría; también debemos tomar eso en consideración, ¿no es verdad? Nosotros debemos vivir de manera que seamos ejemplos ideales para los demás y no el blanco del ridículo o la condena al cometer actos irresponsables; nadie debe señalarnos con el dedo del desprecio. Y, sobre todo, nuestros actos deben dar satisfacción a nuestro ser. Cuando sé que no podré obtener esa satisfacción por mis acciones, nunca las llevo a cabo. Aun cuando mi vida está en peligro, no necesito ni deseo la ayuda de otros. Además, mi Rama tiene que destruir a este vil demonio que me tortura; él es quien debe asumir la responsabilidad, nadie más puede hacerlo. Él mismo ha de venir a Lanka para matar a Ravana y llevar a Sita de regreso, tomándola de la mano. Ésa es la señal del verdadero héroe que es él; ése es el signo del verdadero valor. Mira en cambio a Ravana; (legó disfrazado como un ladrón y me raptó, separándome de mi Señor.

Pero Rama es la personificación de la virtud, él observa las normas del comportamiento correcto y cumple su palabra. Si se difundiera la noticia de que Rama envió a un mono para que rescatara a Sita, sin el conocimiento de Ravana, ese hecho lo deshonraría. Salir de aquí en la forma en que tú propones sería una traición. No debemos recurrir a viles estratagemas. Es imperativo cuidar la pureza del nombre de Rama como si fuera nuestro propio aliento. Su reputación es la deidad que nuestros corazones adoran; nuestro deber es preservarla inmaculada en el pensamiento, en la palabra y en la acción. Por esta razón, tu propuesta no me satisface".

Hanumán admiró la intachable virtud de Sita y la firme adoración que sentía por su señor, así como lo elevado de sus ideales. Mentalmente elogió a Sita, a la vez que evocaba sus palabras para inspirarse en ellas. Después de un momento exclamó: "¡Madre, perdóname! Al ver que eres víctima de infames torturas y recordar la ansiedad que sufre Rama por esta separación, he alimentado esta idea de llevarte lo más pronto posible ante sus pies de loto. Perdóname si estaba equivocado". Se postró a los pies de Sita con gran remordimiento.

Después, Sita le inquirió acerca de la situación en que se encontraban Rama y Lakshmana en la selva. "Pero, ¿por qué preocuparse por los hombres? preguntó . Ellos pueden soportar cualquier pesar y afrontan la separación de sus mujeres con fortaleza. Las mujeres, en cambio, sufren más. El temor se apodera de ellas tan sólo al vivir separadas de sus esposos". Hanumán le dijo: "Madre, Rama y Lakshmana se encuentran bien, pero no los compares con varones comunes. No es justo, pues Rama vive cada momento pensando en ti y esa pena le hace olvidar incluso el hambre y la sed. No come ni bebe a menos que Lakshmana amorosamente lo presione a compartir con él alguna fruta o un poco de agua. No recuerdo ninguna ocasión en que Rama, por iniciativa propia, bebiera o comiera.

No debes siquiera pensar que ellos te han olvidado y no se preocupan por tu suerte. Lakshmana vive los días observando a Rama, cuidando de él corvó a la niña de sus ojos; él es el aliento de la respiración de Ramá. Lakshmana se encuentra agobiado por la pena de estar separado de ti y por ser testigo de la angustia de su hermano; se ha vuelto una roca, inconmovible a todo sentimiento que no sea el preocuparse por Rama. Él es la fuente inagotable de valor y sustento. Durante estos diez meses, no ha dormido ni probado alimento".

Al escuchar la forma en que Hanumán le describía aquella lamentable situación de los hermanos, Sita actuaba como si estuviera sorprendida por el amor que Rama sentía hacia ella, y una y otra vez repetía: "Sí. También tú describes únicamente la miseria de los hombres; ¿qué sabes tú?, ¿cómo puedes sopesar el dolor y las penas de las mujeres?". Actuaba como si no creyera en todo lo que Hanumán le contaba. Sin embargo, al observar a Hanumán, elogiaba su sabiduría y

sus poderes. Recordó la historia del encuentro entre Rama y Hanumán y la forma en que éstos habían quedado unidos por un lazo de amor y lealtad y sintió una gran dicha. Finalmente, tuvo firme fe en Hanumán y en su misión.

Hanumán continuaba rogándole: "Madre, ¿por qué seguir sufriendo esta separación? ¿Por qué vivir los días y los meses en agonía y dolor? Te lo ruego, sube a mi espalda y en un instante te llevaré ante la presencia de Rama". Sita notó que Hanumán se aferraba a aquella idea, a pesar de los argumentos morales, espirituales, legales y mundanos que ella le había expuesto, por lo cual decidió terminar la discusión sobre ese punto y le respondió con firmeza: "Hanumán, ¿eres o no alguien que obedece estrictamente las órdenes de Rama?". Hanumán repuso: "Sí, preferiría perder la vida antes que ir en contra de sus órdenes", y golpeó su pecho con los puños para dar mayor énfasis a su afirmación. "Bien, entonces piensa en esto: ¿Rama te ordenó buscarme y llevarle noticias del lugar en que me encontraba después de haberme visto o te pidió que me llevaras contigo?". Hanumán quedó desalentado ante esa pregunta. Ya no podía seguirle rogando y dijo: "¡Madre, perdóname! No había pensado en las graves consecuencias de mi proposición. Nuevamente te pido que me perdones". A partir de ese momento, Hanumán no volvió a insistir en ese punto.

24. LANKA EN LLAMAS

Hanumán sabía que no era correcto permanecer más tiempo en Lanka. Creyó pertinente comunicarle a Rama, lo antes posible, las buenas noticias acerca de Sita y solicitó permiso para emprender la marcha. Sita le dijo: "Vete, vete pronto y con cuidado. Dile a Rama que venga rápido y me lleve con él". Sita derramaba lágrimas de tristeza y esperanza. Hanumán se conmovió ante esa dolorosa escena y el pesar embargó su valeroso corazón. Consoló a Sita y le dijo: "Muy pronto, Madre, Rama sitiará a Lanka con sus hordas de monos. Destruirá al ejército de Rakshasas y te rescatará para llevarte de nuevo a Ayodhya".

Sin embargo, Sita estaba inconsolable, pues la perturbaban ciertas dudas: "Hanumán dijo ¿qué es lo que dices? ¿Acaso un ejército de moños puede luchar y destruir a estos Rakshasas que son mucho más fuertes y expertos en estratagemas y subterfugios? ¿Cómo podrían Rama y Lakshmana enfrentarse a estos demonios y derrotarlos? La

victoria sobre los demonios es un sueño imposible. Esto terminará sólo con mi muerte. Antes que causar la muerte de muchos de ustedes en el campo de batalla, gustosamente exhalaría mi último aliento y salvaría sus vidas". Sita se lamentaba de esta manera, cuando Hanumán la interrumpió diciendo: "¡Madre, no llores! Nosotros, las huestes de monos, somos los esclavos de Rama. Todos sabemos que él es nuestra fuerza y valor y aspiramos el nombre de Rama como el aire. No tenemos más fuente de vida que él. Por lo tanto, aun si cada uno de estos Rakshasas aumentara mil veces su perversidad, nosotros los monos los derrotaríamos fácilmente. Podemos conseguir la victoria sobre ellos, a pesar de sus ardides y maldad. Dudas de la magnitud de nuestra fuerza y habilidades porque aparecemos ante ti con nuestra apariencia común. Déjame mostrarte la forma que puedo adoptar en el campo de batalla". Hanumán elevó su estatura hasta el cielo y se colocó frente a Sita. ¡Era una montaña de oro brillante! Sita quedó estupefacta y exclamó: "¡Hanumán, basta, basta! Es suficiente, contente; si los ojos de los Rakshasas se posaran en ti quizá no podrías llegar pronto junto a Rama". Sita protestó y le rogó que recobrara su estatura normal. Hanumán abandonó entonces la temible apariencia que había adquirido y se transformó de inmediato en un pequeño y apacible mono; se postró a los pies de Sita y dio la vuelta para marcharse, pero el lamento de Sita y su angustiado rostro estaban tan profundamente grabados en su corazón que sus pies se negaban a moverse.

Cuando regresaba del sitio donde se encontraba Sita, Hanumán vio una huerta y, arrancando de las ramas sabrosos frutos, comió hasta saciarse. Después hizo a un lado los que aún estaban verdes y los que habían sobrado. Al verlo, un guardia Rakshasa trató de ahuyentarlo, pero Hanumán le asestó un golpe que lo derribó al suelo El guardia corrió hasta el jefe del pelotón; éste huyó aterrorizado para ver a su superior, quien a su vez acudió al jefe máximo, y de esta manera, las noticias acerca del mono que andaba provocando líos en el jardín llegaron hasta los oídos de Ravana. Éste interpretó aquel suceso como un terrible presagio y no pudo contener la ira ante el agravio y el insulto. Las llamas de su ira se elevaron hasta el cielo y ordenó a unos cientos de Rakshasas que buscaran y atraparan al osado animal. Como no tuvo éxito, envió miles de soldados fuertemente armados, al jardín donde Hanumán aguardaba el ataque. Tampoco ese formidable ejército pudo dañar al mono, ni siquiera persuadirlo para que se marchara. Hanumán quebró una varita seca del árbol en el que estaba sentado y con esa arma diminuta trazó círculos mientras pronunciaba "Ram, Ram". De ese modo, desvió todos los proyectiles lanzados en su contra. Al ver esto, los Rakshasas se preguntaron quién era aquel mono. ¿Acaso, un emisario de los dioses o un heraldo de la destrucción de Lanka? Los derrotados guerreros regresaron al campamento, llevando sobre sí premoniciones de desastres. No les quedaba valor para confesar la derrota ante su jefe Ravana. "Enviaste un enorme número

de Rakshasas adiestrados para esta misión especial, pero no pudimos cumplirla. Bastó un solo rugido del mono para que cientos de tus hombres murieran de miedo. La tierra tembló bajo nuestros pies. El rugido se repitió e hizo eco en cada casa de la ciudad. Al ver la difícil situación, nuestros jefes decidieron venir a ti para informarte que éste no es un enemigo común y que presagia alguna terrible calamidad". Eso fue lo que declararon ante Ravana, planteándole que aquella situación amenazaría al país entero si se le permitía al peligroso mono deambular por ahí.

Ante esto, Ravana envió a su hijo Akshayakumara, a la cabeza de miles de adiestrados guerreros Rakshasas, pero Hanumán acabó también con ese ejército en un segundo y Ravana tuvo que lamentar la muerte de su amado hijo. El país entero temblaba de miedo ante las noticias de la muerte del príncipe y la destrucción de su ejército. La gente murmuraba con temor que ése no era un mono común, que tal vez era un fenómeno divino y el terrible vengador que venía a castigar el pecado de haber traído a Sita a Lanka. Mucha gente rezaba a Sita desde el fondo de su corazón, para que librara a Lanka del mono, pues pensaban que su venganza había tomado la forma de esa extraña bestia. Ravana mandó llamar a Meghanada, le encomendó destruir al invasor y puso bajo su mando a un inmenso ejército de miles de Rakshasas. Meghanada subió a su carruaje y condujo con gran pompa al heroico ejército. A su paso, la tierra y el cielo se asombraban ante aquel poderío y feroz avance; su grito de guerra desgarraba los cielos. Todos los que presenciaron tal demostración quedaron maravillados.

Hanumán observó aquella marcha y escuchó las trompetas, con absoluta indiferencia. Permaneció inmóvil, sentado sobre una pequeña rama del frondoso árbol y disfrutó lo que le parecían grotescas bufonadas de los Rakshasas. Cuando estuvieron cerca de él, los soldados le dispararon una lluvia de flechas a Hanumán. Lanzando un ensordecedor rugido, Hanumán brincó al suelo y, arrancando de raíz un árbol gigantesco, lo hizo girar a su derredor para protegerse de la lluvia de flechas que trataban de alcanzarlo. (Éstas fueron impelidas por la ráfaga de aire que se formó, desviándolas hacia los Rakshasas y mataron a muchos de ellos, sobreviviendo muy pocos para continuar la batalla. Meghanada fue derribado por un golpe y rodó arrojando sangre. Ante esto, decidió recurrir a la sagrada flecha de Brahma que traía consigo. Sabía que Brahma, el primero de la Trinidad, le había dicho a,Ravana que hallaría la muerte a manos de un hombre y monos, por lo cual decidió evitar esa calamidad. El Brahmarastra fue extraído dei carcaj, con las fórmulas rituales prescritas. Hanumán profesaba gran reverencia a las armas santificadas con mantras y dedicadas a Brahma, y por ello no evitó el ataque. Se postró reverentemente ante ella, y entonces resultó fácil para Meghanada atarlo con la cuerda de serpiente.

Los jubilosos Rakshasas llevaron de inmediato a Rayana la feliz noticia. Miles y miles de ansiosos Rakshasas se volcaron a las calles para ver al mono que había sido atrapado. Hanumán no sentía miedo o ansiedad alguna; permaneció tranquilo, observando a la muchedumbre, con una divertida sonrisa. Por fin, lo condujeron al salón de audiencias de Rayana. Los cortesanos y ministros ahí reunidos estaban azorados frente a la insultante indiferencia con que Hanumán reaccionaba ante el despliegue de poder y lujo de que se hacía gala en aquel salón. Rayana rió a carcajadas al ver la ridícula figura de! mono, pero de inmediato lo sobrecogió el temor de una muerte inminente. Sin embargo, la ira predominó sobre aquel temor y le preguntó: "¡Oye tú, mono!, ¿quién eres realmente? ¿A quién pertenece el poder que has estado utilizando? ¿Por qué destruiste este huerto y este parque? Aun cuando estás atado no das muestra de vergüenza y miras a tu alrededor con la cabeza erguida. ¡Anda, respóndeme!"

Hanurnán lanzó una sonora carcajada a su interrogador. Al responderle, empleó un lenguaje y vocabulario que se encontraban más allá del entendimiento de la gente que lo rodeaba. Sin embargo; Rayana, experto en retórica y gramática, lo entendió perfectamente y el diálogo entre ellos pareció; a quienes escuchaban, una disputa entre dos gigantes intelectuales. Rayana realizó ante Hanumán diversos actos mágicos, para impresionarlo y mostrarle que era invencible. Hizo alarde de sus poderes y habilidades, pero Hanumán permaneció impasible y le dijo: "Rayana, conozco tus proezas y que luchas con mil brazos. También sé de tu famosa pelea contra Va¡¡, pero, ¿cuál es e! mal que he cometido? Estaba hambriento; arranqué algunos arboles; ésa es mi naturaleza. Estaba en mi elemento, mi hábitat natural, la copa de los árboles. Es obvio que todos tenemos e! deseo y la determinación de cuidar nuestra vida, de proteger nuestro cuerpo. Tus soldados son perversos, me hirieron, por lo cual tuve que herirlos. Al final murieron, pues no pudieron soportar las heridas; luché contra ellos para salvarme. La flecha de tu hijo me obligó a rendirme, pero no estoy tratando de engañarte. Mi único deseo es cumplir las órdenes de mi amo. Escúchame con atención: renuncia a toda idea de orgullo y reputación personal, reflexiona en la grandeza de tu estirpe y piensa en tu familia. Recuerda que eres el bisnieto de Brahma, el nieto de! gran Pulastya y el hijo de Visravas. Renuncia a esta ilusión de acumular porppa y poderío. Adora en tu corazón a aquél que aniquila el miedo en todos los que le profesan devoción, la joya suprema de la dinastía Ikshvaku, !a preciosa gema de la dinastía Raghu: ¡Rama! Ríndete a é!, refúgiate en él, ante quien incluso el tiempo tiembla de miedo. No es conveniente para ti que te enemistes con mi amo. Escúchame: lleva a Sita ante los pies de loto de Rama y medita acerca de la gracia que fluye de esos pies. Fortalecido por esa gracia, gobierna a Lanka por siempre jamás. Haz que, mientras el Sol y la Luna iluminen el cielo, la gloria de tu abuelo Pulastya alcance los confines del mundo. ¡Que el

inmaculado non obre de tu linaje no sea empañado por ti en lo más mínimo! Renuncia a tu orgullo e ilusión. ¡oh, emperador!, !os ríos que nacen en las montañas son caudalosos en época de lluvias y descienden con furia, pero en sólo unas semanas se secan y apenas llevan un hilo de agua. Tu poder y riqueza pronto desaparecerán. Adora a Rama como la fuente de tu poder y riqueza, y entonces éstos no disminuirán, porque él es el manantial inagotable de paz y prosperidad. Él siempre está colmado, no perderá nada y serás tú quien se beneficie de él. ¡Oh, Rayana!, te digo esto sinceramente, sin ocultarte nada. Nadie puede rescatar a la infeliz persona que se halle cegada por el odio hacia él. Acepta mi consejo".

Las palabras de Hanumán fueron suaves y respetuosas, llenas de sabiduría y moral. Pero Rayana no estaba preparado para obtener provecho de la advertencia y le dijo: "¡Necio! ¿Te atreves a aconsejarme sobre lo que debo hacer? ¡Vaya contigo! La muerte debe de estar muy próxima a ti, pues de otra forma no tendrías el valor de lanzar semejante discurso en mi presencia. ¡Basta de palabrería y cierra la boca!". Hanumán no obedeció, sino que le contestó: "Rayana, lo que has dicho dicta tu sentencia. ¡Lástima!, te has vuelto loco. Sabrás la verdad de mi advertencia con el correr del tiempo; en pocos días sabrás cerca de quién está la muerte, si de ti o de mí".

Al hablar Hanumán de esta manera, con franca osadía y sin cortapisas, Rayana enfureció de forma incontrolable. Se irguió, arrojando fuego y golpeándose los muslos en actitud desafiante. Rugió y ordenó a sus escuderos que mataran al impertinente mono. Todos se aproximaron hacia donde Hanumán estaba sentado, atado con sogas de serpientes. Justo en ese momento, Vibhishana, el hermano de Rayana, entró en el salón, seguido por su comitiva. Se postró ante su hermano mayor y exclamó: "¡Señor!, no es correcto matar a un emisario, pues el Rajadharma (Código de conducta de los reyes) no aprueba

este comportamiento; castígalo de cualquier otra forma, pero no dictes la sentencia de muerte". Los ministros de Rayana estuvieron de acuerdo y declararon que lo que Vibhishana sugería era la más noble verdad. Rayana se burló de aquellas absurdas ideas acerca del bien y el mal, pero accedió y dijo: "Bien, mutílenlo y échenlo fuera". Los ministros se reunieron para decidir la mutilación y comentaron que los monos se sienten orgullosos de sus cofas y procuran mantenerlas intactas, largas y fuertes, por lo que alguien sugirió que el mejor castigo sería enrollar pedazos de tela empapados de aceite en la cola para después prenderle fuego. Esa idea obtuvo la aceptación general y se felicitaron entre ellos por la brillante propuesta. "El mono sin cola correrá hacia su amo y lo traerá aquí para cobrar venganza. Entonces podremos ser testigos de su valentía y poder". Un torrente de murmullos invadía el salón.

Hanumán observaba sus movimientos y escuchaba aquellas confabulaciones, mientras reía para sus adentros. Cuando dieron por

terminado aquel acuerdo, Hanumán empezó a reír estruendosamente; los Rakshasas se enfurecieron ante ese desplante ofensivo, hicieron traer la tela y el aceite y comenzaron a vendar la cola con la tela empapada. Sin embargo, mientras más vendaban, ¡más y más crecía la cola! Kilómetros de tela y muchos tanques de aceite tuvieron que ser utilizados. La noticia sobre ese prodigio se esparció por toda la ciudad y multitud de hombres, mujeres y niños llegaron al salón real para presenciar el milagro. Mientras bandas de músicos encabezaban la procesión real, la muchedumbre comenzó a aplaudir. Hanumán fue conducido por las calles, con su enorme cola enrollada con telas empapadas de aceite. Por fin, llegaron a la plaza central de la ciudad de Lanka y ahí, frente a la multitud de expectantes ciudadanos, acercaron una antorcha encendida a la punta de la cola de Hanumán. Súbitamente, éste adoptó su forma sutil, y las cuerdas que lo aprisionaban quedaron flojas y cayeron. Al quedar libre, adoptó de nuevo su estatura normal y pudo brincar de un lado a otro. Saltó hasta el techo de una mansión dorada, gritó "Rama, Rama", e hizo que los Rakshasas se estremecieran de terror, pues un fuerte viento se levantó quién sabe de dónde y sopló a gran velocidad. Hanumán dio un salto mortal en el aire, frenético de alegría, y brincó de una mansión a otra con su cola ardiendo tras él. Y su cola crecía más y más. El incendio se propagaba y crecía a medida que pasaba de una calle a otra. Todas las casas de la ciudad de Lanka fueron alcanzadas por el fuego y quedaron reducidas a cenizas. Los Rakshasas huían desesperadamente con sus esposas e hijos, abandonando sus hogares en llamas, tratando tan sólo de salvar sus vidas. Para aumentar la confusión, las vacas, los caballos, mulas y elefantes escaparon de sus establos y huyeron en estampida, entre el pánico y el dolor. La ciudad entera quedó envuelta en un velo de lamentos, llantos, rugidos y gritos. "¡Oh, sálvennos!", "¡Oh, llévennos a un sitio seguro!"... Llamados de agonía como éstos salían de las gargantas de mujeres y niños y resonaban hasta el cielo.

La reina Mandodari, al escuchar aquellos lamentos, mandó llamar a los soldados que vigilaban el palacio y les ordenó dar asilo en él a las mujeres y niños. Confesó sus temores y expresó la pena que sufría: "¡Ay!, la necia obstinación de Ravana está causando el exterminio del clan de los Rakshasas; esto sólo acabará en un holocausto. Tanto yo como mi cuñado Vibhishana bastante se lo advertimos, le rogamos con las palmas juntas, pero él se negó a prestar atención. Nos lamentábamos de que esto terminaría con la destrucción de todos los Rakshasas, mas como reza el adagio: `Cuando el exterminio está cerca, el discernimiento huye lejos'. Malos tiempos acechan a Ravana y por eso se está comportando de tan nefasta forma". Dondequiera que miraba, feroces lenguas de fuego resplandecían frente a ella. También Hanumán aparecía frente a sus ojos, saltando por doquier entre las llamas. Desde cada casa se elevaban los gritos: "¡Hanumán, sálvanos!", "¡Protege esta casa!". Con las manos juntas

rogaban: "¡Ten piedad de nuestros hijos!". La esposa de Kumbhakarna, el hermano menor de Ravana, corrió hacia él, suplicando: "¡Oh, mensajero de Rama!, mi esposo está sumido en profundo sueño. No prendas fuego a nuestra casa. Salva a mi esposo de morir quemado".

Lanka sufrió la agonía de la destrucción total. El propio Havana supo del desastre muy pronto, y entonces ordenó que el mono fuese rodeado por soldados armados con morteros, pero aquéllos que avanzaban para atacar a Hanumán retrocedían despavoridos cuando la quemante cola los golpeaba inmisericorde; muriendo muchos de ellos en el intento. Las mujeres clamaban y rogaban a las nubes que dejaran caer lluvia e impidieran la propagación del fuego. Malyavanta oyó aquellos lamentos y dijo para sí: "No, éste no es un fuego que pueda apagar la lluvia, éste es el insoportable dolor de Sita". Otros decían: "Ésta es la llama de ta ira contra Ravana; es la temible forma que ha adoptado y reducirá esta ciudad a cenizas". Las inmensas llamas se alzaban sobre los techos; sin dar señales de extinguirse. Hanumán se hacía a la vez pequeño y por momentos gigantesco, pero el avance de la destrucción era el mismo, sin importar el tamaño que adoptara. El crepitar del fuego y el incesante ruido de las paredes que se derrumbaban podían oírse desde todos los rincones de la Tierra.

Sita escuchó las noticias; levantó la cabeza y miró largamente el humo y el centelleo que se distinguían alrededor del que los hombres, mujeres y niños de la isla se estremecieran de terror. Sin demorarse más, Hanumán alcanzó la orilla del mar, se concentró en el nombre y la figura de Rama y, al tiempo que meditaba en ese nombre y esa forma, saltó sobre el océano y llegó a la otra orilla en un instante. Era el día de Luna llena del mes de Kartik, y la fresca luz celeste era como un bálsamo para el corazón; el nombre de Rama le daba fuerza y alegría. Hanumán había ganado. Los grupos de monos que lo habían estado observando a la distancia se sentían indescriptiblemente felices al verlo regresar por el horizonte. Estaban jubilosos y sus rostros florecientes brillaban con renovado esplendor a medida que lo veían aproximarse. Todo era gozo al saber que habían cumplido la misión que Rama les había encomendado.

Por tres días completos habían esperado el regreso de Hanumán y sus corazones casi se marchitaron, por la desesperación. Ahora, se adornaban con hojas y flores y formaron una fila a lo largo de la orilla, empujándose unos a otros para abrazar a Hanumán en cuanto éste tocara tierra. Tan pronto como bajó, le preguntaron qué había ocurrido en Lanka; le pidieron que les dijera cómo se hallaba Sita y las condiciones en que había quedado Lanka. Hanumán les contó con gran entusiasmo cuanto quisieron saber y después todos partieron hacia donde se encontraba Rama.

Al poco tiempo, llegaron a Madhuvana y comieron hasta la saciedad los frutos que allí crecían, pues Sugriva les había prometido un banquete del jardín, tan pronto como descubrieran el paradero de

Sita. Los guardias apostados ahí trataron de evitar la entrada de las hordas, pero éstas se precipitaron en tropel, por lo que los guardias tuvieron que correr ante su señor para informarle que no podían evitar el saqueo. Cuando Sugriva los escuchó, exclamó: "¡Oh, han ganado, han cumplido con la tarea que Rama les asignó!". Se sentía extremadamente feliz y dijo a los guardias: "Ésta es una celebración, es un festival de ananda (bienaventuranza). Vayan, no se preocupen". Mientras tanto, un grupo de monos hizo su aparición y se postró a los pies de su rey y Señor. Sugriva sonrió y les dijo: "Me he enterado de que han conseguido el éxito en la expedición", a lo que le contestaron: "Señor, por tu gracia y buenos deseos tuvimos éxito en nuestra empresa. Un gran héroe fue quien obtuvo la victoria. Nos ha dado nueva vida. Si hoy estamos aquí, de pie frente a ti, sanos y salvos, se lo debemos sólo a él". Después, le detallaron cuál era la situación en Lanka y el dolor que Sita estaba sufriendo. Al escucharlos, Sugriva se incorporó de súbito y exclamó: "¡No debemos demorar un minuto más!", y salió apresuradamente hacia donde se encontraba Rama. Al percatarse de que los monos avanzaban hacia ellos trayendo buenas noticias de la misión, Rama y Lakshmana tomaron asiento sobre una gran roca y observaron al ansioso grupo. Los monos se acercaban excitados, dando brincos y saltos, hasta que llegaron y se postraron a los pies de Rama.

Al preguntarles Rama, antes que nada, acerca de su salud y bienestar, Jambavan, el más anciano de ellos, se levantó y dijo: "Aquéllos que han merecido tu compasión son benditos, y ello les confiere todas las virtudes. Tal renombre abarca los tres mundos". Después alabó de diversos modos a Hanumán, el cual se levantó para postrarse ante Rama, a quien describió con detalle la isla de Lanka; le habló del dolor de Sita, con lágrimas de alegría y compasión, y colocó en las manos de Rama la joya que había traído con extremo cuidado y precaución. Rama abrazó a Hanumán y le dijo: "¡Oh, hijo del dios del viento!, dime más acerca de Sita, de su tristeza y de sus sentimientos".

Hanumán dijo entonces: "¡Oh, Señor de mi vida! Resulta imposible describirlo. Sita está muy delgada, pues no come ni duerme; cuenta cada minuto que transcurre, implorando tu darshan. No tiene otro pensamiento más que el pronunciar tu nombre. Ella quiso que te informara de sus innumerables penas. Recuerda a Lakshmana con frecuencia y llora profusamente. He escuchado con mis propios oídos las palabras que, como punzantes dagas, Ravana le entierra cada mañana y cada tarde, cuando va a verla para hablarle. Nuestra Madre no presta oído a su palabrería en lo más mínimo, pues se halla permanentemente sumida en la agonía de la separación y con el pensamiento centrado en ti. ¡Ve y salva a Sita en este mismo instante!", gritó Hanumán, mientras caía a los pies de Rama. Al escuchar esas palabras, Lakshmana se irguió con sed de venganza y lloró por la

situación que vivía Sita. El imaginar la figura de Sita en Lanka le quemaba el alma. Al fin exclamó:

"¡Hermano, no te demores, salva a mi cuñada!". Rama, esbozando una sonrisa, contestó: "Lakshmana, no tengas prisa. Aguarda, pues cada paso tiene su momento; no te aflijas cuando te invada la pena, ni te exaltes cuando brote la alegría". Rama lo consoló con palabras suaves y tranquilizadoras.

Después, llamó a Hanumán y lo invitó a que se sentara a sus pies y le preguntó: "Hanumán, ¿de qué naturaleza es el reino que Ravana ha establecido en Lanka? ¿Qué hiciste para incendiarlo?". Hanumán contestó: "Señor, no existe nada que tú no sepas. ¿Qué puedo decir de la fuerza de los monos? Somos simplemente animales que brincamos de una rama a otra. ¿Cómo es posible que saltemos de una a otra orilla del mar y derrotemos a los Rakshasas? ¿Cómo hemos podido destruir la ciudad de Lanka con el fuego? Todo esto se debe a tu gracia y a tu gloria. La fuerza y el valor que tu nombre confiere nos ayudaron a lograr esos objetivos. Yo soy incapaz de hacer algo por mí mismo.

"El anillo que me diste me protegió y guió en todo momento. ¡Señor, qué feliz se puso nuestra madre al ver el anillo y poder apretarlo entre sus manos! `¿Acaso es esto un sueño o realmente me ha sido enviado por Rama?', así se preguntaba ella, y dudaba, hasta que al final su fe se hizo firme. Fueron su dolor y extrema angustia los que incendiaron a Lanka, no yo. Tú me escogiste corno instrumento y realizaste esas grandes proezas, usándome como tal. Todo esto es una bendición que me has otorgado, a causa del gran afecto que sientes por tus devotos. ¡Señor, nada es imposible para quien se ha ganado tu gracia!"

Al escuchar esas humildes y sinceras palabras, Rama quedó muy complacido; se volvió a Lakshmana y le dijo: "¡Hermano, prepárate para la incursión, de inmediato!". Al observar el temible ejército que se reunía y los preparativos que realizaban Jambavan y Sugriva, los mismos dioses quedaron pasmados y a la vez satisfechos. Los monos guerreros tocaron los pies de Rama y lanzaron un rugido triunfal; él los bendijo a todos con su mirada de compasión y gracia. Cada guerrero se convirtió en asna montaña alada y avanzaron con júbilo. Buenos presagios se suscitaron en cuanto emprendieron la marcha, y la misma Sita, en el jardín de Ashoka, sintió en ese momento que algo favorable ocurría. Ravana, en cambio, era acosado por presentimientos siniestros que le anunciaron sucesos de mal agüero. Jambavan y otros guerreros arrancaron árboles enormes y los blandieron como espadas, lanzando gritos de guerra tan feroces que la tierra tembló bajo sus pies y los cielos retumbaron. Una y otra vez exclamaban: "¡Victoria al Señor Ramachandra!". En Lanka, no había Rakshasa que no estuviera angustiado pensando en lo que el destino le deparaba. Estaban temerosos ante el inminente desastre, convencidos de que no

escaparían de esa calamidad. Sólo en murmullos comentaban el miedo que sentían, pues tenían pavor a Ravana.

En la ciudad de Lanka, por doquier se reunían grupos de Rakshasas y la conversación giraba en torno al enorme daño infligido por el mensajero de Rama, y a la vez se preguntaban: "Si el siervo es capaz de tal heroísmo, ¿cuál será la magnitud de la masacre que su amo provocará?". Se imaginaban a Rama capaz de realizar un devastador ataque. Las doncellas de Mandodari, la reina de Ravana, le comunicaron a su ama el temor que existía y a ésta la invadió la zozobra. Se dio cuenta de que aquel temor era resultado de lo que ya había acontecido, así que aguardó a que se presentara un momento propicio para hablar con Ravana a solas, y cuando tuvo la oportunidad le dijo: "Señor, no provoques una enemistad con el Omnisciente. Tú mismo has expresado que Rama no es una persona común. Tu ejército no pudo vengarse cuando tu hermana Surpanaka fue desfigurada; no pudieron herirlo u obligarlo a que se arrepintiera. Ahora, tiene de su lado a millones de formidables héroes Vanaras, ¿qué podrían lograr nuestros guerreros Rakshasas contra él? No pudieron siquiera atar y castigar al mensajero que invadió el reino. Tal es la magnitud de la desgracia que nos aqueja. Si un solo siervo fue capaz de causar tanto horror y desolación, ¿cuán peores serán las calamidades que millones como él provocarán? Por ello te ruego que escuches mi petición, envía a Sita con Rama, custodiada por tu hermano Vibhishana o tus ministros. Sita tampoco es una mujer común, es un ejemplo de castidad y la encarnación misma de la energía espiritual derivada de la naturaleza pura. Causarle dolor a tal persona no puede traerte ningún bien. Accede a mis súplicas y haz que Sita regrese con Rama; cuando lo hayas hecho, todo marchará bien para ti y nuestra raza Rakshasa; de lo contrario, así como una serpiente devora ranas, así las flechas de Rama se tragarán a las hordas Rakshasas. Olvida tu necedad y orgullo y ofrece a Sita a los pies de Rama". Mandodari se postró a los pies de Ravana, después de aquellos ruegos.

Ravana, bruto y engreído, miró a Mandodari, respondió con una risotada y le dijo: "¡Vaya contigo! Las mujeres tiernas se atemorizan pronto, ésa es su naturaleza; sus palabras brotan del miedo y transforman la suerte en desgracia. Cuando los monos lleguen hasta nuestras puertas, los Rakshasas los engullirán. Los dioses tiemblan aterrorizados cuando escuchan pronunciar mi nombre. ¿Por qué te atemorizan esas bestias de los árboles? ¡Qué vergüenza me produce tu miedo! Vete de aqui'. Y diciendo esto, se alejó orgulloso hacia el salón, semejando la audacia personificada. En cuanto él desapareció, Mandodari se lamentó para sí: "¡Ay!, el destino está tramando una gran tragedia. ¿Cuál será mi suerte? Resulta terrible incluso tratar de adivinarla". Abrumada por el dolor y sin saber qué hacer, se recogió en sus habitaciones y se dispuso a dormir, agitada por un sinfín de pensamientos.

En el salón de audiencias, Ravana reunió a sus ministros y los exhortó a que expresaran su parecer sobre la situación. "Están conscientes del daño que causó ese mensajero de Rama. ¿Qué preparativos se requieren? ¿Cuáles son sus sugerencias para el futuro? Díganmelas francamente, sin temor alguno". Los ministros se miraban unos a otros burlonamente y reprimiendo la risa, pero ninguno se atrevió a hablar. De pronto, Kumbhakarna, que había estado sumido en el sueño durante meses, y por lo tanto no se había dado cuenta de la conflagración que había provocado Hanumán, despertó de su sueño, entró presuroso en el salón y le gritó a su hermano mayor: "Tú alardeabas de que no existía en los tres mundos héroe que te pudiera igualar, desafiaste a los mundos y retaste a cualquiera a que te hiciera frente, y ahora escucho que un pequeño mono invadió la ciudad y la dejó convertida en cenizas. ¡Qué vergüenza! ¡Qué deshonra! ¿Cómo permitiste que escapara con vida?". Después de proferir esos reproches, abandonó el salón y se dirigió a su casa. En ese momento, el ministro Atikaya se levantó de su asiento y se dirigió al emperador, diciendo: "Señor, obedeceremos tus órdenes. Bastará que tus ojos lancen una mirada de gracia sobre nosotros para que destruyamos a todos esos hombres y monos y los borremos de la faz de la tierra. ¿Para qué decir más?". El ministro tomó asiento lanzando un gruñido de satisfacción. Entonces, Meghanada, el general dotado con el poder de adoptar la forma que gustase, se incorporó y tomó la palabra: "Supremo señor dijo tu poder y majestad resuenan por todo el orbe; los dioses son tus vasallos. ¿Por qué entonces hablar del destino de los hombres en tu presencia? ¿Quién puede ser más fuerte que estos dioses?". Sus palabras estaban cargadas de orgullo. Después, los ateos hijos de Kumbhakarna, los egoístas hermanos Kumbha y Nikumbha, hablaron de forma similar, y Akampana y otros guerreros añadieron su estrofa al mismo canto. Continuamente el incontenible Mahodara se levantaba y golpeaba sus muslos, como si estuviera impaciente por entrar en la contienda. Por supuesto, todos estaban muy atemorizados, aun cuando no lo expresaran sus discursos o lo reflejaran sus rostros. Todo esto dio por resultado que Ravana se sintiera feliz, y el propósito de sus ministros al tratar de alentarlo tuvo éxito. Al final, un Rakshasa se puso de pie e intentó atraer sobre sí la atención, diciendo: "Emperador, me disfrazaré de brahmán para acercarme a Rama y a Lakshmana, dondequiera se encuentren. Los invitaré a comer y, en cuanto entren en mi ermita, los ataré de pies y manos. Si tú apruebas este plan, lo llevaré a cabo".

Ravana se sentía muy complacido con sus ministros y demás miembros de la asamblea. Cuando Vibhishana entró en el salón, Ravana le preguntó: "Hermano, ¿cuál es tu opinión sobre esos hombres y los monos?", a lo cual Vibhishana contestó: "¡Oh bondadoso hermano!, responderé lo mejor que pueda, sin rodeos ni disimulos; sólo te ruego que me escuches con atención y paciencia. ¡Perdóname, oh soberano

señor! Si deseas conservar un buen nombre después de tu muerte, fama inmaculada mientras vivas y prosperidad y felicidad aquí y en el más allá, debes desistir de admirar la belleza de las mujeres ajenas. ¿Qué puede hacer una simple criatura como tú para dañar u oponerse al gobernante de los catorce mundos? ¿Acaso puede sobrevivir aquél que se le enfrenta? ¿Cómo podría obtener el triunfo tal sujeto? La avaricia nubla todas las virtudes de una persona; la lujuria y la ira son las puertas que conducen a las regiones de la ruina. Rama no es una persona común; él es la muerte para el dios de la muerte; es el que controla el tiempo. No existe enfermedad, necesidad o debilidad alguna que lo afecte. Él es nonato y, por lo tanto, inmortal. Abandona tu odio hacia tan divina persona y ruégale que te acepte como su siervo. Devuélvele a su consorte y gana su gracia. Me postro a tus píes y te lo suplico con toda la fuerza de que dispongo". Al escucharlo, Malyavanta, un anciano y reverenciado ministro, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, se puso de pie y habló así: "Señor. Las palabras pronunciadas por tu hermano son justas y correctas; aceptar sus sugerencias engrandecerá tu nombre".

Sin embargo, Ravana estaba realmente enfurecido por los consejos que ambos le habían dado y les lanzó una feroz reprimenda: "¡Par de tontos! ¿Saben lo que han estado haciendo? Han alabado a mi enemigo. No son dignos de estar presentes en este salón mientras se discute este asunto". Después de reprenderlos, ordenó que los expulsaran del recinto. Malyavanta se incorporó de su asiento y se dispuso a regresar a su hogar. Vibhishana también ofreció sus reverencias a su hermano mayor, pero con las palmas de sus manos juntas, aún insistió: "¡Oh, rey!, los Vedas y los Sastras afirman que en el corazón de toda persona residen las naturalezas gemelas de la bondad y la maldad. Cuando la primera predomina y se le otorga plena autoridad, la persona disfruta de alegría, paz y prosperidad de todo tipo. Pero si, por el contrario, la maldad es la que predomina y a la que se le concede plena autoridad, la persona es atacada por todas las adversidades. En este momento, la naturaleza vil que hay en ti prevalece sobre tu naturaleza virtuosa, por ello consideras enemigos a todos aquéllos que te ofrecen buen consejo y procuran tu bienestar. Sita es como la noche de la destrucción para los Rakshasas y tú no muestras piedad alguna hacia ella; ése es un rasgo de la perversidad que existe en ti. Te ruego me concedas este deseo. Por favor, accede a mi petición: regresa a Sita con Rama; estoy seguro de que ello te atraerá toda clase de felicidad y prosperidad".

Ravana saltó de su trono y exclamó: "¡Necio! La muerte se ha aproximado mucho a ti. Si estás con vida en este momento sólo es por mi gracia. Ahora consideras a mis enemigos como tus benefactores; no entiendo por qué ha nacido en ti ese respeto y lealtad hacia ellos. ¿Existe alguien sobre la tierra que la fuerza de mis hombros no pueda subyugar? Comes de mi alimento, vives en la casa que te proporciono,

resides en mi territorio, ¿y aún así te atreves a exaltar a mis enemigos? Los arbustos espinosos sembrados para proteger la fortaleza, ahora se han vuelto peligrosos para ella. Mucho te has propasado y ya no me eres útil. Vete, márchate a alguna cueva y ahí predica tus lecciones de moral y bondad". Al tiempo que decía esas palabras, empujó a Vibhishana y con un puntapié lo hizo caer a sus pies. Pero éste, sin importarle los furiosos puntapiés que recibía, siguió rogándole, sin desprender las manos de los mismos pies que lo golpeaban. "¡Oh rey! Rama basa sus decisiones en la verdad y sus resoluciones siempre se acatan. Tu tiempo se está acabando, así como el de quienes te siguen; yo iré a buscar refugio en Rama. He hecho lo imposible por salvarte; no tengo de qué arrepentirme, pues nada malo he hecho". Y con estas palabras abandonó el salón. Recitando "Rama, Rama" en cada respiro, sin aliento por la alegría y la excitación, cruzó el mar y (legó a la otra orilla. Al verlo, los Vanaras creyeron que era un mensajero de Ravana e informaron de su arribo a su jefe, Sugriva. Le impidieron a Vibhishana entrar en el campamento y sólo le informaron de su llegada ál Señor: "¡Oh Rama! El hermano de Ravana ha venido para obtener tu darshar>".

Rama le preguntó a Sugriva quien le había llevado la noticia lo que pensaba de esa visita, a lo cual Sugriva respondió que era difícil entender los planes y propósitos de los Rakshasas, pues adoptaban formas a, su antojo y por lo tanto resultaban inexplicables. "No sabemos por qué, ha venido hasta nosotros. Supongo que para sembrar cizaña entre Angada, el hijo de Va¡¡, y yo. Creo que sería aconsejable atarlo sin demora y mantenerlo aislado". Rama respondió: "Amigo, tus palabras son correctas y hablas acatando los preceptos de los Sastras acerca de las deserciones. Sin embargo, escucha mi voto, aun cuando quizá éste se oponga a tu sugerencia. Mi promesa es proteger a todos aquéllos que se entregan a mí, aunque la persona que se entrega sea nuestro enemigo, y una excepción con él sería incorrecta; no debo abandonar a ningún ser que se entregue a mí, aunque haya cometido el pecado de matar a un billón de brahmines. Si Ravana lo ha enviado para sembrar la discordia entre nosotros, ¿por qué habríamos de temerle, incluso si tal es su propósito? O quizá él ha venido asustado por su hermano. Si se rinde ante mí, lo acogeré y protegeré como a mi propio aliento; por lo tanto, tráelo aquí de inmediato", le ordenó a Sugriva, y éste se apresuró a obedecer.

Hanumán lo llevó de inmediato ante Rama. Al posar sus ojos en aquella faz de loto, Vibhishana derramó lágrimas de éxtasis y apenas pudo mantenerse en pie. "¡Señor! balbuceó y cayó a los pies de Rama ¡Sálvame, sálvame! Soy tu esclavo. ¡Oh, protector de los dioses! Pertenezco a la raza de los Rakshasas; soy el hermano menor de Ravana, quien gobierna sobre ellos, y mí nombre es Vibhishana. El haber nacido como Rakshasa es el resultado de la gran cantidad de pecados que he acumulado, pues la estupidez y la ignorancia me han

dominado. Así como la lechuza anhela la llegada de la noche, así yo me regodeo en la oscuridad. Tú otorgas refugio a todos los que se entregan a ti buscando tu amor y gracia. No tengo a nadie más a quien recurrir".

Al ver que rogaba de forma tan humilde y sincera, pidiendo ser protegido y salvado, Rama quedó encantado. Lo acercó hacia sí y lo acarició suavemente, dando palmadas sobre su espalda, con profundo amor. Le habló con dulzura y le dijo: "Mi querido Vibhishana, no te preocupes. Sólo por el darshan que has recibido de mí, tu naturaleza de Rakshasa ha sido anulada. Estás tan cercano a mí como Lakshmana y Sugriva". Esas palabras disiparon todo temor del corazón de Vibhishana. Rama prosiguió: "Oh, gobernados de Lanka, ¿acaso todos tus seguidores se encuentra i~i` sanos y salvos? ¿Cómo pudiste llevar una vida correcta hallándote entre tantos millones de Rakshasas? ¿Cómo has sido capaz de mantener tu devoción y dedicación a Dios, en ese ambiente?". Rama le preguntó también acerca de otros asuntos relacionados con sus actividades.

A todo ello, Vibhishana respondió: "¡Oh, señor de la dinastía Raghu!, la lujuria, la ira y todas las manifestaciones del mal infestan el corazón hasta el momento en que tú penetras en él con tu arco y flecha en la mano. Cuando tu naturaleza y belleza se hacen evidentes, aquéllas huyen de la mente. Los apegos y odios anidan en los oscuros corazones que no conocen la luz de tu sabiduría. ¡Señor!, mis más caros anhelos han sido colmados al posar mis ojos en tus pies de loto y haberlos tocado con mis manos y cabeza. El temor y tristeza que me invadían han sido destruidos. Jamás he realizado un acto bueno y, sin embargo, tú me has abrazado. ¡Oh, cuán afortunado soy!". De los ojos de Vibhishana fluían torrentes de lágrimas de alegría y gratitud.

Rama lo interrumpió y le dijo: "Vibhishana, tú posees todas las cualidades deseables, de lo contrario no habrías obtenido este darshan ni tenido la oportunidad de tocarme, de estar junto a mí y conversar conmigo". Al escucharlo, Vibhishana sintió una inmensa alegría y se postró una y otra vez a los pies de loto de Rama. Éste le dijo: "Vete, toma un baño en las aguas sagradas del mar y regresa pronto". Obedeciéndolo, Vibhishana se fue de inmediato a la playa. Rama le pidió a Hanumán que le trajese del mar un recipiente con agua sagrada. Cuando, después del baño, Vibhishana regresó para postrarse a los pies de Rama, éste tomó un poco del agua que Hanumán había llevado y le salpicó una gotas sobre la cabeza, diciendo: "Por estas palabras te nombro gobernante del reino de Lanka".

Vibhishana se puso de pie y dijo: "¡Oh, Señor! ¿Para qué necesito un reino? Me basta con asegurarme un lugar junto a tus pies de loto". Pero Rama le dijo: "No, no puedes evadir este deber", a lo cual Vibhishana contestó: "Con la cabeza inclinada recibo tu mandato". Juntó las manos con humilde devoción y los Vanaras lo rodearon, sorprendidos por la compasión y gracia que Rama otorgaba a aquél que

había depositado todo a sus pies de loto. Sus corazones rebosaban de bienaventuranza.

Rama vio a los generales de los ejércitos Vanaras y les dijo: "Jefes, lleven a Vibhishana con ustedes. No lo consideren un extraño; véanlo como su camarada. Él es mío". Esas afectuosas palabras animaron a Vibhishana y pronto, todos avanzaron hacia la costa.

25. EL PUENTE

Mirando hacia el mar, Rama preguntó a los ahí presentes cómo pensaban cruzarlo. Muchos Vanaras sugirieron diversas formas para hacerlo, pero al final Vibhishana se incorporó y dijo a Rama: "Señor, el océano debe su origen a tus antepasados, Sagara y sus hijos. Él es el "preceptor" de tu linaje y basta con que tú decidas que debe ser cruzado, para que los Vanaras puedan hacerlo fácilmente".

De repente, Vibhishana descubrió a un mensajero enviado por Ravana, y de inmediato los Vanaras lo ataron y condujeron hasta donde estaba Sugriva, su jefe, quien ordenó que lo mutilaran. Pero cuando los Vanaras se disponían a ejecutar la orden, éste lanzó un grito de pánico y suplicó: "¡Oh, Vanaras! ¡Por Rama, no me corten la nariz y las orejas!". Lakshmana escuchó el patético grito y pidió que el Rakshasa fuera llevado ante su presencia; le habló suavemente y reprendió a los Vanaras por haber torturado al emisario de Ravana. Lakshmana escribió una carta y la puso en manos del mensajero, diciéndose: "Entrega esta misiva a Ravana y repítele estas palabras: `¡Oh, destructor de la fortuna de tu propio clan! Transforma tu corazón al menos por este día y póstrate a los pies de Rama'. Él te perdonará. No diezmes y destruyas la tribu de los Rakshasas tan sólo para mantener en pie tus ardides. Entiende que no existe otro medio para que evites la muerte, que es inminente". Con estas terminantes y graves advertencias, el mensajero fue enviado de regreso con su amo. El hombre estaba rebosante de júbilo por haber escapado con vida y gritaba: °¡Victoria al Señor Ramachandra!". Se inclinó a los pies de Rama, antes de regresar a su hogar.

Al llegar a la corte de Rayana, narró lo sucedido y empezó a describir con inmenso placer el majestuoso encanto de Rama; después entregó a su rey la carta que Lakshmana le había confiado. Ravana~le preguntó acerca de su hermano, Vibhishana, pues deseaba saber cómo se encontraba. "¡Qué vergüenza! exclamó . Sus días están contados; muy pronto la muerte lo devorará. Es una plaga que creció en este granero, abandonó a Lanka y se unió al ejército de mi enemigo. La mala fortuna lo asediará hasta su muerte". Se volvió al mensajero y le preguntó: "Y sobre tu objetivo al visitar su campamento, ¿acaso no les hablaste de nuestro poderío militar y de nuestra inquebrantable determinación? Díme qué averiguaste acerca de su poder y destreza". Suka, el mensajero, se puso de pie frente al trono con las manos unidas y dijo: "Señor, te ruego me concedas tu gracia y escuches con calma lo que voy a decir: en el mismo instante en que tu hermano selló su amistad con Rama, fue nombrado emperador de Lanka. Al percatarse de mi llegada a su campamento en calidad de emisario tuyo, los Vanaras me capturaron y me torturaron de muchas formas. Yo invoqué el nombre de Rama y le pedí que me salvase, y gracias a ello me permitieron regresar sin ser mutilado, con mis orejas y nariz intactas.

"Aun si tuviera mil lenguas, no podría describir el poder de esos ejércitos de Vanaras. ¡Qué constelación de heroicos guerreros! Hay Vanaras de diferentes colores, de todas las edades y grados, y de estatura y fuerza gigantescas. Uno tiembla aterrorizado al verlos; incluso imaginarlos o pensar en ellos es una experiencia devastadora. ¡Imagina el poder de aquel Vanara que mató a tu hijo y redujo la ciudad a cenizas! Todo eso demuestra que ellos son el reflejo y eco del invencible poderío de Rama. Hasta el más pequeño de los monos se

convierte, por esa razón, en un monstruo horripilante. Hay monos guerreros con diversos nombres y cada uno está dotado con la fuerza de muchas manadas de elefantes. Dwivida, Mainda, Nila, Nala, Angada, Vikata, Dadhimuka, Kesari, Kumuda, Daja, Gavaksha, Jambavanta, son los generales. Cada uno iguala en poder y habilidad militar a su jefe, Sugriva. Y existen otros cientos de miles con igual fuerza. Su número es incalculable; su furia y ferocidad podrían destruir la tierra, el cielo y las regiones inferiores como si fueran briznas de paja.

"Señor, escuché que existen dieciocho padmas[3] y cada padma tiene un valiente general a la cabeza. ¡Emperador!, no encontré un solo Vanara, ni entre los más altos ni en los inferiores, que dudara de la victoria. Tampoco se percibe en ellos el menor síntoma de nerviosismo en la víspera de la batalla. Todos se encuentran en este momento preparándose para destruir esta ciudad. Sólo esperan la señal de Rama, la cual aún no han recibido.

"Aunque el océano no cediera y les impidiese el paso, ellos están decididos a construir un puente de piedras y a triunfar en la empresa. Muestran los dientes y los rechinan, alardeando que estrujarán a Rayana hasta deformarlo y convertirlo en pulpa. Aquél que escucha su alborozo y sus desafiantes gritos no puede dejar de sentir temor. Al oír el nombre de Rayana se encolerizan tanto que arrancan árboles gigantescos, blandiéndolos en feroz muestra de odio. Se mecen y se balancean, agitándose y gritando, por el ansia que tienen de destruir esta ciudad.

"También hay entre ellos unos osos igual de temibles y, coronando todo, tienen a Rama de comandante, el cual es capaz de imponer su voluntad sobre millones de deidades de la muerte. Cientos de miles de Adiseshas (serpiente sobre la cual reposa el Señor Vishnú), cada una bendita con mil cabezas y mil lenguas, no podrían ejercer justicia al describir el heroísmo y poderío militar de Rama. Una sola flecha disparada por su arco puede incluso secar el océano .

La reacción de Rayana ante el informé de su espía y mensajero fue una estruendosa carcajada. Le dijo: "¡Qué pena me das! Al concederle importancia al alardeo de los monos que rodean a Rama y de ese archicobarde de Vibhishana, has valorado en exceso a ese tonto. Resulta totalmente absurdo hablar de la fuerza y heroísmo de unos simples monos. ¡Basta! ¡Basta! ¿Acaso podrían alguna vez ser tan poderosos los simios?

He escuchado demasiado acerca del poder y la fuerza de ese tal Sugriva. ¿Y qué puede hacer el pusilánime de Vibhishana, ahora convertido en su ministro? ¿Acaso puede aportar a Rama riqueza, recursos ó victoria?"

El mensajero tan sólo se lamentó en su interior y deploró la falta de inteligencia de Ravana. Unió las manos en señal de reverencia y

[3] Un padma equivale a 1000 millones.

permaneció callado. Entonces Ravana abrió el sobre que contenía la carta que Lakshmana le había enviado y, tras leerla con detenimiento, se la dio a su ministro para decirle: "Eres como el pájaro thitiri, temeroso de que el cielo se desplome sobre sus polluelos. ¡Pobrecillo!, cubre a sus críos colocando su cabeza sobre ellos como escudo. ¿Acaso puede caer el cielo y matar a las aves? ¿Acaso pueden triunfar esos anacoretas, esos sacerdotes dominados por los rituales, que tratan de asustarme con simple palabrería?". Suka, el mensajero, escuchó por un momento los desplantes de Ravana, después lo interrumpió con las siguientes palabras: "Señor, lo que acabo de decir es sólo la verdad. Lee con sumo cuidado el contenido de esa carta y actúa sin resentimiento u orgullo. ¡Escucha!, haz a un lado la hostilidad que ha nacido en ti. Rama es compasivo y tierno de corazón, él es el amo de los tres mundos, y sólo basta que te acerques a él para que te cuide y preserve de todo daño; él perdonará todos tus errores. Entrégale a Sita. Escucha mi plegaria". El mensajero le imploró a Ravana para que se salvara de !a ruina.

Al tiempo que el mensajero le rogaba, los ojos de Ravana se tornaban rojos de cólera y desprecio, hasta que explotó con un rugido: "¡Qué! ¿Me tomas acaso por un criminal? ¿Acaso te envié para que te rindieras a los pies de esos infantes fanfarrones del bosque? ¡La audacia y la impertinencia no pueden ir más lejos!". Levantándose de su trono, echó a patadas al mensajero. El Rakshasa Suka huyó hacia el campamento de Rama y pidió asilo. Al verlo nuevamente entre ellos, los Vanaras quisieron tomar venganza. No obstante, se contuvieron y esperaron las órdenes de Rama. Sugriva lo llevó ante él, y Suka se postró a sus pies y le relató con detalle lo ocurrido. Le rogó ser aceptado como lo había sido Vibhishana y que fuese protegido por su nuevo señor. Rama, la encarnación misma de la compasión, convocó a los dirigentes Vanaras ante él y les ordenó acoger a su nuevo hermano. Suka, colmado de gratitud, declaró que su vida había alcanzado su meta final.

Rama pidió a Lakshmana que le trajera su arco y su flecha y, una vez que los tuvo consigo, dijo: "Las personas soberbias no merecen dulzura; los crueles y malvados no merecen la suavidad; los miserables empedernidos no merecen la enseñanza moral; los egoístas no merecen consejo; 109 codiciosos no pueden beneficiarse cuando se les habla de la renuncia; las personas invadidas por la ira no merecen recibir el consejo de ser pacíficos; los que son víctima de la lujuria no merecen que se les lean las escrituras; las salinas no merecen que se las siembre. De igual manera, este océano que no cede a las nobles peticiones no merece piedad", y diciendo esto, tensó su arco con una flecha. Lakshmana temió por lo que le ocurriría al océano; éste también sintió temor y la temperatura de sus aguas se elevó sólo al ver que Rama se preparaba para disparar la flecha hacia las profundidades. Los seres que ahí habitaban sintieron gran angustia. Las olas,

atemorizadas, comenzaron a gritar; una tras otra rompieron hacia el lugar donde Rama se encontraba y suavemente tocaron sus pies, como implorando clemencia. En ese momento, se escuchó una voz que parecía venir del cielo: "Señor, hay dos generales en el campamento, Nala y Nila, fue fueron malditos por un sabio. Esa maldición ahora puede convertirse en bendición. Escucha la historia". Y el propio océano procedió a contar a Rama los detalles de esa trágica maldición.

"Hace tiempo, muchos ermitaños vivían en sus cabañas a orillas de un río. Cuando eran jóvenes, Nala y Nila penetraron en esas ermitas mientras los sabios se encontraban en profunda meditación; tomaron los sagrados iconos llamados saligrams, los cuales eran venerados por tc3san.onjes, y los usaron para pescar en las aguas del río. Los sabios se enfurecieron ante tal sacrilegio y les lanzaron la siguiente maldición: `¡Muchachos!, que cualquier objeto que arrojen al agua jamás pueda hundirse, que permanezca flotando exactamente donde lo hayan arrojado, aunque las aguas fluyan en rápido torrente'. Por lo tanto, cada piedra que ellos arrojan flota en el lugar mismo en el que cae. Haz que tu nombre sea grabado en cada roca y en cada piedra; tu nombre es ligero, no pesa en absoluto.

Así, incluso inmensas montañas que sean arrojadas al mar flotarán y formarán un puente. Yo también haré mi contribución, pues cuando se busca la verdad, la naturaleza entera debe servir al buscador". Rama decidió no disparar la flecha que había preparado, pero dado que una vez que su arco ha sido tensado debe encontrar un blanco, la lanzó hacia un área boscosa en la lejanía y, como resultado, ésta se convirtió en un desierto.

Después, convocó a sus ministros y les ordenó construir un puente que cruzara el océano. Hanumán dijo: "Señor, tu nombre es el puente que puede llevar con seguridad al hombre a través del océano de la vida. ¿Qué puente podría ser más fuerte y seguro que ése?". Jambavan, el veterano general, dijo: "Señor, tu poder, que es un impetuoso fuego, puede secar esta masa de agua; pero es seguro que se volverá a llenar hasta el bosque, con las lágrimas de todas las viudas que quedarán en Lanka después de la batalla que tendremos contra Ravana y sus ejércitos".

Rama sonrió ante la sincera lealtad y el valor de esos devotos. Jambavan entonces les recordó a Nala y Nila aquello que había dicho la invisible fuente que no era otro que el propio océano acerca del provecho que ahora podían obtener de la maldición lanzada sobre ellos en su juventud. Les ordenó que, teniendo a Rama en sus corazones, arrojaran colinas, peñas, montañas y rocas al mar. Al momento, los héroes Vanaras corrieron en todas direcciones y trajeron colinas enteras sobre sus cabezas y hombros, como si fuesen ligeras pelotas. Formando una larga hilera, pasaron las colinas de mano en mano, mientras repetían en voz alta el nombre de Rama. De vez en cuando arrancaban también inmensos árboles y los llevaban hacia el sitio en el

que el puente se estaba construyendo, donde Nala y Ni'tá los arrojaban al agua.

Todo ese día trabajaron sin pensar en descansar o en comer, construyendo una longitud de catorce yojanas. Tras un sueño reparador, se levantaron antes del amanecer, durante las horas auspiciosas, y continuaron con la labor exclamando con alegría: "¡Victoria a Sri Ramachandra, nuestro señor!" y se apresuraban hacia los diversos confines de la región, en busca de colinas y montañas. Las llevaban a la orilla del mar y las apilaban para que Nala y Nila las arrojasen.

El segundo día, el puente se extendió otras veinte yojanas; al tercero, lograron construir veintiuna más; el cuarto día la extensión del puente aumentó veintidós yojanas, y el quinto día, construyendo otras veintitrés, completaron el puente de cien yojanas, con un feliz esfuerzo final.

De esta manera, Nala y Nila, ignorando el cansancio y la necesidad de reposar, llevaron a cabo la tarea que Rama les había asignado. Cumplieron su misión y anunciaron en presencia de Rama, que el puente estaba listo, porque su nombre y su forma habían estado siempre presentes en aquéllos que se habían propuesto terminarlo.

Se le informó a Rama, por medio de Sugriva, que el puente de cien yojanas que había ordenado ya estaba terminado y listo para usarse. Rama y Lakshmana quedaron complacidos ante la devoción y el sentido del deber de los Vanaras, quienes habían realizado el trabajo rápido y bien. Rama le ordenó a Sugrivá, el jefe de los monos, que hiciera correr la voz, a lo largo de la línea de Vanaras, de que cada uno dejara en el mismo lugar en que se encontrara, la colina que estuviese transportando y descansara un poco antes de regresar. Sugriva dio la orden a los que se hallaban, hombro con hombro, pasándose las rocas y picos para el puente. Instantáneamente, Hanumán traía una gran montaña desde el norte, y cuando escuchó lo que Rama había ordenado, la dejó caer cerca de Brindavan, por donde iba cruzando. Simultáneamente, la montaña lanzó un hondo gemido que sorprendió a Hanumán: "¡Ay! lloró ésta . He perdido la oportunidad de servir a Rama", y nada lograba consolarla o tranquilizarla. Cuando Hanumán le comunicó el hecho a Rama, éste, mostrando aprecio por aquella actitud, sonrió y dijo: "¡Ah!, incluso las montañas anhelan ansiosamente participar en esta tarea". Después dijo a Hanumán: "Ve rápido y consuela a esa montaña; dile que no se entristezca, que en la próxima era de Dwapara (tercer ciclo del mundo) la sostendré en alto sobre la palma de mi mano durante siete días y siete noches. Al escuchar esto, ella se pondrá feliz". Y así, esa montaña se convirtió en la colina Govardhana, que el Señor sostuvo en su mano, como lo prometió en la era de Threta.

Al quinto día, Rama se sentó en la playa y se sintió muy satisfecho al ver el puente. "¡Oh, Vanaras! dijo su devoción y

capacidad de servicio son indescriptibles. Con su sentido del deber se han ganado mi corazón". En ese momento, Vibhishana se presentó ante Rama y le dijo: "Señor, mañana debemos entrar en Lanka, por lo cual deseo pedirte algo". Rama le preguntó: "¿De qué se trata?, dime", y Vibhishana continuó: "Rayana es un devoto adorador de Shiva; siente inmenso apego por ese aspecto de Dios. Sin embargo, con seguridad encontrará la muerte en tus manos, por lo tanto, te ruego que para conmemorar su devoción a Shiva, erijas aquí, en la víspera de nuestro avance hacia Lanka atravesando este puente, un Shivalingam (símbolo de la energía creadora de Shiva), para que en los próximos siglos, cuando la gente entre en Lanka por esta ruta, pueda adorarlo y recordar estos hechos. Todos aquéllos que lo adoren serán afortunados, y el lingam (símbolo de la creación) será alabado por ellos como la imagen erigida por Rama. Y aun cuando el correr del tiempo erosione y destruya el puente, este punto podrá ser identificado por las futuras generaciones gracias a la imagen venerada aqui'.

A Rama le pareció excelente tal sugerencia y respondió: "Cumpliré tu deseo; eres el futuro gobernante de Lanka y para complacerte estoy dispuesto a realizar tus deseos, cualesquiera éstos sean". Al escucharlo, Sugriva ordenó a los Vanaras que hirieran todos ! os preparativos necesarios; consiguió un fingam impresionante, encomendando al propio Hanumán tal empresa. Rama ejecutó la ablución ceremonial para el lingam con agua de mar, invocando para éste gracia y vitalidad. Las palabras de Rama tenían el efecto de los mantras y las fórmulas sagradas, por lo tanto, no se requería nada más para santificar el lingam (fusión de la forma con lo sin forma). Los Vanaras cantaron himnos y sus gritos de éxtasis resonaron en los cielos. Entre las exclamaciones de ¡jai, jai! que lanzaban las hordas que los rodeaban, Lakshmana y Sugriva ayudaron a Rama a instalar el lingam en su posición correcta y a completar la ceremonia de la consagración.

Después, los Vanaras iniciaron la marcha sobre el puente, formados en perfecta fila, llevando la imagen de Rama en la mente y su nombre en la lengua. La escena era sublime. Rama y Lakshmana se pararon sobre el puente y miraron al mar agitarse en ambos lados; ante la presencia de Rama el océano de compasión los espíritus del interior del océano se elevaron. Las olas se alzaban para atrapar la imagen de Rama, los habitantes del mar saltaban sobre las aguas y retozaban alegremente al verlo, olvidando durante unos momentos su naturaleza para contemplar con ansia la divina forma de Rama. Los Vanaras habían instalado un campamento al otro extremo del puente, de manera que, cuando la vanguardia alcanzó la cima, la noticia se esparció por toda la isla. Muy pronto, Rama, Lakshrnana, Sugriva y Vibhishana, quienes cruzaron lentamente, llegaron también a la entrada principal del fuerte de Lanka. Obedeciendo las órdenes de Rama, los Vanaras arrancaron árboles enteros y, bailando alegremente, comieron los frutos y arrojaron las ramas grandes y pequeñas sobre las almenas,

alcanzando la ciudad. Lanzaron rocas enormes sobre la muralla y éstas cayeron en las calles. Después buscaron a Rakshasas que estuvieran fuera de la fortaleza y los atormentaron, amenazándolos con torcerles el cuello. Nadie pudo evitar que los monos cometieran tales locuras.

En muy poco tiempo, Rayana se enteró de que el enemigo estaba en el puente. Aunque poseía diez gargantas, Rayana normalmente utilizaba sólo una para comunicarse con los demás, pero en ese momento rugió con las diez gargantas, lleno de ira y odio, olvidando que hablar con diez gargantas era un mal augurio. Desde hacía mucho tiempo pesaba sobre él una maldición que le aseguraba que el día que llegase a hablar con todas ellas, su final estaría próximo. Al instante de haber rugido, recordó la maldición y se asustó; sin embargo, por mucho que intentó controlar las otras nueve gargantas, su voz siguió emitiéndose a través de ellas. Los Rakshasas que presenciaron ese extraño suceso se dieron cuenta de que su destrucción era inminente, ahora que Rama y sus soldados Vanaras habían llegado a Lanka. Se sentaron con sus esposas e hijos y se lamentaron porque sus vidas terminarían ese día o al siguiente, decidiendo entonces disponer del poco tiempo que les quedaba de vida, en francachelas y placeres. "Cuando se aproxima la calamidad, el buen juicio se aleja", reza el adagio.

Aun sabiendo que la maldición se tornaría realidad, Rayana ignoró la advertencia y se dijo que nada malo podría suceder. Se recluyó en los aposentos de la reina, pues temía que sus ministros pudieran notar en su desencajado rostro, que se encontraba abatido por la certeza de la maldición. Ravana se hundió en la ansiedad y la angustia, y el temor lo acosaba: "¿Me cortarán las orejas y las narices de mis diez cabezas, como hicieron con mi hermana? se preguntaba . ¿O me cortarán todas las cabezas?"

Vio a la reina Mandodari en su recámara, y ella de inmediato descubrió que Ravana se sentía perdido, por lo cual decidió darle sus sabios consejos. Tomó las manos de él entre las suyas, y con dulce voz le dijo: "Señor, por favor escúchame, desecha la ira que sientes, oye mis palabras y piensa en ellas cuidadosamente. No debemos intentar vencer con odio y haciendo uso de la fuerza, a quienes podemos ganar con reverencia y devoción. En tales circunstancias, debemos recurrir a un razonamiento inteligente. Nada bueno obtendrás con oponerte a tan sagradas personas; no saldrás victorioso si te enfrentas a Rama. La luciérnaga no puede derrotar al Sol.

"Escúchame: toma a Sita, aunque sea en este tardío instante, y al devolverla intacta a Rama, póstrate ante él y ruega su perdón. No arruines tu vida ni destruyas a Lanka, sacrificando la vida de sus mujeres y niños. Obstinarte en tu intento de entablar una lucha es contrario a la devoción y dedicación a Dios que te han otorgado fama. Si persistes en esa horrenda decisión, el mismo Shiva, a quien le eres muy querido, te abandonará. Sólo con buenos actos puedes ganar la

gracia de Dios. ¿Cómo podría Dios recompensar y apreciar acciones tan abominables?"

Mandodari le habló de este modo durante largo tiempo, tratando de corregir sus errores y de salvarlo de la destrucción. "Señor, me eres tan preciado como mi propia vida; por favor, pon atención a mis palabras: Rama no es un príncipe humano común; ¡él es quien destruyó a Madu y a Kaitaba, encarnada otra vez!; él mató a Hiranyaksha y a Hiranyakasipu; él es el Señor que pisoteó la cabeza del emperador Bali y acabó con el orgullo de Karthairviyarjuna, el de los mil brazos. ¿Cómo es que alardeas del poder de tus únicos veinte brazos? Él es adorado por el mundo entero y posee la forma más auspiciosa.

"Hace mucho tiempo, me dijiste que Brahma te había dicho que Dios encarnaría como Rama para liberar a la Tierra de la crueldad y el vicio. ¿No lo recuerdas? Consciente de todo esto, ¿por qué no abandonas este sendero y reconoces la verdad? Devuélvele a Rama la cima de la castidad, la diadema de la virtud, la incomparable joya de la belleza, Sita. Permite que podamos coronar a nuestro hijo como emperador de esta tierra y vivir el resto de nuestros días en paz y completa alegría, junto a la presencia de Rama.

"¡Ah, qué afortunado es tu hermano, pues está a la fresca sombra de la gracia de Rama. Aún no es demasiado tarde. En este mismo instante corre hacia Rama, quien se encuentra en la entrada misma de Lanka, y póstrate.a sus pies implorando su perdón".

Mandodari lloraba inconsolable mientras hablaba; se postró a los pies de su señor y le rogó que aceptara a tiempo la advertencia y que hiciera lo necesario para salvarse a sí mismo y salvar a su imperio, a su pueblo y a su reputación. Ravana hizo que se levantara. Secó sus lágrimas y le dijo: "Querida mía, ¿por qué estás tan agitada? ¿De dónde proviene todo este miedo, esta falta de valor? No existe en el mundo nadie más poderoso que yo. Los gobernantes de las ocho direcciones han sido derrotados por el poder de mi brazo y la muerte no osa acercarse a mí; no sucumbas ante el temor. Alabas a ese delicado de Rama en mi presencia, sin darte cuenta de la extensión y magnitud de mi poderío". Después de decir esas palabras, se alejó de la reina y entró en el salón de audiencias, sentándose de inmediato en su trono. Mandodari observó sus movimientos y el cariz de sus pensamientos y se dijo a sí misma: "¡Vaya tonto! Éste es el destino inevitable de aquéllos que no renuncian a su orgullo; los buenos consejos no entran en sus mentes. Cuando uno sufre de fiebre, lo dulce tiene un sabor amargo, y él padece ahora la venenosa fiebre del orgullo, por lo tanto, rechaza el nectarino consejo como si fuese veneno. ¿Qué más puedo hacer ahora?". Imaginó las calamidades y aflicciones que le aguardaban a Lanka y sintió que sería mejor acabar con su vida antes que presenciar y compartir toda esa miseria y dolor. Apesadumbrada y pensando en Rama, entró en su cuarto y se arrojó sobre la cama.

Mientras tanto, Ravana reunió a sus ministros y les ordenó realizar los preparativos para la inminente batalla. "¡Rakshasas! les dijo los Vanaras, los Jambavantas y los hombres que nos están atacando ahora no son siquiera un bocado para nosotros. No pierdan el valor; no vacilen o discutan y luchen hasta el final. Prepárense", gritó. Sin embargo, Prahasta se levantó de su asiento y con las palmas de las manos juntas les dijo: "Rakshasas, no debemos alejamos del sendero correcto. Señor, tus ministros hablan conforme a tus deseos, pero eso no nos asegura el triunfo. Un solo mono cruzó el océano, invadió nuestra ciudad y realizó muchas hazañas. En aquel momento, ni nuestros ministros ni nuestro ejército lograron detener su destructiva invasión.

"Tú dices que los monos no son sino pequeños bocados para nuestros estómagos. Ahora bien, cuando ese mono estuvo aquí, ¿dónde estaban nuestras bocas? ¿Acaso no estaban hambrientas? Cuando la ciudad entera quedó reducida a un montón de escombros, estos ministros no tuvieron, evidentemente, apetito para comerlo. Señor, las palabras que brotan de los labios de estos ministros pueden parecerte muy agradables, pero con el correr del tiempo sólo nos traerán terribles calamidades. Reflexiona. Rama ha acampado en nuestro monte Sunila, atravesó el océano sobre un puente construido por ellos y trae consigo un enorme ejército de Vanaras, ¿puede esa persona ser un hombre común? Desecha tal suposición si eso es lo que crees.

"No parloteees como la lengua cuando se le da rienda suelta e ignora la nana retórica de estos ministros. Tampoco me consideres un cobarde, temeroso de la batalla; confía en mí y cree en lo atinado y urgente de mi consejo. Toma a Sita contigo ahora mismo y entrégala a él, implorando clemencia; eso nos salvará a nosotros y a Lanka y podremos proclamar que rescatamos a nuestro pueblo de la destrucción. Ése es el triunfo que podemos alcanzar. De lo contrario, encara la derrota y el desastre. Decídete en este instante; tu ilustre nombre perdurará hasta que el Sol y la Luna se extingan; evita que tu nombre sea repudiado mientras esos astros brillen".

Rayana contestó con terrible ira y absoluto desprecio. Temblaba furioso ante el desagrable consejo que Prahasta le había dado y, alzando la voz hasta convertirla en un salvaje rugido, se dirigió a éste con un torrente de injurias: "¡Necio! ¿Quién te ha enseñado estos ardides?¿De dónde proviene tal sabiduría? Dicen que una chispa se origina en un macizo de bambú. Prahasta, has nacido en mi clan como chispa para destruirlo". Ravana rechiñó los dientes ferozmente, le gritó crueles insultos y, por último, pateó a Prahasta hasta expulsarlo del salón. Antes de irse, Prahasta reafirmó su posición, condenando a su padre y al presuntuoso orgullo que lo había cegado. "Rayana dijo será la causa de la destrucción de la dinastía". Se consoló diciéndose que ninguna medicina puede resultarle útil a quien está herido de muerte y en espera de exhalar su último aliento. "Por lo tanto se dijo mi consejo

le parece fútil a mi padre°. Fue con su madre y le relató lo sucedido. Ambos estuvieron de acuerdo en que nada podían decir o hacer para obligarlo a volver al camino correcto, por lo cual se sentaron juntos y quedaron absortos en la contemplación de Rama y su majestuosidad.

Los Vanaras levantaron un agradable campamento para Rama y Lakshmana en el monte Sunila, les arreglaron cómodos lechos, con montones de hierbas, hojas y flores. Rama apareció en cuanto éstos quedaron listos y se recostó sobre la cama para complacerlos. Un poco después, colocó su cabeza sobre el regazo de Sugriva y se durmió. Arcos y flechas permanecían listos a ambos lados de la cama. Los Vanaras se rascaban las palmas de las manos, por la comezón que les causaba el deseo de golpear a Rayana y matarlo; tan sólo esperaban la orden de Rama para atacar. El afortunado Hanumán y Angada, el príncipe de la corona, reverentemente estaban dando masaje a los pies de Rama; Lakshmana permanecía a! pie de la cama, listo con su arco y flecha, observando con fijeza el rostro de Rama. En ese momento, Rama miró hacia el este y sus ojos quedaron fijos en la Luna que ascendía sobre el horizonte. "Amigos dijo observen la Luna. Hay una mancha oscura sobre ella, ¿no la ven?", preguntó. Cada uno dijo algo sobre la mancha, según la percibía, pero Hanumán expresó: "Señor, yo no veo mancha alguna sobre la Luna, la veo como el reflejo de tu rostro, de manera que no veo la oscuridad que mencionas ni ningún otro defecto en ella".

Esa noche, Rama convivió con los Vanaras hasta el amanecer, en amena charla y placentera compañía. Cuando el día comenzó a brillar, tomó su baño en el mar y llevó a cabo en la playa los rituales prescritos. Poco después convocó a los ministros de Sugriva y a otros líderes y les dio instrucciones sobre la tarea por realizar. Más tarde, éstos se reunieron y acordaron que Angada, el hijo de Va¡¡ y futuro heredero del reino Vanara, fuese enviado como embajador ante Rayana, antes de sitiar a Lanka. Rama llamó a Angada y le dijo: "Hijo, eres fuerte y virtuoso, tienes que llevar mi mensaje a Rayana y prevenirlo con sumo cuidado e inteligencia y suavidad, para evitar que se enfade más". Fue instruido acerca del tono que debería emplear y el contenido del mensaje que debería llevar a Rayana y, después de postrarse a los pies de Rama, emprendió la marcha. Antes de irse dijo: "Señor, te ruego me bendigas con la auspiciosa mirada de tus ojos. Soy en verdad afortunado de que se me confíe esta tarea. No importa lo que me suceda al ejecutarla, estoy dispuesto a ofrecerte mi propia vida".

El corazón de Rama se conmovió al escuchar esas palabras y se aproximó para abrazar a Angada, lo acercó a su pecho y colocó la palma de su mano sobre su cabeza, para bendecirlo.

Después, Angada avanzó hacia Lanka, llevando a Rama en su corazón y su forma en la mente. Rechazó a todos los que intentaron detenerlo en el camino, mostrando gran confianza en sí mismo y mucho valor. En el trayecto se topó con el hijo de Rayana; el príncipe Rakshasa

se dirigió a él de esta manera: "¡Hey, mono!, ¿quién eres y de dónde vienes?", a lo que él contestó: "Soy Angada, embajador de Rama". Al oír aquello, el Rakshasa alzó la pierna para patearlo, pero Angada era muy rápido, lo tomó por el pie y levantándolo, hizo girar su cuerpo hasta estrellarlo contra el suelo. Los Rakshasas que vieron tal escena quedaron paralizados de miedo; se percataron de que el mono tenía gran poder y se alejaron discretamente. Se corrió la voz de que el mono que había incendiado Lanka estaba de regreso y aquello causó gran confusión y terror. Angada se dio cuenta de que, dondequiera que iba, numerosos habitantes vigilaban, temerosos, sus movimientos. Sin embargo, no tuvo necesidad de luchar contra ellos, pues los Rakshasas huían al verlo.

Por fin llegó, sin mostrar temor alguno, hasta el mismo salón de audiencias de Rayana. Uno de los guardias se apresuró a notificar a éste la llegada de Angada y Rayana ordenó llevar ante sí al enviado de Rama. Por lo tanto, Angada fue conducido ante el emperador Rakshasa. Al verlo, Angada creyó que Rayana era una montaña viviente, de color negro; sus veinte manos eran como ramas de un árbol gigantesco. Caminó hacia él sin temor alguno en su corazón; sin embargo, todos los presentes en el salón se estremecieron y quedaron atónitos al verlo entrar y aproximarse a Rayana. Éste le preguntó quién era, y Angada contestó: "Soy el enviado de Rama". Rayana le preguntó cuál era el propósito de su visita. "¡Oh, Rayana! contestó Angada tú y mi padre fueron grandes amigos; por esa amistad y pensando en tu bienestar, he venido, por orden de Rama, a darte un buen consejo". Angada continuó suave y persuasivamente: "Tú raptaste a la madre de todos los mundos, la hija de Janaka. No fuiste capaz de resistirte al orgullo, la lujuria y la avaricia. Bien, lo pasado, pasado. Si al menos hoy, en este preciso instante, reconoces la iniquidad de tu proceder y actúas como yo te diga, Rama te perdonará. Decídete a hacer sin demora lo que te indico, pues de lo contrario, enterrarás en este suelo y con tu propia mano a tu pueblo y a tu reino". Después de que Angada terminó de hablar, Rayana exclamó: "¡Oh, tú, el más vil de los Vanaras! Eres realmente un tonto. ¿Acaso no sabes que yo soy enemigo de tu «Dios»? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál fue la relación entre tu padre y yo? Ten cuidado de las consecuencias que pueden ocasionarte tus palabras".

Angada rió abiertamente ante ese desplante y dijo: "¡Oh, monarca de los Rakshasas! Mi nombre es Angada y mi padre era Va¡¡; ustedes dos eran amigos". Al escuchar lo que Angada acababa de decir, Rayana guardó silencio y se puso tenso, pero pronto reaccionó y dijo: "Es cierto, recuerdo que hace tiempo existía un mono con ese nombre. ¿Así que tú eres su hijo? ¡Hola, Angada! Al parecer has nacido en ese montón de arbustos como una chispa que pronto habrá de destruirlo". Angada rió con fuerza al escuchar la exaltada respuesta de Rayana y le dijo: "Rayana, tus días han llegado a su fin y pronto alcanzarás a tu viejo amigo Va¡¡. Él puede hablarte acerca de las consecuencias que

ocasiona oponerse a Rama, y aunque tienes veinte ojos, sólo eres un ciego; aunque tienes veinte orejas, eres un sordo. Atrapado en la densa oscuridad de la ignorancia, te pavoneas con orgullo y te proclamas grandioso. El pueblo que pretendes salvar será arrasado; ése es el plan. ¡Pecador! ¡Bárbaro salvaje! ¡Villano cegado por el orgullo! ¡Demonio!"

Cuando Angada rechinó los dientes con ira y lanzó ese torrente de insultos, Rayana se levantó de su trono y gritó: "¡Tú, mono!, destructor de tu propia raza, como conozco y observo las reglas de moralidad política, he guardado silencio ante tu impertinencia. Ten cuidado, mi paciencia tiene un límite". Rayana miró fijamente a Angada, con rabia contenida, pero éste no se dejó impresionar por aquel desplante y respondió: "¡Oh, rey de los Rakshasas!, he escuchado mucho acerca de tu rectitud, tus virtudes y moral política. Reflexiona acerca de los maravillosos logros que ha obtenido tu rectitud. Raptar a la esposa de otro, devorar al mensajero enviado debidamente por tu hermano mayor, Kubera, esto es lo más sobresaliente de tu moralidad política. Te jactas de esos actos sin el menor asomo de vergüenza, y todavía te atreves a hablar de tus virtudes y tu moral. Le prendiste fuego a la cola del mensajero que llegó a tu reino y aún así proclamas sin rubor que te sujetas a las reglas. Tal es el comportamiento de los Rakshasas. Tu boca no tiene derecho a pronunciar la palabra «moralidad»; eres el más vil de los pecadores".

Al escuchar que Angada contestaba sin titubeos ni dudas, los cortesanos que llenaban el salón quedaron atónitos y asustados, preguntándose qué sería lo que les esperaba. Rayana reanudó la discusión, diciendo: "¡Escucha, mono! ¿Existe un solo héroe en tu campamento que se me pueda enfrentar en el campo de batalla? Tu señor está abatido por la tristeza que le causa la separación de su esposa; está languideciendo y desfallece día tras día. Y su hermano está afectado y débil por presenciar tal agonía. En cuanto a Sugriva, él te odia y se opone a ti, ya que eres el heredero del reino, e igual que un par de pájaros peleando a la orilla de un río, ambos caerán al agua algún día. Los dos han puesto sus ojos sobre el mismo reino, ¿cómo podrían entonces pelear con denuedo y éxito contra mí? Mi hermano, en quien aparentemente confían, es un cobarde. Jambavanta, otro de sus líderes, es demasiado viejo para ser de utilidad. Nala y N¡la no son nada más que constructores de puentes, ignorantes del arte de blandir espadas".

Angada interrumpió esa diatriba con la suya: "Rayana, un pequeño mono entró en tu ciudad y la incendió. ¿Acaso algún tonto creyó que eso era posible? Y ahora que sabes que en verdad ocurrió, tratas de negar que tal mono es un valeroso combatiente. No me provoca la menor ira que opines que no hay nadie en nuestro ejército capaz de derrotarte en batalla. Sí, los textos que hablan de la moral establecen que tanto la amistad como la enemistad deben darse sólo entre iguales. ¿Podría alguien alabar a un león por vencer a una rana?

Sin duda alguna,, si Rama intenta matarte, tal acción sería impropia de su jerarquía y dignidad. Matar a tan malvado y despreciable enemigo rebajaría su majestad. Las normas que rigen la conducta de la casta de los guerreros, a la que él pertenece, son nobles y elevadas. Tú no eres más que un vil, vulgar y vicioso pecador que debe encontrar la muerte, víctima de simples monos".

Rayana estalló en sonoras carcajadas: "¡Mono infecto! Eres un ser que baila alegremente y salta con descaro aquí y allá, según te tiran de la cuerda atada a la cintura. Aprendes los trucos que tu amo te enseña y los repites cuando él te lo ordena, para poder recoger unas cuantas monedas de los transeúntes".

Angada no soportó esos sarcásticos comentarios y exclamó: "Pareces haber aprendido sólo cosas acerca de los animales; no te has preocupado por aprender nada acerca del Señor, acerca de Dios, sobre el destino y la muerte. ¡Vaya! ¿Acaso no te han enseñado los monos más de lo que tú sabes? Ellos han destruido tus parques y matado a tu hijo, han convertido tu ciudad en un montón de cenizas. Sí, todavía tienen que realizar una hazaña más; deben aplicarte el castigo adecuado. Te hemos permitido escapar al destino que debes enfrentar.

"Yo creí que tu corazón sanaría mediante el atinado consejo y la amarga verdad: Pero no, no tienes vergüenza, ignoras lo que es el arrepentimiento y careces de moral y rectitud. ¡Qué lástima! La ira que sientes contra Vibhishana aún te hace rechinar los dientes, y lo llamas cobarde y traidor. Estás fatigando a la tierra con el peso de su cuerpo; mientras más pronto seas eliminado, será mejor. Eres peor que los perros que pululan por las calles; ellos no tienen tus vicios. Pronto te darás cuenta de que sus vidas son mejores que la tuya".

Angada lanzó todo tipo de insultos a Rayana, sin consideración ni miramiento alguno; éste no pudo soportar tan iracundas reprimendas y exclamó: "¡Angada!, sabes que yo soy el héroe, el temible y poderoso que levantó el monte Kailasa con su enorme fuerza y valor. Yo, Rayana, soy quien colocó, no flores, sino mis propias cabezas arrancadas del cuerpo por mí mismo, como ofrendas a los pies de Shiva. Soy el devoto cuyo poder ha reconocido el propio Shiva, el guerrero cuyo nombre aterroriza a los más audaces y cuya imagen siembra el pánico; calla esa palabrería de alabanzas a ti y a tus amos". Pero Angada no estaba dispuesto a guardar silencio y continuó con su retahíla: "¡Oh, necio engreído!, no hables sólo por hablar. Usa tu aliento para mejores fines; canta canciones de alabanza a Rama y entrégate a él. De lo contrario, su flecha hará que tus cabezas rueden y los Vanaras las patearán con júbilo como en un juego de pelota. Sucede que soy el mensajero de Sugriva, nuestro jefe, y desafortunadamente no tengo órdenes de Sri Rama para matarte y no quisiera quitarle a nadie esa oportunidad; de no ser por esto, ya te habría quitado la vida en un santiamén y habría arrojado tu cadáver al océano".

Angada creció hasta tomar una apariencia feroz, mientras pronunciaba esa amenaza. Como un león, palmeó el suelo con las manos; la tierra tembló tan violentamente por impacto de esos golpes, que las coronas de las diez cabezas de Rayana fueron a dar al suelo, y él mismo cayó de su trono pero recobró el equilibrio de inmediato. Angada recogió cuatro de las diez coronas y las arrojó con tanta fuerza y atinada puntería, que cayeron en el campamento de Rama, justo frente a él. Los Vanaras que se encontraban ahí quedaron maravillados ante aquellos extraños objetos, a la vez que describían la excelencia y belleza de las joyas. Rama sabía lo que eran y dijo que, en su trayecto, éstas habían semejado a Rahu y Kethu[4], los cuales provocan eclipses.

Mientras tanto, Rayana ordenó: "Aten a este mono; no permitan que se vaya; devórenlo", y se retiró presuroso hacia los apartamentos interiores. Angada gritó: "¡Qué vergüenza! ¿Para qué todo este alarde de fuerza y poder? Ve, sumérgete en las profundidades del océano y contén la respiración hasta que mueras. ¡Ladrón de mujeres! ¡Necio, lascivo, patán! Te arrancaré la lengua en el campo de batalla y la arrojaré como alimento a los cuervos; estás advertido". Angada rechinaba los dientes por la ira y el odio, cuando Rayana se volvió y ordenó a los Rakshasas que se hallaban en el salón: "Levántenlo por las piernas y arrójenlo contra el suelo; hagan astillas su cabeza". Al oír esto, Meghanada sujetó a Angada de las piernas, jalándolo con gran fuerza para hacerlo caer. Los demás lo imitaron, pero a pesar de que eran varios, no lograron mover sus pies ni un milímetro. Todos cayeron al suelo, llenos de humillación y desconcierto. Entonces, Devakantaka lo intentó de muchas formas y también falló vergonzosamente. Por último, el propio Rayana intentó la imposible tarea. Sujetó a Angada por los pies y trató de levantarlo para estrellarlo contra el suelo. Angada se rió de la ingenuidad de Rayana y le dijo: "Rayana, no son éstos los pies que debes abrazar; coloca tus manos en los pies de Rama con un genuino gesto de rendición; eso te liberará del miedo y la esclavitud".

Después de decir esas palabras, Angada sacudió los pies para librarse de las manos de Rayana. El impacto fue tan inesperado y tan fuerte, que Rayana se golpeó contra el suelo y perdió el conocimiento. Su gloria y esplendor quedaron destruidos. La vergüenza se reflejó en sus múltiples caras; semejaba una Luna a plena luz del día, pálida y apagada. Angada notó aquel estado de ánimo y sintió que no debía continuar el diálogo con ese cobarde. Rama, recordó, le había dicho que únicamente le diera consejos a Rayana. "Este tipo no tomará en consideración ningún consejo, no aceptará su error ni se corregirá. Se aferra a su viciosa naturaleza; tan sólo la guerra lo curará". Y habiendo

---

[4] Rahu y Kethu, respectivamente, la cabeza y la cola del demonio cercenado por Vishnú al haber bebido subrepticiamente el néctar de la inmortalidad. Rahu, la cabeza, quedó fija en el cielo como un astro, y la cola, Kethu, dio origen a cometas y meteoritos.

tomado esa decisión, Angada marchó hacia la sagrada cercanía de los pies de Rama. Al llegar ante él, le relató todo lo ocurrido.

Rayana entró en los aposentos de las reinas, sobrecogido por el temor y la vergüenza. Mandodari vio la pálida y apesadumbrada apariencia de Ravana y le dijo: "Renuncia a tu obstinada necedad, pues si continúa la enemistad contra Rama sólo traerá desastres al reino. No pudiste atravesar la línea trazada por Lakshmana, ¿cómo esperas, pues, derrotarlos en batalla? Tus poderes y fuerza no son más que hojas secas ante ellos; tus seguidores no fueron capaces de dominar a los mensajeros, ¿crees que podrás vencerlos cuando millones de ellos invadan estas tierras? No pudiste mover los pies de Angada un solo milímetro y, sin embargo, esperas poder capturar y atar a millones de Vanaras. Me apena que, a pesar de tu vasta experiencia, aún te aferres obstinadamente a semejante decisión.

"Nuestro hijo fue asesinado, tu ciudad, reducida a un montón de cenizas y tus parques arrasados; innumerables Rakshasas encontraron la muerte al ser lanzados como muñecos. ¿Dónde estaban tu fuerza y destreza? Tus alardes no podrán causar daño alguno a esos Vanaras.

"¡Señor! rogó Mandodari perdóname por estas palabras. Estás por completo equivocado al considerar a Rama un hombre común, pues él es el amo del universo, es un héroe invencible. Tú ya estás consciente de la magnitud de su poder y valor, ¿o no? Reflexiona seriamente acerca de los hechos narrados por Angada. ¡Recuerda! Ocupaste un trono al lado de varios reyes, en el salón de Janaka, para demostrar tu fuerza y destreza; sin embargo, no fuiste capaz de mover ni un ápice el arco de Shiva, mientras que Rama lo tensó como si se tratara de un juguete y lo arrojó, partiéndolo en dos. Tú presenciaste aquella demostración de fuerza con tus propios ojos y, si aún así persistes en tu necedad, esto es indicio de que tu destrucción está cercana.

"¿Qué pudiste hacer cuando a tu hermana Surpanaka le cortaron la nariz y las orejas? ¿No te avergüenza seguir presumiendo de tu fuerza y heroísmo después de todos esos incidentes? Rama mató a Va¡¡ con una sola flecha, ¿era acaso Vali un enemigo cualquiera? Ahora, Rama ha venido con su ejército de Vanaras y ha acampado en la colina Suvela. Él es la encarnación de la rectitud y la moral, de lo contrario, ¿por qué te habría enviado un emisario para que te dijera que aún podías salvarte? Este mensajero ha tratado de volver tu mente hacia Rama, pero tú no renuncias a tu orgullo y no aprecias el sentimiento moral que motiva a Rama, ni comprendes las virtudes que animaron a la suprema mente al haberte enviado a este emisario. ¡Estás provocando el derrumbe de tu propio reino! ¿Qué pudiste hacer ahora para expulsar a Angada, el embajador, cuando penetró en el salón de audiencias? Existen en su campamento miles, no, cientos de miles de Vanaras más poderosos y destructivos que éste. Escucha mis consejos y olvida esta demoníaca pasión; ve y ríndete ante Rama". Esos sabios

consejos recordaron a Ravana lo sucedido en el pasado, e hirieron su corazón como punzantes flechas.

Al amanecer del día siguiente, Ravana entró en el salón de audiencias como la personificación del vicioso orgullo y se instaló en su trono. En su cabeza bullían sin cesar las palabras de Angada y de Mandodari: planes, temores, proyectos y suposiciones, como si la tierra y el cielo giraran a su alrededor. Sin embargo, ninguno parecía tener el suficiente peso para que la hiciera razonar; así, el día de la destrucción del demoníaco clan de los Rakshasas se acercaba. Ravana se dirigió a un .Rakshasa llamado Vidyutjiva y le dijo: "Camarada, usa tu destreza mágica y reproduce la cabeza de Rama, así como su arco y sus flechas. Al verlos, Sita pensará que son los auténticos y quedará abatida por el dolor".

Vidyutjiva se levantó de su asiento de inmediato y salió del salón. Hizo una réplica exacta tanto del arco y de las flechas como de la cabeza de Rama. Ravana quedó satisfecho ante el asombroso parecido, tomó las reproducciones y se dirigió a Asokavana, el lugar en el que Sita estaba confinada. Mostrándoselas, dijo: "¡Oh, Sita! Mira, éstos son el arco, las flechas y la cabeza de la persona por la que has estado desfalleciendo y a quien has alabado noche y día. He aniquilado a las hordas Vanaras; Lakshmana consiguió salvarse, huyendo del campo de batalla. Para convencerte de que todo esto realmente ha sucedido, te he traído esta cabeza, este arco y estas flechas. Míralos". Después, colocó las imitaciones frente a ella. Sita, por un instante se angustió; sin embargo, recordó que no existía nadie en los catorce mundos que pudiera arrancar la cabeza de Rama, y así supo que se trataba de un vil truco planeado para aterrorizarla. Desechó aquella amenazante duda y le dijo: "Rayana, no hay duda de que el día de tu destrucción ha llegado, de lo contrario no se te habría ocurrido algo tan abominable. No tienes siquiera el valor de aproximarte a Rama, ¿cómo, entonces, esperas matarlo? Tal anhelo no se puede realizar ni en sueños. Éste es un sucio truco de magia que no logra engañarme". Sita profirió burlas e insultos a Ravana, mientras exaltados gritos de "¡Victoria! ¡Victoria al Señor Rama! ¡Victoria al Señor Rama!", se escuchaban por doquier. Los Vanaras habían entrado en la ciudad desde todas las direcciones. Ravana se apresuró a regresar a su palacio y al salón de audiencias.

Sarama, la noble esposa de Vibhishana, se aproximó a Sita y la consoló diciéndole: "Madre, Ravana es un ladino y todo lo que hace son simples trucos. Nadie puede atreverse a herir a Rama; en este momento, él está entrando triunfal en Lanka, con sus ejércitos Vanaras. La ciudad está siendo partida en mil pedazos, tan sólo con los gritos de los monos".

26. EL SITIO

Cuando Rama escuchó de labios de Angada lo que había sucedido en Lanka y supo de la actitud vigilante del enemigo, reunió a los máximos jefes y los comisionó para que decidieran la mejor forma de poner sitio a las cuatro puertas de la ciudad. Así, Sugriva, el jefe de los monos, Jambavan, el jefe de los osos, y Vibhishana, el otrora jefe de los Rakshasas, se reunieron y decidieron dividir sus fuerzas en cuatro, cada una con sus comandantes y guías. Después, se postraron a los pies de Rama y, entusiasmados por sus bendiciones, dieron la orden de atacar.

Llevando a Rama en sus corazones, los Vanaras avanzaron en temibles oleadas, armados con rocas y árboles. Lanka tenía fama de ser inexpugnable, pero las bendiciones de Rama los ayudaron a entrar. La puerta este fue atacada por las fuerzas de Nala; la puerta sur fue derrumbada por los millones de Vanaras que conducía Angada; la del oeste cayó bajo el asalto del ejército dirigido por Hanumán. El propio Ravana custodiaba la puerta norte y ahí Rama peleó contra él. Los Vanaras no llevaban tambores de guerra ni trompetas, pero el "Ram, Ram" que gritaban con devoción emergía como una sola voz de todas las gargantas y hacía eco desde el cielo. La ciudad entera era presa de la confusión y el pánico, mas Ravana continuaba cegado por su tonto orgullo; se regocijaba ante la perspectiva del triunfo sobre las fuerzas enemigas y se deleitaba pensando que el día de fiesta de la victoria había amanecido para el sol Rakshasa.

Los Rakshasas se habían colocado sobre las murallas, las torretas y los bastiones del fuerte, come nubes sobre los picos del monte Merú. Batían tambores y hacían sonar trompetas. Sus gritos de "¡Victoria a Ravana!" se confundían con el grito de "¡Victoria para Rama, el Señor!". Las rocas arrojadas por los Rakshasas sobre los Vanaras que atacaban sus muros y pretendían escalarlos eran detenidas, por temor a que los mismos Vanaras las regresaran, con funestas consecuencias para los Rakshasas atrincherados en las murallas. El avance de los Vanaras cobraba más fuerza conforme proseguía la lucha; mataban a los Rakshasas en cualquier sitio en que los encontraban y en todo momento. Así como una gigantesca tormenta esparce las nubes en los cuatro rumbos, la creciente acometida de los Vanaras aterrorizó a los Rakshasas, obligándolos a huir en todas direcciones y propiciando que la ciudad quedara sumida en la desesperanza.

Las mujeres, los ancianos y los niños comenzaron a culpar a Ravana por ser causante del desastre que ahora se cernía sobre sus cabezas; algunos Rakshasas abandonaron la lucha y huyeron con sus esposas e hijos, para escapar de una muerte segura. Al percatarse de aquellos grupos que huían, Ravana rechinó los dientes y lleno de ira gritó: "¡Cobardes, huyen de la batalla! ¡Voy a hacerlos pedazos con mi espada de diamante!". Al oírlo, algunos de los que escapaban, volvieron al combate.

En esos momentos, los héroes Vanaras cruzaron las líneas enemigas y, con la fuerza que les infundía la contemplación de Rama, penetraron en la fortaleza privada del propio Ravana y la arrasaron por completo, destruyendo todo a su paso con un pilar de oro que blandieron como arma. Golpeaban sin misericordia a todo Rakshasa que encontraban, le arrancaban la cabeza y la lanzaban con tal fuerza y tino, que iba a caer justo frente a Rayana. Al anochecer, los Vanaras se presentaron ante Rama, después de haber demostrado su heroísmo .y superioridad frente a los Rakshasas.

Los Rakshasas son noctámbulos, por lo cual, al caer la noche su furia y exclamaciones aumentaron. Sus gritos de "Victoria a Rayana" les parecían a los Vanaras rugidos de león. Al volver éstos a la batalla, Akampa y Athikaya, dos generales Rakshasas, usaron sus poderes mágicos para que una densa oscuridad se esparciera por todas partes y, bajo el manto de la noche, hicieron llover polvo, piedras y sangre sobre el enemigo. Los Vanaras no podían distinguir aliados de adversarios y, ante el temor de pelear entre sí, exclamaron: "¡Rama!" para obtener valor y poder combatir. Al escuchar éste sus gritos, llamó a Angada y a Hanumán y les explicó que la magia de los Rakshasas había causado una gran confusión. Ellos se enfurecieron ante las vergonzosas tácticas que empleaba el enemigo, pero Rama extrajo tranquilamente de su carcaj a Agniyastra, la flecha de fuego, y la disparó hacia la oscuridad que aquéllos habían creado. La refulgencia de tal flecha acabó con la

oscuridad, iluminándolo todo con una maravillosa luz. Entonces, los Vanaras y los osos comenzaron a aplastar y destruir al enemigo, con renovada energía. Cuando se escuchó el triunfal grito de Angada y Hanumán, los Rakshasas trataron en vano de escapar, pero los Vanaras los atraparon por los pies y los arrojaron al mar. Los Rakshasas restantes, sin energía para continuar, se retiraron a su campamento, ya entrada la noche. Cuando los Vanaras se presentaron ante Rama, y los ojos de éste se posaron sobre ellos, de inmediato se sintieron frescos y recuperados, sin mostrar huellas de cansancio.

Mientras tanto, Ravana convocó a sus ministros y les habló así: "Este día, miles de Rakshasas fueron aniquilados por los Vanaras en el campo de batalla. Debemos planear ahora nuestra estrategia para contrarrestar su ataque". Malyavanta, el anciano ministro que había servido al padre de Ravana y que además era su abuelo materno, se incorporó y empezó a darle consejos para instruirlo acerca del camino moral y correcto a seguir: "¡Rayana! comenzó diciendo muy cariñosamenteescucha con calma mis palabras. Perdóname por ser sincero. Desde que trajiste aquí a Sita, se han observado malos presagios que no es posible describir ahora con detalle. La gloria de Rama, la persona suprema, no puede ser medida ni alabada adecuadamente ni siquiera por los mismos Vedas. Oponerte a este ser cósmico, a este Señor Supremo, no puede otorgarte ningún beneficio o gracia. Harías bien en ponderar esto con calma. Rama es aquél que mató a Hiranyakasipu y a Hiranyaksha y es el depositario de todas las virtudes; no albergues odio en su contra. ¡Oh, emperador! Salva a Lanka, te lo ruego. Lleva a Sita con Rama, no demores más. Tu salvación se halla en tu inmediata rendición". Y después de decir esto, Malyavanta inclinó la cabeza y ofreció reverencias a su rey.

Aquellas palabras ofendieron a Ravana quien, enfurecido, exclamó: "Pareces estar dispuesto a entregarte a las fauces de la muerte; tu senilidad me obliga a perdonarte, pues de lo contrario, ya te habría despedazado. Ten cuidado; levántate y desaparece". Ravana siseó como una serpiente iracunda, y Malyavanta sintió lástima por él, pues sabía que su fin estaba próximo. Rió para sus adentros, por la vanidad y la ignorancia que lo habían cegado, al ver que Ravana se había dejado llevar por funestos razonamientos y reacciones necias, ignorando el consejo que lo habría salvado, junto con su imperio, ahora que el destino había decidido poner fin a su carrera.

En ese momento, Meghanada se levantó y dijo: "Padre, no titubees; mañana, en las primeras horas del día, podrás presenciar mi habilidad en la batalla y demostraré con hechos mucho más de lo que digo con palabras". La seguridad de Meghanada apaciguó un poco el enfado de Ravana. Nuevamente sintió alegría y un renovado valor y esperanza. Acercándolo hacia sí y acariciándolo con cariño, exaltó frente a todos la valentía y el heroico corazón de su hijo. Hacia la medianoche, la asamblea terminó y cada miembro regresó a su hogar,

pero ninguno tuvo ánimos para comer y no pudieron conciliar el sueño. Se encontraban presos de la ansiedad y el terror, pensando en la catástrofe que podía sobrevenir en cualquier momento. Mientras se consumían por el miedo, el Sol apareció por el oriente. Los monos y osos cercaron todos los caminos que llevaban a Lanka. Sus rugidos resonaban en el cielo y provocaban confusión y pánico. Los Rakshasas tuvieron que empuñar sus armas para hacerles frente, pues no tenían otra alternativa. La lluvia de rocas y peñascos que se precipitó sobre la ciudad desde las murallas que la rodeaban fue contrarrestada por flechas y otras armas que millones de Rakshasas empuñaban. Ellos también gritaban y lanzaban alaridos que retumbaban hasta el cielo, como si fuese el día del juicio final. Sin embargo, los inmensos picos y colinas que los Vanaras arrojaron sobre ellos convirtieron al ejército Rakshasa en una masa inerte.

Enfurecido al saber la noticia de que los Vanaras habían entrado en la ciudad, Meghanada empuñó sus armas y se lanzó al ataque. Las hordas que lo seguían batían sus tambores de guerra y hacían sonar sus clarines. Meghanada era conocido por el nombre de Indrajit, ya que en una ocasión había derrotado nada menos que a Indra, el rey de los dioses. Era un temible guerrero y el jefe de todos los generales de Lanka. Los Vanaras se atemorizaron cuando lo vieron llegar en su carruaje. Al notar la huida del enemigo, Meghanada gritó de alegría y disparó sobre éste una lluvia de flechas con su poderoso arco. Tensando la cuerda al máximo, lanzaba con rapidez y furia las flechas, que volaban como serpientes aladas en todas direcciones, de tal suerte que los Vanaras, atemorizados, perdieron el ánimo de combatir y se retiraron en franca huida. Algunos fueron derribados por las flechas y otros se desmayaron. Al observar la lastimosa situación de los Vanaras, Hanumán se enfureció y se lanzó contra Meghanada, con tal furia que parecía ser el mismo dios de la muerte. Arrancó el pico de una montaña cercana y lo arrojó contra el jefe Rakshasa, quien al ver que el pico se le aproximaba como mensajero de muerte, utilizó su magia para elevarse hacia el cielo. Su carruaje, los caballos y el auriga fueron aplastados por el pico, al caer éste exactamente en el sitio donde se encontraba. Meghanada se valió de muchas otras estratagemas mágicas, pero su intento de atemorizar a Hanumán resultó tan inútil como el de una pequeña serpiente que intenta asustar a Garuda, la reina de las águilas. Hizo llover fuego y sangre; convirtió el resplandeciente día en densa noche, con una oscuridad tal que nadie podía ver ni su propia mano teniéndola frente a los ojos. Ante tales trucos, los Vanaras se desalentaron y, confundidos, creyeron que su fin estaba próximo.

Cuando Rama vio las triquiñuelas desesperadas de los Rakshasas, rió para sus adentros al darse cuenta de la impotencia de éstos. Al notar que IQs Vanaras habían perdido confianza y valor, lanzó una sola flecha hacia el campo de batalla. Instantáneamente, la magia

de los Rakshasas quedó nulificada y no funcionó más. La luz regresó a la tierra como si el Sol hubiera aparecido en el cielo. Los Vanaras recobraron la confianza y arremetieron contra los Rakshasas. La compasiva mirada de Rama había descendido sobre ellos, logrando así que se recuperaran. Todos gritaron al unísono: "¡Victoria! ¡Victoria a nuestro Señor Rama!", y avanzaron en forma incontenible. Nada podía detenerlos ni impedir su marcha. Para elevar su ánimo y apresurar su paso, Lakshmana se unió a Hanumán y, con su potente arco y afiladas flechas, cayó sobre Meghanada. Ravana, al enterarse de que Lakshmana se unía al combate, se apresuró a enviar refuerzos para apoyar a su hijo. Los Vanaras. lucharon sin tregua, armados con árboles y rocas. Ambos bandos combatieron con indomable ferocidad. La mayor parte de la lucha consistió en duelos entre guerreros y líderes. Los Vanaras golpeaban con sus puños y mordían con sus afilados dientes, lo cual causó la muerte de un gran número de Rakshasas. Con sus uñas cercenaron muchas cabezas y arrancaron más de una mano. Los gritos de victoria con que los Vanaras anunciaban su triunfo resonaban en las nueve islas. Los cuerpos sin cabeza de los Rakshasas seguían corriendo por un momento en la dirección que llevaban mientras tenían vida. Al ver tan dantesco espectáculo, los Vanaras prorrumpían en sonoras carcajadas. Los caminos que cruzaban el vasto campo de batalla se convirtieron en arroyos de sangre.

Lakshmana y Meghanada se trabaron en mortal combate. Cada uno igualaba al otro en habilidad y fuerza. Indrajit quiso derrotar a Lakshmana con trucos mágicos y no con tácticas de guerra, pero incluso aquéllos resultaron fallidos y sus planes fracasaron. En un arranque de ira incontenible, Lakshmana destruyó el carruaje de Meghanada y mató a su conductor; ante ello, y temeroso de su inminente muerte, Meghanada empuñó a Shakti, el arma de supremo poder que Brahma le había obsequiado, y apuntándola hacia el corazón de Lakshmana la arrojó. El arma dio en el blanco y Lakshmana cayó al suelo en "mortal" desmayo. Ya sin temor, Meghanada se aproximó al héroe derribado y trató de levantar su cuerpo para llevarlo a su campamento, pero aunque la fuerza de ambos era la misma, Meghanada no pudo levantar el cuerpo de Lakshmana. Un número incontable de guerreros se acercó para ayudarlo, mas todo fue inútil; Lakshmana era la serpiente primigenia que sostiene al cosmos sobre sus mil cabezas, era Adisesha vuelta a nacer, ¿cómo entonces podrían levantarlo uno o muchos hombres, por fuertes que fueran? ¡Sólo aquellos que han ganado la gracia de Sri Rama podrían mover a Lakshmana!

Al caer las sombras de la tarde, los dos ejércitos regresaron a sus campamentos. Sri Rama observó a los Vanaras regresar, pero no vio a su hermano entre ellos y preguntó: "¿Dónde está Lakshmana?". En ese preciso momento, Hanumán entró llevando el cuerpo de Lakshmana sobre sus hombros, exclamando con dolor: "¡Rama, Rama!". Éste se

comportó como si estuviese perturbado y afectado por la angustia, pero de inmediato reaccionó. Colocó el cuerpo de Lakshmana en su regazo y lo examinó con detenimiento. En ese momento Jambavan, el anciano, sugirió: "Señor, no perdamos tiempo; no demoremos el tratamiento ni dudemos. Es mejor que traigamos a Sushena, el médico de Lanka; él conoce el remedio". De inmediato, Hanumán asumió una minúscula forma humana y penetró en el corazón de la ciudad. Mientras avanzaba, lo asaltó la duda respecto a si Sushena accedería a la petición de acudir al campamento de Rama, así que recurrió a una artimaña. Levantó la casa de Sushena, llevándola con él adentro, y la transportó intacta hasta el campamento. Cuando Sushena salió, se encontró ante el propio Rama. Se postró a sus pies y le reveló el nombre de la montaña donde crecía la yerba medicinal que podía salvar a Lakshmana. Mientras Rama pensaba a quién enviar en busca de tan preciada medicina, Hanumán se inclinó a los pies de loto de su señor y le rogó que se le encomendara tal misión. Así, Rama le confió a él la tarea.

Entretanto, uno de los espías de Ravana le informó que Sushena, el médico, se encontraba en presencia de Rama, por lo cual Ravana consultó a Kalanemi sobre ese nuevo suceso y sus posibles consecuencias, a lo cual Kalanemi contestó: "Rayana, Hanumán es un ser increíble. ¿Acaso no prendió fuego a Lanka en tu propia cara? ¿Qué destreza o fuerza poseo yo para contenerlo o vencerlo? Aún no es tarde para hacer lo correcto, olvida la idea de que puedes derrotar a Rama. Ve, busca refugio en sus pies y tu suerte mejorará; renuncia a tu orgullo y obstinación". Kalanemi aconsejó sabiamente a Rayana, pero éste esperaba escuchar algo diferente, y por eso rechazó aquellas palabras. Temblando de rabia, gritó: "¿Estás dispuesto a obedecerme? Si no es así, prepárate a morir". Kalanemi pensó que sería más benéfico morir a manos de Rama que en las de Ravana, así que huyó hacia el campamento de aquél. Haciendo uso de sus poderes mágicos, buscó un lago en el centro de un bello parque y, vistiendo la túnica de un rishi (devoto sabio), se sentó a la orilla, en profunda meditación. Hanumán, quien se encontraba camino a la montaña donde crecía la planta salvadora, estaba exhausto, pues no había descansado desde el violento encuentro con Meghanada. Pensó entonces que un breve descanso y un poco de agua dé ese lago lo refrescarían para poder continuar con más prisa. Hanumán se postró a los pies del sabio, quien recitaba el nombre de Rama y cantaba sus glorias y alabanzas; sintiéndose muy complacido, él también cantó "¡Rama, Rama!". Más tarde, el disfrazado Kalanemi le dijo: "¡Oh, Vanara! Una guerra se está librando entre Rama y Ravana. La veo todos los días desde aquí; no hay duda de que Rama saldrá victorioso sin menoscabo alguno". Aquellas palabras causaron en Hanumán profunda alegría y le dijo al sabio que se encontraba muy sediento; el sabio le entregó su vasija afirmando que contenía fresca y reconfortante agua, pero Hanumán replicó: "Señor, esta pequeña cantidad no será suficiente para apagar mi sed". Entonces, el sabio le

dijo que muy cerca había un lago, en cuyas cristalinas aguas podría sumergirse y beber hasta saciarse. Hanumán asintió y avanzó hacia el lago indicado; entró en él hasta que sus pies quedaron cubiertos por el agua. En ese momento, un cocodrilo emergió de las aguas y atrapó sus pies con sus pavorosas fauces. Por supuesto, éste no pudo causarle mayor daño, pues Hanumán lo sacudió y golpeó hasta matarlo, pero en cuanto la vida del reptil se extinguió, apareció frente a Hanumán una resplandeciente criatura celestial. Hanumán quedó sorprendido con esa visión y le preguntó a la aparición: "¿Quién eres?", a lo cual la criatura contestó: "¡Oh, servidor de Rama!, mi carga de pecados se esfumó al tener la buena fortuna de verte y de ser tocado por ti. Kalanemi y yo éramos músicos Gandharvas, en la corte de Indra, en el cielo. Un día, el sabio Durvasa, famoso por su carácter iracundo, llegó a la corte, y cuando nuestros ojos se posaron en esa fiera y salvaje figura, rompimos a reír. Por ello él nos maldijo para que naciéramos en la tierra como Rakshasas. Le imploramos misericordia, tocando sus pies y derramando lágrimas de arrepentimiento; logramos así que se apiadara de nosotros, y entonces nos dijo: `Está bien. Nacerán en Lanka; el Señor encarnará como Rama en el último cuarto de la era de Threta y se entablará una terrible batalla entre él y el emperador de Lanka. Durante esa batalla, Lakshmana, su hermano, será fatalmente herido por el arma llamada Shakti, y Hanumán, un devoto servidor de Rama, viajará hasta la montaña Sanjivi, rica en arbustos medicinales. Ambos se liberarán de su condición de Rakshasas, al tener contacto con él'. ¡Oh, Vanara! El sabio que vive aquí cerca y que te dirigió hasta aquí es un impostor, es un Rakshasa disfrazado; su nombre es Kalanemi".

Después de oír esto, Hanumán se dirigió hacia donde se encontraba Kalanemi y le susurró al oído: "Querido preceptor, acepta la ofrenda que te brindo en pago por la lección que me has enseñado; tú eres mi gurú y debo pagar tus honorarios". Kalanemi, mientras tanto, se había preguntado el motivo por el cual Hanumán se demoraba tanto en saciar su sed y regresar, y adivinando que ello se debía a que su hermano, que vivía su maldición como cocodrilo, le había revelado su identidad y su historia, fingió estar profundamente inmerso en meditación como para no reconocer a quien se colocaba frente a él y responderle. Pero como Hanumán ya sabía que bajo ese disfraz se ocultaba Kalanemi, le apretó el cuello y se lo torció con rapidez hasta matarlo, al tiempo que Kalanemi pronunciaba las palabras "¡Rama, Rama!", que emergieron de sus labios con su último aliento.

Después de hacer a un lado el cadáver, de un puntapié, Hanumán se apresuró a llegar a la cordillera Drona y, al alcanzar la colina Sanjivi, empezó a buscar la medicina por la que había ido. Sin embargo, dado que no podía identificarla entre la exuberante vegetación que cubría aquella colina y que el tiempo apremiaba, pues se había demorado demasiado y estaba consciente de la orden de Rama, Hanumán ideó otro plan: arrancó la colina entera y brincó por el

cielo, llevándola en su mano. En su camino a Lanka, y ya de noche, Hanumán tenía que cruzar sobre la ciudad de Ayodhya. A esa hora, Bharata se hallaba despierto, sintiendo pena y preocupación por lo que pudiese ocurrirle a su hermano, exiliado en el bosque. Súbitamente, una sombra apagó la luz de fa Luna; era la sombra de Hanumán que transportaba la colina, pero Bharata, creyendo que ese mono que llevaba semejante carga era un Rakshasa que había asumido tal forma para ejecutar alguna perversa misión, decidió acabar con él antes de que pudiese causar algún daño. Con su arco disparó una flecha, tensando la cuerda hasta el máximo y con atinada puntería. Cuando la flecha hirió a Hanumán, éste lanzó un agudo grito: "¡Rama!". Al escuchar ese nombre, Bharata corrió aturdido hacia el derribado mono. De labios de Hanumán escuchó todo acerca de su misión y de la urgencia de su encargo. Bharata quedó sobrecogido por el dolor; abrazó a Hanumán y le rogó que lo perdonara por su torpe proceder, después rompió en llanto y rezó: "Si es verdad que he adorado a Rama con el pensamiento, palabra y obra y que no me he desviado de ese sendero, ruego que a este Vanara le sean devueltas su salud y fuerza".

Aquel profundo lamento de Bharata y el haber expresado tan firme ruego propiciaron que el dolor de Hanumán desapareciera, y éste se incorporó recuperado y lleno de energía. Mas Hanumán, para someter a prueba la sinceridad de Bharata, dijo: "Victoria al Señor de la dinastía Raghu". Al oír aquello, el corazón de Bharata sufrió un vuelco y entre sollozos preguntó: "¡Oh, jefe de los monos! ¿Se encuentran bien Sita, Rama y Lakshmana? ¿Sita, mi Madre, está feliz y con ánimo?". Bharata derramaba lágrimas de alegría al recordar a la ausente Sita y a sus hermanos. Hanumán le relató todo lo que había sucedido y Bharata quedó abatido por la tristeza al escucharlo y se desmayó al saber que Lakshmana había perdido la conciencia en el campo de batalla. En poco tiempo, Bharata se recuperó e incorporándose, dijo: "Hanumán, disculpa mi torpe comportamiento. No debo causarte más demora. Apresúrate a llevar la colina Sanjivi con la preciada medicina que puede curarlo; ¡date prisa!"

Hanumán se postró a los pies de Bharata y levantó la colina sobre la palma de su mano. Cuando se elevó sobre el horizonte, Bharata lo observó sin parpadear hasta que lo perdió de vista, sintiéndose contento por tener, al fin, noticias de Rama, aunque triste por el estado de Sita y de Lakshmana. Llevando a cuestas su pesar, emprendió el camino a su hogar y narró aquellos incidentes a las madres.

Sumitra, la madre de Lakshmana, se entristeció momentáneamente, pero pronto recobró !a calma al recordar que Rama estaba al lado de su hijo y se dijo a sí misma: "El hijo nacido de mi vientre está ofrendando su vida al .enrielo de Rama. Ése es suficiente consuelo para mí y me produce una gran satisfacción; mi vida ha sido colmada. No obstante, me preocupa que Rama esté afligido por la suerte de Lakshmana, su «pérdida de conciencia» debe preocuparle

mucho; la separación de su hermano también debe causarle dolor. ¡Hijo!, ¡Satrugna!, ve hacia donde está Rama y permanece a su lado". Satrugna se puso de pie a! oírla y dijo: "iQué mayor fortuna podría ocurrirme!". Pero Bharata lo detuvo para decirle: "Sin órdenes específicas de Rama' no puedo aceptar que te le unas". Bharata consoló a Satrugna y le explicó que a Rama podría no gustarle esa decisión y que lo mejor era someterse a su voluntad.

Mientras tanto, en Lanka, Rama cuidaba de Lakshmana. La mañana transcurrió hasta convertirse en tarde y después en noche. Los Vanaras se sentaron alrededor de Rama y éste, actuando como un ser humano común, expresó su ansiedad por la ausencia de Hanumán: "Ya es medianoche y aún no hay señales de Hanumán. ¿Acaso se habrá perdido? Mi hermano Lakshmana continúa inconsciente y en estado crítico". Volvió tiernamente el rostro de Lakshmana hacia él y, acariciándolo con afecto, dijo: "Hermano, abre tus ojos y mírame. Jamás habías pasado tanto tiempo sin posar tus ojos en mí; sin un solo parpadeo me has observado todos estos años sin interrupción; ¿cómo puedo soportar tu silencio? Desde ayer no tengo quién me consuele con suaves palabras sollozaba Rama como un mortal común . Hermano, por mí olvidaste a tus padres y a tu esposa, y me acompañaste al exilio aun cuando no estabas obligado a hacerlo. Nunca te importaron las privaciones. Tu naturaleza es dulce y sencilla; sin embargo, por mí aceptaste con alegría el ardiente Sol, te mojaste bajo la lluvia y temblaste de frío. Tomabas tus alimentos a deshoras y me dabas toda la comida que encontrabas. Lakshmana, sé muy bien que en ocasiones te acostabas en el suelo con el estómago vacío. ¡Hermano!, durante doce largas horas he sido privado de tu amoroso cuidado, ¿no te das cuenta de esto? ¡Lakshmana! Abre los ojos una sola vez y mírame; ¡es lo que más necesito ahora!".

Rama acarició el mentón de Lakshmana con su amorosa mano y oró conmovedoramente para recibir una mirada de Lakshmana. Los Variaras lloraban de tristeza al notar la ansiedad de Rama. Muchos de ellos treparon a las copas de los árboles y otearon el horizonte buscando señales de la llegada de Hanumán.

Pronto, el heroico mono apareció llevando la colina Sanjivi en la mano. Ante los ojos de los Variaras, Hanumán brilló como la encarnación del valor, luciendo aún más hermoso por el resplandor de la compasión. Descendió entre vítores de "¡Salve!, ¡salve!" de los Variaras, quienes le dijeron: "Tú les has otorgado valor a nuestras vidas; si no hubieras aparecido antes del amanecer, nos habríamos arrojado al océano para morir, pues no podríamos seguir con vida sin Lakshmana. Has salvado nuestra existencia". Cuando Rama vio llegar a Hanumán con el pico sobre el cual crecían las plantas medicinales, su gozo fue incontenible. De inmediato, Sushena procedió a recoger las yerbas que requería y se las administró a Lakshmana, el cual se incorporó, totalmente recuperado. Rama estaba henchido de alegría;

abrazó a su hermano, lo acarició lleno de amor y exclamó: "¡Hermano, hermano! ¿Dónde has estado todas estas horas?". De sus ojos brotaban lágrimas de alegría y gratitud; estaba inmerso en gozo supremo, comparable sólo a la bienaventuranza divina. Al mismo tiempo, y gracias a que experimentaron el contacto del vivificante aire que rodeaba a la colina Sanjivi, los Variaras que habían caído durante los amargos días de combate recuperaron la vida. Aquello causó enorme alegría entre los Variaras y todos bailaron jubilosos, abrazando a sus resucitados parientes y compañeros. Rama bendijo a Sushena y le juró que lo protegería de cualquier intento de venganza de Rayana. Le ordenó a Hanumán que nuevamente lo llevara a Lanka, con todo y su casa, incluyendo la preciada colina Sanjivi, como recuerdo del servicio prestado a Lakshmana y a los Variaras. Hanumán alabó aquella acción y le agradeció haber salvado la vida de su señor y la de sus compañeros. Levantó su casa con él adentro, así como la colina y las colocó a salvo en tierra de Lanka.

Un nuevo día vio la luz, y se escucharon los tambores de guerra provenientes del campamento Rakshasa. Al oír el sonido de aquellos tambores, los Variaras se excitaron. Sólo pensar en Rama, su guía y guardián, les inyectaba enorme fuerza; cada uno estaba dotado de la fuerza de varios elefantes. Brincaban por doquier, impacientes por combatir. Ese día, el generalísimo del enemigo era Dhumraksha, quien luchó con denuedo pero no pudo evitar la muerte a manos de Hanumán, al siguiente día. Entonces, Akampa intervino en la lucha y peleó ferozmente a la cabeza de las hordas demoníacas. Angada condujo a los Variaras para hacer frente a Akampa y logró acabar con él ese mismo día. Al saber que Akampa había muerto a manos del enemigo, Prahasta se apresuró a entrar en combate, provocando gran alarma. Nila se hizo cargo de él e invocando aún con más intensidad el nombre de Rama, lo combatió con gran furia. Saltó sobre Prahasta con enorme ferocidad y al final, logró matarlo. Mahodara se sumó al ataque; sin embargo, Hanumán se plantó frente a él con un estremecedor rugido y se le enfrentó con fiereza. En poco tiempo, Mahodara fue despedazado.

Durante cinco largos días, los dos hijos de Kumbhakarna, Kumbha y Nikumbha, continuaron la batalla, encabezando una falange de fieros Rakshasas. El sexto día, los hermanos alcanzaron el cielo reservado a los héroes que mueren en el campo de batalla.

Al observar la ininterrumpida serie de calamidades que sufrían sus ejércitos, los Rakshasas de Lanka fueron presa del pánico y buscaron con desesperación un sitio donde esconderse para conservar la vida; muchos se rindieron y pidieron asilo en el bando de los Variaras, culpando a Rayana y lanzándole injurias. Otros se acercaron a la reina Mandodari y le rogaron detener la escalada de desastres. Ella también estaba triste porque Rayana había cedido a sus rabiosos impulsos y trató de disuadirlo de continuar la guerra.

Sin embargo, la lucha continuó. Makaraksha, el formidable guerrero, prosiguió la batalla. Lakshmana se enfrentó a él y lo mató. Al presenciar aquella rápida victoria, los Variaras saltaron de alegría y exclamaron: "¡Victoria, victoria!". Rayana, abatido, lloraba al escuchar que todos sus invencibles generales habían sido muertos. Corrió hacia el lugar en el que su hermano Kumbhakarna yacía dormido y trató de despertarlo con brusquedad.

Multitud de Rakshasas se reunieron a su alrededor y casi en sus oídos golpearon salvajemente enormes tambores. Ravana mandó traer a cientos de púgiles para que con golpes despertaran al demonio; cientos de ellos descargaron puñetazos sobre él; otros le propinaron pesados golpes con gigantescas mazas. Por fin, los ojos se abrieron y el demonio miró a su alrededor. Ravana lo puso al tanto de .a desesperada situación en la que se encontraba y le dio la noticia de la muerte de sus dos hijos. Eso lo hizo incorporarse con sed de venganza, como si fuese la encarnación del tiempo, el destructor universal, y exclamó: "¡Tonto! ¿Acaso pensaste obtener la victoria? Te has mancillado imperdonablemente al haber raptado a Sita, la madre del universo; tu vil acto es inexcusable y aborrecible. Tu depravación ha ocasionado la destrucción de Lanka. Ve, entrégate a Rama y olvida tu absurdo concepto del prestigio y de la fama. ¿Acaso fue propio de un rey, cuyo deber es mantener la rectitud y eliminar lo incorrecto, ignorar la decencia y la buena conducta, para raptar a la esposa de otro? ¿Crees que la ética aprueba tal acción? ¿Piensas que tu comportamiento conduce al progreso espiritual? Ahora tienes que sufrir las consecuencias de tus actos. Ravana, Rama no es un mortal común. Surpanaka, nuestra hermana, estaba enloquecida por la lujuria; ella intentó satisfacer sus deseos egoístas y sufrió la consecuencia de su maldad, enardeció tu instinto y te indujo a perpetrar este atroz crimen. Al escuchar a esa astuta mujer perdiste el buen juicio y atrajiste sobre ti esta calamidad".

Kumbhakarna culpó a su hermano y lo aconsejó largamente, pero Ravana no estaba de humor para aceptar su culpa; por el contrario, le rogó: "No me abandones en el desastre, prepárate para conducir a nuestros ejércitos en la batalla y salva mi vida".

Al no encontrar otra salida y vencido por el afecto que sentía hacia su hermano, Kumbhakarna se alistó. Le llevaron recipientes repletos de caldo y gran cantidad de carne para que desayunara y, después de comérselo todo de un solo bocado, se lanzó a la batalla. Al verlo entrar en combate, Vibhishana, su hermano menor, corrió hacia él desde el campamento de Rama y cayó a sus pies, en humilde reverencia; después se incorporó y se anunció diciendo su nombre. Kumbhakarna se puso muy contento y abrazó a su hermano con ternura. Vibhishana fue el primero en hablar y le dijo: "Hermano, Ravana me insultó en plena corte y me echó a patadas del salón de audiencias. Yo le hice saber las calamidades que ocasionaría este

enfrentamiento y traté de persuadirlo para que depusiera su actitud, pero él hizo caso omiso de mis advertencias y prestó oídos a sus necios ministros, ebrios de poder. Lanzó sobre mí insoportables insultos frente a tales personas, por lo que, al no tolerar el agravio, me entregué a Rama; al saber éste que yo era inocente y que estaba indefenso, me aceptó concediéndome asilo".

Kumbhakarna le respondió: "Escucha, hermano, la sombra de la muerte se cierne ya sobre Ravana; ¿cómo podría él prestar atención a los buenos consejos? Seguramente has hecho lo correcto, realizando la meta de tu vida; ahora ya no eres Vibhishana; sino la Vibhushana (joya resplandeciente) del clan Rakshasa. Has ennoblecido y purificado a tu clan al servir con tan ardiente fervor al océano de felicidad, la corona de la dinastía Raghu, Rama. Vete y sírvele con sincero fervor. Hermano, debo participar en la batalla sin importar el destino que me aguarde, pues yo también estoy cerca de la muerte. Ravana sabe que mi corazón no está con él. Te recomiendo que olvides la lealtad a uno u otro bando, y fue seas sólo leal a Rama". _

Después de recibir aquellos consejos y bendiciones de su hermano, Vibhishana regresó ante la presencia de Rama y le dijo: "Señor, esa montaña Rakshasa es Kumbhakarna, él es un feroz y valiente luchador y ha venido aquí a enfrentarse contigo".

Cuando los Vanaras escucharon esas palabras se enfure= cieron a tal grado que echaban chispas y, dirigidos por Hanumán, cayeron sobre el enemigo. Arrojaron árboles inmensos y enormes rocas contra Kumbhakarna, pero éste permaneció de pie, impasible. ¡El ataque Vanara era como golpear a un elefante rabioso con una pestaña! Hirviendo de ira, Hanumán le propinó un tremendo golpe con el puño e hizo que Kumbhakarna se tambaleara. Mas se recuperó con rapidez y le regresó el golpe, derribándolo. Nala y Nila se unieron al combate, pero nada pudieron hacer ante el poder de Kumbhakarna, y el temor se apoderó de los Vanarast Sugriva y Angada también resultaron dañados por el feroz ataque y los dos rodaron al suelo. Al final, Kumbhakarna asió a Sugriva y lo llevó hasta fuera del campo de batalla, pues supuso que si eliminaba al jefe derrotaría al ejército Vanara.

Cuando Hanumán recobró la conciencia y se dio cuenta de lo que ocurría, buscó con desesperación a Sugriva, el cual, mientras era llevado prisionero bajo el brazo del poderoso Kumbhakarna, volvió en sí y trató de librarse. Hanumán, al ver el intento desesperado de Sugriva por escapar de aquel abrazo, corrió a auxiliarlo, pero antes de que se aproximara, Sugriva logró zafarse de su captor y empezó a luchar con valentía contra él; mordió la nariz y las orejas de Kumbhakarna, y a causa de esas heridas el monstruo empezó a respirar con dificultad. De inmediato, una horda de Vanaras, al tiempo que gritaban "¡Victoria a Rama! ¡Victoria a nuestro Señor!", rodearon a Kumbhakarna y le arrojaron rocas, colinas y árboles. El enfurecido demonio saltó sobre los Vanaras y, atrapando a los más próximos, los aplastó y se los tragó; a

muchos otros los trituró hasta matarlos. De esa forma, Kumbhakarna dispersó a los aterrorizados Vanaras.

Al ser testigo de tal escena, Rama les dijo a Lakshmana y a los demás que había llegado el momento de participar él mismo en la batalla; su intervención no podía demorarse por más tiempo. "Lakshmana, dame el carcaj inagotable de flechas", dijo, y obedeciendo a Rama de inmediato, Lakshmana colocó en las manos de su hermano el carcaj. Armado con el arco Kodanda, Rama caminó hacia el campo de batalla como un león que avanza hacia su presa; Lakshmana, Sugriva, Hanumán y Jambavan lo siguieron. Las flechas disparadas por el arco de Rama volaron con gran velocidad, como serpientes aladas, hacia el enemigo; se esparcieron por todas partes y penetraron en los cuatro confines. Millones de héroes y guerreros de las filas enemigas cayeron muertos; incapaces de soportar el ataque de las flechas, los Rakshasas huyeron. El torrente de saetas no se agotaba; cada una que era lanzada regresaba al carcaj, después de causar daño. Al darse cuenta de que Rama iba a exterminar alas fuerzas Rakshasas, Kumbhakarna se enfureció terriblemente; rugió como un león herido y se lanzó al centro del campo de batalla, obligando a los Vanaras a huir llenos de miedo. Al ver que nada podía detener a Kumbhakarna, Rama apuntó contra él una flecha y le cortó los brazos, separándolos de sus hombros. Al sentirse herido, el monstruo aulló como la montaña Mandara cuando sus alas fueron cercenadas por Indra, el rey de los dioses, y se arrojó contra Rama dando un agudo chillido; Rama tensó su arco al máximo y le disparó con fuerza mortal un hato de flechas a la cara. Kumbhakarna se tambaleó ante el impacto, pero no se desplomó, por lo cual Rama usó otra flecha que le cortó la cabeza y la hizo rodar al suelo. Aun con la cabeza separada, el cuerpo continuó avanzando amenazador y, para hacerlo caer, Rama disparó otra flecha que lo partió en dos. Súbitamente, un resplandor se elevó del cuerpo y, avanzando hacia donde estaba Rama, se fundió con él. El Rakshasa obtuvo la liberación sin llevar a cabo ningún sadhana (disciplina espiritual), ni japa (recitación del Nombre) ni tapas (prácticas ascéticas). En vida, Kumbhakarna brilló como un incomparable héroe en el campo de batalla; al morir, alcanzó el más elevado estado de unión con Dios.

Rama permaneció de pie en el campo, con el rostro de loto perlado de sudor y su cuerpo manchado por algunas gotas de sangre de Kumbhakarna. Anochecía. Los dos ejércitos habían luchado ferozmente durante todo el día, así que se retiraron a sus respectivos campamentos. La gracia concedida por Rama reanimó el espíritu de los Vanaras; como fuego alimentado por hierba seca, así se elevó la llama de sus corazones.

Los Rakshasas perdían fuerza cada día y Rayana se lamentaba inconsolable; semejaba a una cobra sin capucha. Abrazando la cabeza de su hermano contra su pecho, gemía sin cesar. Meghanada, su hijo, trató de calmarlo de muchas formas y le dijo con arrogancia: "Mañana

te demostraré mi heroica fuerza, aplastaré a esos Vanaras en un instante y te brindaré una alegría inmensa, más grande que el dolor que ahora te aqueja". Al amanecer, Rayana fue informado por sus mensajeros de que los osos y monos habían rodeado la ciudad. Esto propició que los indomables guerreros Rakshasas volvieran a la lucha y marcharan hasta toparse con el enemigo. Cada uno peleó contra todo el que le hacía frente, usando toda su destreza y poder. Durante esa jornada, la ferocidad de la lucha fue escalofriante. Meghanada subió a su carruaje mágico y se elevó por los aires. Su desafiante rugido tronó como el cielo en el día del juicio final y derribó a los Vanaras cual si hubieran sido golpeados. La tierra tembló por el eco de aquel rugido. Repentinamente, Meghanada creó una falsa Sita, la hizo sentar en el carruaje y descendió hasta el campo de batalla. Hanumán fue el primero en verla y, dirigiéndose a él, Meghanada gritó: "¡Escucha, Hanumán! Están librando esta batalla con el propósito de rescatar a Sita y voy a matarla en este momento; con su muerte esta guerra debe terminar". Con su espada la cortó en pedazos y los arrojó lejos. Hanumán se llenó de cólera y deseos de venganza, y arengó a los Vanaras a que pelearan sin temor a perder la vida, para exterminar a la raza Rakshasa. El ataque fue tan cruento que los Rakshasas retrocedieron hasta la ciudad.

Hanumán fue hacia Rama y le informó del vil acto perpetrado por Meghanada. Al escuchar aquella noticia, Rama fingió pesar; sabía que se trataba de una falsa Sita, creada por la magia de !os Rakshasas, sin embargo, actuó como si fuera un mortal común, "un hombre entre los hombres". Lakshmana también se hundió en la desesperanza, lamentándose por la pérdida de la Madre de todos los mundos y se sentó, abatido por la pena, pensando que ya era inútil seguir con vida. Al escuchar lo que había sucedido, Vibhishana corrió hacia Rama y le dijo: "¡Señor! Tú conoces la verdad. Este incidente no es más que una farsa, pues Sita está viva y celosamente protegida. Sólo Ravana tiene acceso al lugar donde se la mantiene en cautiverio. Meghanada ha creado a una falsa Sita y ha fingido matarla para hacernos caer en el desaliento. Entre nosotros los Rakshasas, tales ardides son muy comunes; conozco la forma en que ellos se divierten con tan perversas argucias". Rama y Lakshmana se pusieron felices al escucharlo y le agradecieron la información acerca de los trucos de los Rakshasas. Para confirmar lo dicho por Vibhishana y convencerse aún más, Hanumán adoptó otra forma y entró en la ciudad de Lanka, sin ser visto. Se dirigió al parque donde Sita se encontraba confinada y regresó para informar a los Vanaras que aquello había sido una ilusión. Esa noticia los llenó de gran entusiasmo para seguir combatiendo.

Meghanada reanudó el combate y esta vez no sólo arrojó flechas sobre los Vanaras sino también lanzas, mazas, hachas, morteros y rocas. Los Vanaras escuchaban gritos estremecedores y órdenes que decían: "¡Golpéalo!", "¡atrápalo!", etcétera, pero no podían ver a sus

atacantes que, acatando tales órdenes, los golpeaban y apuñalaban. Fue una experiencia aterradora que sembró la confusión entre ellos; no podían discernir de dónde procedía el peligro ni encontraban sitio para refugiarse. Incluso los grandes héroes, como Nala, Nila, Angada y Hanumán, fueron presa del pavor.

Meghanada lanzó flechas contra Lakshmana, Sugriva y Vibhishana y atravesó sus cuerpos. No obstante, ellos siguieron luchando con incesante furia. Entonces, Meghanada se enfrentó al mismo Rama y disparó contra él siseantes flechas serpientes. Se trataba de la renombrada Sarpastra, el arma del dragón. Y Rima, el supremo actor, el poderoso héroe que destruyó a Khara, a Dushana y a sus ejércitos, decidió sufrir en su cuerpo humano los efectos de tan poderosa arma. Con el fin de presentar el debido respeto al divino dragón y para hacer constar lo poderoso que era éste, Rama le permitió que lo hiriese. Esto puede resultar extraño; no obstante, ésta es la historia de Rama, quien vino al mundo con atributos, cualidades y ! imitaciones, por lo que la gente con limitada capacidad de pensamiento, palabra y obra es incapaz de descubrir esta verdad. Los Vanaras se sentían indefensos y angustiados a! ver que Rama había sido dominado por el arma del dragón, y Meghanada no cabía en sí de alegría, gritándoles insultos.

Al verlo, Jambavan le espetó: "¡Hey tú, maligno gusano! ¡Detente!". Meghanada lo menospreció diciéndole: "¡Vaya!, no te he prestado atención porque eres demasiado anciano para merecerla, dime: ¿qué valor pueden tener tus palabras? Retírate". Entonces, lanzó un tridente a Jambavan, pero éste lo atrapó y lo arrojó al agresor con tan buena puntería y tanta fuerza que el tridente se le clavó justo en el corazón. El herido se tambaleó durante algunos segundos, hasta que se desplomó. Jambavan saltó sobre el herido Meghanada y, asiéndolo de los pies, lo hizo girar con rapidez y después lo arrojó. "Dime ahora si soy o no un viejo; juzga si tengo la fuerza de la juventud o de la ancianidad", dijo retadoramente Jambavan a Meghanada. Éste no había muerto y, tras incorporarse con gran dificultad, se escabulló. Sintió vergüenza al no cumplir con su baladronada y no se atrevió a encarar a su padre, por lo cual se recluyó en un jardín llamado Nikumbala, donde muchos Rakshasas habían efectuado penitencias y austeridades en el pasado.

Cuatro de los ministros de Vibhishana que habían observado de incógnito los movimientos del enemigo se dieron cuenta de lo sucedido y fueron a informarle a su rey lo que planeaba Meghanada. Vibhishana se dirigió a Rama y le dijo: "Señor, he recibido algunas noticias; Meghanada se dispone a llevar a cabo un yajna (sacrificio) maligno para atraer las fuerzas del mal. Si efectúa esa ceremonia, nos será muy difícil derrotarlo; debemos detenerlo". Rama aceptó la sugerencia y quedó complacido con la información. Llamó a Hanumán y a Angada y les dijo: "Hermanos, vayan y causen disturbios para obstaculizar el

sacrificio que Meghanada está realizando". Después se volvió a Lakshmana y le dijo: "Lakshmana, tienes que vencer a ese sujeto en el campo de batalla, pues los dioses están afligidos a causa de sus iniquidades". Tan pronto como lo ordenó, Vibhishana, Sugriva y Hanumán reunieron un enorme ejército de Vanaras y siguieron a Lakshmana para apoyarlo. Éste se armó con el arco y el carcaj inagotable y, luego de postrarse ante Rama, marchó hacia el campo de batalla, llevando a Rama en su corazón. Por su parte, Angada, Nala, Nila y otros generales avanzaron detrás de Hanumán.

Cuando llegaron al jardín Nikumbala, vieron que el sacrificio ya había comenzado y que la carne y la sangre de los búfalos en ese momento se ofrecía en el fuego ritual, así que empezaron a perturbar la ceremonia. Sin embargo, Meghanada no se inmutó. Volvieron a insistir y ridiculizaron a gritos los himnos pronunciados por los sacerdotes para invocar a las fuerzas del mal, pero tampoco dio resultado. Entonces, los enfurecidos Vanaras penetraron en el área del sacrificio y, sujetando a Meghanada del cabello, lo arrojaron al suelo y lo patearon. Éste tomó su tridente y lo lanzó contra ellos, hiriendo a Angada y a Hanumán cuando lo atacaban. El golpe fue tan fuerte que ambos rodaron por el suelo. Lakshmana acudió en su auxilio y rompió en dos el tridente. Angada y Hanumán se recobraron de inmediato y golpearon a Meghanada con toda su fuerza. Sin embargo, el Rakshasa no se intimidó ni mostró daño alguno por los impactos. Entonces, Lakshmana le lanzó flechas mortales, como si fuera el mismo dios de la muerte que hubiera venido a matarlo, y cada una lo hirió como un trueno, lo que obligó a Meghanada a hacerse invisible. Usando su magia, adoptó una forma misteriosa y escapó. La paciencia de Lakshmana se agotó; colocó flechas sagradas en su arco e invocando el poder y majestad de Rama, las arrojó contra Meghanada para que éstas lo alcanzaran dondequiera se encontrara. Así, una de las flechas atravesó el corazón del demonio y acabó con su vida. Puesto que durante sus últimos instantes había tenido en su mente a Rama y a Lakshmana, Angada, Hanumán y Vibhishana alabaron la forma en que había muerto, así como su bravura. Hanumán levantó el cuerpo sobre sus hombros y lo condujo hasta la entrada principal de la ciudad de Lanka, donde lo colocó y después, regresó. Lakshmana llegó hasta Rama y se postró a sus pies. Rama estaba complacido por su triunfo; escuchó, sin perder detalle, lo acontecido en el jardín Nikumbala y acarició a su hermano con gran afecto.

27. LA REGIÓN INFERIOR

Rama estrechó a Vibhishana, Hanumán, Nala, Nila y otros más, enterneciéndolos con aquel abrazo divino; con dicho contacto, el dolor que los torturaba desapareció al instante y las heridas de sus cuerpos sanaron. Los Vanaras estaban encantados al ver la dicha reflejada en el rostro de Rama, y éste los envolvió con una mirada llena de compasión.

Mientras tanto, Sulochana, la esposa de Meghanada, recibía la noticia de la muerte de su consorte por boca de sus doncellas, que llegaron presurosas a su lado para darle la fatal noticia. "Hasta ahora siempre creí que esta sencilla tarea la podía cumplir fácilmente ya fuera Meghanada o Kumbhakarna, pero ahora compruebo su fracaso. Me avergüenza que Meghanada haya caído víctima del ataque de los simios. Aquéllos que mueren a manos de los monos, ¿cómo pueden llamarse héroes?", dijo Rayana, y trató de consolar a Sulochana con estas palabras: "Respetable consorte de Meghanada, olvida tu pena. No creas que yo soy un héroe como ellos, no; yo te traeré consuelo dentro de una hora, o tal vez antes. Podrás observar en el campo de batalla mi terrible poder: arrancaré las cabezas de aquéllos que causaron la muerte de tu esposo y las traeré conmigo; lo cumpliré, no hay duda de ello". Rayana alardeaba así en presencia de Sulochana. La ira inflamaba su cuerpo y estaba loco de rabia.

Al escuchar estas palabras, la sabia y virtuosa Sulochana dijo: "Oh, decacéfalo, ¿puede haber en tu corazón alguna esperanza de obtener la victoria? Estás sumido en la densa oscuridad del engaño. Yo había reprimido mi resentimiento y desilusión durante mucho tiempo porque sentía que oponerse al suegro era impropio, y en este caso también es inútil tratar de convencerte. Tu furor es la principal causa de la destrucción de los Rakshasas que habitaron esta isla. Permíteme que te lo diga: es imposible que ganes esta guerra; ésa es la verdad, la indiscutible verdad".

Sulochana se puso de pie repentinamente y, sollozando, se dirigió hacia las habitaciones de Mandodari, la reina, madre de Meghanada. Al llegar allí, se postró a los pies de su suegra y dijo: "Esta calamidad fue provocada por tu esposo y por nadie más, y tú tampoco podrás escapar de esta desgracia, que seguramente se presentará hoy o mañana". Su dolorido corazón la instó a pronunciar palabras duras y crueles. Mandodari también se apenó mucho cuando reflexionó acerca de los deseos perversos de Rayana y el orgullo de ostentar tanta maldad; lloró al admitir la verdad de las palabras de Sulochana. Las dos

mujeres permanecieron sentadas durante largo rato y luego hablaron exaltando las virtudes de Rama, así como la sencillez y castidad de Sita, pensando que si tan sólo pudiesen ver durante unos instantes a aquella persona divina, sus vidas habrían valido la pena.

Rayana no podía soportar ser testigo de la agonía de su nuera, la desdichada Sulochana. Aquellos reproches le desgarraban el corazón como filosas dagas; el dolor era tan profundo por la pérdida de un hijo tan brillante y cariñoso, que cayó de bruces y en su desesperación estrellaba su cabeza contra el suelo. Levantándose, dio rienda suelta a su congoja ante la figura de Shiva, en su templo predilecto. Al verlo, los ministros de su corte se acercaron a él para reconfortarlo: "Oh rey, ¿por qué te afliges en vano? Los hijos, las esposas y todos aquellos seres que amamos, son como el resplandor del relámpago que ilumina la oscura nube por un instante: vienen y se van. La vida es un destello, no dura. Sabiendo esto, no es propio que te sumas en la ignorancia y te lamentes por tales pérdidas. Éste es el momento de planear el futuro: formula un plan para destruir al enemigo que está ante nuestras puertas". Trataban de infundirle consuelo y recordarle la tarea urgente de acabar con sus enemigos. Finalmente, Ravana, juntando sus veinte manos, le rezó a Shiva postrándose ante él con reverencia.

Mientras esto sucedía en la Tierra, Ahiravana, que habitaba en las regiones inferiores, al ver el dolor de Ravana pensó para sus adentros: "¿Cómo es posible que le suceda esto? ¡Él tiene a todo el mundo bajo su control y en un puño! Nadie lo puede vencer".

Ahiravana, otro de los hijos de Ravana, no rendía culto a dios alguno sino a la diosa Devi Kamada. Inmediatamente pensó en ella y la diosa le reveló el lugar donde se encontraba Ravana en ese momento, de modo que pudo aparecérsele a Ravana en el mismo templo de Shiva. Se postró a los pies de Rayana, a la vez que pronunciaba su nombre. Le preguntó por qué se encontraba tan deprimido y Rayana le comentó todo lo que había sucedido desde que la nariz y las orejas de Surpanaka habían sido cortadas por Lakshmana. Este relato entristeció grandemente a Ahiravana y dijo: "El sendero de la moralidad es adorado por todos en el mundo; al desviarse de ese sendero y preferir el camino de la inmoralidad, el temor se apodera del corazón. En vez de prestar atención al pasado y al futuro y al curso probable de los acontecimientos, te has embarcado en esta tonta y fatal guerra. Como consecuencia, has destruido a tu raza y a tu dinastía. Has ignorado el grado de heroísmo y poder latente que existe en el «hombre» y despreciado a los más ilustres de ellos, corno si fueran los de menos valía y los más ruines. Sin embargo, trataré de capturar a Rama y a Lakshmana y me los llevaré a las regiones inferiores. Los sacrificaré como ofrenda a mi diosa Kamada. Con ello daré inmensa fama al nombre de los Rakshasas".

Diciendo esto, se postró nuevamente ante Rayana y rindió pleitesía a la diosa Kamada; luego hizó)su aparición en el campamento

de Rama y los Vanaras. Gracias a su poder sobrenatural invocó al espíritu de las tinieblas y envolvió a los Vanaras en profunda oscuridad. Nadie podía ver ni la palma de sus manos frente a sus ojos, tal era lo espeso de la negrura que reinaba alrededor. Los Vanaras vigilaban celosamente el campamento, a tal grado que ni la muerte se atrevía a cruzar aquel lugar. Hanumán, el guardián de los Vanaras, extendió su cola a tal longitud que cercó con ella todo el campamento con varías vueltas hasta formar una muralla de¡ tamaño de una cadena de montañas. El mismo Hanumán se situó como guardián en el único paso por el cual se podía entrar o salir de esa inexpugnable fortaleza.

Ahiravana, al ver aquel muro formado con la cola de Hanumán, fue invadido por un gran temor; no concebía estrategia alguna capaz de vencer esa defensa. Repentinamente, tuvo una idea: se convirtió en un falso Vibhishana, se acercó a Hanumán y le dijo: "Amigo, necesito llegar a la presencia de Rama. Con su permiso salí del campamento para efectuar mis oraciones y ritos vespertinos; he terminado y si no acudo pronto, incurriré en el pecado de desobediencia a su mandato. Te ruego, pues, me dejes entrar en pl campo". Hanumán quedó convencido con tales palabras y con el aspecto de la persona que le hablaba, pues ante él se encontraba Vibhishana, y le permitió la entrada. El falso Vibhishana halló a Nala, Nila y Sugriva durmiendo profundamente, ya que estaban exhaustos por la lucha de¡ día anterior. También Rama dormía, sosteniendo con su mano la de su hermano Lakshmana. El falso Vibhishana que se le aproximaba no pasó inadvertido para Rama. Él había encarnado, adoptando la forma humana, con el propósito de destruir a los Rakshasas hasta aniquilarlos. Su tarea quedaría inconclusa si los descendientes de Ravana sobrevivían en las regiones bajas; por eso fingió ignorar el plan que Ahiravana estaba a punto de llevar a cabo. La gente común no puede saber ni entender sus acciones; sólo él sabe dónde, cuánáo y por qué medios alguien debe ser exterminado. Él dirige su drama a su modo.

El Rakshasa recitó el mantra Mohana, que tenía el poder de hacer que quienquiera que él decidiese cayera inconsciente. De tal forma, los héroes Vanaras durmieron aún más profundamente. Luego amarró a Rama y a Lakshmana y se los llevó a sus dominios en las profundidades de la Tierra, hacia la región llamada Patata.

Después de algún tiempo, los Vanaras despertaron y al ver que Rama y Lakshmana no se encontraban a su lado, !a desesperación los invadió. El lugar en el cual los hermanos habían dormido, era ahora un hondo abismo. Pronto se oyeron gritos y lamentos por todo el campamento. Los Vanaras se sintieron tan miserables como el cielo sin Luna o como la flor de loto sin agua. Comenzaron a buscar por doquier a los hermanos; muchos corrieron hacia la playa, otros buscaron en los linderos de¡ campo, pero nadie descubrió señal alguna. Los Vanaras perdieron toda esperanza y se dejaron abatir por la tristeza y la desesperación. "Todos los guerreros Rakshasas han sido destruidos,

sólo Ravana ha sobrevivido; sus días también se acercaban a su fin; ¡en qué momento nos ha venido a caer esta desgracia!". De esta forma lamentaban su infortunio. El mismo Sugriva, rey de los simios, cayó inconsciente al suelo. Vibhishana no había tenido noticia de lo ocurrido, pues regresaba con las ropas aún mojadas, después de haberse bañado en el mar y efectuado sus ritos matinales. Los Vanaras corrieron a su encuentro para decirle que Rama y Lakshmana habían desaparecido de¡ campamento. Vibhishana sintió en un instante el golpe de la tristeza, pero como él sabía los trucos que los Rakshasas eran capaces de efectuar usando sus poderes sobrenaturales, pronto adivinó lo sucedido y les dijo: "Vengan, vayamos al campamento". Eso les infundió un leve consuelo. Cuando habló con Hanurnán, el cual se encontraba junto a la puerta principal, quedó sorprendido y atemorizado. Al ver esto, Hanumán le preguntó intrigado: "¿Por qué te sorprendes? Tú acabas de cruzar por esta puerta hace apenas un rato, ¿no me pediste permiso para entrar?". Ahora sí Vibhishana veía todo con claridad, y al sospechar lo que había sucedido se dirigió a los Vanaras para decirles: "¡Vanaras!, no tienen por qué angustiarse. Ahiravana, el hijo deBavana, es un maestro en esta clase de trucos; él vive en Patata, la región inferior. A juzgar por lo hondo de este abismo, estoy seguro de que es él quien (levó a Rama y a Lakshmana a sus dominios, hasta las profundidades de la Tierra; estoy totalmente seguro, pues nadie más que él puede asumir mi forma. No se desanimen. Lo más indicado será que alguno de nosotros, el más poderoso, se dirija allá". Vibhishana miró a su alrededor y al ver a Hanumán exclamó: "¡Hanumán!., tu fuerza física y mental son conocidas en todo el mundo. Marcha de inmediato a Patata y trae de regreso a esos océanos de bondad, Rama y Lakshmana".

Vibhishana también indicó la ruta que Hanumán había de tomar para llegar a Patata, donde vivía Ahiravana. Sugriva, Angada y Jambavanta, derramando lágrimas de alegría, abrazaron a Hanumán, quien solicitó permiso a su amo, el rey Sugriva, para partir. Antes de emprender el camino para cumplir con su misión, les dijo a los Vanaras: "No teman, no se preocupen en lo más mínimo. Quienquiera sea el enemigo, lo destruiré aunque me cueste la vida. Muy pronto me verán frente a ustedes con Rama y Lakshmana. De eso pueden estar seguros". Con estas palabras y exclamando "¡Jai Rama!, ¡Jai Rama!" (victoria a Rama, victoria a Rama), Hanumán inició el viaje. Al llegar ala región de Patala, descansó un rato bajo un árbol. De improviso, escuchó la conversación de dos pájaros que se encontraban en la copa del mismo. Hanumán conocía el lenguaje de las aves, así que escuchó con atención lo que decían. "Querido amigo dijo uno de los pájaros Ahiravana ha capturado a los hermanos Rama y Lakshmana y ha hecho los preparativos para sacrificarlos a la diosa Kamada ahora mismo, para después arrojar los santos cuerpos. Vamos a darnos un verdadero festín; éste va a ser un día de fiesta para nosotros". Hanumán se

levantó súbitamente, como una cobra cuya cola ha sido pisada. Rugió y saltó como una gran (lama y exclamó: "¡Ay!, mucho me temo lo que le pudo haber sucedido a mi Señor", y gimió lleno de angustia.

Al llegar ala ciudad de Ahiravana, de inmediato tuvo un enfrentamiento en la entrada principal con Makaradhvaja, el guardia con cuerpo de mono, al cual venció finalmente. Mas al ver que se trataba de un mono, antes de la batalla averiguó quién era y de dónde provenía; Hanumán supo ganarse la confianza del guardia y logró averiguar el estado en que se encontraban Rama y Lakshmana. También supo que los hermanos iban a ser conducidos al amanecer, al templo de la diosa Kamada para ser sacrificados.

Hanumán le preguntó a Makaradhvaja, el guardián mono de Patala, dónde tenía detenidos a los dos hermanos el cruel soberano de las regiones bajas. El guardián le dijo todo con lujo de detalles; sin embargo, le advirtió que no le permitiría la entrada en la región, pues tenía que obedecer a su señor y ser fiel a él y a sus intereses. "Cualquiera sea el dolor que tenga que sufrir, no te permitiré entrar dijo si yo me muestro condescendiente contigo porque también eres un mono, desprestigiaría a todos los simios, convirtiéndolos en seres malagradecidos e indignos de confianza. Mi señor Ahiravana es para mí tan adorable como lo es tu señor Rama para ti. Por ello, por más que yo te aprecie, no vacilaré en cumplir mi deber; debo obedecer su mandato: sólo podrás entrar después de vencerme en combate", dijo en tono desafiante. Hanumán apreció sus sentimientos y su sentido del deber y le dio gusto ver que Makaradhvaja era un fiel guardián; aceptó el desafío y combatió con el guardia. Como la fiera batalla se prolongaba, Hanumán decidió terminarla, de manera que enrolló su cola en el cuerpo de Makaradhvaja y con fuerte impulso lo arrojó lejos de Patala. Enseguida, Hanumán valientemente se adentró en la ciudad. Observó que un portador de flores cruzaba el portón llevando una enorme y bella guirnalda. Considerando que ésa era la mejor oportunidad de llegar al sitio que quería, rápidamente asumió una forma microscópica y se ocultó en la guirnalda. Ésta no aumentó de peso, siguió tan ligera como siempre. El florista, ajeno a lo que sucedía, le entregó la guirnalda a Ahiravana y él la colocó alrededor del cuello de la diosa Kamada. También le ofrendó diversos alimentos santificados. Hanumán, desde su posición ventajosa en la guirnalda alrededor del cuello de la diosa, se comía los alimentos tan pronto como eran colocados ante la diosa. Los RafCShasas, al ver que la comida iba desapareciendo, se felicitaban de que su diosa se hubiera dignado aceptar su devoción. Ahiravana también estaba feliz, pues pensaba: "Este día mis oraciones han sido escuchadas; mi dicha ha alcanzado la cima".

Mientras tanto, los cuerpos de los hermanos Rama y Lakshmana eran decorados en la misma forma que los animales destinados para el sacrificio. Gigantescos guerreros Rakshasas los sujetaron de los brazos y los condujeron al altar de los sacrificios. Hanumán, con su mente

llena de adoración, hizo una reverencia de obediencia a Rama, desde donde se encontraba. Los guardias colocaron a los hermanos justo frente a la diosa, blandiendo sus afiladas espadas cerca de sus cuellos. Ahiravana dijo que la ofrenda sacrificial de la vida de los hermanos se ejecutaría en el preciso momento en que la llama sagrada se moviera. Rama y Lakshmana, que eran en realidad seres divinos desempeñando el papel de humanos, ya habían descubierto que H.~Lnumán era quien había comido los alimentos ofrecidos por Ahiravana a la deidad y eso los puso de buen humor. Al verlos sonrientes y animados, Ahiravana se puso furioso y espetó: "Si los pocos momentos que les quedan de vida les producen tanta hilaridad, no me opongo, sean felices mientras les dure. En unos momentos más podrán sonreír en el reino de Yama, el soberano de fa muerte". No prestó más atención a los hermanos y siguió gozando en su interior la triste suerte que les esperaba, a la vez que profería pálabras crueles para herirlos aún más. En eso, el sacerdote se puso de pie y tributando reverencia a su señor, le informó que el código de moral política exige que a las víctimas se les permita rezar si así lo desean, para que su ángel guardián les conceda paz después de la muerte. El jefe de los Rakshasas se puso de pie y exclamó: "¡Príncipes, si tienen algún protector, éste es el momento de expresarle su gratitud, ya que sólo les quedan pocos minutos de vida!". Rama y Lakshmana se miraron y sonrieron.

En ese mismo instante, Hanumán lanzó un terrible rugido. Al escucharlo, los Rakshasas se imaginaron que su diosa se había manifestado expresando su ira. Hanumán saltó desde la guirnalda y asumió su forma que causaba terror y tomando la espada que la diosa tenía en la mano, arrojó a Ahiravana al suelo y le asestó tales golpes con ella que lo hizo pedazos. Pero ese cuerpo estaba hecho de una dureza diamantina que había adquirido el misterioso don de que los pedazos se juntaran nuevamente hasta que el cuerpo quedara completo. Finalmente, Hanumán se convirtió en Rama y gritando "¡Jai Rama!" tomó la cabeza con una de sus manos y con la otra le cortó el cuello. Antes de que las piezas se volvieran a juntar, arrojó la cabeza a la llameante hoguera en el foso de los sacrificios, frente a la diosa.

Justo en ese momento, Makaradhvaja.logró llegar al templo y a la presencia de la diosa. Al verlo, Hanumán rescató la corona de oro de la cabeza de Ahiravana y, colocándola en su cabeza, lo nombró señor y gobernante de Patala, aconsejándole mostrar siempre agradecimiento, lealtad y devoción a los hermanos. Acto seguido, pidió a Rama y Lakshmana que se sentaran en sus hombros y de un solo salto se alejó de Patala, hasta posarse suavemente en medio de las hordas de Vanaras que en ese momento los seguían buscando con sus millones de ojos. Vibhishana y otros no pudieron contener su desbordante alegría cuando vieron a los hermanos sanos y salvos. Se postraron a los pies de Rama y Lakshmana, abrazaron a Hanumán y derramaron lágrimas de gratitud. Los Vanaras alabaron a Hanumán de muchísimas maneras: lo

levantaron en hombros, lo alimentaron y lo miraban embelesados, abrazándolo con mil muestras de amor. Vibhishana, de pie frente a Rama, dijo: "¡Señor, ¿qué puedo decir acerca de tu divino juego, tu pasatiempo? Sólo tú puedes revelarnos el significado de ese drama. Viniste aquí con la resolución de acabar con los Rakshasas, aun los residentes de las regiones inferiores. Toda esta actuación ha sido yo lo sé para llevarla a efecto".

Hasta los oídos de Ravana llegó la noticia de que Rama y Lakshmana habían sido rescatados del reinó de Ahiravana por Hanumán y de la trágica muerte de su hijo. No pudo soportar tan agobiante pena y cayó al suelo lamentando=a gritos su pérdida; las lágrimas fluían a raudales de sus ojos. Mandodari, la reina, llegó hasta él y trató de consolarlo para aminorar su pena. Él no prestó oídos a sus palabras, cuyo suave consuelo sólo logró enfurecerlo más y más; sin embargo, haciendo un esfuerzo para controlarse, se incorporó con brusquedad para recibir a un ministro. Era un anciano sabio muy respetado, de nombre Sindhuranata, que había tenido estrecha relación con Vibhishana cuando éste vivía en Lanka. Le impartió consejos acerca de la virtud y la moral y sobre la mortalidad del hombre y lo que lo rodeaba. Ravana no prestó atención a sus consejos, más bien los despreció. El ministro se llenó de tristeza al ver la forma en que reaccionaba Ravana y pensó: "En tiempos de desgracia, la inteligencia también se nubla. ¡Pobre hombre! Su actitud lo está conduciendo al desastre y así, hasta el consejo más dulce le sabe amargo". Pero aun así, por compasión, siguió consolándolo.

Ravana habló con amargura: "Mis amigos y parientes han sido eliminados, ya no queda uno con vida". Justo entonces, otro anciano ministro dijo: "¿Por qué dices eso? Te queda otro hijo, Narantaka, que tiene a su mando setecientos veinte millones de Rakshasas; llámalo y pídele ayuda. Manda inmediatamente a un mensajero. Él podrá destruir al enemigo, no lo dudes".

Al escuchar esas palabras, Rayana se animó. Envió a un mensajero de nombre Dhumaketu, con instrucciones de traer al astuto Narantaka. Al llegar ante Narantaka, el mensajero le narró las tragedias que habían ocurrido en Lanka y le comunicó el urgente llamado de Rayana para que le brindara ayuda. Narantaka se aprestó al instante a marchar con sus hordas y en cuanto llegó al campo de los Vanaras los atacó. Desde la lejanía, Hanumán lo había visto llegar y se dispuso a enfrentarlo. Cuando Narantaka lo vio en su forma aterrorizante, su aspecto le infundió gran temor. Le preguntó a Dhumaketu quién era y éste le contestó que era Hanumán, el héroe invencible que había dado muerte a todos sus hermanos. Al escuchar aquello, Narantaka se enfureció aún más; colocó flechas en su arco y las lanzó contra Hanumán, pero éste las atrapó todas con una mano y las hizo pedazos. Se acercó a Narantaka golpeándose fuertemente el pecho con su puño, lo levantó en vilo y dándole vueltas lo arrojó a una

de las regiones inferiores llamada Rasatala. Millones de Rakshasas seguidores de Narantaka fueron lanzados al mar, los carros del ejército quedaron hechos pedazos y también los aurigas fueron aniquilados.

28. RUEDAN DIEZ CABEZAS

Cuando Rayana escuchó las noticias de esa tragedia, habló con pesar: "¿Quién se imaginó que la guerra iba a terminar así y que todo culminaría en un desastre tan lamentable?". La noticia de la muerte de Narantaka esparció el terror en todo Lanka. Muchos sabios eruditos se acercaron a Rayana, su desolado padre, para darle consuelo y alivio, mas todo era inútil, pues él desdeñaba tales consejos. Cuando Rayana se recobró y escuchó los lamentos de la esposa de Narantaka, la ira se apoderó de él, se olvidó de todo y sólo pensó en la venganza.

La noche llegó a su fin y clareó el día sin que Rayana se diera cuenta, por la ira que lo embargaba. Los Vanaras se situaron en las cuatro puertas de la ciudad, alistándose para derribarlas y poder entrar. Rayana reunió a los guerreros Rakshasas y se dirigió a ellos

diciéndoles: "Soldados, si sus corazones tiemblan ante la inminente batalla, es mejor que abandonen las filas en este instante. No huyan cuando comience la batalla; si lo hacen, les cortaré la cabeza con mis manos". Al amenazarlos pensó que iban a luchar hasta morir. Después ordenó que le entregaran el carro de combate más veloz y mandó tocar los tambores y trompetas de guerra. Como montañas de un negro intenso, los guerreros Rakshasas marcharon en filas ordenadas. Una serie de malos augurios los asaltaron; sin embargo, Rayana, vanagloriándose de su gran poderío, los ignoró. Las armas que portaba cayeron de sus manos, el conductor del carruaje sufrió una caída. Los elefantes y los caballos que encabezaban el ejército empezaron a inquietarse. Los perros y lobos de los alrededores aullaban lastimeramente; los búhos ululaban siniestros, como si anunciaran la tragedia que se avecinaba sobre Lanka.

Las fuerzas Rakshasas caballería, elefantes e infantería marcharon hacia las puertas de la ciudad, listas para enfrentarse a sus enemigos. La tierra se estremecía al paso de tan imponente ejército, cuyo esplendor era indescriptible. Las fuerzas capitaneadas por Rayana brillaban de manera similar al ejército que el dios de la primavera guía cada año, con todo su colorido, música y alegría. Tambores, trompetas, clarines tocaban en majestuoso torrente de heroísmo y aventura. De improviso, los monos y los osos acometieron a los Rakshasas, cayendo sobre ellos como si fuesen pesadas montañas cuyas alas hubieran sido cercenadas por las flechas de un extraño poder; los atacaron corno si fueran la misma muerte. Sus armas más letales eran sus dientes y sus uñas, y arrojaban contra el enemigo colinas y enormes árboles. Con su retumbante grita: "¡Victoria a nuestro Señor Sri Rama!", hicieron que los corazones de elefante de los Rakshasas temblaran de miedo. Muy pronto, la batalla se convirtió en una serie de duelos entre los Rakshasas y los Vanaras. Los gritos de "¡Victoria a Rama!" se combinaban con los de "¡Victoria a Rayana!". Los Rakshasas peleaban como si fuesen emisarios de la misma muerte. Los Vanaras, aunque sangraban de muchas heridas, derribaban a sus enemigos con sus puños y los desgarraban con sus dientes. Los pateaban en las costillas, los destrozaban con sus garras y los partían en dos; les sacaban las entrañas y las enrollaban alrededor de sus cuellos.

Rayana, alarmado ante la gran mortandad entre su ejército, tomó su arca y disparó a los soldados que huían del campo de batalla para salvar su vida. Los Vanaras, al ver a Rayana atacar con furia a sus propios guerreros, gritaron de alegría y se arrojaron sobre él en gran número, lanzándole picos y árboles. Al sentirse atacado, Rayana arengó a sus soldados para que se mantuvieran firmes en el combate, y éstos arremetieron con redoblada furia, obligando a que los Vanaras corrieran despavoridos en todas direcciones, incapaces de soportar el ataque. Se lamentaban gritando: "¡Oh, señor Sugriva, sálvanos!". La tierra y el cielo se oscurecieron por fa lluvia de flechas disparadas por

Rayana, provocando que los Vanaras corrieran hacia los rincones más alejados de la Tierra para salvar sus vidas. El caos prevalecía en el campo de batalla.

Lakshmana, al percatarse de la situación, se armó con su arco y flechas, se postró ante Sri Rama para recibir sus bendiciones y se dirigió al campo de batalla. Hizo frente a Rayana y lo increpó de esta forma: "¡Villano!, ¿qué beneficio obtienes al decapitar a monos y osos? Mírame, de pie ante ti, como la muerte misma, pues yo soy e! espíritu del tiempo que ha llegado para acabar con tu vida en la Tierra". Rayana le respondió: "¿Que no te conozco? Tú eres el que destruyó a mi hijo; te he estado buscando desde hace mucho tiempo. Mi corazón sólo encontrará alivio cuando te haya matado".

Rayana lanzó un grito iracundo y disparó muchas flechas a Lakshmana, pero éste con mucha habilidad las hizo añicos y a !a vez disparó temibles flechas a Rayana, las cuales hicieron blanco en su carro de combate, destrozándolo y matando a su conductor. Lakshmana volvió a lanzar una lluvia de cien mortales flechas, que acertaron en el rostro y el pecho de Rayana, derribándolo y causando que perdiera el conocimiento por el tremendo impacto y el dolor de las heridas. Sin embargo, se recuperó rápidamente y con verdadera furia arrojó contra Lakshmana la temible y poderosa arma que le había conferido el primero de la Trinidad, Brahma. Cuando el arma lo golpeó, Lakshmana rodó por el suelo inconsciente. Hanumán, al verlo caer, se apresuró a ir en su auxilio, gritando imprecaciones en contra de Rayana. Éste le asestó un golpe tan fuerte, que hizo que Hanumán se revolcara de dolor, pero de inmediato se recuperó y le devolvió el golpe con mayor fuerza. Rayana se sorprendió ante el impacto y deseó que el puño de Hanumán se volviera cenizas; jamás se había imaginado que el puño de un mono pudiera golpear tan fuerte como el trueno. Mientras tanto, Lakshmana se había recuperado del golpe y se puso de pie, listo para continuar la batalla. Rayana tuvo que recibir el auxilio de otro carro de combate, pues de nuevo yacía inconsciente. Su auriga lo recogió y con destreza condujo el carro hacia Lanka. Rayana recuperó el conocimiento en cuanto Ilegaron a la ciudad y ordenó que se efectuara el Patalahoma, un ritual especial para causar la destrucción total de los enemigos y asegurar la victoria. ¡Qué tonto era al pensar que podía vencer a Rama! Los espías de los Vanaras corrieron a llevar la noticia del ritual a Vibhishana, quien fue a avisarle sin demora a Rama, diciéndole: "Señor, Ravana está llevando a cabo un ritual, el mismo que Meghanada realizó en el pasado. Esta ceremonia también debe ser impedida por los monos, para que Ravana no obtenga los beneficios que espera alcanzar de ella; si permitimos que este ritual alcance su culminación, será muy difícil vencer a Ravana".

Al amanecer del día siguiente, acatando las órdenes de Rama, Angada y Hanumán emprendieron la marcha hacia el lugar donde se llevaría a cabo el ritual, junto con un buen número de Vanaras.

Saltando con gran bullicio se aproximaron al palacio de Ravana, llegaron adonde éste estaba y le lanzaron injurias: "¡Eh tú, oficiante sacrílego!, ¿has huido de la batalla y te encuentras a salvo en casa, meditando cómodamente?". Angada se atrevió a acercarse y le dio un puntapié. Ravana estaba preparándose, en completo silencio y "meditación". Hasta el menor movimiento o pérdida de la atención lo descalificaría y haría indigno y así, aquel ritual que estaba a punto de iniciar para alcanzar la victoria, resultaría infructuoso. Angada y los monos aprovecharon esta circunstancia: algunos de ellos clavaron sus dientes en Ravana y otros jalaron con fuerza su corona de pelo. Esto último fue lo que lo sacó de quicio; enfurecido, se puso de pie y atrapó a unos cuantos monos, les dio vueltas por el cuello y trató de aplastarlos contra el suelo. Pronto se entabló una pelea entre Ravana y los Vanaras, ocasionando que el ritual que aquél había planeado ejecutar no llegara a feliz término, y esto lo hundió en el dolor.

Más tarde, le informaron a Rama lo que había acontecido. Vibhishana y los demás se sintieron felices porque se había frustrado aquel rito. Ravana se sentía muy decepcionado al no haber culminado con éxito el sacrificio; sin embargo, tenía que retornar al campo de batalla como era su deber. En cuanto partió de su palacio, malos augurios salieron a su encuentro. Unos milanos volaron en círculos sobre su cabeza y sus manos, y la corona resbaló de su cabeza, pero no prestó atención a estas advertencias. Ordenó que tocaran los tambores y los clarines. Cientos de miles de Rakshasas se reunieron al oírse la señal, y el ejército avanzó para librar una batalla a muerte contra Rama. Éste se armó de su carcaj* y su arco y se dirigió al campo de batalla; con su robusto pecho y largos brazos, su magnífica presencia llena de encanto, de pie en el campo de batalla era la figura misma de la fuerza heroica, y aun los dioses se reunieron para ofrecerle reverencia a quien salvaría a la humanidad de las hordas Rakshasas. El ejército Vanara siguió a Rama, en perfecta formación y alerta ante cualquier orden. Como las nubes que lanzan a la tierra rayos y ocasionan inundaciones destructivas similares al día del diluvio, las fuerzas Vanaras se movían rápidamente hacia los Rakshasas, listas para aniquilarlos. Los picos de montañas que los combatientes arrojaban contra el enemigo caían produciendo un estruendo semejante al de los truenos. En un instante, los carros de combate, los elefantes y la caballería de _las fuerzas Rakshasas fueron destruidos. Miles y miles de Rakshasas caían al suelo, y corrían ríos de sangre; Ravana perdió a todos sus guerreros, se dio cuenta de que estaba solo y rodeado de gran cantidad de monos y osos, así que decidió usar sus poderes mágicos. Aplicó su magia sobre todos los Vanaras, menos sobre Rama. Pero Rama decidió lo contrario: mediante su voluntad, hizo que Ravana viera por dondequiera que mirara un vasto océano de hordas Vanaras, con Rama y Lakshmana a la vanguardia. Al ver esto, Ravana se dio cuenta de que su magia era inútil. Poco después, Rama llamó a su presencia a

los Vanaras y les dijo con gran seriedad: "Todos ustedes están muy cansados por la larga y difícil batalla. Vayan a descansar y observen la pelea entre Rama y Ravana".

No bien Rama había terminado de pronunciar esas palabras, cuando Ravana se arrojó sobre él, lanzando un grito amenazador. Rama sonrió y le respondió con dulce voz: "Tonto, primero escucha lo que te voy a decir: En el mundo hay tres tipos de hombres: el primero es como el árbol patali, el cual florece maravillosamente, pero sus flores no se convierten en fruto. Aquéllos que sólo se dedican a hablar y no practican ni un ápice de lo que dicen son de este tipo. El segundo es como el árbol del baniano, que da flores y frutos. Aquéllos que practican todo cuanto predican son de esta clase. El tercer tipo es como el árbol de la nanjea: no tiene flor, sólo frutos. El mejor tipo de hombre no parlotea ni presume, ni habla en voz alta; son hombres callados que actúan sin presunción. Tú eres un simple bravucón; tu inmoralidad ha ocasionado la ruina de tu raza".

Ravana no estaba de humor para escuchar esas imputaciones y le increpó: "¿Qué? ¿Te atreves a enseñarme a mí?", y empezó a proferir insultos. De pronto, disparó un torrente de flechas hacia Rama y éste le lanzó a su vez una flecha de fuego. Las flechas de Ravana se volvieron cenizas al chocar con la que Rama había lanzado. Ravana arrojó contra Rama millones de discos con puntas afiladas y tres lanzas, pero el daño que pensaba causar su malvado corazón rio surtió efecto. Rama tensó su arco y le lanzó una gran cantidad de flechas mortales, las cuales volaron hacia Ravana como mensajeros de la muerte, como cobras ansiosas de inyectar su letal veneno.

Rama se dio cuenta de que tan pronto una flecha le cortaba la cabeza, otra crecía en el mismo lugar. Ajeno a su inminente muerte, Ravana estaba inmerso en el orgullo y, exaltado, retó a Rama. Era una visión horrible. Las cabezas que rodaban por el suelo inquirían: "¿Dónde está Rama? ¿Dónde está Lakshmana? ¿Dónde está Sugriva?". Las cabezas que perma= necían en el tronco rechinaban los dientes, preguntaban por Vibhishana y proferían insultos contra él. Decían: "¡Hermano mío! ¡Debía darte vergüenza el esperar con ansia las noticias de la muerte de tu hermano para que puedas subir al trono! Tú no eres un héroe, eres un asceta cobarde, ¡maldito seas!; nadie debería verte a la cara". Pronto, las cabezas cercenadas reaparecieron y Ravana peleó con más fiereza e indómito valor. Lakshmana, Sugriva y Angada lo observaban, admirando su fortaleza. Finalmente, Rama resolvió que el fin de Ravana no debía esperar más, pues sus iniquidades se multiplicaban día a día. Nala, Nila y otros héroes Vanaras le lanzaban rocas a Ravana, lastimándolo gravemente. Mas como empezó a oscurecer, la batalla terminó por ese día. En la noche, Trijata se sentó cerca de Sita para narrarle la batalla entre Rama y Ravana; le contó que cada vez que Rama decapitaba una cabeza, otra surgía de inmediato para ocupar su lugar. Al oír aquello, el rostro de Sita

palideció ante tales hechos y se sumió en la tristeza. Trijata se apesadumbró al verla en ese estado y le dijo: "No te angusties, el corazón de Ravana tiene tu forma enclavada en él. Ésa es la razón por la cual las cabezas crecen". Entonces, Sita sintió tristeza y ala vez alegría cuando Trijata se apresuró a agregar: "Sita, no tengas duda, su fin está cerca. Rama triunfará, él te recuerda cada vez que le lanza una flecha, pues también tiene tu forma en su corazón. Así, el final se prolonga hasta que llegue el momento en que Ravana te olvide por un instante: en ese momento estará sentenciado a muerte y morirá en ese mismo instante".

Al día siguiente, Ravana inundó el campo de batalla con sus poderes mágicos. El campo estaba infestado de sus creaciones: fantasmas, seres espectrales y espíritus perversos armados con arcos y_flechas. Espíritus femeninos bailaban blandiendo espadas con una mano y bebiendo sangre en cráneos con la otra. "¡Atrapa, pega, mata!", gritaban con voces estridentes. En cualquier dirección que los Vanaras avanzaran se levantaban murallas de fuego. Los monos y los osos estaban atónitos. Una densa lluvia de arena caía sin interrupción sobre las fuerzas Vanaras. Ravana rugía de alegría al ver el aprieto de sus enemigos, mientras Lakshmana y Sugriva mostraban su impotencia al no poder luchar; los guerreros le rogaban patéticamente a Rama para que los ayudara. A la vez, Rama era asediado por muchos Hanumanes creados por la magia de Ravana; cada uno de ellos cargaba enormes montañas e intentaba atrapar a Rama con su cola, las cuales se enroscaban y crecían por kilómetros en todas direcciones, pero Rama brillaba totalmente despreocupado y sin sufrir daño alguno, azul como un fresco capullo, en medio de toda esa carnicería y confusión. Él sabía que todo era producto de la magia Rakshasa. Se reía para sus adentros por los esfuerzos que hacía Ravana por engañarlo. Con una sola flecha que lanzó destruyó los efectos de esa magia. Los monos y los osos vieron las horribles visiones desaparecer en un instante y se pusieron felices. Todo se desvaneció como la neblina ante los rayos del Sol, en cuanto fue alcanzado por la flecha de Rama. Entonces, los Vanaras arrojaron una lluvia de piedras a Ravana y se lanzaron contra él, atacándolo con sus armas. Rama escogió una flecha muy filosa, la disparó contra Ravana y así pudo cortarle una cabeza, mas en un instante volvió a crecer otra. Esto sucedió una y otra vez. Rama observaba ese fenómeno y hasta parecía disfrutarlo, pues le recordaba el fenómeno de la codicia que viene a reemplazar a la ganancia: en cuanto algo se ha ganado u obtenido, nace la codicia por tener más. Comparaba a la cabeza que caía, con lo obtenido y la que crecía, con la codicia.

La batalla que se libró entre Rama y Ravana fue de una fiereza sin igual. Dice el dicho: "El océano es como el océano y el cielo como el cielo; no se pueden comparar con ningún otro fenómeno". Así también, la batalla entre Rama y Ravana sólo se puede comparar con ella misma.

La lucha duró dieciocho días; no obstante, Rama no estaba cansado en lo más mínimo. Todo era para él como un pasatiempo. Restaban unos cuantos días para que se cumplieran los catorce años del exilio, por lo que bien podía disponer de cierto tiempo para el juego de la guerra. Si Rama decidía el final, ¿cómo iba a posponer Rayana su fin o cambiar esa decisión? Cuando el fin del combate estaba próximo, todo conspiró para que se cirnieran malos augurios sobre Rayana. Los perros aullaban, los zorros gemían, los burros rebuznaban, los pájaros y las bestias se lamentaban, bolas de fuego caían del cielo e inmensas llamas surgían de todas direcciones. El corazón de la reina Mandodari, presintiendo la tragedia, latía fuerte y rápido. Las imágenes de todas las casas y templos de la isla derramaban lágrimas en abundancia; los tornados destruían colinas y valles. Alertados por estos signos calamitosos, los dioses supieron que el fin de los Rakshasas estaba cerca y se reunieron para presenciar desde arriba el triunfo de la rectitud y gritar "¡Jai, jai.!", dando la bienvenida a la victoria.

Rama lanzó a Rayana treinta y una flechas al mismo tiempo, que salieron disparadas como cobras mortales. Una de las flechas penetró en el "recipiente de néctar" que Rayana tenía bajo su ombligo, y el resto cercenó sus cabezas y manos. Cuando las cabezas y miembros rodaron por el suelo, saltaron en una danza frenética todavía con vida durante un tiempo, hasta que por fin se quedaron inmóviles. De esa manera, Rayana dejó de vivir y alcanzó el cielo, durante el decimocuarto día de la mitad brillante del mes de Chaitra.

En ese momento se escucharon tambores celestiales resonar en el cielo, y el esplendoroso espíritu de Ravana se fundió en Rama. Atónitos por esa visión, los guerreros Vanaras quedaron mudos de asombro. También estaban admirados del valor y heroísmo de Rama durante los dieciocho días de la batalla contra Ravana. Exclamaban a una voz: "¡Victoria, victoria a Rama!"

Al oír que Ravana había muerto, la.reina Mandodari cayó desmayada. Cuando recuperó el conocimiento se apresuró a ir llorando a gritos y en compañía de sus doncellas, hacia donde se encontraba el destrozado cuerpo. Recogió las cabezas, sintiéndose muy triste por el trágico fin de su señor y recordó con respeto las hazañas de Ravana en el pasado. Exclamó: "Señor, tú habías vencido y subyugado a la creación entera; los gobernantes de las ocho direcciones estaban a tus pies, pidiéndote protección. ¿De qué valió toda esa gloria? ¿De qué te sirvieron las austeridades y el ascetismo que llevaste a cabo? Tenía que ser éste tu destino a pesar de todo el poder que habías obtenido. Esto te sucedió desde que te separaste de Rama. No pudiste vencer a la lujuria, pues aquél que se convierte en esclavo de ella no puede escapar del castigo, aunque sea tan poderoso como el dios de la muerte, Kala. Ciego por la lujuria, no púdiste evitar este trágico fin; la lujuria te llevó a ignorar a Rama, ocasionándote con ello la muerte. Rayana, Rama ha encarnado con el propósito de destruir con el fuego de su ira el bosque

del vicio Rakshasa; te lo dije muchas veces, pero tu cruel destino te hacía sordo a mis ruegos. Te dije que él no era un simple hombre. Confiaste tontamente en tu fuerza y tu inteligencia, en tus enormes tesoros y en el gran número de Rakshasas a quienes gobernabas. ¿Acaso no te rogué con mis manos asidas a tus pies que te rindieras a Rama, el océano de misericordia, y así salvaras a los Rakshasas de la aniquilación? Sin embargo, no escuchaste mis súplicas, pues estabas constantemente ocupado en hacerles daño a los demás, ya que tal acción te causaba gran alegría. Muy rara vez intentabas conferir beneficios a los demás; tus metas siempre se hallaban en acciones y pensamientos pecaminosos. A pesar de todo, Rama te confirió su bendición y tu espíritu se fundió en él. ¡qué compasivo es Rama! Moriste en sus manos. Eso es una suerte que muy pocos pueden alcanzar. Él vino a este mundo en forma humana, con el propósito específico de matarte. El camino hacia la destrucción de la raza Rakshasa fue trazado por el mismo gobernante Rakshasa. ¡Esto será conocido como tu más grande logro! ¡Tal es el ejemplo supremo de tu habilidad protectora! ¿Es éste el resultado de todas tus austeridades y de tu disciplina espiritual? ¡Rama!, ¿has hecho esto para probar que nadie puede escapar a las consecuencias de sus acciones? ¿Qué mayor ejemplo puede existir del cumplimiento de esa ley? Esta calamidad, ocasionada por él mismo, está aquí para que todos la puedan ver y aprender de ella".

Mandodari se lamentó mucho tiempo, postrada ante los despojos de su señor. Comprendió, gracias a su sabiduría, que Rama era el Alma universal, el Absoluto. Los dioses que la observaban desde el cielo la admiraron por la actitud que asumía en ese doloroso momento. Vibhishana también se conmovió de los lamentos de Mandodari y estuvo de acuerdo en que lo que ella había dicho era lo correcto. Rama y Lakshmana se acercaron a Vibhishana, lo consolaron y le pidieron que llevara a cabo los ritos funerales para su hermano. Con el fin de cumplir con ese deber, él también (levó a cabo todos los ritos prescritos, en.los lugares adecuados para el ceremonial. Mandodari y otras mujeres también ofrendaron agua santificada con mantras y ti¡. Vibhishana realizó las exequias con orden y sin ningún percance, teniendo en todo momento el consuelo de Rama. Éste le explicó que las maldiciones que Ravana había atraído sobre sí a causa de sus pecados habían madurado y fructificado y, por lo tanto, no existía ninguna razón para lamentar su muerte.

Rama llamó a Lakshmana, Sugriva, Jambavanta y Angada y les pidió que fueran a Lanka con Nala, Nila y los demás, para nombrar a Vibhishana emperador de Lanka. Les pidió que partieran sin demora, pues el decimocuarto año del exilio que su padre había decretado para él, terminaba al día siguiente. Sin embargo, Vibhishana protestó y le rogó: "¿Para qué necesito un imperio? En vez de eso, por favor manténme en la inmediata presencia de tus pies de loto. Desde este día,

Lanka es tuya, trata a Lanka como parte de Ayodhya", insistía. Pero Rama no estaba de acuerdo y le hizo mención de una serie de principios políticos, aclarándole que su orden era irrevocable. Entonces, Vibhishana le solicitó que fuera él mismo quien lo coronara con sus propias manos. Rama contestó: "No. Habiendo observado y seguido las órdenes de mi padre durante trece años, once meses y veintinueve días, no sería propio que en el último día no cumpliera mi palabra. Estoy en el exilio como él lo deseó y durante éste no debo entrar en ninguna ciudad o asentamiento humano; tú conoces bien esta regla". Diciendo esto, bendijo a Vibhistlana y le encomendó a Lakshmana que fuera a Lanka e instalara al nuevo emperador en el trono.

Inclinándose con reverencia y prestos a cumplir esa misión, Lakshmana, Sugriva, Angada, Naia, Nila y los demás emprendieron el camino hacia la ciudad; cuando llegaron al palacio de Lanka pusieron la corona en la cabeza de Vibhishana y trazaron en su frente la auspiciosa señal de autoridad. Vibhishana se postró ante la asamblea de Vanaras y reconociendo su amistoso auxilio, les prometió cumplir con el verdadero propósito de su vida, siguiendo su ejemplo y beneficiándose de su ayuda. "Gobernaré sobre esta tierra como ministro de Rama, no la aceptaré como mía; he dedicado todo mi ser a Rama". Sufrió mucho al recordar todas las crueldades y daños causados por Ravana, sus hijos y sus guerreros a las hordas Vanaras, pero se consoló al pensar que todo había sucedido por la voluntad suprema de Rama. Pronto, todos regresaron hacia donde estaba Rama y se postraron a sus pies reverentemente.

Después, Rama llamó a Hanumán y le dijo: "Hanumán, héroe incomparable, marcha a Lanka a cumplir una misión más para mí: comunícale a Sita todo lo que ha sucedido y regresa para informarme el estado en que se encuentra ella". Hanumán se dispuso a acatar la orden. Cuando llegó a Lanka, fue al lugar donde Sita se encontraba y se postró a sus sagrados pies. Inmediatamente, ella comprendió que traía un mensaje de Rama y le preguntó: "¿Están a salvo Rama, Lakshmana y las fuerzas Vanaras? ¿Está fama, el océano de compasión, feliz y a salvo?". Hanumán respondió con las palmas unidas e inclinándose con reverencia: "Rama está a salvo y feliz. Ha dado muerte a Ravana y ha nombrado a Vibhishana emperador de esta tierra". Sita se sintió feliz al oír las noticias de la victoria de Rama y la caída de Ravana. Su rostro resplandeció de dicha y lágrimas de alegría corrieron por sus mejillas. Le dijo: "¡Oh guía de los Vanaras!, ¿qué te puedo ofrecer como regalo por haberme traído la mejor de las noticias? Nada puede igualar en valor las palabras de consuelo que has pronunciado". Hanumán respondió: "Madre, la alegría que demostraste y el florecimiento de tu felicidad me han otorgado el regalo de los tres mundos. ¿Qué otra cosa puedo pedir? ¿Qué mayor fortuna se puede obtener que ver a Rama victorioso sobre el enemigo y feliz con su hermano?". Al decir esas palabras, se postró una vez más a los pies de Sita, y ella dijo: "¡Oh,

grande entre los Vanaras! He estado sumida en la agonía estos diez meses de separación de mi señor, y desde entonces no he podido ver ni saber nada del mundo exterior. Peo sé qué día de la semana es hoy, ni si estamos en la mitad brillante o la mitad oscura de la Luna, ni qué día es de esa mitad. Cualquiera sea, tú me has dado la más auspiciosa noticia, así que llamaré a este día el día Mangala, que significa el día que trajo prosperidad y alegría. Que éste sea un día sagrado y que tú, el portador de esta noticia, seas adorado en especial este día más que en ningún otro de la semana". Al oír esto, Hanumán se postró a sus pies y luego se puso de pie con las palmas unidas.

Sita le rogó a Hanumán: "Concédeme la gracia de reunirme con la encarnación del encanto y la compasión, mi señor Rama. ¿No sabes que toda esta batalla y matanza fueron por mí, para que pudiese ser devuelta a mi señor? Llévame pronto a los pies de loto de Rama", dijo con ansiedad.

Hanumán no podía soportar la angustia que era evidente en las palabras de Sita, saltó hasta el cielo y en un instante llegó hasta Rama, a quien narró todo lo que había sucedido durante su encuentro con Sita. Rama reunió a Angada, Vibhishana y a los demás y les dijo que marcharan al lugar donde Sita se encontraba, para que la llevasen hasta su presencia. Así, se dirigieron hacia el Ashokavana, el jardín donde había permanecido cautiva durante largo tiempo. Cuando llegaron ante ella, Vibhishana le dijo a Sita que podía darse un baño, vestir finas ropas de seda y engalanarse con joyas antes de partir, pero ella se negó a tal sugerencia diciendo: "Rama es la joya más preciosa que yo tengo, esa única joya es suficiente para mí y verlo será el baño con el cual estaré satisfecha. La postración que haré ante él será la ropa de seda para mí; no me gustaría usar nada que alguna vez haya sido propiedad de Ravana". Vibhishana se conmovió ante la profundidad de aquel anhelo y pidió a las doncellas que respetaran sus deseos. Ellas también dijeron que Sita deseaba con desesperación recibir el darshan de su Señor.

Con prontitud, trajeron un palanquín para que Sita viajara en él. Los Vanaras lo cargaron en sus hombros y las mujeres Rakshasas que habían sobrevivido, los guerreros Vanaras y muchos otros bailaban de alegría a ambos lados del camino, al paso del palanquín de Sita. Se paraban de puntillas y hasta saltaban para poder tercer una visión más clara y cercana de ella, pero Sita no miraba ni a la derecha ni a la izquierda; inclinó su cabeza y se concentró en un solo pensamiento: Rama.

Cuando todavía restaba una corta distancia para llegar ante Rama, Sita se bajó del palanquín, pues sintió que debía aproximarse a su señor con humildad y caminó lentamente hacia Rama. Los Vanaras que estaban de pie a lo largo del camino se postraron a sus pies y exclamaron "¡Jai, jai, Sita Ram!" Cuando Sita estaba bastante cerca,

Rama dijo que no debía llegar hasta él en ese momento, pues tenía que pasar la prueba del fuego.

Al oír esto, los Vanaras callaron y se quedaron atónitos de desesperación, pero aun así tuvieron que ir a recolectar ramas secas para encender el fuego para la prueba. Los Vanaras habían cargado en sus hombros enormes montañas y piedras, durante la guerra contra Ravana, pero ahora encontraban que las pequeñas ramas secas pesaban mucho, porque sus corazones estaban apesadumbrados ante la prueba que Sita debía pasar. Rama, por supuesto, sabía que Sita era intachable y la encarnación misma de la virtud. Vibhishana, Angada, Sugriva y los demás sabían que la prueba de fuego era sólo para convencer al mundo. El hecho era que el shakti que "era" Sita había sido transmitido e instalado en el fuego, cuando estuvieron en el bosque Dandaka. La Sita que estaba en Lanka era sólo el cuerpo. El shakti o esencia vital había permanecido en el fuego, sustentado por éste. Ahora ella tenía que pasar a través del fuego para que pudiera emerger como la verdadera Sita, la gran energía universal encarnada.

Sita aceptó con gusto el rito, para que el mundo se convenciera de que su corazón era puro e inmaculado. Se sentía feliz al ver crepitar las llamas. Lakshmana, sin embargo, estaba abrumado por la pena, ya que él mismo era quien debía conducir el ritual. Sita lo consoló con un sabio consejo: "Lakshmana, cuando me casé, los brahmanes encendieron el fuego de la ceremonia y santificaron la celebración. Hoy, el fuego me dará un nuevo nacimiento; después me casaré con el Señor nuevamente. Alimenta bien el fuego, pues eso es lo correcto".

Lakshmana se conmovió ante el dolor que ella sentía por la separación, su anhelo por la reunificación, su lealtad a la rectitud y apego a la justicia y el análisis inteligente que hacía de la situación en que se encontraba. Derramó algunas lágrimas, unió sus palmas en reverencia y permaneció de pie en silencio; no encontraba palabras para expresar sus sentimientos. Con la mirada fija en Rama, apiló las ramas y les prendió fuego. Sita sentía felicidad al ver las llamas. El miedo no tenía cabida en su mente. Caminó hacia el fuego y de pie frente a él dijo: "¡Oh recipiente de ofrendas sagradas! Ni con la palabra, la acción o el pensamiento he abrigado en mi mente a ningún otro más que a Rama, mi señor. ¡Oh purificador!, tú resides en el corazón de todo ser viviente. Sé para mí tan fresco como la pasta de sándalo, cuando entre en ti". Se postró ante Rama y penetró en el fuego. El dios del elemento, Agni, apareció en la forma de un: brahmán, trayendo con él a la verdadera Sita y la ofreció a los pies de Rama, tal como el Señor del océano de leche ofreció a Lakshmi a los pies del Señor Vishnú. Ella resplandeció a la izquierda de Rama como un lirio de oro junto a un loto, azul totalmente abierto. Los dioses expresaron su alegría tocando tambores y trompetas.

Vibhishana se encaminó hacia la ciudad y en el carruaje aéreo llamado Pushpaka trajo ropas y joyas adecuadas para la Divinidad y las

puso ante Rama. Rama pidió que el carro se elevara al cielo y que todos los valores que transportaba se desparramaran desde ahí a la gente. Vibhishana hizo lo que se le pedía. Los Vanaras recogían con regocijo las prendas y joyas que caían sobre ellos. Creyendo que las gemas eran frutas rojas y maduras, cuando se dieron cuenta de que eran joyas verdaderas las arrojaron al suelo con enfado. Rama y Sita disfrutaban y reían ante aquellas escenas. Muchos Vanaras y osos llevaban la ropa que les habían regalado y se acercaban a Rama para mostrarle su agradecimiento. Vestidos con ropas multicolores, bailaban de felicidad. Rama los miró con aprecio y les dijo: "¡Oh Vanaras! Gracias a sus proezas y valor fui capaz de destruir a Ravana y de investir a Vibhishana como emperador de Lanka. Ahora todos pueden regresar a sus hogares; siempre estaré con ustedes, de ahora en adelante ya no tienen por qué sentir temor". Rama los consoló y confortó prometiéndoles eterna, protección, asegurándoles que jamás volverían a sentir temor ante nadie ni a sufrir calamidad alguna. Los Vanaras y demás sentían gratitud por el amor que él les brindaba y que hizo desaparecer todos los temores de su mente; permanecieron de pie con las palmas unidas rindiéndole .homenaje y reverencia y dijeron: "Señor, tus palabras son acordes con tu majestad, nos confunden y nos dejan mudos. Nosotros somos débiles, tú eres nuestro protector y guardián, tú gobiernas los tres mundos; ¿puede una mosca decir alguna vez que ha ayudado al águila?, ¿puede una pequeña lámpara decir que con su luz revela al Sol?". Los Vanaras se postraron a los pies de Rama, con los ojos llenos de lágrimas.

Los Vanaras y los osos sabían que debían obedecer las órdenes de Rai la, aunque eran renuentes a separarse de su presencia. Se fueron a sus casas embargados de alegría y dolor a la vez, orándole a Rama para que siempre los bendijera, con su sagrada imagen grabada en sus mentes. Nala, Sugriva, Hanumán, Vibhishana y los otros líderes y guerreros no podían expresar sus sentimientos y se quedaron de pie, en silencio con la mirada fija en el rostro de Rama, tratando de mitigar su angustia. Observando la profundidad de su amor y apego, Rama los hizo sentarse en el carruaje aéreo Pushpaka, en el cual él iba ascendiendo.

29. AYODHYA FELIZ

El Pushpaka ascendió en dirección hacia el norte. Cuando se elevó, hubo gran conmoción en la tierra. Las hordas Vanaras lanzaron gritos de "¡Jai! ¡Victoria a Rama! ¡Victoria a Sita, Rama y Lakshmana!". En el interior del Pushpaka había un enorme trono bellamente diseñado y tallado, en el cual se sentaron Sita y Rama. Después aparecieron ante todos, como una nube con una luz centelleante descansando sobre el pico Sumeru. Rama le señaló a Sita el campo de batalla y le dijo: "Aquí fue donde Lakshmana venció y mató a Meghanada". También le mostró otros lugares que habían sido testigos de hazañas y triunfos similares; le indicó el puente que los Vanaras habían construido sobre el mar y le describió el heroísmo, la devoción y la fe de los monos. Muy pronto, el carro aéreo llegó al bosque Dandaka, donde Rama hizo que el vehículo se posara en las ermitas de Agastya y de los otros sabios. Acompañado de Sita y Lakshmana y otros miembros de su séquito, Rama visitó a los sabios, les rindió homenaje y después de pedirles permiso para partir, subió al Pushpaka otra vez y llegó a la colina Chitrakuta. Ahí también ofreció respeto a los sabios y, surcando el cielo nuevamente, le mostró a Sita desde las alturas la ciudad de Kishkinda. A medida que volaban a gran velocidad, Rama le mostró los ríos sagrados Yamuna y Ganga, a los cuales Sita ofreció adoración en su mente. Pronto pudieron ver el tres veces sagrado Prayag, donde el Yamuna se une al Ganga. Desde ahí también se podía ver la esplendorosa ciudad de Ayodhya.

Guha, el jefe de la tribu nishada, quien anhelaba ardientemente e! regreso de Rama con su consorte y su hermano, descubrió al Pushpaka en el cielo y se postró con veneración. Y, ¡oh sorpresa!, el carro se posó exactamente ahí. Guha corrió a postrarse a los pies de Rama, con lágrimas corriendo por sus mejillas, sin poder contener su alegría; se puso de pie y abrazó a Rama con el corazón rebosante de dicha. Sita, Rama y Lakshmana confirieron sus bendiciones al jefe de la tribu. Tomaron su baño en e! río sagrado y ordenaron a Guha que trajera el bote para cruzas e! Ganga. E! Pushpaka, que pertenecía a

Kubera antes de que Rayana se lo apropiara, fue devuelto a su antiguo dueño.

Restaba sólo un día para que terminara el exilio; por lo tanto, Rama ordenó a Hanumán convertirse en un brahmán y marchar hacia Ayodhya, con el fin de informar a Bharata de todos los acontecimientos y la situación en que se encontraban él y los demás, así como para traerle de vuelta, noticias de Bharata. Hanumán partió de inmediato, mientras Rama, Sita, Lakshmana y todos los que habían venido con él se encaminaron hacia !a ermita de Bharadvaja y aceptaron la hospitalidad de aquel sabio. Hanumán encontró a los habitantes de Ayodhya enflaquecidos y hambrientos, desolados y abatidos, porque no habían apetecido alimento o bebida durante la ausencia de Rama. Por toda la ciudad se oían sus lamentos y gemidos. No se podían consolar ni asistir mutuamente, pues apenas podían dar unos pasos por lo débiles que se encontraban; no tenían ningún deseo ni fuerzas para cuidar o consolar a los demás. Sin embargo, las buenas nuevas que Hanumán llevaba habían lanzado ya algunos rayos de esperanza sobre ellos. Bharata había tenido algunas premoniciones del feliz acontecimiento: su ojo y su brazo derechos sufrían espasmos repentinos. Anticipó la buena noticia de la llegada de Rama a Ayódhya. Lamentaba que todavía faltara un día más para que concluyera el exilio y estaba preocupado porque Rama no había mandado a nadie para comunicarle en qué lugar se encontraba. Se dijo a sí mismo que Lakshmana era muy afortunado por estar todo el tiempo en la presencia y sirviendo a los pies de loto. "El Señor me mandó a esta ciudad porque soy un hipócrita. Mi Señor es todo dulzura y suavidad, es el bondadoso pariente de los que han caído en el infortunio, es la compasión misma, con seguridad mañana llegará", se consolaba.

Justo entonces, Hanumán se le apareció convertido en brahmán para notificarle lo acontecido. El gran héroe Vanara se conmovió al ver la triste condición de Bharata. Su cuerpo había adelgazado y estaba abatido por la ansiedad; su pelo estaba enmarañado y sus ojos enrojecidos eran una fuente perenne de lágrimas; repetía sin cesar el nombre de Rama. Hanumán se llenó de alegría al ver aquella alma tan dedicada, en éxtasis, y se le erizó el pelo. Sus pensamientos corrían en todas direcciones, pero recordó su misión y de inmediato le comunicó la buena nueva al ansioso Bharata. "La persona de quien has estado separado y por quien no has dormido ni convidó todas estas noches y días, cuyas virtudes y poderes has alabado y recitado a cada momento de tu vida en todos estos años, quien ha garantizado la protección a los dioses y la seguridad a los sabios, quien fomenta la verdad y la rectitud en todos los mundos, Rama, ha obtenido la victoria sobre todos los enemigos, y los dioses están cantando su gloria".

De forma similar al hombre que sufre de una sed espantosa y se siente feliz al ver el agua, a Bharata lo inundó la alegría cuando escuchó a Hanumán. Se preguntaba si era verdad todo lo que estaba

oyendo y si Hanumán no era sólo un espejismo e inquirió: "¿Cómo puedo saber si esto no es una ilusión? ¿Quién es esta persona que me ha traído esta~buena noticia? ¿De dónde has venido?", le preguntó al visitante, abrazándolo con gratitud. Hanumán respondió: "¡Oh, Bharata!, yo soy Hanumán, el hijo de Vayu, el dios del viento; pareces haberlo olvidado. Yo soy el Vanara que cayó frente a ti cuando volaba cargando la colina Sanjivi. Soy un servidor de los pies de loto de Rama".

Al oír tal respuesta, Bharata se puso de pie respetuosamente, sobrecogido por la alegría, e inclinó su cabeza en reverencia. "¡Oh jefe de los monos!, has disipado mi dolor. Tu presencia ha traído la calma a mi mente; ¡qué afortunado soy!, ¡hoy he podido ver a un mensajero de Rama!". Y continuó repitiendo lo mismo durante largo, rato. "¿Está bien mi Rama, es feliz?, y mi Madre Sita, ¿cómo está? ¡Hanumán!, ¿cómo voy a poder expresarte mi gratitud? ¿Qué debo hacer por ti en retribución? No puedo encontrar nada que en realidad sea de gran valía para podértelo ofrecer en agradecimiento, así que permaneceré en deuda contigo. No sé cómo pagar la deuda ni con qué. ¿Dónde está Rama ahora? ¿En qué lugar pernocta? Cuéntame las hazañas que lo llevaron a la victoria", dijo, ansioso de saberlo. Hanumán estaba abrumado ante la devoción y dedicación que Bharata mostraba y se postró a sus pies demostrándole su admiración para decirle: "Bharata, Rama está muy cerca de la ciudad de Ayodhya y lo podrás ver en poco tiempo. Sus hazañas son tan maravillosas que no pueden describirse, tú lo sabes. Él también te recuerda constantemente; el segar de los mundos, Rama, ha dicho que en todo el mundo no hay otro hermano que se iguale a ti en pureza de corazón, agudeza de intelecto y virtudes. ¿Quién puede dudar de esas palabras?"

Bharata se sentía feliz al oírlo. "¿Rama ha hablado así de mí? ¡Qué afortunado soy!", gritaba y abrazaba a Hanumán cariñosamente. Hanumán le dijo que no podía demorarse más y pidió permiso para partir y hacerse presente ante Rama. Cuando estuvo con Rama le dijo lo que había visto y escuchado.

Bharata dio la orden de que se realizaran los preparativos para la ceremonia de bienvenida. Difícilmente permanecía quieto; siempre estaba en movimiento y muy ocupado. De Nandigrama fue a Ayodhya y le ofreció sus reverencias al preceptor Vashista, antes de comunicarle la noticia de que Rama llegaría pronto a Ayodhya. También se apresuró a ir hacia las habitaciones de las reinas y anunció a las tres madres que Rama, Sita y Lakshmana estaban por llegar, lo cual las llenó de alegría. Bharata ordenó que toda la ciudad fuera informada de la buena noticia, a través de todos los medios disponibles. La noticia Ileró a oídos de todos con rapidez increíble. Los niños, ancianos, hombres y mujeres corrían de un lado a otro pregonando la buena nueva a todo pulmón.

Bharata reunió a los sabios, eruditos, preceptores, ciudadanos y líderes y a las cuatro secciones de las fuerzas armadas, y con las tres reinas y los ministros, guiados por Sumantra, caminó con Satrugna a su

lado, al encuentro de Rama. Mientras se aproximaban a Ayodhya, Rama describía a los Vanaras y a todos los demás que estaban a su alrededor la belleza de la ciudad: "¡Oh Sugriva, Angada, Vibhishana! Ayodhya es una ciudad sagrada y muy bella". En ese momento de entusiasta descripción de los encantos de la ciudad, Bharata apareció a la vanguardia del ejército, con su hermano y las reinas. Así como el océano crece de alegría al ver la Luna de otoño, la multitud se sintió dichosa al ver a Ramachandra, Rama la Luna. Aquella alegría llegaba hasta el cielo. Las madres abrazaron a Rama con deleite y se olvidaron de sí mismas, atrapadas por una corriente de alborozo. Sita, Rama y Lakshmana se postraron a los pies de las madres. La alegría de todos era inefable. Rama acercó a Bharata hacia sí y, acongojado al ver su debilitado cuerpo, lo llenó de consuelo y lo aconsejó amorosamente. Alabó a su hermano por la firme devoción y el afecto brindados a sus súbditos. Sita, Rama y Lakshmana también se postraron ante Vashista, Jaba¡¡, Vamadeva y los demás sabios, tan pronto como los vieron. Hasta el más asceta entre los santos no podía contener las lágrimas ante la felicidad del encuentro con Rama.

Los eruditos védicos elevaron sus voces al cielo y derramaron sus bendiciones con la fórmula tradicional: "¡Vivan victoriosamente por cientos de años!, ¡vivan prósperamente por cientos de años!". Bharata y Satrugna se postraron de cuerpo entero ante Rama, rindiéndole homenaje. Aunque Rama les rogaba una y otra vez que se incorporaran, se sentían incapaces de hacerlo y de separarse de los pies de loto. Lakshmana y Rama tuvieron que unir sus esfuerzos para levantarlos. Los cuatro hermanos se abrazaban entre sí con gran afecto y lloraban de alegría y alivio al mirarse unos a otros. El deleite que inundó sus mentes ocasionó que su belleza innata resplandeciera aún más, brillando como encarnaciones divinas. La tristeza de la separación había dado paso a la alegría de encontrarse de nuevo juntos. Ahora estaban sumergidos en el océano de la bienaventuranza.

Sugriva, Nala, Nila, Angada, Hanumán y los demás asumieron hermosos cuerpos, en ocasión del festival de bienvenida. Los ciudadanos no cabían en sí de gozo ante la vista del séquito de Rama, a la vez que alababan las austeridades que Bharata había realizado, así como sus resultados. Apreciaron sus virtudes de fina ley. Rama se estremeció ante la fe y la devoción de los habitantes de Ayodhyá. Reunió a los Vanaras y a Vibhishana para presentarlos á sus hermanos y a sus preceptores. Cuando los presentó ante las reinas les dijo: "Éstas son mis madres", y todos se postraron a los pies de las mujeres diciendo: "¡qué afortunados somos al conocer alas madres que le dieron nacimiento al mismo Dios! Ustedes son dignas de adoración; otórguennos su bendición".

Kausalya les habló así: "¡Oh Vanaras!, todos ustedes son tan queridos para mí como lo es mi hijo Rama. ¡Que Rama jamás los olvide,

que siempre los proteja!". Después, deliberando entre ellos, subieron a los carruajes y entraron en la ciudad.

Frente a cada casa se habían colocado vasijas de oro llenas de agua pintada' con colores auspiciosos y en las calles y en las casas ondeaban banderas. Los rostros de la gente, otrora marchitos y desencajados por el dolor como lotos a la luz de la Luna, florecieron en frescura y belleza, cual lotos al amanecer, cuando Rama pasó frente a ellos. El cielo vibraba con vítores de alabanza. El carruaje que conducía a Rama cruzó por las calles de la ciudad, pletóricas de alegría y deleite. Las llamas auspiciosas de las lámparas que sostenían manos devotas y que ondeaban a su paso brillaban como estrellas, dando la impresión de que el firmamento había caído en la Tierra; por los caminos se respiraba un aroma fragante de agua de rosas.

A medida que el carruaje avanzaba, lluvias de flores caían sobre él, desde ventanas y balcones. La felicidad de los habitantes de Ayodhya era inmensa. Con sus tres hermanos y sus tres madres, Rama, con Sita a su lado, otorgó inmensa satisfacción a la multitud que se encontraba a los lados del camino. La gente se felicitaba mutuamente por la buena fortuna de vivir y presenciar ese feliz acontecimiento. Cuando llegaron al palacio, las doncellas, así como las ayas y la servidumbre, se adelantaron a recibirlo para lavarle los pies, como era la costumbre ritual.

30. LA CORONACIÓN

En cuanto entraron en el palacio, Vasishta, el preceptor real, anunció la fecha para coronar a Rama como emperador de Ayodhya, detallando los atributos auspiciosos de ese día. Invitó a los eruditos y sacerdotes a tomar parte en las ceremonias que los Vedas habían prescrito para consumar la coronación, y aquéllos elogiaron la decisión de: Vasishta, ya que dijeron: "Una coronación celebrada así, conferirá paz y prosperidad a la humanidad".

Vasishta llamó a Sumantra para que se presentara ante él y le habló de este modo: "Reúne a las fuerzas armadas la caballería, los elefantes, carros e infantería en la ciudad, porque vamos a celebrar la coronación de Rama". Aquellas palabras alegraron a Sumantra y efectuó los arreglos necesarios para que E¡I ejército con todos sus cuerpos estuviera presente. Los elefantes, caballos y carruajes se decoraron para la ocasión y se acomodaron en fila frente a la puerta de la ciudad. Los jinetes y la infantería, luciendo coloridos uniformes, estaban atentos, listos para marchar hacia la ciudad y participar en el festival. Con anticipación, se mandaron mensajeros a los cuatro puntos cardinales, con el fin de que trajeran todos los objetos auspiciosos necesarios para los rituales de la coronación. La ciudad entera se regocijaba, los ciudadanos competían entre ellos ornando sus casas y calles; la gente sentía que sus ojos no eran suficientes para absorber el encanto de la ciudad.

Rama fue especialmente amable con las personas que lo habían acompañado hasta Ayodhya, como Sugriva, Vibhishana, Angada, Nala, Nila y otros; ordenó que se les ofreciera hospedaje y atendiera lo mejor posible. Para tal efecto, los sirvientes del palacio se apresuraron a arreglar todo para que los invitados se sintieran cómodos. Rama llamó a Bharata y con sus propias manos le cepilló el enmarañado pelo, que durante años no había sido peinado. Los tres hermanos, personalmente, vaciaron agua sagrada sobre Bharata y lo atendieron mientras se bañaba. Después, Rama recibió el consentimiento de Vasishta para desenredar su propio pelo y se dio un baño auspicioso. Las reinas

madres, mientras tanto, también ayudaron a Sita en su baño, le peinaron cuidadosamente sus enmarañados cabellos, la vistieron con seda amarilla e hicieron que luciera muchas joyas, con lo cual refulgía como la diosa Lakshmi; luego, ella se dirigió hacia donde estaba Rama y se sentó a la izquierda de su señor.

Las tres madres experimentaron la más elevada bienaventuranza viendo a Rama y Sita sentados, juntos. "¿No es éste el día más feliz para nosotras? Este día nuestras vidas han alcanzado la plenitud, nuestro más querido deseo se ha hecho realidad; hoy, nuestros ojos han visto realizado el más grande anhelo", decían entre ellas. Perdieron toda conciencia de sus cuerpos y de su alrededor, observando a Rama y a Sita, quienes lucían como si fueran el dios Narayana con su divina consorte, Lakshmi. Vasishta, el gran sabio, estaba conmovido al ver el resplandeciente rostro de Rama; sentía una dicha sin límite ante el divino fulgor que emanaba de Rama. "Hoy he alcanzado la meta anhelada durante tanto tiempo", reflexionó acerca de esa felicidad y permaneció en ese estado de bienaventuranza, en silencio. Llamó a los sirvientes y los instruyó para que trajeran el gran trono y lo instalaran en el salón de la coronación. Era un trono decorado con muchas gemas que brillaban como el Sol.

Rama se postró ante Vasishta, los otros sabios y a los pies de las reinas madres; después ante la asamblea de ancianos y dirigentes, y ascendió al trono seguido de Sita. La enorme concurrencia se regocijó ante aquella escena que representaba la majestuosidad y la gloria. Los sabios, ancianos y jefes se sentían plenos de agradecimiento y dicha; los brahmanes recitaban himnos védicos que aludían a la coronación; el pueblo gritaba frecuentemente "¡Jai, jai!", con tanto entusiasmo que el cielo amenazaba caerles encima. Era el séptimo día de la mitad oscura de la Luna, en el mes de Vaisakh. Concedida la aprobación de la asamblea y la de los brahmanes, Vasishta enrolló alrededor de la frente de Rama la insignia de autoridad imperial.

Kausalya, la madre de Rama, a cada momento posaba sus ojos sobre él y sentía una felicidad suprema. ¿Y qué se podría decir de la alegría de los hermanos Lakshmana, Bharata y Satrugna? Su dicha era inefable; ellos sostenían los abanicos de plumas y la sombrilla, desempeñándose como los asistentes de Rama. De hecho, durante todos esos años, hicieron penitencia para disfrutar de la culminación de ese día. Los dioses tocaban los tambores de la victoria en el cielo, los músicos celestiales cantaban alabanzas y los bailarines danzaban de felicidad. Vibhishana, Sugriva, Angada, Hanumán, Jambavan, Nala, Nila, Dadhimuka, Divida y Mainda, todos esos héroes armados de arcos y flechas, cimitarras, lanzas y otras armas, permanecieron de pie, a ambos lados del trono, en señal de reverente humildad.

Con Sita sentada a su izquierda, Rama manifestaba la belleza de un billón de Manmathas (Dios del Amor) encarnado en uno. Los dioses estaban fascinados ante el divino encanto del Señor de la dinastía

Raghu. Rama vestía seda entretejida con oro y tenía pendientes en sus orejas, los cuales brillaban con preciosas gemas. También llevaba en los tobillos y muñecas adornos que realzaban la belleza de su fascinante encanto. Los tres mundos se regocijaron ante aquella sublime ceremonia y la grandeza de Rama. En verdad, aquéllos que presenciaron la escena fueron muy afortunados entre los mortales.

Vibhishana avanzó para obsequiar un brillante collar de gemas que el Señor del Mar le había ofrecido a Ravana. Sita lo aceptó; era tan refulgente que el salón entero adquirió un resplandor y a todos les llamó la atención por el extraordinario juego de gemas que lo formaban. Pero, con el collar en la mano, posó sus ojos en Rama con una mirada interrogativa. Rama comprendió lo que trataba de decirle y le habló así: "Sita, tú puedes obsequiarlo como regalo a cualquiera que merezca tu gracia". Sita pensó sólo por un segundo y miró a Hanumán. Dándose cuenta de la ternura de esa mirada, Hanumán se acercó con humildad y se puso de pie ante Sita, con la cabeza inclinada. Ella le dio el collar, Hanumán le dio varias vueltas en la mano y su resplandor capturó la atención de todos los reunidos en la vasta asamblea. Estaba luchando por encontrar lo peculiar del collar, con mecha curiosidad. Sacaba cada gema, la colocaba entre sus dientes y después junto a su oído y, con una cara que reflejaba desilusión ¡la tiraba disgustado! Todos miraban con asombro ese extraño comportamiento y permanecían en silencio e inmóviles; nadie se atrevió a interrumpir ni a censurarlo hasta que trató de la misma forma a la última gema; sólo protestaban con susurros entre ellos: "¿Quién es este mono que trata así el collar de brillantes que tan amorosa y compasivamente Sita le dio?", era lo que todos se preguntaban. Incluso Vibhishana estaba triste por la manera en que Hanumán había tratado la invaluable joya que él había traído: "La ha partido en pedazos y ha tirado las gemas", se dijo. Todos los presentes sacaban sus propias conclusiones del extraño comportamiento. Por último, un gobernador no pudo contenerse, se puso de pie y expresó su resentimiento: "Héroe sin igual, ¿por qué rompiste el collar de gemas en tantos pedazos? ¿Fue correcto hacerlo así? ¿Por qué lo hiciste? Explícanos y aclara nuestras dudas".

Hanumán lo escuchó pacientemente y le contestó: "¡Oh rey!, examiné cada gema para descubrir si tenía grabado el sagrado nombre de Rama, pero no lo pude encontrar en ninguna de ellas. Sin el nombre de Rama sólo son piedras y por eso las arrojé al suelo". El gobernador no quedó conforme y le preguntó a Hanumán: "¿Acaso tú exiges que en cada objeto y partícula debe estar el nombre de Rama? ¿No pides algo imposible?". Hanumán le contestó: "¿De qué sirve o qué beneficio se puede obtener de todo aquello que no tenga en él el nombre de Rama? No necesito nada de eso". El valiente héroe Hanumán rebatió así los argumentos del gobernador. Éste, sin embargo, continuó objetando: `ú no usarías nada que no tuviera en él el nombre de Rama; bien, tú utilizas un cuerpo, lo llevas a todas partes contigo, pruébanos que

tienes el nombre de Rama en él". Hanumán se rió a carcajadas y dijo: se lo probaré, ¡observa!". Se quitó un pelo del antebrazo y lo puso cerca del oído del gobernador, quien pudo escuchar el nombre "Rama" pronunciado repetidas veces por ese solo pelo. El gobernador se maravilló ante esto y se postró a los pies de Hanumán, rogándole que lo perdonara.

Rama le pidió a Hanumán que se acercara y lo abrazó cariñosamente, preguntándole: "Hanumán, ¿qué te puedo ofrecer en esta ocasión? No tengo ningún regalo digno para ti; me ofrezca yo mismo como regalo para ti". Después, permitió que Hanumán lo rodeara con sus manos. Las personas reunidas ahí se conmovieron y gritaron de júbilo ante ese magnífico acto de gracia, alabaron la devoción y dedicación de Hanumán y declararon que no había nadie igual a él en todo el mundo. Después, Rama se puso de .pie y salió del salón; afuera, una enorme concurrencia esperaba su aparición. Les dio el darshan divino de su majestuosa y encantadora forma. Todos estaban emocionados como nunca antes, por la bienaventuranza del darshan conferido. A todos los visitantes les dio una festiva recepción y deliciosos alimentos, así como lujoso alojamiento. Rama dispuso la distribuui5n, a manera de caridad, de oro y dinero, de vehículos, utensilios para el hogar y ropa, de casas y otros bienes en abundancia. Vibhishana y los héroes Vanaras estaban sorprendidos ante la magnificencia de esos actos. Permanecieron ahí durante seis meses, sirviendo a Rama tanto de día como de noche, en completo regocijo. Los seis meses transcurrieron como si sólo hubiera sido un día para ellos. No se acordaban de su casa, de sus familiares ni de sus reinos, durante todo ese tiempo.

Por fin, Rama reunió en el salón de audiencia a todos los compañeros que habían estado con él y los invitó a tomar asiento. Después, se dirigió a ellos en forma suave y dulce diciéndoles: "Amigos, ustedes han trabajado arduamente para mí; por supuesto, no está bien que los alabe en su presencia, sin embargo, afrontaron muchas dificultades por mí, descuidando hogares, esposas e hijos, sin preocuparse por sus bienes y propiedades. No tengo más amigos, por lo tanto, siento amor y compasión especiales hacia ustedes, superiores a los que profeso a mis padres y hermanos, a mi reino y súbditos y aun a mi Sita; ustedes son mis bienamados. Ahora les pido que regresen a sus hogares. Sírvanme después de haberme aceptado en sus corazones, con fe y devoción. Les otorgaré la gracia y fortuna de verme a su lado, enfrente y detrás de ustedes y en sus hogares".

Esas palabras tan llenas de gracia y amor los sobrecogieron de gratitud y alegría, tanto que se olvidaron de sí y del entorno y, sin apartar los ojos del rostro de Rama, derramaron lágrimas de alegría, llenos de una emoción que les impedía pronunciar palabra alguna. Después, por instrucciones de Rama, los sirvientes trajeron grandes cantidades de ropa y joyas; Lakshmana, Bharata y Satrugna se las

ofrecieron y personalmente los ayudaron a ponérselas. Los Vanaras y Vibhishana brillaron con fulgor, sin embargo, no les afectaba lo que sucedía; permanecían inmóviles viendo sólo los pies de Rama, su adorado Señor. Todos inclinaron la cabeza y se postraron ante los hermosos pies. Rama gentilmente los hacía incorporar y los abrazaba con gran afecto.

Luego le dijo al grupo de Vanaras que iban a partir y a los demás: "queridos hijos y amigos, les otorgo el estado sarupya de liberación, por el cual ustedes serán investidos de poder y virtud que sólo se aproximan a los míos. Regresen y lleven a cabo sus deberes con éxito y cumplan con sus responsabilidades. Gobiernen la tierra y a los súbditos confiados a su cuidado y disfruten de paz y prosperidad". Rama les impartió valiosos consejos y autorizó su partida. Bharata y Satrugna estaban admirados ante la devoción que brillaba en los corazones de los Vanaras y de otros. Como Rama lo ordenó, Lakshmana, Bharata y Satrugna acompañaron al grupo hasta las afueras de la ciudad, sentados en los carruajes que se les había asignado; los Vanaras volvían la cabeza con frecuencia y lloraban inconsolables ante el solo hecho de alejarse de Rama. Los hermanos, al ver reflejada la angustia en aquellos rostros, se apesadumbraron, pues sabían lo que significaban esas lágrimas y miradas tristes, y alabaron el espíritu de devoción que inundaba aquellos corazones. Los acompañaron hasta las márgenes del río y los ayudaron a cruzarlo; después, los hermanos regresaron a Ayodhya, y Hanumán volvió con ellos; así se lo había suplicado a Sugriva, su gobernador, prometiéndole regresar en diez días, ya que, según dijo, no podía soportar el dolor de separarse de Rama. Aunque Sugri1 Va no se sentía muy feliz, y a pesar de sus protestas, Hanumán regresó con Lakshmana y los demás hacia donde se encontraba Rama.

Cierto día, Rama se dirigió al jardín, acompañado de sus hermanos y su querido Hanumán, para dar un paseo. Aquel sitio estaba repleto de flores y frutos; Rama se sentó en el lugar más elevado, con sus hermanos al lado. Los hermanos dudaban acerca de hacer o no unas preguntas, vieron a Hanumán y le dijeron lo que pensaban; sabían que si Hanumán hacía las preguntas, Rama les respondería. El omnipresente Rama se dio cuenta de la situación y dijo: "Hanumán, ¿qué es lo que quieres saber ahora? Pregunta". Hanumán le respondió: "¡Oh protector de los débiles! Bharata quería hacerte una pregunta, pero tenía duda y temía formularla". Juntó sus manos y se postró a los pies de Rama por haber contestado a su pregunta directamente y en agradecimiento por haberle concedido la oportunidad de hablar en su presencia. Rama le respondió: "Hanumán, tú conoces muy bien mi naturaleza, no hay ninguna diferencia entre yo y Bharata. No existe nada que nos haga sentir distintos".

Cuando Bharata oyó esas palabras, se postró a los pies de Rama y dijo: "¡Oh! Tú, el que cura las miserias de aquéllos que se entregan a

ti, escucha: perdona mis errores y protégeme, no tengo ninguna duda en mi mente, no tengo penas ni apegos, ni siquiera en sueños. Por supuesto, todo esto lo debo a tu gracia y compasión; tú eres el receptáculo de todas las virtudes. Deseo aprender la distinción entre los hombres buenos y los malos".

Rama le respondió: "Hermano, las cualidades que caracterizan a los buenos son muchísimas, como lo dicen los Vedas y los Puranas. La distinción que separa al bueno y al malo es tan enorme como la que existe entre el árbol del sándalo y el hacha. Toma nota de esto: cuando el hacha corta el árbol del sándalo, el árbol regala al hacha la fragancia que posee, el hacha lo está matando y el árbol sólo hace el bien a quien lo está aniquilando; por eso el sándalo es apreciado por todos, y a los dioses les gusta tener pasta de sándalo en sus frentes. Mas ve lo que sucede al hacha que daña el árbol que le confiere el bien: se pone al fuego y cuando está caliente y al rojo vivo, se martilla para darle la forma y el filo. Las personas malas causan dolor á los hombres buenos, de manera similar, pero los buenos siempre desean el bien y hacen el bien a los malvados, cualquiera sea el daño que se les haga. Y, ¿cuál es su recompensa? Con seguridad ellos alcanzan el cielo, es decir, están en constante bienaventuranza; las personas malas, por el contrario, constantemente estarán luchando contra la tristeza y el descontento, es decir, sujetas a una infernal agonía; aunque aparenten ser felices ante los demás serán torturadas en su interior por la infamia y el odio que invocan.

"Les voy a decir las características de los hombres buenos. Escuchen: ellos no están fascinados por !os placeres materiales, poseen las mayores virtudes y el mejor comportamiento. Son felices ante la felicidad de los demás; se entristecen cuando los demás están tristes y ven a todos con igual afecto. No tienen enemigos ni se preocupan si éstos existen; están dotados de sabiduría, conocimiento del mundo objetivo y un profundo sentido de desapego. Son de noble corazón y muestran compasión hacia los débiles e indefensos, adoran mis pies con pureza de pensamiento, palabra y obra y se deleitan en servirme; son ajenos a la fama y a la infamia, al honor y a la deshonra:Siempre están interesados en servir a los demás; jamás ceden ante el egoísmo ni siquiera en sueños. Sus acciones son límpidas y humildes. Ellos son de corazón sano y sereno. Búscan las oportunidades para renunciar y en cada momento están inmersos en la dicha. Para ellos, alabanza y crítica son lo mismo. Hermano, quienquiera que posea estas características es de mi propia naturaleza: él es yo mismo y yo soy él. Ésa es la verdad.

"Ahora te hablaré acerca de las características de los hombres malos. Escucha: deben evitar su compañía por todos los medios posibles, pues la desdicha caerá sobre ustedes como resultado de esa relación. Sus corazones se afligen ante la prosperidad de los demás; se deleitan tanto en injuriar a otros como en dar la bienvenida a las riquezas. Los seis enemigos del hombre bueno lujuria, ira, codicia,

deseo, orgullo y odioson fomentados por ellos, siempre están a su alcance y se mueven y actúan de acuerdo con las órdenes de estos seis. La piedad y la caridad están ausentes en su quehacer diario y pelean con los demás sin razón y provocación alguna; además, muestran hostilidad, inclusive hacia quienes les hacen el bien. Sus acciones son falsas, lo que dicen es falso, su dar y recibir son falsos; sus actitudes son crueles; tienen corazones de piedra. Es bonito tener un pavo real y su canto también lo es, pero el pavo real mata a las serpientes. Así también, los hombres malvados están ansiosos de dañar a los demás y anhelan a las esposas de otros; se regodean dañando la reputación de los demás, gozan con la maldad; tienen una mente malévola todo el tiempo; son los más ruines entre los hombres; no tienen temor a las consecuencias. Cuando ven o escuchan acerca del progreso de otro, los corroe la envidia y los afligen terribles e insoportables dolores de cabeza; pero cuando los otros están atrapados por la calamidad, se regocijan con sus sufrimientos. Cuando otros sufren, se sienten extasiados, como si hubieran sido coronados reyes de algún reino. Están dominados por él ego; no piensan en ayudar a los demás ni siquiera en sueños. En sus corazones nacen la lujuria, la ira y otras pasiones. No tienen ninguna consideración hacia sus padres, preceptores o mayores. Se sienten disgustados tan sólo al oír mencionar a los grandes personajes o a Dios. Su intelecto es torpe, su conducta es reprochable y se cuentan por miles en el Kali yugá (la era del mal).

"Hermano, de todos los actos rectos, brindar ayuda a aquéllos qué la necesitan es el mejor, y de todos los actos malos, no hay nada peor que causar daño a los demás. Sepan que ésta es la esencia de las enseñanzas de los Vedas y de los Puranas. Éste es el ideal de todos los hombres buenos en todas partes. Aquéllos que han sido beneficiados con el nacimiento humano y sin embargo se complacen en dañar a los demás se degradan a un nivel inferior al dé las bestias y tienen que nacer y morir como éstas; lo mismo les sucede a los que renacen como hombres y vuelven a cometer las mismas maldades a causa de su ceguera e ignorancia. Por ello, soy el que mide las consecuencias del karma (la acción) y sólo después de un largo tiempo durante el cual tienen que luchar para salir de la oscuridad, yo les otorgo mi visión, los envío una y otra vez al torbellino de la vida y les hago experimentar los altibajos de la misma para que puedan educarse.

"Bharata, los dioses, sabios y grandes personajes no se involucran en actos que impliquen dualidad; siempre están en una actitud de dedicación, adorándome; se comprometen en actividades sin ningún deseo o apego a las consecuencias de las mismas. Si se llevan a cabo austeridades para alcanzar ciertos fines, si las actividades se desarrollan con la finalidad de obtener los frutos que otorgan, las personas tienen que renacer para que se les pueda otorgar el bien y el mal que aquellas actividades merecen. Cuando no se buscan los frutos

de la acción y aun así los actos se ejecutan con sinceridad, corrección y justicia, éstos no atan. Por el contrario, confieren sabiduría al que los realiza. La persona aumentará su devoción y dedicación y, como resultado, estará más próxima al Supremo y a su fusión con él. Cuando sean capaces de distinguir entre el bien y el mal basándose en estas características y actúen de esta forma cuando busquen compañía, serán capaces de liberarse de los remolinos del mar de cambios, del océano del flujo de nacimientos y muertes.

"¡Hermano! Sabe que todas estas distinciones entre lo bueno y lo malo son básicamente el resultado del apego y las inclinaciones, a causa de que consideran al mundo como real, aunque no es ni real ni irreal. Aquéllos que han escapado de esta "ilusión" y esta dualidad son los mahatmas (Grandes Almas). Han comprendido que su realidad es el Alma inmutable. Saben que no hay dos; experimentan siempre sólo al Uno. Los demás pertenecen al grupo de los ignorantes".

El hermano y los demás, al escuchar tan esclarecedoras palabras, obtuvieron un estado de serenidad y sus corazones se deleitaron con una súbita oleada de amor; reconocieron la bondad de Rama y se postraron agradecidos a los pies del Señor. Esto lo hacían cada vez que les esclarecía algo; Hanumán experimentaba el éxtasis más que ningún otro. Después, Rama se encaminaba al palacio, acompañado por los hermanos y Hanumán. Esto se convirtió en rutina diaria: primero impartía enseñanza espiritual y después atendía los deberes de su reino.

Un día, Rama ordenó que los ciudadanos de Ayodhya se reunieran en el palacio, con los preceptores y los brahmanes. Todos se congregaron en el salón de audiencias y se les proporcionaron cómodos asientos. Rama entró en el salón y se dirigió a ellos así:

"¡Ciudadanos, preceptores y brahmanes!, me postro ante ustedes. Escuchen mis palabras con atención hasta el final: no me dirijo a ustedes con orgullo o engreimiento, ni para recordarles que soy su monarca; tampoco para conducirlos por caminos erróneos. Si mis palabras les parecen correctas, entonces sigan el camino que les indico. Sin embargo, debo decirles esto: aquéllos que escuchan mis palabras y actúan de acuerdo con ellas, sólo ésos son queridos para mí, únicamente ellos son mis hermanos. Si pronuncio algo equivocado, háganrnelo saber de inmediato, sin titubeo.

"Muy bien, el nacimiento humano según los Vedas, los Puranas y los sabios de todas las tierras, es el más raro privilegio que existe. Ese nacimiento no puede alcanzarse a menos que un gran mérito se cultive durante muchas vidas previas. Hasta los dioses ansían tal oportunidad y encuentran difícil nacer como humanos; el nacimiento como hombre abre la puerta a la liberación; provee grandes oportunidades para llevar a cabo la práctica espiritual y beneficiarse de ello. El cuerpo humano no se debe usar para disfrutar de placeres sensuales, se debe utilizar como un instrumento para alcanzar el cielo y así deleitarse con alegrías

celestiales. Dichos placeres son fugaces, los obligan a volver al mundo de cambios, a la cadena de nacimiento y muerte. Por lo tanto, estos placeres traen infortunio; sólo los tontos se dejarían llevar a la persecución de tales placeres que, además, son como veneno para el hombre. ¿Acaso es mejor buscar el veneno en vez del néctar? Quienes anhelan el veneno no pueden ser hombres buenos; son como los tontos que desechan la gema que cumple los deseos y prefieren una cuenta de vidrio. Al ser dotada de un cuerpo, si una persona no lo usa para cruzar el océano de la existencia ilusoria, se le debe mostrar compasión por tal infortunio y por poseer un intelecto torpe. Él es el asesino de su propio ser, el enemigo de su propio progreso. Por lo tanto, aquéllos que nacen como hombres tienen que comprender que Dios reside en todos los hombres como el Alma y que deben servir a todos como a lo Divino, y considerar que ese espíritu de servicio es la forma más adecuada de adorar a Dios. Sigan los dictados de Dios, de todo corazón; lleven a cabo todas sus actividades dedicándolas a Dios.

"¡Ciudadanos! Quienes anhelan ser felices en este mundo y en el siguiente, escuchen mis palabras. Que ellas sean su guía y meta. Sigan este camino. De todos los caminos que conducen a Dios y a la auto rrealización, el camino de la devoción es el más fácil, es un camino pleno de dicha para la mente. El camino del conocimiento, del discernimiento y la derrota de la ilusión está infestado de obstáculos; es poco menos que imposible extinguir la mente. Inclusive quienes viajan por e! difícil sendero del conocimiento, pueden ser bendecidos por mí sólo si muestran devoción y amor en sus corazones. No existe nada igual a la devoción. La devoción no está limitada, es libre, otorga al hombre toda clase de alegría y felicidad. Debe ponerse énfasis en que ustedes pueden progresar en la devoción sólo cuando buscan y mantienen buenas compañías".

Continuando su discurso a la asamblea, Rama dijo: "Escuchen, ciudadanos de mi reino: deseo exponerles una verdad muy importante que a menudo no entienden claramente. No hagan ninguna distinción entre Shiva y Kesava (otro nombre de Vishnú), crean que Dios es sólo Uno; el nombre y la forma son distintos, pero el Alma Divina, la entidad universal absoluta es la misma; esa Alma Divina está en todos ustedes con igual poder".

Al escuchar esas dulces enseñanzas de labios de Rama, los ciudadanos inclinaron la cabeza con reverencia. Uno de ellos se anticipó para expresar su gratitud y dijo: "Señor, estamos apegados a ti más que a nuestras propias vidas; nuestros cuerpos están sanos y fuertes por ti y nuestros hogares desbordan alegría y felicidad merced a ti. Todo se debe a tu gracia; nos has liberado de la desdicha y nos has acercado a ti. ¡Maharaja!, ¿quién más nos puede enseñar tan amorosamente como tú lo haces? Nuestros padres pretenden que les cumplamos al pie de la letra sus deseos egoístas; eso es todo. ¿De qué utilidad podemos ser para ti? Sin embargo, nos disciplinas para

alcanzar la bienaventuranza del cielo y eso nos causa inmensa alegría. Tú y tus venerables seguidores han realizado ún servicio magnífico al mundo al destruir a la raza demoníaca. Nunca podremos llegar a tener un señor, amigo y padre tan bueno y considerado como tú". La gente expresó entusiastamente su alegría y esclarecimiento ante Rama y él, a la vez, disfrutaba de aquella lealtad y deseos de aprender más y más acerca de temas espirituales. Los ciudadanos solicitaron permiso para marcharse y regresaron a sus hogares, manteniendo en sus mentes !as valiosas verdades que les había enseñado.

En Ayodhya, cada casa tenía un jardín de flores, que los ciudadanos cuidaban con amor y esmero; en la ciudad reinaba eterna primavera, pues las plantas rebosaban de frutos y fragantes flores todo el año. Cientos de abejas volaban alrededor de las flores y su zumbido se oía por doquier; una brisa fresca, con aromas florales, acariciaba a todos. Los niños de la ciudad tenían muchos pájaros como mascotas, y gorjeos, trinos y cantos se mezclaban creando una música grata al oído.

La riqueza y prosperidad de los ciudadanos del reino de Rama no pueden ser descritas ni por mil Seshas (la serpiente de la eternidad) de mil lenguas. Esa prosperidad era resultado de la rectitud que Rama fomentaba y cuidaba. É! celebró muchas ofrendas, durante las cuales les fueron otorgados a millones y millones de brahmanes, generosos regalos, y así vivían felices y contentos. Rama, el que propicia los ritos y ceremonias védicas y es guardián de los códigos del dharma y, no obstante, está por encima y más allá de las obligaciones y atributos de la naturaleza humana así como Sita, plena de auspiciosos atributos y dispuesta a ayudar a todos los que anhelaban cumplir con sus benéficas obligaciones, permanecían siempre alertas en la tarea de mantenerse a sí mismos y a sus súbditos en el camino de la rectitud. La enfermedad física, la ansiedad y el derrumbe de la moral estaban totalmente ausentes cuando Rama gobernaba. La gente se profesaba amor profundo y gran afecto entre sí. Todos se adherían de buen grado a las obligaciones y derechos dictados por los Vedas respecto de la comunidad y_de su oficio particular. La austeridad y caridad, las ofrendas rituales y estudios espirituales continuaron sin tregua y con singular entusiasmo, en toda la nación. Los pensamientos pecaminosos no se atrevían a penetrar en las mentes de las personas ni siquiera en sueños, y las mujeres, hombres, ancianos y niños tenían siempre en su pensamiento a Rama. No había calamidades ni catástrofes naturales en ninguna parte; durante la era de Rama no había pobres ni afligidos, nadie era bajo o insignificante, disforme o desagradable a la vista y mucho menos había crueldad y odio. En todos brillaba un halo de encanto; nadie hería a nadie ostentando orgullo 0 vanidad; nadie envidiaba a nadie. Todos eran versados en la sabiduría del alma y estaban ansiosos de practicar y proteger la rectitud; eran compasivos y dispuestos a servir a los demás. Cada uno anhelaba alabar las buenas cualidades del otro; nadie tenía cabida para egoísmos en el corazón.

El mundo entero, con sus siete islas, limitado por los océanos, se hallaba bajo la sombra del gobierno de Rama. En toda la región, él era el único e indiscutible Señor. En este dominio imperial, las personas disfrutaban de amor y ayuda mutua; no existía ni el más mínimo rasgo de división o antagonismo y por ninguna parte era visible el autoritarismo ni había distinción entre la gente. La distinción sólo surgía en la danza y las artes, en las cuales sobresalían los monjes y ascetas. Únicamente existían las luchas que entablaban los aspirantes espirituales en contra de sus sentidos. El raga (apego y también tono y armonía) sólo se podía observar en la música. Es obvio que si no existían enemigos, tampoco había asesinatos; en vez de eso, la gente mataba los caprichos de la mente y ganaba victorias contra su propia naturaleza inferior.

La ciudad y sus alrededores brillaban con incomparables y bellos pozos, estanques y lagos. ¡Y qué aguas tan puras, qué maravillosos parajes! Su sublime encanto cautivaba a los sabios y videntes, quienes se culpaban por ello; los lagos y estanques tenían flores de loto de muchos colores en la superficie. Muchos pájaros trinaban en los árboles que crecían frondosos y fuertes en la ribera. Los pericos y pavos reales alegremente se agrupaban en sus ramas. La ciudad era más espléndida que el mismo cielo y la gente se maravillaba ante su singular belleza.

Un día, Vasishta entró en el palacio para ver a Rama, el dador de prosperidad en todas las áreas. Rama lo recibió en la forma tradicional, lavando sus pies y ofreciéndole agua santificada para que bebiera. El santo levantó las palmas de las manos unidas y dijo: "¡Océano de compasión!, tengo una petición que hacerte. He observado con deleite tu papel como hombre y estoy acosado por una gran duda. Tu poder es ilimitado y ni siquiera los Vedas conocen bien tu naturaleza. Señor, ¿cómo te podré describir o descifrar? Este papel de preceptor de la familia o sacerdote es inferior. Los Vedas, los Shastras y los Puranas declaran que el sacerdocio es inferior, ya que es una ocupación de poco valor. Él tiene que oficiar en todas las ceremonias, ya sean auspiciosas o no; por lo tanto, está contaminado. Al principio yo no accedí a desempeñar esta profesión, pero Brahma me vio, y al comprender mi dilema me dijo: «Hijo, tú no sabes qué te depara el futuro, acepta esta profesión sin demora; tú vas a salir ganando en los años venideros. El Alma Universal (Parabrahman) encarnará en la dinastía Raghu». Al oír esto, incliné la cabeza ante esta profesión y me convertí en el sacerdote familiar de la dinastía Raghu. Ahora, como resultado de esa decisión, he alcanzado el Principio Supremo, que sólo se puede lograr a través de incontables años de oraciones, austeridades, meditación y yoga, además de llevar a cabo muchas ofrendas y austeridades, sin haber hecho el trabajo agotador implícito en éstas. Todas esas buenas acciones te tienen a ti como la meta por alcanzar y yo te he alcanzado.

"¿Qué mejor trabajo tengo para ejecutar que el que he escogido? Señor de señores: austeridades, adoración, votos, ritos y sacrificios,

todas estas actividades están prescritas en los Vedas. Tu presencia y gracia se pueden alcanzar mediante el cultivo de la sabiduría, la compasión hacia otros seres vivos y la conducta virtuosa. Señor, estoy orando por un don, otórgamelo con tu infinita merced y permite que la gracia fluya sobre mí desde un rincón de tu mirar compasivo. Haz que mi devoción por ti no disminuya, sin importar cuántas vidas tenga yo que seguir viviendo; ése es el don que anhelo". Después, solicitando permiso a Rama para retirarse, Vasishta regresó a su morada.

Los súbditos del reino dedicaban su tiempo a cantar las tres veces sagrada y cautivadora historia de su gobernante, Rama. Se puede obtener el éxito en el yoga o cumplir muchos votos rituales, pero si no se tiene amor en el corazón, no se puede ganar el darshan de Rama. Los sabios, ascetas y héroes, el poeta, el erudito, ninguno de éstos era víctima de la codicia en el imperio de Rama; nadie caía en las garras del mal llevado por el orgullo de la riqueza. La autoridad se impartía con justicia. ¿Dónde estaban los jóvenes cuya rebeldía se manifestaba públicamente? ¿Dónde se podía encontrar al hombre que perdió la fama por su egoísmo? ¿Dónde estaba el hombre asediado por el enemigo? ¿Y el hombre aquejado por la pena? ¿Quién era el hombre mordido por la serpiente de la ansiedad? No existía ninguno. El mismo Rama estaba ante ellos como un ejemplo. Él es la Conciencia Interior, Dios mismo.

Los temibles ejércitos de maya están rondando por este mundo, los soldados son las pasiones, la lujuria, la codicia. El orgullo y la ausencia de fe son los oficiales de mando, mas la misma maya es la esclava de Raghunatha, Rama. Ella es "irreal" y, sin embargo, a menos que tengan la gracia de Rama, no pueden evitar ser capturados y atados por ella. La gracia que fluye de la mirada de Rama es lo único que los puede salvar de caer en sus garras. Maya "se posesiona" de todo aquello que se mueve y de lo que no se mueve en el universo; nadie puede estar libre de sus garras, ya que imita la gloria terrenal del Señor y, como una hábil actriz, desempeña su papel con la lujuria, la codicia y otros vicios más que la ayudan. Rama, sin embargo, como la encarnación de Sat Chit Ananda (Ser Conciencia Bienaventuranza), como la personificación del azul profundo que caracteriza al mar y al cielo, el fenómeno que no tiene nacimiento, como el Paramatma (Alma Universal) mismo, no tiene ni un rasgo de maya en él.

En la ciudad de Ayodhya, cada día era un festival nuevo y cada festival se enriquecía con nuevos actos de entretenimiento. Diariamente, Rama obsequiaba riquezas a manera de caridad. Estaba escrito que nadie debía culpar o despreciar a otro y estaba prohibido pronunciar palabras hirientes; en todos los hogares se leían diariamente los Vedas y los Puranas y ningún miembro de la comunidad desdeñaba a otro o lo consideraba inferior. Toda persona desempeñaba las labores tradicionales y respetaba las normas establecidas; por lo tanto, la compasión y el afecto hacia los súbditos crecían con rapidez en el corazón de Rama. Al ver la devoción y dedicación de las esposas

hacia sus maridos, hasta los mismos dioses sentían envidia de los hombres. Los maridos, a su vez, eran merecedores de ese trato. No había nadie que hiciera derramar ni una sola lágrima a aquél o aquélla con quien se había casado. Marido y mujer estaban conscientes de que uno era ta mitad del otro y así, eran uno, deseándose felicidad mutuamente. En el reinado de Rama nadie recurría a la falsedad ante ninguna circunstancia. Los niños y niñas acataban las órdenes de sus padres y preceptores. Todos eran tan felices como el señor de los dioses en el cielo, Indra. El alimento y la riqueza eran tan abundantes en cada hogar corno en los dominios de Kubera (Diosa de la riqueza). Los pájaros chakora eran tan felices como si estuvieran viendo a Sarathkala, la Luna en otoño. Las mujeres observaban a Rama desde las puertas de sus hogares y se sentían felices; Bharata, Lakshmana y Satrugna se enternecían continuamente, extasiándose con el divino encanto de Rama. No existía el mínimo rasgo o idea de pecado; los monjes y ascetas deambulaban sin temor en los bosques más inhóspitos; el afecto entre el rey y sus súbditos crecía más y más día a día y la Tierra brillaba con amor y luz, los bosques resplandecían de verdor, los pájaros y las bestias convivían en paz; no existía odio en ningún lugar, ni siquiera un leve indicio que indicara su existencia, pues todos estaban unidos por gran fraternidad; cada individuo exaltaba las cualidades y grandeza de Rama con mucho entusiasmo.

Un día que Rama se encontraba en su trono, en el salón de audiencias, en compañía de sus hermanos, un brahmán visiblemente angustiado entró en el salón. Habló con palabras altisonantes pidiendo desagravio: "La fama de la dinastía solar ha terminado hoy. Recuerdo la gloria de los grandes reyes en el pasado Sibi, Raghu, Dilipa, Sagara porque tales perversidades no habrían sucedido cuando aquellos reyes gobernaban. ¿Puede morir un hijo mientras aún viva su padre? ¿Puede ocurrir un desastre así, si el gobernante es bueno? Sin embargo, hoy lo he visto suceder". Rama, en su omnisciencia, supo lo que había sucedido y se sintió muy incómodo por las palabras del brahmán. Sondeó en su mente en busca de la razón de esa muerte y estuvo seguro de que aquello no había ocurrido a causa de un error de gobierno. Se dio cuenta de que había sido consecuencia de malos pensamientos y así, prescribió ciertas normas para prevenirlos y que no surgieran en la mente de las personas. Rama atendía y resolvía hasta esos pequeños problemas y establecía las medidas pertinentes para evitarlos. Olvidó toda consideración de su persona y trató de al canzar la meta que se había propuesto: la felicidad de sus súbditos, y los cuidaba como a su propio cuerpo. La gente también valoraba el afecto y la felicidad del rey; lo querían tanto como a su propio corazón. El gobernante nunca actuaba en contra de los deseos de su pueblo y éste también cumplía sin demora las órdenes impartidas por Rama. El reino de aquellos días resplandeció de este modo por muchos años. Rama era el mismo Narayana y así, su reino redundaba en la gloria de la Tierra y

su historia, pues la verdad y rectitud eran los verdaderos guardianes de la humanidad.

31. EXILIO PARA SITA

Era práctica usual de los mensajeros de la corte viajar por las ciudades y pueblos del imperio e informar al gobernante lo que habían escuchado durante sus recorridos secretos. Rama siempre escuchaba esas informaciones, tal como sus predecesores acostumbraban hacerlo. Un día, un mensajero que venía de cumplir esa tarea se aproximó a Rama con cierto titubeo; se postró ante él y, al ponerse de pie, se quedó mudo y temblando. Pronto recuperó confianza y valor y se dirigió a Rama con estas palabras: "¡Maharaja, escucha mis palabras!, perdóname por decirte esto: un lavandero estaba riñendo con su esposa y lo escuché amonestándola con estas palabras: `¡Qué vergüenza! ¿Crees que yo soy como Rama? Vete de mi casa. ¿Cómo puedo aceptarte? Tú estuviste viviendo durante mucho tiempo en la casa de otra persona, ¡vete de aquí!`. Esas palabras hirieron el corazón de Rama como si fueran una flecha y no logró conciliar el sueño esa noche. Hacia la medianoche, se sentó sobre la orilla de la cama y pensó: "Se ha cumplido un yuga completo desde que empecé a gobernar esta Tierra; debo continuar unos años más". Más tarde, sumido en profunda tristeza, pensó: "Debo separarme de Sita y defender el camino védico". Se aproximó a Sita y le dijo con tono agradable, esbozando una sonrisa: "Janaki, hasta este momento no has pedido ninguna gracia; sin embargo, voy a otorgarte una: ve a tu hogar sagrado". En ese instante, Sita se postró a los pies de Rama e inició el viaje al cielo, en cuerpo sutil. Nadie, en ninguna parte, se dio cuenta de ese hecho. Sita en cuerpo físico estaba de pie frente a Rama en la tierra.

Rama le dijo a la Tierra Sita (Maya Sita): "Pídeme una gracia", y Sita respondió: "Señor, deseo convivir algunos días en las ermitas de los munir" (monjes que practican voto de silencio). Rama dijo: "Que así sea, inicia tu viaje mañana al rayar el alba". Ella reunió y empacó ropa y presentes para fas hijas y esposas de los ascetas de las ermitas; Rama despertó muy de mañana y sus devotos y todo aquél que iba en busca de favores cantaron alabanzas a sus virtudes y excelencias. El loto de su rostro floreció, Lakshmana, Bharata y Satrugna le rindieron honores, postrándose a sus pies; sin embargo, Rama no conversó con sus hermanos y se mantuvo en silencio. Su cara y cuerpo estaban tensos por la emoción y su cuerpo temblaba lleno de excitación. Los tres hermanos, temerosos y llenos de ansiedad al ignorar la razón de esa

pena, se estremecían al ver la tristeza y congoja de Rama. No podían explicarse los sentimientos que lo agitaban.

Finalmente, Rama encontró palabras para expresar su deseo, y con palabras entrecortadas dijo: "Hermanos... Lleven a Sita al bosque... déjenla ahí y regresen". A! escuchar esto, todos quedaron atónitos y sin poder moverse; atrapados en las llamas de la desesperanza, sus corazones se consumían por el dolor. Dudaban si lo que Rama había dicho era en serio 0 sólo una broma. Satrugna sollozaba; Lakshmana y Bharata se quedaron de pie sin poderse mover; las lágrimas brotaron de sus ojos y enmudecieron; sus labios y sus manos temblaban. Haciendo un gran esfuerzo, y con las manos juntas, Satrugna le inquirió: "Tus palabras han destrozado nuestros corazones. Janaki es Lokamatha, la Madre de todos los seres. Tú resides en el corazón de todos los seres vivientes, eres la encarnación de Sat Chit Ananda (Ser Conciencia Bienaventuranza). ¿Por qué razón debe ser desterrada Sita? Ella es eternamente pura de pensamiento, palabra y obra, ¿no es así? ¡Oh destructor de la raza Rakshasa! Ella está embarazada y, en esa condición, ¿sería correcto dejarla sola?". Satrugna no pudo decir nada más; la pena que lo embargaba y los amargos sollozos se lo impidieron.

Rama dijo: "Hermanos, escuchen. Si no obedecen mis órdenes este cuerpo no podrá seguir con vid«. Tal como se los he ordenado, lleven a Janaki al bosque, esta misma mañana". Continuó sentado en silencio, con la c«baza inclinada, como si estuviera triste por aquel acontecimiento. Bharata no pudo contenerse al escuchar esas palabras tan impactantes y dijo: "Señor, soy poco inteligente, sin embargo, escucha por favor mi ruego. Nuestra dinastía solar ha ganado fama y prestigio en el mundo; nuestro padre, Dasarata, tu madre lEausalya y tú mismo dueño de los tres mundos han ganado gran fama. Tu gloria es cantada por los Vedas y por Sesha, la de las mil lenguas. Janaki es el receptáculo de todo aquello que es benéfico; su nombre destruirá cualquier rasgo de cuanto no sea auspicioso y conferirá todo lo que es benéfico. Ella es la esencia de lo sagrado; gracias a sus bendiciones, las mujeres pueden alcanzar la meta suprema. ¿Cómo puede vivir Janaki separada de ti y ser feliz en el bosque? ¿Puede ella vivir separada de ti aunque sea un solo instante? ¿Cómo puede el pez vivir sin el agua? Ella es la encarnación de la sabiduría y la personificación de todas las virtudes; no puede llevar una vida solitaria".

Rama escuchó esas palabras con serenidad y dijo: "Bharata, has pronunciado palabras acordes con las ideas morales; sin embargo, el gobernante debe fomentar el dharma (la rectitud) y el bienestar de acuerdo con los dictados de la moral. Al llevar a cabo el deber de cuidar y guiar a sus súbditos, no debe causar ninguna crisis ni revuelta; tiene que protegerlos con gran afecto". Después, les dio a conocer la información que el mensajero le había proporcionado y dijo: "Hermanos, nuestra dinastía ha sufrido una gran infamia y su nombre ha sido manchado; esta dinastía tuvo una sucesión de reyes y

emperadores, cada uno más ilustre que el otro. Su poder y majestuosidad son conocidos en tole el mundo y no existe nadie que haya adquirido renombre mayor que ellos. Preferían ofrendar su vida antes que contravenir la palabra que habían dado. Nuestra dinastía no tiene ninguna mancha que se le pueda imputar; mas si existía el más mínimo indicio de alguna mancha, aquél que dudaba en sacrificar su vida era considerado como un ser vil; entiendan bien esto".

El hermano replicó: "Señor, Janaki con seguridad no tiene rasgo de mancha alguna. Ella ha surgido del fuego ardiente y ni los dioses ni los santos la acusarían ni siquiera en sueños de la menor falta. Si alguien la llama pecadora, sufrirá la tortura del infierno por billones y billones de años". Bharata no podía controlar su resentimiento por el simple hecho de mencionar esa posibilidad. Como consecuencia de esto, Rama se irritó visiblemente y sus ojos enrojecieron, Lakshmana percibió el enfado e, incapaz de soportarlo, se ocultó detrás de Bharata.

Sin embargo, Rama se dirigió a Lakshmana directamente: "¡Lakshmana!, entiende lo que la gente rumorea y abandona tu tonta tristeza. Si desobedeces mi orden y discutes conmigo, lo lamentarás hasta el día de tu muerte; llévate a Janaki en un carruaje y déjala sola en un lugar solitario, donde ningún humano habite, en la orilla del Ganges, y después regresa". Lakshmana escuchó la orden del Señor; se preparó hasta para la muerte si llegara a ocurrir mientras cumplía con esa orden y se dispuso al viaje. Colocó en el carruaje provisiones y ropa, le pidió a Janaki que subiera al vehículo y partieron. La fiel consorte de Rama estaba feliz ante la idea de vivir algunos días en las ermitas; se sentía plena de dicha y gratitud, mas cuando vio el rostro abatido de Lakshmana, la tristeza la invadió, permaneció en silencio y perdió el ánimo; como una cobra que ha perdido la gema de su cresta, ella sufría en su interior.

Llegaron a la ribera del Ganges. El bosque infundía temor y sintieron miedo en sus corazones. Al percibir el miedo de Lakshmana, Sita se asustó aún más. Por supuesto, ella sabía que estaba sólo actuando un papel y que su verdadero ser no estaba ahí. De cualquier manera, para que su representación tuviera éxito ante el mundo, ella desempeñaba bien su papel y se lamentaba así: "Lakshmana, ¿dónde me has traído?, no hay ninguna ermita visible en este sitio. ¿Acaso no habitan animales salvajes y serpientes venenosas en este bosque? No se ve ninguna señal de vida humana por aquí. Lakshmana, tengo miedo".

Ante el lamento de Sita, Lakshmana sintió ternura por ella, recordó a Rama y dijo para sí: "Rama, ¡qué es lo que has hecho!". Haciendo acopio de valor, miró a Sita, mas la zozobra se apoderó de él en ese momento y no pudo articular palabra. Sita estaba consumida por la angustia ante aquella penosa situación. Al sospechar que Lakshmana no estaba decidido a abandonarla en ese sitio, las deidades del bosque hablaron desde el cielo: "¡Lakshmana, deja a Janaki aquí y vete! Sita, la encarnación de la fortuna, vivirá". Esas palabras, pronunciadas como

por un ser invisible, infundieron valor en el corazón de Lakshmana, juntó sus palmas reverencialmente y dijo: "Madre, ¿qué más puedo hacer sino acatar las órdenes de mi hermano? No tengo el valor suficiente para ignorarlas ni en lo más mínimo; soy el peor de los villanos. Mi hermano me ha ordenado que te abandone en este inhóspito bosque". Diciendo esto, dio vuelta al carruaje. Su mirada quedó fija por un momento en las huellas que dejaba atrás; podía escuchar el lamento de Sita a lo lejos: "¡Lakshmana! ¿Por qué me abandonas en este bosque? ¿Quién me protegerá?". Se lamentaba como cualquier mujer común. Sus lamentos llegaron hasta los oídos de Lakshmana quien, al recordar que tenía que obedecer las órdenes de Rama, hizo un supremo esfuerzo para no regresar y condujo rápidamente hasta llegar a la ciudad.

Mientras tanto Sita, llena de angustia, cayó desmayada. Claro que todo era actuación; recobró la conciencia después de un momento, se sentó y se lamentó exclamando: "¡Oh Ramachandra!, desde que nací, mi vida ha estado llena de tristeza. ¡Ay! La vida se aferra a mi cuerpo sin importar cuánta tristeza me invada". Siguió lamentándose así durante largo tiempo. Mientras tanto, el sabio Valmiki cruzaba el bosque, muy cerca del lugar donde se encontraba Sita; iba camino a su ermita después de haber efectuado su baño ritual en el río Ganges. Los lamentos de Sita llegaron a sus oídos y se sorprendió al reconocer que era una voz de mujer la que se quejaba desde la profundidad de aquel bosque. Se guió por la voz y la buscó afanosamente hasta que al fin dio con su paradero. Ella lo reconoció y le relató lo que le había sucedido: "Monarca de los monjes, soy la hija del emperador Janaka y esposa de Sri Ramachandra, todo el mundo lo sabe, mas no sé por qué me ha mandado al exilio. ¿Acaso puede uno evadir al destino? Grande entre los sabios, Lakshmana me trajo hasta aquí y se marchó sin darme ninguna explicación".

Valmiki escuchó su triste historia y la consoló diciéndole: "Hija, tu padre, Janaka, el emperador de Mitila, es mi amigo, mi discípulo, él tiene fe en mí. ¡Querida mía!, no te aflijas, mi ermita será tu hogar y todo marchará bien. Ten la seguridad de que volverás al lado de Rama". Protegiendo a Sita como si fuese su propia hija, le pidió que se encaminara al Ganges a darse un baño y que regresara. Después de su baño purificador, Sita se postró ante Valmiki y el sabio la guió hasta su ermita, prodigándole afecto y consuelo. Él le ofreció raíces y frutos, le insistió para que comiera, y Sita no se pudo negar ante los ruegos del anciano. A partir de ese momento, Sita vivió en la ermita, meditando constantemente en Rama y en su gloria y compartiendo con los discípulos de Valmiki las tareas de mantenimiento de ese hogar espiritual. Los residentes de la ermita, así como Valmiki, !a halagaban con interesantes y sorprendentes historias y la entretenían narrándole anécdotas e incidentes graciosos.

Lakshmana llegó a la ciudad con los ojos llorosos por la pena y el corazón oprimido y les relató la triste historia a las tres madres. Éstas lloraron inconsolables, lamentándose de la calamidad que se había cernido sobre Sita. Alabaron sus virtudes y lamentaron que una dama con un alma tan pura tuviera que sufrir esa pena, y censuraban la actitud severa de Rama. La ciudad y el palacio estaban sumidos en la tristeza; no había nadie que no sintiera dolor y sólo lamentos era lo que se escuchaba; no había nadie que no preguntara con pesar: "¿Cómo pudo ser castigada de esa manera una madre como ella?"

Rama escuchó los lamentos y los llantos, se retiró al templo con Lakshmana como único acompañante y pasó el resto del día lejos de las miradas de los demás. Más tarde, se dirigió a las habitaciones de las reinas y, consolándolas, les habló acerca de la sabiduría universal. También le explicó a la gente que el verdadero gobernante considera a su pueblo como su única familia y lo trata como a sus amigos. "Ése dijo es el código de Rama". Afirmó, además, que el gobernante debe abandonar a su propia familia si es necesario, pues los verdaderos familiares son los súbditos a quienes gobierna.

Las tres madres estaban tan afectadas por la separación de Sita, que se fueron consumiendo de tristeza según transcurrían

los días, hasta que finalmente hallaron la muerte. Hicieron patente a través del yoga el fuego latente en ellas y permitieron que el mismo fuego redujera a cenizas sus cuerpos, alcanzando el más elevado estado de bienaventuranza. Los hermanos sufrieron ante esa pérdida y llevaron a cabo los ritos funerales señalados en las escrituras, regalando las dieciséis caridades prescritas. Después, los cuatro hermanos, Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna, se concentraron en las actividades administrativas y las tareas asignadas a cada uno de ellos, en conformidad con los deseos de sus súbditos y para su entera satisfacción.

Mientras tanto, Rama anunció que deseaba celebrar el Aswamedha yaga (el sacrificio del caballo), mencionado en los Vedas, ya que aquel sacrificio aseguraría la destrucción de todo tipo de infortunios. Tal deseo lo hizo saber a Angada y a los demás. Caminó hacia la residencia del preceptor real, acompañado por sus hermanos y los ministros. Al llegar, se postraron a los pies del gurú y éste los recibió con respeto, les preguntó acerca de su salud y del bienestar de su imperio, con dulces y suaves palabras; les dio valiosos consejos, citando historias de los Puranas y los incidentes de las epopeyas.

Después, Rama se dirigió a él con estas palabras: "Maestro, un deseo bulle en mi mente y tienes que ayudarme a cumplirlo". Después se postró a los pies del gurú. Vasishta le preguntó cuál era aquel deseo y Rama aclaró: "He decidido llevar a cabo una ofrEnda; la gente de Ayodhjra estará plena de alegría cuando lo realice; lo que deseo llevar a cabo es el Aswamedha yaga. La calma podrá imperar en la ciudad si este sacrificio se efectúa; además, la gente también lo desea. Bharata

dudaba en informarte acerca de esto, pues tenía miedo de tu reacción, así es que pensé que yo mismo debía hacerte partícipe de este deseo. Nos regiremos por tu decisión y actuaremos de acuerdo con ella, con gusto".

Vasishta lo escuchó con reverencia y humildad, regocijándose con la idea: "Rama, tu deseo será cumplido. Bharata, apresúrate para organizar los preparativos de la ofrenda", dijo. Esto hizo muy felices a los hermanos y al ministro. Alabaron al preceptor y se postraron a sus pies; muchos brahmanes expertos en llevar a cabo Aswamedha yaga siguieron a Bharata a la ciudad y al palacio.

Sumantra invitó a los líderes de la ciudad y llamó a los funcionarios y les pidió que decoraran las calles principales de Ayodhya, así como las plazas y los mercados y también que erigieran estrados en muchos sitios. No bien lo había dicho, se pusieron manos a la obra, las órdenes se cumplieron con rapidez y la ciudad quedó lista para el magno acontecimiento. La capital estaba emocionada y con alegre actividad. Los ancianos y oficiales comunicaron a Rama que, tal como lo había ordenado, todos los ascetas y sabios, incluso Vasishta, habían sido informados de la ceremonia que se planeaba realizar.

Vasishta aconsejó a Rama así: "Hazle saber al emperador Janaka acerca de la ofrenda; así, él podrá venir con su reina y sus hombres". Su consejo fue dado con palabras suaves y persuasivas. También dijo: "Manda invitaciones a los principales ascetas, brahmanes y profetas". Después, el gurú accedió a que Rama lo llevara alrededor de Ayodhya para que pudiera ver los preparativos; ambos se mostraron muy complacidos ante el decorado que lucía la ciudad. Los mensajeros oficiales visitaron los reinos remotos y cercanos y presentaron las invitaciones a los gobernantes de aquellas tierras. Uno de ellos se dirigió a Mitila, la ciudad capital de Janaka. Jambavanta, Angada, Sugriva, Nala, Nila y otros líderes Vanaras hicieron su arribo a Ayodhya. Ascetas y monjes llegaban en grupos. A todos se les daba la bienvenida y se les brindaba alojamiento, con la debida consideración a su grado espiritual. Muy pronto, Viswamitra también se hizo presente; Rama lo honró y le ofreció hospitalidad. Agastya, el gran sabio, también llegó a Ayodhya, se le dio la recepción adecuada y se le brindó hospedaje. Todos se deleitaban al ver el salón santificado donde la ofrenda se llevaría a cabo.

Cuando los ciudadanos de Mitila vieron al emisario de Ayodhya, se sintieron muy felices. Se le informó a Janaka, el emperador, del sacrificio que Rama iba a efectuar. En cuanto escuchó la noticia, Janaka se puso de pie, emocionado al oír aquellas palabras del emisario. Sus ojos derramaron lágrimas de alegría y preguntó por Rama y por sus hermanos, y luego le dijo al emisario que !a carta de invitación que traía lo había alegrado plenamente. No pudo decir nada más; sentía un nudo en la garganta. La emoción del emperador era inefable y hasta los súbditos sentían deleite. La ciudad cimbraba por los gritos de júbilo.

Janaka leía el mensaje una y otra vez, estaba verdaderamente feliz. Llamó a un mensajero y le ordenó lo siguiente: "Difunde esta noticia en ciudades, pueblos y aldeas de todo el imperio. Anúnciala tocando los diez instrumentos musicales". Después, llamó a su ministro y le entregó el mensaje. Éste lo recibió con respeto y lo apretó sobre los ojos antes de leerlo. Recordando la gloria de Rama, lloró de alegría. En cada hogar de la ciudad, el dueño de la casa colocó una vasija de significado auspicioso. El monarca obsequió muchos regalos valiosos, como caridad por haber recibido tan grata invitación. La ciudad de Janaka estaba radiante, inmersa en éxtasis.

Janaka (legó a Ayodhya después de un largo viaje desde Mitila. En el camino, se detuvo para presentar sus respetos a Sathananda, su preceptor, quien lo bendijo y le ordenó que marchara rápidamente a Ayodhya, acompañado de su comitiva y su ejército, compuesto de las cuatro fuerzas de combate: carros, elefantes, infantería y caballería. Janaka dejó una sección del ejército para proteger a la ciudad. Asignó un palanquín para su gurú Sathananda y él mismo montó en otro. Cuando el grupo completo inició su jornada hacia Ayodhya, la tierra tembló. ¿Quién puede contar el número de generales, comandantes y héroes que ese ejército tenía en sus filas? El viaje hacia Ayodhya duró dos días. Cuando Rama supo que Janaka se acercaba a la ciudad, fue a su encuentro y se saludaron con gran afecto. Una magnífica residencia rodeada por una vasta llanura había sido reservada para él; era un sitio encantador y celestial, a la orilla del río Sarayu. Rama había dispuesto que sus hermanos recibieran y les brindaran hospitalidad a aquellos huéspedes reales.

Rama se postró a los pies de Janaka y al incorporarse se sentó a su Iado.'El sabio monarca se sentía sobrecogido de alegría, acarició la cabeza de Rama y le habló suave y dulcemente y Rama respondió en igual tono. Asignó ayudantes que cuidaran de la comodidad de Janaka y de su gente y le pidió a Bharata que atendiera al emperador personalmente.

Al poco rato, Vasishta llegó ante la presencia de Rama, acompañado de diez mil discípulos, y le dijo: "Ramachandra, escucha mis palabras: los Vedas, los Shastras y Puranas proclaman que un sacrificio realizado sin que la esposa acompañe a quien lo celebra, no tendrá ningún efecto; los grandes sabios opinan lo mismo. Por lo tanto, haz los preparativos para que Janaki regrese; ella debe estar presente durante este sacrificio".

Rama, sorprendido ante las palabras del más grande sabio, guardó silencio por un momento, sin explicar si aquella opinión era acertada o errónea, y después dijo: "¡Grande entre los sabios! Tienes que llevar a cabo mis deseos sin provocar que rompa mi promesa ni dañe la reputación de mi dinastía. Si Janaki es traída hacia acá, mi honor quedaría en entredicho. Además, no me voy a casar para tener una esposa sólo para el sacrificio".

Después de escucharlo, Vasishta consultó a muchos sabios famosos para que encontraran una solución. Todos apoyaron el retorno de Janaki corro algo indispensable para llevar a cabo la ofrenda, pero Rama, como el rnaes!ro mismo de todos los códigos de moralidad, encarnación de todas !as formas de Dios y esencia de todos los Shastras, lo pensó por un momento y ordenó que se colocara una figura de oro adornada de piedras preciosas, a imagen y semejanza de Sita, para que ocupara el sitio de la verdadera. Dijo que todos los Shastras apoyaban esa solución y que no podría haber objeción alguna. Los ascetas, sabios y eruditos, versados en todos los campos del saber, no podían contradecir esa opinión. Todos estaban sorprendidos por !a validez de aquella alternativa, admiraron fa omnisciencia de Rama y reconocieron que él era la esencia de todos los códigos.

La Sita de oro se terminó en un solo día; lucía más encantadora y real con joyas y adornos, y todos los que la veían la confundían con la verdadera Sita, por el parecido tan realista. Si Sita la hubiera visto, también se habría sorprendido. Muchos creyeron que Sita había regresado cuando vieron aquella figura; alababan a los artesanos por aquel trabajo tan perfecto. Rama se sentó en el trono de león, sobre una piel de tigre. La Sita de oro fue colocada a su lado y la asamblea (legó a creer que ella estaba presente. Todos los asistentes se postraban con gratitud y alegría. Vasishta se dirigió a los cortesanos y les pidió que extendieran la hospitalidad a los invitados reunidos ahí, de acuerdo con las reglas establecidas: "Den a todos lo que deseen, para que se sientan felices".

Los sentaron en los lugares adecuados, con la ayuda de Bharata, quien supervisaba todos los arreglos. Los invitados admiraban la grandeza de aquella recepción y elogiaban a los organizadores por tan magnífica hospitalidad. El salón del sacrificio estaba custodiado en su exterior por quinientos guerreros y en su interior había igual número de eruditos en conocimientos védicos. El sacrificio comenzó el segundo día del mes de Magha, después de que el mismo Rama inició los ritos prescritos. Vasishta ordenó que le llevaran el caballo escogido para el sacrificio, para que fuese examinado por expertos y se comprobase si poseía los signos auspiciosos prescritos para la ceremonia.

Lakshmana se postró ante el gurú y se dirigió hacia los establos del palacio con el fin de buscar al caballo y adornarlo antes de llevarlo al salón. Se le colocó una silla de montar engarzada con piedras preciosas; era un caballo inmaculadamente blanco. ¡Los caballos del Sol se habrían sentido incómodos al estar a su lado! Cuando estuvo totalmente cubierto por los adornos, lucía tan encantador que la gente pensaba que el dios del amor y de la belleza había intervenido en su arreglo. Era casi imposible describir su esplendor; se podría decir que el caballo daba la impresión de que el dios So! se había convertido en un caballo y trotaba orgullosamente. En su frente se le había colocado una pluma de pavo real con esmeraldas semejantes ü los estrellas que

brillan en el cielo; esa pluma brillaba centelleante, por las gemas. Cuerdas de seda, resplandecientes como rayos de luz, se colocaron alrededor de su cuello. Dos ayudantes lo sujetaban. El corcel fue escoltado por cinco mil heroicos guerreros de mil batallas y por Lakshmana, todos montando a caballo.

Cuando la caballería entró en el salón, Visvamitra instruyó a Rama para que adorara a! caballo del sacrificio antes de que éste emprendiera la marcha para cumplir con su misión de conquista. Obsequió los dieciséis regalos de caridad que prescriben las escrituras y (levó a cabo el baño ritual de purificación. Después, ató en la frente del caballo la placa de oro con un mensaje inscrito dirigido a todos los gobernantes de la tierra y que decía lo siguiente: "En la ciudad de Ayodhya existe un héroe; es el destructor de los enemigos; hasta el Señor de todos los dioses tiembla al verlo. Este caballo es el animal de su sacrificio; los fuertes podrán detenerlo; si no . es así, tendrán que pagar impuesto y tributo; si no logran detenerlo y se niegan a pagar tributo, huyan al bosque".

Mientras tanto, Bhargava y otros sabios se acercaron a Rama y le relataron las atrocidades perpetradas por el demonio Lavana. Los sabios ahí reunidos entristecieron ante la noticia. Rama llamó a Satrugna, le dio un carcaj lleno de poderosas flechas y le dijo: "Usa estas flechas pronunciando los mantras adecuados contra el enemigo. Anda, obtén la victoria y regresa triunfante". Después, mandó llamar a Vibhishana y le pidió que le dijera todo lo que sabía acerca de Lavana. Vibhishana relató cuanto sabía sobre el poder de aquel demonio y su naturaleza.

Vibhishana tenía una madrastra y ella, una hija llamada Kumbhinasa que fue ofrecida en matrimonio por Ravana a un miembro de un clan demoníaco, llamado Madhu. Madhu la aceptó y al transcurrir el tiempo, ella dio a luz a un demonio, Lavana, quien realizó severos ascetismos y oró al Señor Shiva para que lo bendijera con ciertas gracias. Shiva se sintió complacido por sus austeridades, le obsequió un tridente y le dijo acerca de sus poderes: "Lavana, quien lleve este tridente no podrá ser vencido con facilidad en cualquier batalla". Con la ayuda de ese tridente, atemorizaba a los dioses y a los hombres, demonios y serpientes y ostentaba con soberbia sus poderes en todos los rincones de la tierra, persiguiendo a todos los seres vivos y maltratándolos. Nadie podía evitar su tiranía. Al escuchar esto de labios de Vibhishana, Rama se rió a carcajadas. Por supuesto, no había nada que él no supiera, mas como en ese tiempo poseía apariencia humana, tenía que actuar como si lo ignorara. Él, en forma de Shiva, le había regalado el arma y rió por la actitud tan tonta que había asumido Lavana y el mal uso que le estaba dando al tridente. Bendijo a Satrugna con una parte de su poder divino y le encomendó la misión de destruir a aquel demonio.

A una orden de Rama, tres mil tambores de guerra sonaron al unísono y el retumbar hizo temblar la tierra. Los caballos y elefantes relinchaban y barritaban llenos de excitación y los soldados soplaban sus caracolas mientras se dirigían a los dominios de Lavana. Éste escuchó los gritos de guerra y salió de su fortaleza con sesenta y cuatro mil soldados; gruñía como un león, ansioso por matar. Utilizó algunos trucos mágicos para evitar la derrota y así confundir al enemigo, pero su ejército fue vencido. El hijo de Satrugna, Subahu, mató a los hijos de Lavana durante la batalla. Ellos ascendieron al cielo reservado para los héroes que mueren en batalla. Por fin, Satrugna lanzó una flecha, invocando el nombre de Rama, y ésta hirió mortalmente a Lavana, el cual exhaló su último aliento, terminando así su malvada vida. Los dioses aclamaron la victoria y derramaron bendiciones sobre Satrugna.

Con su ejército, Satrugna se dirigió hacia la ribera del Yamuna y se postró ante el sagrado río. Poco después, continuó la marcha y fue así como casualmente llegó a la ermita de Valmiki. Ahí vivía Janaki con sus hijos gemelos, cuyo resplandor era semejante al Sol.

Aquellos dos niños, al ver al caballo y leer la inscripción en la placa de oro que tenía en la frente, lo sujetaron de las riendas y lo llevaron a la ermita. Regresaron después para pelear con los guardianes del caballo, con un carcaj sujeto a su cintura y arco y flecha en la mano; en ese momento, los guerreros que custodiaban al caballo llegaron al lugar, y al ver al animal atado a un árbol y descubrir que ese acto lo habían realizado aquellos niños, se tranquilizaron y les dijeron: "Niños, sus padres son verdaderamente benditos por tener a dos hijos tan encantadores como ustedes. Suelten al caballo y váyanse a casa". Sin embargo, los pequeños contestaron: "Héroes, ustedes han venido a pelear y no a suplicar, al menos eso creemos; si nos ruegan que devolvamos al caballo están manchando el digno nombre kshatriya".

Al escucharlos, los guardianes dijeron: "Valientes muchachos, no manchen ustedes el sagrado nombre kshatriya, por ello les pedimos que sean más respetuosos con lo que dicen". Los niños se rieron ante aquella respuesta y dijeron: "¿Cuán valiente será la persona que ha mandado este caballo bajo la custodia de personas como ustedes? Si no tienen valor para quitárnoslo, bien pueden ya regresar a sus casas".

Cuando Kusa y Lava hablaron con tal agudeza y sarcasmo, los soldados sintieron el impulso de abalanzarse sobre ellos, a pesar de que no eran sino unos tiernos niños. Lava, de manera despreocupada y canturreando para sí, como si fuera un juego, disparó sus armas y los cuerpos de varios soldados cayeron atravesados por las flechas. Algunos de ellos, con más suerte, corrieron hacia dónde se encontraba Satrugna y exclamaron: "¡Maharaja!, dos niños, evidentemente hijos de los ermitaños, capturaron a nuestro caballo, y durante el combate han matado a un gran número de nuestros soldados". Satrugna, enfurecido, reunió a las cuatro secciones de su ejército y se dirigió al encuentro de Kusa y Lava. Cuando los enfrentó y vio lo que habían hecho, probando

con ello su sorprendente valentía, se sintió avergonzado: "¿Cómo puedo entablar combate contra estos dos niños?", pensó. Satrugna se dirigió a ellos así: "Hijos de ermitaños, dejen ir al caballo y váyanse a sus casas. Ustedes son dignos de adoración, no es correcto que peleemos con ustedes".

Los niños no cedieron: "Rey, ¿cuál es tu nombre?, ¿de qué ciudad vienes?, ¿por qué vas por el bosque a la cabeza de un ejército?, ¿cuál es la razón por la que permites que este caballo cabalgue por dondequiera?, ¿por qué has atado esa placa de oro en su frente? Si tienes valor, quita esa placa, desata al caballo y llévatelo a casa".

Cuando Lava y Kusa terminaron de decir esa osadía, Satrugna inclinó la cabeza con pesar y ordenó a sus hombres que tomaran las armas y los atacaran. Los niños se rieron y exclamaron: "Ajá, ¡este rey es poderoso! Escuchen, ¿puede un león asustarse si ustedes aplauden?". Tensaron sus arcos recordando a su gurú, el sabio Valmiki; sus flechas destrozaron el carruaje de Satrugna en mil pedazos, y éste también cayó con múltiples heridas. Los veteranos héroes del ejército desfallecían y caían. Los niños los retaban a avanzar y disparaban contra ellos sus flechas, con mortal efecto.

Pronto, Rama fue informado de los estragos que habían causado aquellos dos niños. Él sabía que no eran hijos de ermitaños, mas no dio a conocer ese hecho; hizo creer que lo que habían dicho era verdad y dudó por un momento si era posible que alguien peleara contra unos tiernos niños de la orden de los monjes. Por fin ordenó: "La batalla no se puede evitar. Lleven a Lakshmana con ustedes y combatan". Aquéllos que habían traído la noticia a Rama tuvieron que volver, muy a su pesar, al sitio del combate. Rama también ordenó que atraparan vivos a los dos niños, pues como eran hijos de ermitaños, no merecían morir.

Lakshmana marchó a la cabeza de un ejército fuertemente pertrechado. Al llegar al campo de batalla y ver a tantos soldados que habían caído, se sorprendió de la valentía y peligrosidad de los hijos de los ascetas y les dijo: "Niños, les advierto, sálvense, huyan de este lugar y váyanse a su casa; ustedes son hijos de brahmanes y sería perjudicial para nosotros que peleáramos contra ustedes; tal acto iría en contra de los mandatos de las escrituras. Aléjense de mi vista". Kusa y Lava recibieron esas palabras con una estruendosa carcajada: "¡Oh valiente comandante!, mira cómo ha caído tu hermano. Refúgiate en tu hogar, y pronto".

Lakshmana, al oírlos y mirar a Satrugna, quien yacía desplomado en el suelo, tomó su arco y flecha con decisión. Sin embargo, dudó por un momento si el pelear en contra de los hijos de los monjes era correcto o no y trató de persuadirlos diciendo: "Niños, ustedes todavía no tienen la facultad del razonamiento, son apenas unos niños y es infructuoso pelear contra ustedes. Vayan y traigan a los responsables que los han lanzado a esta aventura". En ese preciso momento, Kusa,

haciendo caso omiso de sus palabras, disparó una flecha hacia Lakshmana. La tierra tembló aterrorizada al zumbar la flecha, y ésta surcó el firmamento con un resplandor tal, que hasta el Sol se oscureció.

Incapaz de soportar la osadía y el valor de Kusa y Lava, Lakshmana, enfurecido, se lanzó sobre ellos con gran violencia; arremetió con su carro y atacó sin temor a las consecuencias. Los hermanos destruyeron las flechas y pelearon admirablemente, con tácticas nuevas. Lakshmana arrojó su maza contra ellos y cuando le pegó a Kusa, éste se desplomó aullando de dolor, rodando por el suelo. Al ver esto, Lava se enfureció y lanzó una flecha al pecho de Lakshmana. Aunque dio en 21 blanco, al ser Lakshmana un héroe mayor y más fuerte, no se desplomó. Lava saltó sobre él y los dos sostuvieron un duelo a puñetazos. La contienda era pareja. Los dos rivales usaban muchas tácticas de defensa y ataque, luchando con fortaleza y habilidad. Lava asestó a Lakshmana tremendos golpes y éste los soportó con dolor, a la vez que valoraba la destreza y fuerza del pequeño. De repente, Lakshmana pronunció el nombre de Rama y le disparó una flecha a Kusa cuando éste apenas se había incorporado y volvió a caer, mas al recordar a Valmiki y a Sita, eso le infundió valor para ponerse de pie, recuperó su arco y flecha y atacó a Lakshmana. Aunque Lakshmana contestó con una flecha que había usado contra Meghanada, ésta no logró dañar al niño, pues la rompió en pedazos. Lakshmana se dijo: "Estas calamidades me suceden desde que Sita fue exiliada. Nunca podré tener paz, a menos que abandone este cuerpo". Justo entonces, Kusa colocó en su arco la flecha de Brahma que Valmiki le había enseñado a usar, y ante la sola idea de que pudiera lanzarla, los tres mundos temblaron atemorizados. Kusa apuntó directo al corazón de Lakshmana y la soltó. Lakshmana fue herido y perdió la conciencia.

Los mensajeros llevaron la noticia a Rama. Bharata, hundido en la pena, se puso de pie frente a Rama y le dijo: "Señor, estamos sufriendo las consecuencias del mal que hemos cometido cuando exiliamos a Sita". Rama le contestó a su hermano: "¿Que dices? ¿Tomas esta actitud porque temes entrar en la batalla? Si es así, yo mismo iré a combatir. Traigan mi carruaje y suspendan los ritos del sacrificio. Voy a ir yo mismo a averiguar los antecedentes de esos niños. Avisen a nuestros aliados y amigos y lleven a Hanumán al campo de batalla".

Después de un tiempo, Rama llegó al sitio donde la pelea se estaba llevando a cabo y se sorprendió al ver los ríos de sangre.

En ese momento, Kusa y Lava, los invencibles guerreros, también llegaron al lugar. Los Vanaras que acompañaron a Hanumán al campo de batalla estaban aterrorizados; sin embargo, Hanumán se dirigió a los hermanos y les dijo: "Niños, los padres de tan magníficos héroes como ustedes deben de haber sido especialmente bendecidos". Kusa le replicó: "¡Oh, mono!, si no tienen valor para pelear con

nosotros, regresen y dejen de parlotear". Ante esto, Bharata, enfurecido, arengó a sus soldados: "¡Usen sus armas!". De inmediato, los Vanaras les arrojaron árboles, rocas y picos de montañas, mas Lava ponía fuera de combate a todos ellos, con una simple flecha. En poco tiempo, las fuerzas de Rama estaban totalmente derrotadas y el campo de batalla anegado de sangre; todos los valientes soldados perdieron la vida; por último, el propio Bharata cayó herido.

Rama, rojo por la ira, entró en el campo de batalla al frente de un gran ejército. Vio a los dos niños y sin dejar de lanzar flechas, se acercó a ellos y les preguntó: "Niños, ¿quiénes son sus padres? ¿Dónde viven? ¿Cuál es su tierra natal? ¿Cómo se llaman?". En respuesta, Lava le dijo: "¡Oh rey!, ¿de qué te sirven todas esas preguntas? Ustedes actúan de igual manera. Ven, toma arco y flecha y pelea. ¿Por qué quieres saber quiénes son nuestros padres y nuestro lugar de nacimiento? Ésta no es ninguna conversación para arreglar una boda". Rama respondió: "Niños, sus cuerpos son muy tiernos, no pelearé con ustedes hasta que sepa sus nombres y su linaje".

"Rey, nuestra madre es la hija del emperador Janaka. El sabio Valmiki ha cuidado de ella. No sabemos el nombre de nuestro padre y desconocemos el linaje al cual pertenecemos. Nuestros nombres son Kusa y Lava y habitamos en el bosque", dijeron. Rama fingió haber descubierto en ese momento que ellos eran sus hijos y les dijo: "Niños, luchen contra el ejército que me acompaña". Diciendo esto, reanimó a Angada, Jambavanta, Hanumán y los otros que yacían inconscientes; también reanimó a Lakshmana, a Bharata y a Satrugna para que pudieran presenciar la batalla, y después se dirigió a los soldados diciéndoles: "¡Soldados, peleen para que la fama y posición puedan ser protegidas y fortalecidas". Después, se reanudó la batalla y Rama observó con inmenso deleite el heroísmo de los niños y su valentía y magistral destreza con el arco y las flechas.

Los héroes Vanaras no encontraban ningún medio para derrotar a los niños y se decían entre ellos que nadie en los catorce mundos lograría vencerlos. Al no poder hacer ni decir nada más, guardaron silencio.

Justo entonces, Kusa se abalanzó sobre Rama; ante aquel brutal impacto, Rama cayó inconsciente. Kusa tomó las cuerdas y cadenas que decoraban el carruaje y los caballos de Rama y, con ayuda de su hermano, ató a Hanumán con ellas y después ambos se dirigieron a su casa. También llevaron a algunos Vanaras y osos como prisioneros, todos vestidos con ropajes de vistosos colores y profusos adornos; además, se llevaron al caballo del sacrificio. Cuando llegaron ante su madre, se postraron ante ella y le ofrecieron el botín como homenaje.

32. FIN DE LA OBRA

Janaki estaba sorprendida al ver a los Variaras y a los demás prisioneros, así como a su vistosa indumentaria. Justo entonces Válmíki, el sabio, !legó hasta ahí, visiblemente agobiado por la ansiedad. Le narró a Sita todo lo que había sucedido, soltó las ataduras de Hanumán, Jambavanta y los otros, lamentándose así: "¡Niños! ¿Qué es lo que han hecho? Han venido aquí después de haber vencido a Rama, Lakshmana, Bharata y Satrugna". Sita, impresionada al escuchar aquello, exclamó: "¡Dios mío! ¡Queridos niños, a causa de ustedes la dinastía misma ha sido manchada! No demoren más, prepárense para mi inmolación, para que pueda ascender igual que ellos. No debo seguir viviendo".

El sabio Valmiki la consoló y le infundió valor; después, fue con Kusa y Lava al campo de batalla y se sorprendió de lo que vio ahí. Reconoció el carruaje y los caballos de Rama y al encontrar a éste, se postró a sus pies. Rama se levantó de inmediato y se sentó. Kusa y Lava estaban de pie frente a él. Valmiki le habló así a Rama: "¡Señor, mi vida ha alcanzado la realización. Soy bendito!". Después describió cómo Lakshmana había abandonado a Sita en el bosque y la permanencia de ésta en su ermita, donde había dado a luz a Kusa y Lava,y exclamó: "¡Señor, Kusa y Lava son tus hijos! Que los cinco elementos sean mis testigos. Yo afirmo que Kusa y Lava son tus hijos".

Al escuchar esas palabras, Rama abrazó a los niños y acarició sus cabellos. Por la gracia de Rama, los Vanaras y todos los guerreros caídos en batalla se pusieron de pie. Lakshmana, Bharata y Satrugna acariciaron y mimaron a los niños. Lakshmana se apresuró a ir hasta donde estaba Sita, ya que Rama le había ordenado preguntarle qué se proponía hacer con respecto a la inmolación. Acercándose, Lakshmana se postró a sus pies; Sita estaba deseosa de cumplir ese voto si ése era el deseo de Rama, por lo que acompañó a su cuñado ante su presencia. Al ver al grupo, hizo esta declaración de la verdad: "¡Oh dioses! ¡Oh cinco elementos! Ni siquiera en sueños me he relacionado con nadie que no haya sido Rama, ni en pensamiento, palabra o cuerpo, ni con mis actos. ¡Oh madre, diosa de la Tierra, llévame hacia ti!". Inmediatamente, la tierra tembló con gran estruendo, se formó un enorme abismo y de ahí surgió.un divino trono con forma de león, con la diosa Tierra sentada sobre él. Cuando llegó a la superficie, extendió la mano e hizo incorporar a Janaki y la bendijo así: "¡Oh Janaki!, desde el día en que naciste hasta el día de hoy no ha transcurrido ni un solo día que no hayas sufrido; siempre has estado llorando. ¡Ven!, sé feliz en mi hogar". Al instante, las dos desaparecieron y su gloria se extendió por los tres mundos.

La escena fue claramente presenciada por Lakshmana, sus hermanos y los demás y derramaron lágrimas. Rama desempeñó el papel de una persona triste y pensó para sí: "Janaki ha actuado de acuerdo con las inclinaciones de mi mente; siempre acataba las órdenes que yo le impartía. Ahora, nosotros debemos marchar hacia nuestra residencia en Vaikunta". Sin embargo, para los demás parecía como si él estuviese un poco triste y acongojado. Muy pronto partió hacia la ciudad capital con sus hermanos y sus hijos, llevando a cabo los últimos ritos del sacrificio tal como estaba planeado. Regaló los dieciséis obsequios prescritos, en cantidades que iban más allá de cualquier descripción. Honró al emperador Janaka como lo demandaba su investidura y (levó a sus hijos ante su presencia. El emperador se sintió inmensamente feliz al ver a sus nietos. Como Janaka estaba pleno de sabiduría y consciente gracias a su divina visión interna de la divinidad de Sita, no mostró ninguna sorpresa, ansiedad ni preocupación por lo sucedido; su mente no se alteró en lo más mínimo. Lo que tenía que suceder había sucedido; su actitud tampoco se afectó ante lo ocurrido. Así, Janaka partió feliz hacia Mitila.

Los gurús y los brahmanes llegaron ante la presencia de Rama, en respuesta al mensaje que él les había enviado. Se fueron dichosos de que les hubiera sido dado presenciar el gran sacrificio y regresaron felices a sus hogares.

Pasado algún tiempo, Rama aconsejó a sus hijos acerca de los medios y métodos de gobierno del imperio; formalmente los invistió más tarde con la insignia de la dinastía. Asignó aJ hijo de Bharata, Taksha, el reino del Sur; su segundo hijo, Pushkara, recibió el reino Pushkara; ellos destruyeron a los Rakshasas sobrevivientes y se establecieron en esos reinos. A los hijos de Lakshmana, Chitraketu y Chitrangada, poderosos guerreros, heroicos luchadores y veteranos de la guerra, se les asignó la región Oeste y, destruyendo a los Rakshasas que aún quedaban, gobernaron sobre esa región. Rama los invistió con autoridad real sobre ciudades con distintos nombres, las cuales convirtieron en capitales. Les impartió a todos los hijos valiosos consejos acerca de aspectos políticos y métodos administrativos. Kusa fue instalado en Ayodhya, y a Lavá se le asignó la región Norte, cofre de tesoros y riquezas. La ciudad de Lavapura (hoy Lahore) fue designada ciudad capital. Rama obsequió vacas, tierras, ropa y dinero a cada uno de ellos.

Mientras tanto, la noticia de que Rama pensaba en la posibilidad de regresar a su hogar llegó a oídos de la gente de Ayodhya. Ésta acudió en gran multitud ante su presencia para suplicarle que escuchara sus peticiones. Lo que rogaba la gente era que ellos también fueran llevados a su divino hogar. El Señor dijo que ésa era una petición correcta y aceptó. Se sentía feliz ante el afecto, devoción y dedicación que le profesaban. Designó a Lakshmana para que los guiara.

El reino Kishkinda le fue asignado a Angada. Sugriva, Jambavanta, Vibhishana, Nala, Nila y otras personas en quienes habían encarnado algunos aspectos de la Divinidad, y billones de Vanaras que habían venido para ayudar a cumplir la misión divina, llegaron a la presencia de Rama en ese momento. Él se dirigió a ellos y les dijo: "Vibhishana, tú tienes que gobernar a Lanka; al final alcanzarás mi presencia", y lo bendijo de esa manera. A Jambavanta le dijo: "Tú estarás en la tierra hasta el final de la era de Dwapara, luego, encarnado yo como Krishna, nos enfrentaremos en una pelea y entonces me reconocerás como ahora", y de esa manera lo bendijo.

Se dirigió después a la orilla dei río Sarayu. Bharata caminó a su lado derecho y Satrugna al izquierdo; atrás los seguían los ministros y la gente de la ciudad. Al entrar en el agua, Bharata se fundió en el Señor; Satrugna tocó el agua y brilló en el loto, fundiéndose también en la esencia divina.

El Señor pronunció la bendición de que todo aquél que llegara a esa tierra sagrada de Ayodhya y se bañara en el sagrado río Sarayu, lo alcanzaría a Él.